

UC-NRLF



#B 613 755

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF
J. C. Cebrían

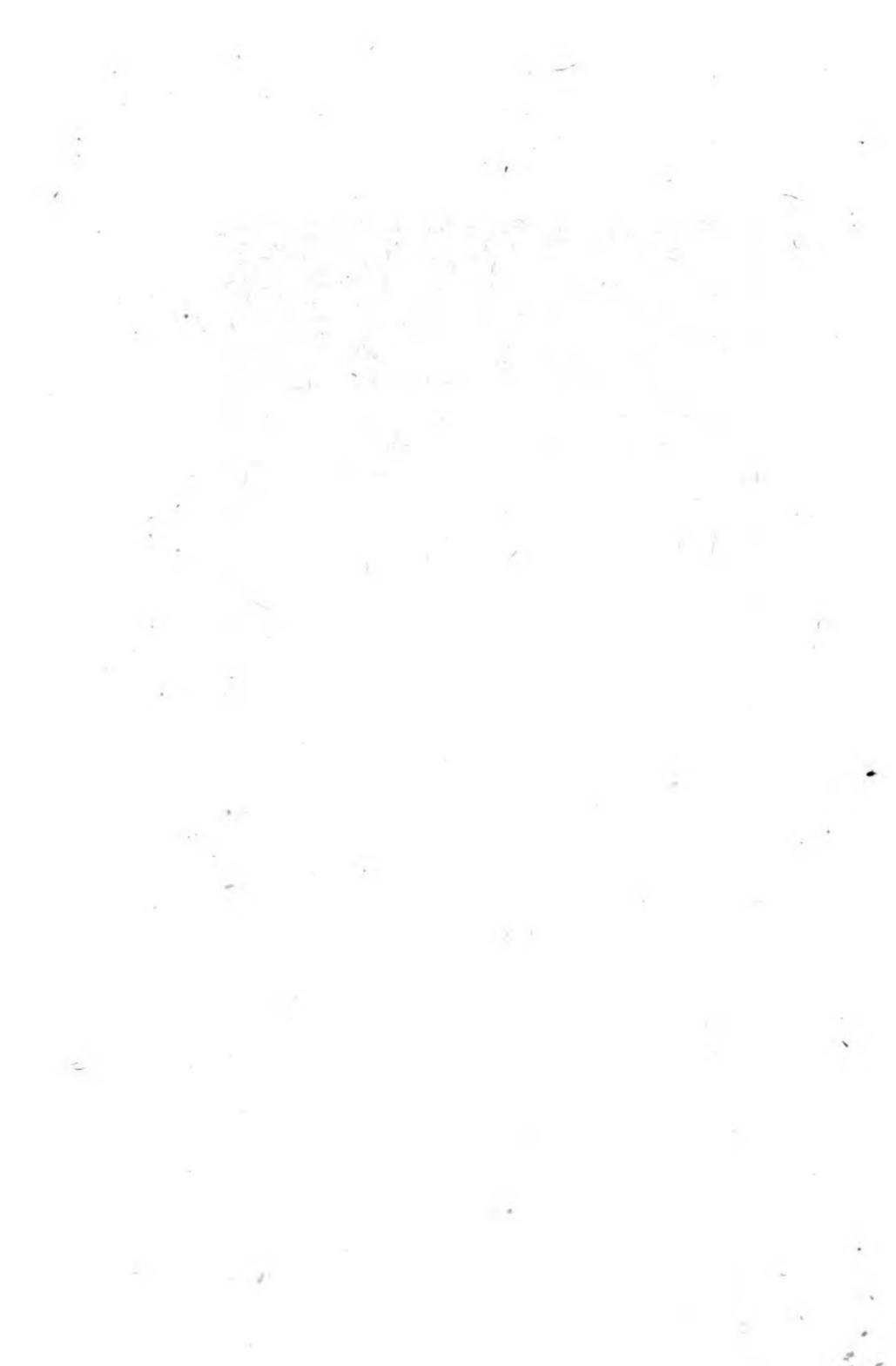


868
Sm
v.1

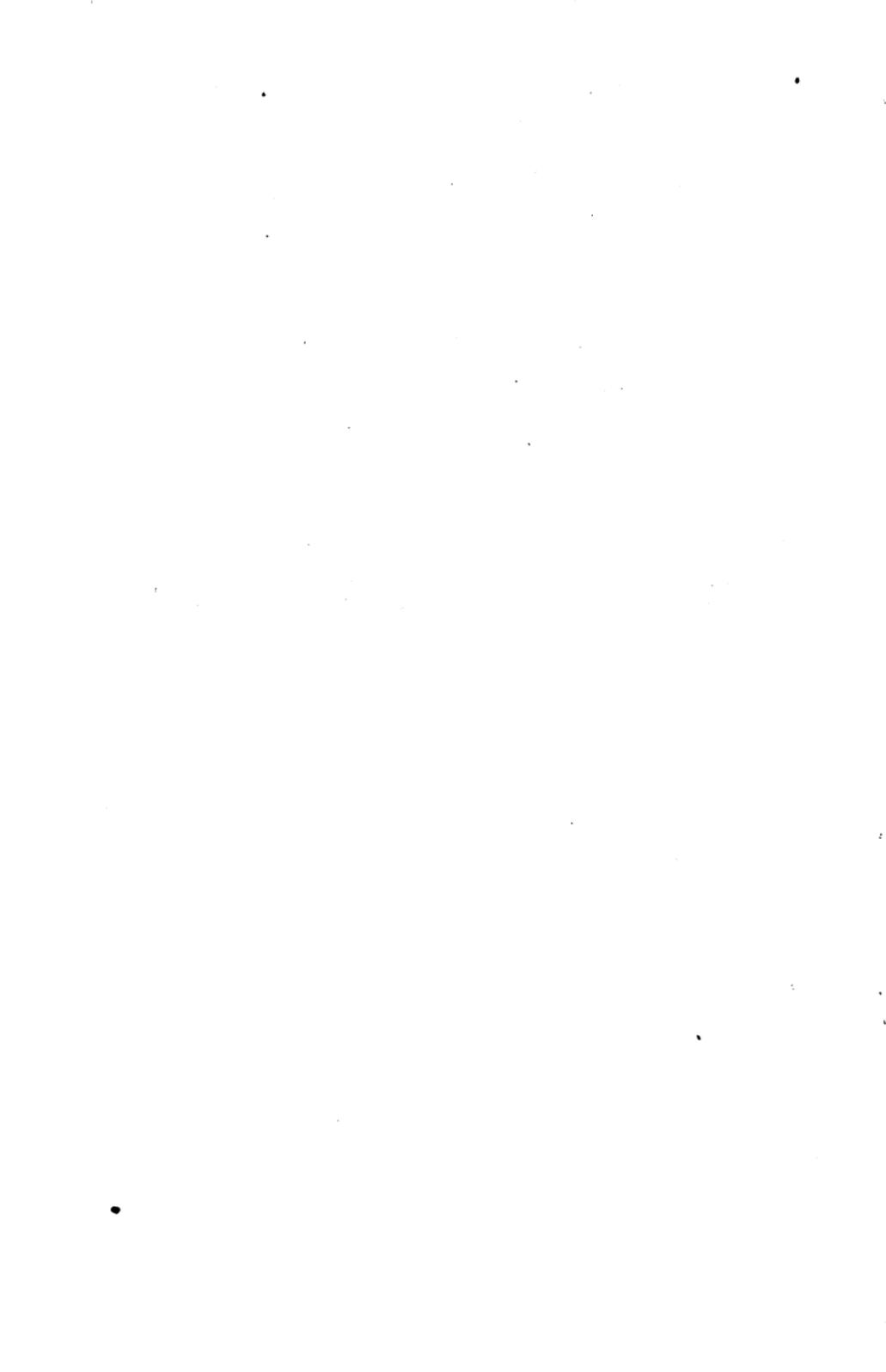
C.S.

no

1



DRAMAS DE SCHÍLLER



BIBLIOTECA CLASICA

TOMO XLIII

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

SCHÍLLER

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE AL CASTELLANO

DE LA EDICION ALEMANA DE COTTA

POR

EDUARDO DE MIER

MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.[^]

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 11.

1913

1911

TO VINO
SUBSTITUTO

SCHILLER Y SUS POESÍAS.

I.—APUNTES BIOGRÁFICOS. — II. CRÍTICA GENERAL DE SUS OBRAS POÉTICAS.

I. Apuntes biográficos.

Juan Cristóbal Federico Schiller nació en Marbach, pequeña ciudad de Wurtemberg, el 41 de Noviembre de 1759. Su padre, Juan Gaspar Schiller, era un hombre franco, sencillo y piadoso, y de talento natural, aunque poco cultivado. Fué, en su principio, cirujano barbero militar, sirviendo después como oficial de ejército, y habiendo obtenido el empleo de capitán. El Duque de Wurtemberg lo encargó de la escuela forestal y agrícola, fundada por él en su castillo de recreo denominado *La Soledad*.

La madre de Schiller, Isabel Kodweiss, era una mujer sin pretensiones de ningún género, pero sensible, apasionada por la música y la poesía, entusiasta y visionaria, con sus puntas de poetisa, muy religiosa, y adorando á su marido y á su hijo. Desde los primeros años de éste, le inculcó la afición al estudio, á los versos, y á las tradiciones y cuentos populares. En España hubiera pasado por una señora instruida, no así en Alemania, en donde en aquella

época, y más en nuestros días, son muy comunes las mujeres que, sin pedantería ni afectación, poseen conocimientos literarios tan sólidos como extensos y variados, adquiridos sin maestro por ellas mismas.

Piadoso por carácter y por educación, se le destinó desde luego á la carrera eclesiástica; y con este objeto, desde los seis á los nueve años, en la aldea de Lorch, situada en las fronteras de Baden, recibió sus primeras lecciones del pastor Moser, haciendo grandes progresos en la enseñanza. A los nueve años, se trasladó con sus padres á Luisburgo, asistiendo á su escuela. Allí gozó por vez primera del placer de visitar el teatro, espectáculo que hizo en él una impresión indeleble. El Duque de Wurtemberg había fundado entonces un establecimiento de estudios militares en *La Soledad*, y sus alumnos habían de ser hijos de oficiales. Schiller, ya de trece años, que reunía esta circunstancia, con vocación ó sin vocación para la milicia, y contra la voluntad de sus padres y á su pesar, hubo, pues, de entrar en ella para no disgustar á su protector y al de su familia. Cuatro años después pasó esta Academia á Stuttgart, y el joven Federico, siempre por complacer al Duque, se consagró al estudio de la medicina. Su afición á la poesía no lo dejaba nunca; y aunque con muchos disgustos y contrariedades, devoraba á hurtadillas las obras de Klopstock, de Uz, Haller, Lessing, Gerstenber y Göthe, y la traducción de Shakespeare, hecha por Wieland. Los escritos filosóficos de Mendelssohn, Sulzer, Lessing, Herder y Garve ocupaban también su tiempo.

Cuando apenas contaba veintidós años, comenzó á componer *Los Ladrones (Die Räuber)*. Poco después fué colocado como médico en uno de los regimientos wurtembergueses. *Los Ladrones*, impresos á su costa con mucho trabajo, careciendo de medios pecuniarios, llamaron desde luego la atención, pero desagradaron, así como otras poesías

del joven vate, á su poderoso señor, creyendo observar éste en sus creaciones falta del respeto y consideración que se le debía, hasta el punto de mandar á Schiller que abandonase estos devaneos, y que se dedicara solamente al arte de Esculapio. *Los Ladrones*, sin embargo, se representaron en Mannheim, invitándose al autor á asistir á su estreno; pero no siéndole posible recabar licencia de su superior, por los motivos indicados, se encaminó en secreto á Mannheim, y presenció su primer triunfo dramático, en extremo ruidoso. Otro viaje secreto, que hizo á la misma ciudad, fué descubierto, castigándosele con arresto, por cuya razón se indispuso aún más con el Duque. Temiendo, pues, que le sucediera lo que á Schubart, encarado por diez años en una fortaleza, por haber incurrido en el desagrado de su señor publicando una noticia falsa, y desesperanzado de obtener una licencia legal, tomó la resolución de huir de Stuttgart.

Refugiado en Mannheim, en donde sus amigos lo recibieron con entusiasmo, vivió durante algún tiempo en esta ciudad y en Oggersheim, pueblo inmediato á aquella, en donde escribió *La Conjuración de Fiesco*, y en Francfort, en donde compuso *Intriga y Amor*. Lejos de su familia, sentíase triste y como abandonado. Entonces, por la mediación de Wolzogen, su condiscipulo, conoció á la madre de éste, que poseía una propiedad de escaso valor en Rhöngelbirge, que puso á sus órdenes, y en la cual pudo trabajar algún tiempo con relativo descanso, permaneciendo en ella desde el invierno hasta fines de 1782. Aquí trazó el plan de *Don Carlos*. Al medio año de su residencia en este retiro agradable, sus amigos le llamaron de nuevo á Mannheim, en donde, por un año entero, fué poeta del teatro de la misma ciudad. Escribió algunas escenas de *Don Carlos*, que aparecieron en su periódico, titulado *Talia*, y merecieron general aplauso. El Duque de Wei-

mar, que las había oído en la corte de Darmstadt, lo nombró consejero; pero Schiller se ausentó á la sazón de Mannheim, por haberse indispuerto con el personal del mismo teatro.

Dos jóvenes literatos de Leipzig, Huber y Körner, se habían granjeado su amistad por cartas, y el último lo invitó á residir en su compañía, aceptando Schiller su oferta y encaminándose á dicha ciudad, en donde pasó algunos meses felices. Ambos amigos se trasladaron después á Dresde, á donde los siguió nuestro poeta, viviendo allí dos años. De Dresde pasó á Weimar; y Wieland, Göthe y Herder, sus astros literarios más brillantes, lo acogieron con entusiasmo. Estuvo entonces también en Meiningen, domicilio de una hermana suya casada; conoció en Rudolstadt á la familia de Lengefeld, con la cual lo unieron bien pronto estrechos vínculos de amistad y de amor, hasta el punto de fijar su residencia en Volkstadt, distante solo una media hora de aquella población, para estar más cerca de sus nuevos amigos; y durante el invierno regresó á Weimar, nombrándosele catedrático de historia en Jena, de cuyo cargo tomó posesión en la pascua de Pentecostés de 1789. Antes de transcurrir el año se casó con Carlota Lengefeld, adornada de prendas relevantes, así físicas, como espirituales y morales.

A poco de contraer matrimonio, enfermó Schiller del pecho gravemente, y aunque se curó entonces, consagrándose de nuevo á sus trabajos, esta dolencia dejó en su organismo huellas perdurables, que lo molestaron constantemente. En esta ocasión escribió su *Historia de la guerra de treinta años*, y estudió con afán la filosofía de Kant. Viajó entonces también por Carlsbad, Erfurt y Dresde, y el Príncipe de Holstein Augustenburgo y el Conde danés Schimmelmann le señalaron por tres años una pensión anual de 1.000 thalers, movidos por la amistad que le pro-

tesaban y por su mérito, y con el noble propósito de aliviar su situación pecuniaria, siempre estrecha y apurada. Invitáronle también á ir á Copenhague, á donde no acudió por el mal estado de su salud, por cuya razón visitó con su esposa á Wurtemberg, para encontrar alivio á sus dolencias y abrazar á sus padres. Acaeció esto en el verano de 1793; y el Duque de Wurtemberg, que tanto lo había atormentado en sus primeros años y que vivía aún, le dejó tranquilo, trocada en admiración su ojeriza anterior.

A su vuelta á Jena, consagróse con nuevo ardor á sus trabajos literarios. A la vez que escribía á *Wallenstein*, publicaba *Las Horas*, uno de los mejores periódicos de aquel tiempo, con la colaboración de Göthe, Herder y otros distinguidos ingenios. Entonces se unió estrechamente con Göthe, porque si bien antes se estimaban uno á otro, ninguno de los dos se mostraba propicio á dar los primeros pasos para convertir en amistad íntima la mutua consideración que se profesaban. Desde esta época pasó Schiller semanas enteras en casa de Göthe; éste lo animaba en sus tareas; y como su salud se había mejorado mucho, datan también de este período gran número de sus más célebres composiciones.

El año de 1796 fué uno de los más aciagos de su vida. Murió su hermana más joven, en lo mejor de sus años, y cuando hacía concebir las esperanzas más lisonjeras, y á poco el padre, ya anciano, de ambos. Schiller, como buen hijo, ayudó á su madre con todos los recursos pecuniarios posibles. En la primavera de 1797 compró junto á las puertas de Jena una casita con su jardín, en donde, según su costumbre, escribía hasta una hora avanzada de la noche.

Al cabo de seis años de trabajo terminó su trilogía, *El Campamento de Wallenstein*, *Los Piccolomini*, y *La Muerte de Wallenstein*, que se representó por primera vez

en Jena con grandes aplausos. En seguida se dedicó á la composición de *María Estuardo*.

Por agradable que fuese á Schiller su residencia en Jena, se trasladó en 1800 á Weimar, para vivir en el círculo de su familia y amigos, sobre todo después de haber comprado allí una casa cómoda, aunque pequeña. La muerte de su madre, ocurrida al día siguiente de tomar posesión de su casa, lo afligió con extremo. Con este motivo escribió á su hermana, casada en Meiningen, en los términos que siguen:

«Si bien no he recibido de Luisa (la otra hermana) ninguna noticia posterior de nuestra querida madre, según el contexto de la última suya sólo puedo ya esperar la que temo ha largo tiempo. Sí; no hay duda que ya no existe mi amada madre; ha sucumbido al fin, y lo que es más triste, debemos alegrarnos por ella, porque han cesado sus padecimientos. ¡Oh hermana mía de mi corazón! Nuestro padre y nuestra madre, que tanto nos adoraban, duermen ya el sueño eterno, y roto yace ese vínculo, el más antiguo que nos encadenaba á la vida. No sabes cuánta es mi aflicción; me parece que me veo aislado en este mundo, aunque me rodean seres que me aman y á quienes amo, y aunque te tenga á tí, buena hermana, todavía, para compartir contigo mis penas y mis placeres. Acerquémonos, pues, más unos á otros, ya que sólo tres quedamos de nuestra familia primera. Jamás olvides que tienes un hermano amantísimo. Yo recuerdo vivamente los días felices de nuestra adolescencia, cuando todos estábamos juntos. El destino nos ha separado luego; pero nuestro mutuo afecto, nuestra intimidad serán siempre inmutables.»

El Duque de Weimar expidió á su favor en 1802 título de nobleza. Los últimos años de la vida de Schiller fueron los más fecundos en obras dramáticas. *María Estuardo*

apareció en 1800, *La Dencella de Orleans* en 1801, *La Desposada de Messina* en 1803, *Guillermo Tell* en 1804, y al mismo tiempo arreglaba para el teatro el *Macbeth* de Shakespeare, el *Turandot* de Gozzi y la *Fedra* de Racine.

Sus relaciones con muchos nobles y celebridades de Berlín lo llevaron á esta corte en la primavera de 1804. Fué muy bien recibido por todos, y el mismo Rey le hizo las proposiciones más ventajosas para fijarlo allí; pero Schiller no quiso aceptarlas, temiendo que un cambio de clima fuese perjudicial á su salud, prefiriendo vivir en Weimar menos rico.

Su antigua dolencia se agravó entonces, y puso en cuidado á su familia y amigos. Sin embargo, la fiebre catarral que le acometió el 1.º de Mayo de 1805 no tenía en sí gravedad. Sus fuerzas, no obstante, se disminuyeron considerablemente, y el 9 de Mayo se durmió tranquilo para no despertar más. Su muerte fué muy sentida en Weimar, y en toda la Alemania. Aun no tenía 46 años.

Schiller era delgado y alto, con el cuello y los brazos largos, las piernas algo arqueadas, el rostro pálido y con pecas como su madre, la nariz afilada y larga, los labios delgados, el contorno de los ojos un poco inflamados y los cabellos tirando á rojo. En su manera de vestir fué siempre muy descuidado.

Su vida, llena en lo general de amargura, desde su niñez, luchando hasta sus últimos años con la miseria, pero arrastrado siempre hacia la poesía por una vocación irresistible. De noble corazón y de generosos sentimientos, afable y bueno con todos, se hacía amar de cuantos lo trataban. Su ignorancia del mundo y de los hombres le proporcionó, en ocasiones, graves disgustos. Tuvo muchos amigos y admiradores, y contados enemigos. De viva imaginación, de sensibilidad exquisita, versado en historia y en filosofía, de oído armonioso, conocedor de su idioma, de

una laboriosidad extraordinaria, y habiendo florecido en una época favorable al culto de las bellas letras, fué de esos genios de breve vida física sobre la faz de la tierra, é inmortal por sus obras. Aunque escribió mucho en verso y prosa, su fama, justamente adquirida, se funda principalmente en el mérito de sus dramas, y en la sencillez, la frescura, la espontaneidad y la tierna sensibilidad de sus composiciones líricas. Hay mucho que aprender é imitar en las últimas, y estamos convencidos que el día en que así lo haga uno cualquiera de nuestros poetas españoles, ha de distinguirse de los demás sobremanera, y ganar honra y provecho.

II.—Crítica general de sus obras poéticas.

Los orígenes del teatro alemán son los mismos que los de los otros pueblos europeos. La más antigua mención de los misterios se encuentra en la historia décimatercera de Eulenspiegel, de fines del siglo xiv ó principios del xv, y el drama más antiguo escrito, del nuremburgués Hans Rosenblutt, es de mediados del siglo xv. Después florecieron Hans Sachs y Ayrer, representándose sus obras por aficionados, no por actores de profesión, con su prólogo y epílogo, recitados por un heraldo. Los autos ó moralidades son groseros, aunque á veces ingeniosos, llenos de extravagancias, sin acordarse en ocasiones del mundo real; los personajes dicen cuanto se les ocurre, y se presentan cuando se les antoja, y en la forma se aproximan á las moralidades usadas en otras naciones, también con sus seres alegóricos. Su carácter era, sin embargo, popular, y de seguirse por este camino, el teatro alemán se hubiese formado en mejores condiciones.

Pero desde la primera mitad del siglo xvii, Opitz y Gri-

phius, eruditos, comenzaron á traducir é imitar las obras de los antiguos, operetas italianas y dramas franceses, y al flamenco Vondel, empleando el verso alejandrino, variando con frecuencia el lugar de la acción, con entremeses musicales, aunque sin conocimiento de la escena. Se duda, pues que se representaran, así como las tragedias de Lohenstein, de longitud desmesurada. El estado del teatro alemán, por tanto, á fines del siglo xvii y en el primer tercio del xviii era deplorable en sumo grado, no sirviendo para levantarlo de su postración ni las frías composiciones de Gotsched, ni los esfuerzos de la actriz y escritora Neuber, ni la restauración en las tablas, hecha por ambos, del Hanswurst, ó gracioso, payaso ó polichinela alemán. Gotsched y su escuela, y sobre todo Gellert, se dedicaron á traducir ó imitar dramas franceses, exagerando hasta lo infinito su natural afectación y amaneramiento. Tradujéronse también las comedias danesas de Holberg, que se distinguen por sus cuadros de costumbres de verdadero color local, por su manera original de representar los absurdos, la extravagancia y estupidez humana, por sus motivos y situaciones cómicas, no así en cuanto al enredo ó la intriga, de escaso mérito, por cuya razón, y por necesitar sus obras de buenos actores, poco comunes en Alemania, no se han sostenido en el teatro. Algunas originales de Gellert y de Elías Schlegel son dignas de mención, si bien en lo general nos parecen pesadas y poco interesantes. El mismo Elías Schlegel, y después Cronegh y Weise imitaron con acierto algunas tragedias francesas, á pesar de lo insoportable de sus versos alejandrinos. Tal era, pues, el repertorio del teatro alemán, con alguna que otra traducción ó imitación de Goldoni, cuando aparecieron Lessing, Göthe y Schiller.

Los primeros ensayos de Lessing fueron poco importantes, contaminado con el mal gusto de la época y sin recordar ni anunciar siquiera su talento. Su *Miss Sara*

Sampson tampoco es de gran mérito, y en opinión de A. G. Schlegel es una lacrimosa y pesada imitación de *el Mercader de Londres*. Pero en el año de 1769 sus relaciones con una compañía de actores de Hamburgo y la publicación de un semanario dramático, le ofrecieron ocasión para consagrarse á la crítica del teatro. Entonces comenzaron sus ataques contra los franceses, siendo su consecuencia desterrarlos de la escena alemana, y las imitaciones que los tomaban por modelos. En cambio, sus alabanzas á Shakespeare prepararon la influencia que este poeta había de ejercer más tarde entre sus compatriotas. Los defectos de su sistema dramático provenían de su confusión de ideas, puesto que al mismo tiempo rendía culto á Aristóteles y á Diderot, se declaraba en favor de un naturalismo antipoético, y sostenía la conveniencia de que las obras destinadas al teatro sólo habían de escribirse en prosa. De esta manera contribuyó, por una parte, á la decadencia del arte escénico, porque los actores y los poetas se hicieron más triviales y chocarreros. Su *Minna de Barnhelm* es ya una obra alemana y lleva el sello nacional. *Emilia Galotti*, como tragedia, vale menos que *Minna*, como comedia, porque todas las causas que lo hicieron descollar en la composición de esta última, le perjudicaron sin duda en la de la primera. La mejor de sus obras dramáticas es la titulada *Nathan el Sabio*, quizás por lo mismo que fué escrita sin pretensiones; y si su acción fuera más animada y rápida, sería una de las más perfectas y populares que se han escrito jamás.

Schiller, diez años mas joven que Göthe, cierra con sus primeras obras ese período literario, llamado por los críticos alemanes el período del genio (*genieperiode*), cuyo principio inició Göthe diez años antes; y como su postrer representante, arrastró consigo, en todas sus composiciones poéticas y en su existencia general literaria, mayor nú-

mero de elementos característicos de dicho período, que ningún otro de los que murieron mientras duraba, como Lenz, por ejemplo, ó de aquellos que, como Gōthe, se elevó sobre él abandonándole, ya eligiendo materias más nobles, ya aplicando formas más perfectas. A esa época pertenece su inclinación á lo ideal, su oposición á la estrechez del círculo en que se mueve la vida ordinaria, al orden que la rige, y su tendencia á resistir las exigencias de la forma y hasta á modelarla á su antojo, y no tanto teniendo en consideración el efecto poético y su expresión también poética, cuanto el prurito de transformar lo real con arreglo á sus ideas, siendo en su exposición más animado, y revistiéndolas de un tinte oratorio más subido. Aun cuando después modificara algo su modo de ver en esta parte, siempre lo conservó en lo sustancial, y he aquí la razón de que con Gōthe, y aun más que Gōthe, haya sido siempre el poeta predilecto de Alemania, ó por lo menos de cuantos alemanes pensaban y sentían como él.

Los Ladrones (Die Räuber) ó *El hijo perdido (Der verlorne Sohn)* como primero la tituló, el drama trazado por Schiller en el año de 1781, cuando aun no tenía veinte años, é impreso dos después, indica ya la senda que se proponía seguir, y la que emprendió, en efecto, recorriéndola hasta su fin. Muestra ante todo su predilección hacia el género dramático; y no obstante lo grosero del plan, lo informe y monstruoso del asunto y lo forzado del lenguaje, faltas harto dichas y sabidas, la principal á nuestro juicio, la más importante, es su tendencia á producir efecto á todo trance. No se puede negar, sin embargo, que la acción es en ocasiones muy animada, y que predominan en toda la obra muchos sentimientos verdaderos que son y serán de todos tiempos, prescindiendo de las exageraciones y extravagancias que la llenan. Obsérvase también en este drama la confirmación de la idea antes emitida, que se refiere á la

inclinación de Schiller de apoderarse de elementos poéticos predominantes en su época, asimilárselos y presentarlos al público con el sello de su genio. El drama *Los Ladrones*, por tanto, fué un drama peculiar de aquella época, siendo esto tan cierto, que el mismo poeta sugirió la composición de la estampa que acompañaba al libro, que era un león furioso con el epígrafe *in tyrannos*. Dirigiase contra lo que se llamaba la cobarde perversidad, *die feige Schurkerei*, de las clases más elevadas sociales, y, para lograr su objeto, nos ofrece vicios contra vicios, crímenes contra crímenes, pero vicios de malvados bajos y rastroeros, fermentando en el misterio, y crímenes que quebrantan voluntariamente el orden político y social, y estos sirven para castigar aquellos y para que sucumban, porque no son susceptibles de enmienda, al contrario de lo que ocurre á los crímenes. Así se explica el éxito casi fabuloso de su representación, originado, en parte, de la verdad subjetiva que la obra desenvuelve, entonces popular, como lo demuestran los dramas innumerables de bandidos y soldados que inundaban los teatros, y en parte por el interés del asunto y por la pintura de vivos afectos que la distinguen.

Los dos dramas que siguieron á *Los Ladrones* son copias más débiles del mismo pensamiento. *La Conjuración de Fiesco* nos ofrece las ideas republicanas, de moda en aquella época, en forma más desnuda y concreta, y es inferior á *Los Ladrones* en la profundidad del sentimiento y en la vivacidad de la acción. El lenguaje es aún menos natural, y á veces tan monstruoso y repugnante, que, como se dijo á su aparición, recuerda el del famoso Lohenstein. Era Schiller muy joven é inexperto para consagrarse al cultivo de la tragedia política, y la intriga, en que se funda, incapaz de sostener tan vasto edificio. Además es absurdo que, sin conocer al mundo como es, y sólo en virtud de

ideas falsas acerca de la sociedad y del gobierno, ó, lo que significa lo mismo, sin ser ni haber sido político, se atreve á discurrir por este campo tan sembrado de espinas, aun para aquellos que lo labran y remueven. En manos tan inhábiles esos elementos se convierten en sombras vagas y nebulosas, ó en verdaderas caricaturas, que, aun en el caso de que interesen algún tiempo por méritos transitorios, nunca producen placer estético intenso y durable. Sin embargo, á pesar de estos grandes inconvenientes, no puede negarse que el Schiller de *Los Ladrones* y de *La Conjuración de Fiesco* es el mismo que se nos ofrece después en *Wallenstein*, en *María Estuardo* y en *Guillermo Tell*. Pero este drama se funda ya en la historia y acusa en el autor un progreso; y, no obstante, como al público alemán agradaba más soñar despierto con ladrones en los montes, que los personajes republicanos, con gran sorpresa y pena de Schiller, *La Conjuración* fué recibida con frialdad y sin grande aplauso.

La segunda tragedia, fundada también en *Los Ladrones*, *Luisa Miller*, como la llamó Schiller, ó *Intriga y Amor*, como la tituló Iffland, adoptando al fin Schiller este título, penetra ya más en el mundo real que *Los Ladrones* y que *La Conjuración*. *Los Ladrones* nos ofrecen un marco indeterminado, que puede ser todo el orbe y ninguna parte concreta de él, lo cual tiene sus innegables ventajas poéticas; *La Conjuración* nos presenta un estado republicano, ó *Intriga y Amor* la Alemania y las ideas predominantes en la época en que se escribió contra las cortes, cabezas de reinos, tomando por modelo la francesa, con su frivolidad y su rebajamiento. Bajo este punto de vista, se acumulan contra la corte todos los horrores imaginables, formando su antítesis las clases medias oprimidas, menospreciadas y maltratadas, de cuyo contraste surge un conflicto con el propósito de levantar una indignación general contra aque-

llas. Es difícil de sorprender el objeto estético de la obra; pero entre *La onjuración é Intriga y Amor*, parece la primera preferible, porque se notan en la última tantas cosas imposibles, indiferencia y nobleza tan poco humanas, que el drama parece, en rigor, una caricatura, y de las menos morales. El público alemán, sin embargo, hace cincuenta años, pensaba de otra manera, porque la aplaudía con entusiasmo siempre que se representaba.

Los tres dramas mencionados pertenecen en su totalidad al primer periodo de la vida de nuestro poeta, cuando sus esfuerzos no se distinguían ni por lo seguro y determinado de su objeto ni de su forma, á los años de su juventud, entonces poco ó nada ilustrada, y llena de ideas exageradas, confusas ó falsas. Su estudio es útil, sin embargo, porque nos revelan las inclinaciones y sentimientos de su época; como documentos históricos, ya para conocer la sociedad en que vivía, ya para darnos cuenta de las dificultades, trabajos y tormentos con que hubo de luchar un gran poeta. El drama que siguió á los indicados forma la transición del primero al segundo periodo de su vida, y en parte lleva el sello de confusión, de desorden y anarquía propio del uno, y el de la mayor tranquilidad, placidez é ilustración del otro, cuando estudios mas serios habian rectificado sus opiniones. Schiller trazó el plan de *Don Carlos*, dominado todavía por la pasión y el sombrío interés que le inspiraban las preocupaciones vulgares de su época, tales como se observan en los tres dramas primeros, apareciendo en esta forma y en tres actos en 1785 en su periódico titulado *Talia*. El personaje de D. Carlos, el más interesante entonces para el poeta, dejó de serlo después, sustituyéndole Posa, y así lo vemos en el cuarto y quinto acto, resultando un drama de extensión desmesurada é impropio para la representación, aun estando escrito con ese propósito desde su principio. El *Don Carlos*, pues, que poseemos

en la actualidad consta de tres partes, á saber: los tres primeros actos en su forma antigua, que sufrió luégo importantes supresiones; estas mismas supresiones, que se notan sin gran estudio, y que se hallan en el drama, en la colección completa de sus obras, y los actos cuarto y quinto, primero como una adición á los tres anteriores, y dos años más tarde compuestos como la parte primera, aunque muy diversos en su espíritu y carácter. En la parte primera el protagonista es D. Carlos, y en la segunda deja este puesto á Posa, que simboliza la idea capital del drama, idea, por cierto, nueva y ajena al plan primitivo de la obra, que debía ser la representación dramática de una escena de familia real, una pintura de los males del despotismo de Felipe II en su propio hogar, siendo esta la tendencia de los primeros actos, hasta que con Posa después, más bien que en la fábula, en los discursos y afectos, se nos ofrece el despotismo en pugna con la libertad popular, la razón de estado con los derechos de los ciudadanos, y la monarquía con la república. El drama en cuestión, por tanto, no ganó nada en la parte estética con estas variaciones y reformas, porque la exposición resultó precipitada, confusa y hasta incomprensible, la acción demasiado rápida y poco motivada, los caracteres vagos, vacilantes y contradictorios. Y no obstante, el *Don Carlos*, con todos sus defectos, indica otro progreso del poeta, porque en *Los Ladrones* nos ofrece el choque ciego de crímenes contra crímenes, en *La Conjuración* el republicanismismo que asesina sin escrúpulo por la defensa de sus ideas, *Intriga y Amor* la nobleza de la clase media en oposición con la pretendida perversidad de los gobernantes, y en *Don Carlos* la nobleza cosmopolita, las ideas de los regeneradores de la humanidad, formando contraste con la voluntad de hierro del soberano, con el organismo inveterado de la sociedad, de suerte que observamos en ellos algo parecido á la revolución francesa,

aunque en sentido inverso, coincidiendo el último paso de las ideas de Schiller con el primero de la misma revolución. De aquí, sin duda, que la Convención francesa decretase la concesión de la ciudadanía á nuestro poeta, á quien lisonjeó sobre manera esta prueba de estimación y deferencia, si bien decía después, aludiendo á ella, que ninguno de los asesinos que habían firmado el decreto había muerto de muerte natural.

El examen de estos dramas nos descubre las ideas importantes y sucesivas, que surgían en la mente del autor, en perpetua lucha con el mundo que lo rodeaba y consigo mismo, y el de los demás que les siguieron, el influjo que ejercieron en él los estudios filosóficos é históricos, á que se dedicó desde 1767, y el de su amistad y trato con Göthe desde 1794. Los estudios filosóficos se adaptaban á su inclinación á lo abstracto y á lo ideal, fijaban sus conceptos, informes y vacilantes hasta entonces, y los históricos lo afirmaban en su tendencia al drama histórico, sin que se crea por esto que Schiller fuera nunca, ni quisiera serlo, ni historiador en el sentido riguroso de la palabra, ni tampoco filósofo. Su trato con Göthe le sirvió para consagrarse más tranquilo á la elaboración poética de los asuntos elegidos para sus obras, subordinándolos á su plan y amoldándose á su vez á ellos, no como antes, penetrando en los asuntos elegidos con una especie de furor, revolviéndolos, y dándoles forma arbitraria y sin concierto.

A este segundo período pertenecen, no sólo sus mejores poesías líricas, sino también sus mejores ó sus verdaderas tragedias. La más antigua y la principal entre ellas, no sólo por su extensión, sino por el objeto y el plan, es la trilogía de *Wallenstein*, terminada en 1797. La elección del asunto ha sido la más acertada de Schiller. La grandeza histórica é imponente del fondo; la de la época, con su animación intensa en lo exterior y en lo interior, que ha

pasado á la tradición histórica; con sus grandes ideas, bastando imprimirlas una forma poética, sin apelar á la invención; el principal personaje, histórico á un tiempo y nacional, en el que se fijaban las miradas de sus coetáneos y las de los dos partidos contrarios, como se fijan también hoy con curiosidad y asombro, fueron elementos muy favorables para la composición de este drama magnífico, y dignos de ser tenidos en cuenta por cuantos se dediquen al cultivo de este género literario. Como en el *Gotz* de Göthe y como en nuestro *Id*, en un drama popular de esta clase, y en torno de su protagonista, ha de agruparse la representación exacta y diáfana de la vida y costumbres, del odio y el amor de todo un siglo. Tan oportuna elección haría de Schiller un gran poeta, aun sin añadir la vigorosa exposición y el arte perfecto que resplandece en casi toda la obra. Y sin embargo, como dijimos antes, es siempre el mismo Schiller, el de *Los Ladrones*, el de *La Conjuración* y *Don Carlos*, porque Wallenstein es un hombre superior ó extraordinario, que se propone la consecución de un fin elevado, y lucha por alcanzarlo, esto es, por el poder y por la libertad, los dos objetos capitales de la ambición humana, como Moor, Fiesco y Posa. pero no ya con pensamientos forzados é impropios, sino naturales, dado su carácter é índole, su situación y destino en este mundo. Su correspondencia literal con Göthe demuestra el empeño que puso Schiller en asimilarse el personaje de Wallenstein, con todas sus propiedades y accidentes, y en descender de lo general á lo particular, de sus ideas estéticas á la realidad práctica de la historia. Tan manifiesta es en esta obra la influencia de los consejos de Göthe, que el público le atribuyó *El Campamento*, ó la primera parte de la trilogía, y Göthe declaró entonces que en toda ella sólo había dos líneas suyas. Los críticos, sin embargo, desde la aparición de este drama hasta el presente, han creído que los amores

de Maximiliano y de Thecla perjudican al efecto solemne de la composición. Schiller y su auditorio fueron siempre de opinión contraria. La muerte del héroe es también defectuosa, porque no sucumbe en virtud del fatal influjo de los sucesos, sino más bien por sus propias faltas.

María Estuardo y *La Doncella de Orleans*, que siguieron á *Wallenstein*, fueron recibidas con mayores aplausos, aunque en realidad le sean inferiores en valor dramático. *María Estuardo*, en vez de ser un drama histórico, es un drama sentimental. El corazón de los espectadores ó lectores se interesa vivamente en los dolores y sufrimientos de la heroína; y no obstante la animación de algunas escenas, como no hay lucha, el efecto trágico, en la acepción genuina de la palabra, no se logra como fuera de desear. Decía Schiller que *Wallenstein* lo había hastiado de héroes, y que anhelaba sentir como siente la generalidad, no heroica, de los mortales; esto es, que volvía á estrellarse de nuevo, después de elevarse tanto, en el mismo escollo en que antes naufragara. *La Doncella de Orleans*, que peca más que ninguna otra de las obras del poeta contra las enseñanzas de la historia, desfigurando y rebajando por completo á la heroína, tiene además el notable defecto, á la vez histórico y dramático, que no sucumbe por sobreponerse al amor mundano y seguir el divino, sino al contrario; y de este yerro, en nuestro concepto grave, que obligó á Gervinus á llamar á la *Juana de Arco* de Schiller una somnámbula, han nacido otros como sus legítimas consecuencias, y, entre ellos, la escena con Montgomery, la extraña explicación entre la heroína y el duque Felipe de Borgoña, su repentina inclinación á Lionel, y su desenlace inmotivado, tumultuoso y de efecto clara y tristemente calculado.

La Desposada de Mesina se funda en un motivo conocidamente falso é inadmisibile en nuestra civilización cris-

tiana, que rechaza la influencia del destino, y falso y contrario también bajo el aspecto gentilico, porque en el mundo dramático griego el destino camina siempre de acuerdo con la falta ó el delito humano, y si sufre ó sucumbe el inocente, es porque hay algún lazo que lo une al culpable más ó menos directamente. Jamás ocurrió á los antiguos convertir el poder terrible del destino en un palo trivial de ciego. La introducción de los coros en esta tragedia, no expresando el juicio imparcial del pueblo ó del sentido común humano, sino, al contrario, los partidos rivales de los dos hermanos, constituye una excrecencia, un añadido ó postizo de la obra, sin otra excusa que la probable ignorancia de Schiller acerca del papel del coro en el teatro griego, y la completa y segura del público alemán de aquella época sobre el mismo punto. El lenguaje de esta tragedia, en cambio, es notable en sumo grado, y tan elegante y perfecto, que ni el mismo poeta ni ningún otro posterior le ha jamás superado.

Guillermo Tell, por último, es para muchos la obra maestra del vate alemán, creyéndola de más valía que *Wallenstein* por su plan y exposición, y por sus motivos dramáticos en mucho preferible á *La Doncella de Orleans*, á *Marta Estuardo* y á *La Desposada de Mesina*. La muerte de Gessler, sin embargo, en la forma en que se expone, se resiste á nuestras ideas estéticas, y no está muy de acuerdo con el *Guillermo Tell* representado por nuestro poeta; la vida popular que este drama nos ofrece desde su principio, no es la vida del pueblo verdadera, y adolece de cierta adulación poco artística; la introducción del parricida es innecesaria, y además se notan algunas tendencias al efecto, que desdican del drama y de su autor. Su mérito principal consiste, y en esto es sin duda superior á *Wallenstein*, en la particularidad de que la idea del poeta, informe, nebulosa y apasionada en *Los Ladrones*, *La Conjuración é In-*

triga y Amor, y algo más clara en *Don Carlos*, se ostenta en *Guillermo Tell* libre, artística y completa.

En las poesías líricas de Schiller, como en sus obras dramáticas, hay que separar las correspondientes á sus diversos períodos. Todas ellas, sin embargo, así las primeras como las últimas, se distinguen por la rapidez de la exposición, por la sonoridad y armonía del lenguaje, y la fuerza y la profundidad de los sentimientos. Las primeras, esto es, las escritas desde 1780 á 1782, nos ofrecen más viva pasión, y por su índole se asemejan mucho á las de *Los Ladrones*, ostentando un lujo excesivo, aunque sin forma ni objeto, de sentimiento y de imaginación. Son quejas de un dolor personal, inmediato é inseparable del corazón; quejas que hasta en la más objetiva de ellas, en *La Batalla*, brotan con tal pujanza, que ensordecen; ayes, en fin, de un alma que pugna inútilmente por tomar su vuelo, cercada por todas partes de insuperables obstáculos. No puede negarse, sin embargo, que hay muchas frases vanas é inútiles. Para saborearlas es menester hacerse cargo de la situación del autor, y entonces se comprenden y se sienten, y hasta sus faltas se truecan en bellezas. No, pues, sin razón *La despedida de Héctor*, *Amalia* (de *Los Ladrones*), *Minna* y *La Infanticida* han sido las composiciones predilectas de la juventud, por la viveza, variedad y profundidad de sus afectos, y la original y excéntrica energía de su autor.

El segundo período comienza con su canto *A la Amistad*, indicando ya que el poeta penetra en un recinto más sereno, más sosegado y más conocido. No obstante, así ésta como las tituladas *Resignación*, *Los Dioses de la Grecia* y *Los Artistas*, á pesar de sus brillantes accesorios, ó carecen de base y fundamento real, ó lo tienen falso.

Las mejores son las de la época de su amistad y trato con Göthe, y las que más honran á su patria, sean cualse

jueren los poetas que hayan de aparecer en lo sucesivo, igualándolo á los Walther von der Vogelweide y á los Wolfram von Eschenbach de los tiempos pasados. Muchas coinciden con sus dramas. Así de la época de *Wallenstein* son *Der Ring des Poliorates*, *Die Kraniche des Ibycus*, *Der Taucher*, *Der Gang nach dem Eisenhammer*, *Der Handschuh*, *Ritter Toggenburg*, *Die Bürgerschaft*, y *Der Kampf mit dem Drachem*; de la de *María Estuardo*, *La Doncella de Orleans* y *La Desposada de Messina*, *Hero und Leander*, *Kassandra*, *Sehnsucht*, *Der Pilgrim*, y *Der Jüngling am Bache*; y de la de *Guillermo Tell*, *Der Graf von Habsburg*, *Das Berglied*, y *Der Alpenjäger*. Aunque no sean del todo irreprochables estas poesías narrativas, es por otra parte evidente que, á excepción de *La Desposada de Corinto*, de Göthe, no hay ningunas otras en todo el Parnaso alemán que las igualen. Su purísima dicción épica, en la cual se entrelazan palabras y frases antiguas, naturalmente y sin violencia; su lenguaje, siempre rico y armonioso, así en lo enérgico como en lo tierno; su composición perfecta en general, que mantiene vivo el interés hasta el desenlace, y el objeto de las mismas, siempre digno y elevado, en consorcio perfecto con el plan, desvanecen por completo las cavilaciones de los críticos más suspicaces. *Die Glocke*, *Der Spaziergang*, *Das Glück*, *Der Genius* y *Das Ideal und das Leben* son las más bellas y delicadas entre estas flores incomparables. No es posible discutir sobre ellas; basta entenderlas y sentir las.

Consagremos, por último, algunas líneas á la cuestión, tan debatida en Alemania, de si Göthe ha de ser preferible á Schiller, ó Schiller á Göthe.

Bajo el punto de vista más elevado de la crítica, no hay cuestión posible, como tampoco la hay bajo el del placer estético é imparcial, que siente el alma de la lectura y goce de las obras de ambos. Basta que, sin disputar sobre el ma-

yor ó menor mérito relativo de cada uno, nos demos el parabién de que ambos hayan existido. Los sectarios de la escuela romántica fueron los primeros que censuraron á Góthe. Novalis lo califica de inmoral, afirmando que no ha de buscarse la moralidad en ninguna de sus obras, que la sociedad y los hombres que en ellas nos ofrece, y por tanto los que prefiere, son siempre malvados; Pustkuchen, Müller, Börne y G. Wenzel sostienen que es defensor del indiferentismo y de la inmoralidad, de la falta de creencias, del quietismo, de lo no alemán; que es, en resumen, un poeta antinacional. Otros de la misma escuela, á cuyo frente aparece A. G. Schlegel, niegan á Schiller verdad en su exposición y realidad en sus personajes, habiendo llegado á afirmar los exagerados que sólo por el empleo de medios violentos ha alcanzado fama, y Riemer, entre ellos, no vacila en sostener que Schiller no es siquiera poeta, y que si algo bueno ofrece, es lo plagiado y robado á Góthe.

En lo que se ha de convenir es en que Góthe parte sistemáticamente de lo particular y concreto, para elevarse á lo general y abstracto, y Schiller, al contrario, de lo abstracto y general, para descender á lo particular y concreto. El método del primero tiene la ventaja de recorrer un campo más vasto, más profundo y más firme, librándolo de perderse en lo aislado, en lo pequeño, en lo vulgar y en lo bajo, y el del segundo la mayor seguridad del círculo en que se mueve, lo más fácil del fin que se propone, y dirigirse sin vacilaciones ni miedo á lo verdadero, á lo bueno y á lo bello eterno, presentándonos siempre á lo lejos lo más conocido, lo que á todos nos seduce, y evitando de este modo que sus creaciones sean vagas, sus pensamientos sin base, sus personajes incoloros, arbitrarias sus imágenes, y vanos sus sueños. En el momento, pues, en que confesemos estas verdades, y que cada uno de estos poetas tenía su propio genio, la cuestión

no puede ya versar sobre si el uno vale más que el otro, sino simplemente sobre si cada uno ha sido fiel al suyo, en cuyo caso la respuesta es con toda evidencia afirmativa.

No extrañaremos entonces que Göthe huya de la vida ordinaria y dé sus escenas, para revestirla de formas poéticas, ni que Schiller se empeñe en imprimir en sus ideas generales realidad, sustancia, cuerpo y alma, ni que en esta penosa tarea se consumiera prematuramente su existencia; ni que el uno diese general y perfecta poesía á lo aislado, lo efectivo y hasta á lo vulgar, ni que el otro descendiera de sus conceptos sublimes á la determinación y vitalidad plástica de los mismos. Si en el uno admiramos la inagotable y sencilla riqueza de los materiales, en que se refugia, y en que voluntaria y agradablemente desaparece, el otro nos seduce por la severidad y dignidad de sus ideas morales, que, sin oscurecer sus asuntos, los realza enérgicamente, llevándolos á graves esferas; si en las obras de Göthe nos habla la misma naturaleza con su acento variado y maravilloso; si hasta el árbol con sus hojas, y el rio con su corriente, cantan en su tono propio, y las hojas mismas, las flores, las ondas y hasta las gotas de agua tienen su especial melodía, Schiller junta y ordena artísticamente el alma del pensador y las meditaciones de la inteligencia, hablándonos el lenguaje natural que surge de sus profundidades, y nos revela las armonías que antes ha oído en el santuario de su consciencia, acomodando á ellas las cosas todas de este mundo. Nótase en ambos la antigua oposición entre la poesía de la naturaleza y la del arte, no, como en los tiempos pasados, entre el pueblo y personas determinadas, sino formando cuerpo en dos solos individuos; y si prescindimos de comparar la superioridad ó ventajas del uno sobre el otro, esforzándonos en percibir y apropiarnos lo que hay en cada uno de original y de justificado, ni aun podremos consentir que se dispute sobre este punto, con-

siderando que ni existiría ese período floreciente de la literatura alemana, ni coincidirían fraternalmente la popular al lado de la artística, sin la aparición simultánea de Schiller y de G \ddot{o} the.

Se comprende, por lo dem \acute{a} s, que todos aquellos que no est \acute{e} n penetrados de la necesidad y de la conveniencia de estas dos clases de poes \acute{a} , se sientan m \acute{a} s inclinados, en la \acute{e} poca en que vivimos, \acute{a} la una que \acute{a} la otra. Los aficionados \acute{a} la contemplaci \acute{o} n de lo real; los de indole m \acute{a} s subjetiva, que prefieren aprender por s \acute{i} \acute{a} que los ense \acute{n} en, y ordenar lo que se les presenta en vez de aceptar lo arreglado por otros; los que se complacen en saborear el brillo de la d \acute{i} cci \acute{o} n y los encantos de la fantas \acute{i} a; en una palabra, que los partidarios de la poes \acute{a} art \acute{i} stica prefieran desde luego \acute{a} Schiller. Los j \acute{o} venes, sobre todo, por su edad y por su impaciencia, no pueden saborear el m \acute{e} rito de G \ddot{o} the, y as \acute{i} suceder \acute{a} siempre, mientras que hombres m \acute{a} s graves y sesudos se recrean en sus obras y pasan por alto parte de las de Schiller. El bello sexo tambi \acute{e} n, por los razones indicadas, lo prefiere \acute{a} G \ddot{o} the.

Omitimos, de prop \acute{o} sito deliberado, molestar acaso \acute{a} los lectores de esta obra deteni \acute{e} ndonos en el examen de algunas cuestiones, que se han considerado muy importantes en Alemania y que, \acute{a} nuestro juicio, no interesan tanto \acute{a} los espa \acute{n} oles, como, por ejemplo, la relativa al esp $\acute{i$ ritu cristiano \acute{o} anticristiano de Schiller, porque fieles \acute{a} nuestro sistema de que los libros han de imprimirse para solaz \acute{o} instrucci \acute{o} n de quienes los leen \acute{o} estudian, no para ostentaci \acute{o} n y glorificaci \acute{o} n personal de su autor, traductor, compilador \acute{o} editor, creemos que la concisi \acute{o} n y la posible sobriedad los recomiendan eficazmente al p \acute{u} blico, y que la ilustraci \acute{o} n de \acute{e} ste, cada d \acute{i} a mayor, le facilita juzgar por s \acute{i} , sin ajena ayuda. As \acute{i} , le bastar \acute{a} y le sobrar \acute{a} , para calificar el cristianismo de Schiller, recordar la \acute{e} poca en que

vivió y el influjo de la escuela enciclopedista en las ideas de su tiempo, con cuyo dato se hallará en aptitud de formar su opinión, sin descender á enojosos detalles.

Por último, Philarete Chasles, al criticar las obras dramáticas de nuestro poeta, se expresa en estos términos:

«Sus personajes viven, pero con una vida facticia; declaman en vez de hablar, y aunque su lirismo es muy bello, la magnificencia de su frase suele debilitar la rapidez de la acción. Su estilo es sentencioso en ocasiones y degenera en monótono. En cuanto á la traza y arreglo de sus dramas y al interés de las situaciones, su habilidad es extraordinaria, y de aquí el ruidoso éxito de sus obras, porque esta cualidad es la que más seduce al espectador... Schiller no es un genio completo. Escápansele ciertas particularidades de la vida, y tan sólo se fija en los rasgos principales. A fuerza de evitar los detalles, su estilo se hace vago; sus personajes emplean frases sonoras para expresar las cosas más sencillas, y hablan un lenguaje de conveniencia uniforme. El poeta no ha de ser nunca trivial, sino transformar, no calcar, la vida real; pero esta transformación en Schiller casi frisa con el énfasis. Por no llamar las cosas con su nombre, usa largas perífrasis, y de aquí que sus personajes secundarios sean casi siempre falsos. En cambio, la nobleza de su estilo y la elevación de sus pensamientos, cualidades que nunca le abandonan, son en él fecundo manantial de grandes bellezas.»



LOS LADRONES

LOS LADRONES.

ARGUMENTO.

En el castillo de Moor, en Franconia, viven el Conde del mismo título, anciano, achacoso y afligido por los disgustos que le causa su primogénito Carlos, estudiante en Leipzig; Franz, hijo segundo del Conde, jorobado, feo y perverso, y Amalia de Edelrico, sobrina huérfana del Conde y prometida de Carlos.

Franz finge recibir una carta de Leipzig, que él mismo ha escrito, en la cual el corresponsal de Moor refiere las últimas y más graves calaveradas de Carlos. La lee á su padre, y recaba de éste que lo autorice para contestar á su hermano, negándole, por las condiciones que impone, el perdón solicitado por él. Esta carta llega á manos de Carlos. en ocasión en que esperaba el perdón paternal para volver á su castillo, casarse con Amalia, y vivir en él tranquila y honradamente, con tanto mayor motivo, cuanto que la permanencia en Leipzig del joven libertino y de sus compañeros era ya imposible por sus deudas y sus públicos excesos. Spiegelberg, uno de ellos, les excita á que huyan á los bosques de Bohemia, y se hagan salteadores; y aunque Carlos Moor se opone en un principio á este proyecto, varía de repente de opinión al recibir la carta in-

dicada, y consiente en ser su capitán. En la escena tercera de este primer acto Franz intenta vanamente suplantar á su hermano en el corazón de Amalia.

El mismo Franz, en el acto segundo, á fin de precipitar la muerte de su padre y conquistar más fácilmente á Amalia, persuade á Hermann, á lo que parece pretendiente desahuciado también á la mano de aquella, que se diga compañero de armas de Carlos, y anuncie su fingida muerte en la batalla de Praga á su padre y á su amada. Hácelo así; y, para probar la verdad de su triste misión, trae la espada del supuesto muerto y un retrato de Amalia. Franz le ha dado antes ambos objetos, y ha escrito con sangre en la hoja de la espada, como última voluntad de Carlos, que no abandone á Amalia, como si renunciara á sus derechos sobre ella y los traspasara á su hermano. De aquí resulta una escena dolorosa y violenta, en que Franz levanta la mano contra su padre.

Spiegelberg llega, mientras, con un refuerzo de ochenta y tantos hombres al campamento de los ladrones, los cuales, despues de cometer muchos crímenes por librar á uno de ellos, á Roller, de las garras del verdugo, como lo consiguen, se ven cercados por las tropas en los bosques de Bohemia, aprestándose á pelear con ellas por salvar sus vidas, y habiendo sido inútiles las tentativas hechas por un religioso para indultarlos, previa la entrega á la justicia de su capitán Carlos Moor.

En el acto tercero Franz, ya conde de Moor, ofrece á Amalia su mano y sus bienes, si consiente en ser su esposa. Recházalo ella con entereza; y despues de amenazarla, ofendido de su negativa, intenta poseerla á la fuerza; y ella, fingiendo abrazarlo, le quita por sorpresa su propia espada, y lo echa ignominiosamente de su presencia. Hermann, acosado por sus remordimientos, le confiesa en secreto que el anciano Conde de Moor y su hijo Carlos viven todavía.

Los ladrones, en las orillas del Danubio, descansan de las fatigas del combate con los soldados, despues de obtener una victoria completa, y sin más pérdida, por su parte, que la muerte de Roller. Carlos Moor jura no abandonarlos nunca. El lugar de Roller es ocupado por Kozinsky, noble bohemio, víctima de la injusticia de un ministro, que le roba su futura para el Príncipe á quien sirve, y se apodera de sus bienes. Carlos Moor, el capitán de los ladrones, se opone en un principio á la admisión de Kozinsky en la banda; pero accede al cabo á sus deseos después de oír la relación de sus agravios.

El nombre de Amalia, que así se llamaba también la prometida de Kozinsky, pronunciado por éste, decide al capitán á ordenar á los ladrones que se preparen á marchar á Franconia.

Carlos Moor, al comenzar el acto cuarto, envía á Kozinsky al castillo de su padre, para que anuncie su visita bajo el falso título de Conde de Brand. Amalia, sin conocerlo, le enseña la galería de retratos de su familia, fijándose él particularmente en el suyo, y obligándola, conmovida, á huir de su presencia. Franz, lleno de recelo, lo reconoce al fin, y acuerda que lo mate Daniel, antiguo servidor de la familia; pero éste le reconoce también á su vez, y Carlos, entreviendo algo de la trama indigna urdida contra él, se propone alejarse del castillo para no sacrificar á su hermano. Antes de hacerlo, sin embargo, tiene con Amalia una entrevista en el jardín, huyendo él, por no descubrirse á ella del todo. Los ladrones lo esperan mientras tanto en un monte inmediato al castillo, junto á otro castillo arruinado, en donde Schweizer mata á Spiegelberg de una puñalada, al enterarse de que intentaba asesinar á traición al capitán. Llega éste; y al quedarse solo, mientras duermen los ladrones, averigua que su padre vive en las bóvedas de este castillo arruinado por orden de Franz, debiendo su vida á

la compasión de Hermann, que lo mantiene secretamente, por miedo á Franz. Carlos habla con su padre sin ser conocido de él, y, lleno de indignación al escuchar de sus labios las horribles maldades de su hermano, manda á Schweizer que con otros bandidos se apodere de Franz, y lo traiga vivo á su presencia.

Daniel, en el acto quinto, se prepara á la media noche á huir de aquel castillo maldito, cuando encuentra á su amado levantado también, víctima de una pesadilla espantosa, hija de sus maldades. Mándale que llame á un sacerdote, con el cual discute impiamente sobre la existencia de Dios y la justicia divina. De repente sobrevienen aterrados sus servidores, y le anuncian que han huido Amalia y el Conde, y que los ladrones sitian el castillo é intentan apoderarse del asesino que lo habita. En tan apurado trance Franz se suicida, ahorcándose con la cadena de oro que lleva al cuello; y Schweizer, encontrándolo muerto y no pudiendo llevarlo vivo á su capitán, como éste le habia ordenado, se mata también de un pistoletazo. Carlos Moor, solo mientras tanto con su padre, logra de él, sin darse á conocer, que lo bendiga y lo bese. Llega después Amalia; Carlos confiesa sus crímenes á su padre, que muere al oírlo; y cuando se deja vencer de su amor á Amalia, que siempre lo adora, los bandidos le reconviene, le recuerdan sus juramentos, y lo obligan á matar primero á Amalia, y despues á separarse de ellos y á entregarse voluntariamente á la justicia.

LOS LADRONES

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

MAXIMILIANO, <i>Conde de Moor</i>		KOZINSKY, } <i>libertinos.</i>
CARLOS, } <i>sus hijos.</i>		SCHWARTZ, }
FRANZ. }		HERMANN, <i>h j, bastardo de un</i>
AMALIA DE EDELICO.		<i>noble.</i>
SPIEGELBERG,		DANIEL, <i>criado de la casa del</i>
SCHWEIZER,		<i>Conde de Moor.</i>
GRIMM, } <i>libertinos.</i>		MOSEK, <i>pastor protestante.</i>
RAZMANN, }		<i>Un religioso.</i>
SCHUFTERLE, }		<i>Bandas de ladrones.</i>
ROLLER,		<i>Personajes secundarios.</i>

El lugar de la acción, Alemania. Tiempo, unos dos años.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Franconia.—Sala del Castillo de Moor.

FRANZ.—El anciano MOOR.

FRANZ.—Pero ¿os sentís bueno, padre? ¡Pareceis tan pálido!

MOOR.—Completamente bien, hijo mio... ¿Qué querías decir?

FRANZ.—Ha llegado el correo... una carta de nuestro corresponsal en Leipzig.

MOOR. (Con curiosidad.)—¿Nuevas de mi hijo Carlos?

FRANZ.—¡Qué sé yo!... Sí, las hay; pero temía... no estoy seguro... si yo... por vuestra salud... ¿Estáis verdaderamente bueno, padre mío?

MOOR.—¡Como el pez en el agua! ¡Escribe algo de mi hijo?... ¿De qué proviene tu inquietud? Dos veces me has preguntado lo mismo.

FRANZ.—Si estáis enfermo... ó si abrigáis la más leve sospecha de estarlo, dejadme... os lo diré en ocasión más oportuna. (Entre dientes.) Esta noticia no es para enfermos.

MOOR.—¡Dios mío, Dios mío! ¿qué será?

FRANZ.—Permitid que antes me aparte á un lado, y derrame una lágrima de compasión por mi perdido herma-

no...; debía callarme eternamente... porque es hijo vuestro; debía ocultar eternamente su oprobio... porque es mi hermano... Pero obedeceros es mi principal, mi triste deber... perdonadme por tanto.

MOOR.—¡Oh Carlos, Carlos! ¡Si tú supieras cómo atormenta tu conducta, el corazón de tu padre! ¡Cómo una nueva alegre de tí alargaría diez años mi vida... me rejuvenecería!... mientras que ahora, todas ellas ¡ay de mí! me acercan más al sepulcro!

FRANZ.—Si es así, anciano, adios... todos deberíamos hoy arrancarnos los cabellos sobre tu féretro.

MOOR.—¡No te vayas!... Solo un pequeño paso le queda... ¡déjalo que haga su voluntad! (Con el mayor abatimiento.) Los pecados de sus padres los visitarán hasta la tercera y cuarta generación... déjalo cumplir esta ley.

FRANZ. (Sacando la carta del bolsillo.)—¿Conocéis á nuestro corresponsal? ¡Mirad! De buen grado diera yo los dedos de mi mano derecha por decir que es un embustero, un embustero detestable y ponzoñoso... ¡Ánimo! Perdonadme si no consiento que leais la carta... No debéis saber todo cuanto dice.

MOOR.—¡Todo, todo, hijo mio! tú me libras de emplear mentiras.

FRANZ. (Leyendo.)—«Leipzig, 4.º de Mayo... Si no me obligase una promesa irrevocable, oh amigo mio el más querido, á no ocultarte nada sobre la suerte de tu hermano, que haya llegado á mi noticia, jamás convertiría mi pluma en instrumento de tortura para tí. Centenares de cartas tuyas me indican que noticias de esta especie atraviesan tu fraternal corazón; paréceme como si te viese ya, á causa de ese indigno y nefando...» (Moor se oculta el [rostro].) Advertid, padre, que sólo os leo lo más leve... «á causa de ese nefando hermano, derramar millares de lágrimas...» ¡Ay de mí! ¡Sí, corren ya... corren á torrentes por estas mejillas con-

pasivas!... «parecíame como si contemplara á tu anciano y respetable padre, pálido como la muerte...» ¡Jesús María! lo estáis ya, antes de saber nada.

MOOR.—¡Prosigue, prosigue!

FRANZ.—«...Pálido como la muerte, desplomarse en su asiento y maldecir el día en que pronunció balbuceando el nombre de padre por primera vez. No se ha podido descubrir todo, y sólo te digo una parte de lo poco que ha llegado á mi noticia. Tu hermano ha colmado, según parece, la medida de su infamia; yo, por lo menos, creo que no es posible hacer más, á no ser que su genio supere en mucho al mío. Ayer, á la media noche, tomó la magnánima resolución, después de contraer una deuda de 40.000 ducados...» Bonita suma, padre... «después de seducir á la hija de un rico banquero y de herir mortalmente en desafío á su galán, estimable joven de una posición distinguida, tomó la resolución, repito, de sustraerse al poder de la justicia en compañía de otros siete libertinos, á quienes habla persuadido que le siguiesen en su borrascosa vida...» ¡Padre! ¡Por Dios Santo! ¡Padre! ¿cómo os sentís?

MOOR.—¡Basta! ¡Deja esto, hijo mío!

FRANZ.—Quiero callaros... «Se han dado sus señas, los ofendidos piden justicia á gritos, su cabeza se ha puesto á precio... el nombre de Moor...» ¡No! mis labios temblorosos no han de asesinar á mi padre! (Rompe la carta.) ¡No creedlo, padre! ¡No creed una sola palabra!

MOOR. (Llorando amargamente.)—¡Mi nombre!... ¡Mi honroso nombre!

FRANZ. (Abrazándolo.)—¡Infame, tres veces infame Carlos! ¡No lo adivinaba yo, cuando, todavía niño, perseguía á las jóvenes de su edad, vagaba por montes y prados con los chicuelos de las calles y la canalla, huía de la iglesia como el criminal de la cárcel, y los cuartillos que os sacaba los echaba en el sombrero del primer mendigo, mientras que

todos los demás de casa nos dedicábamos á mejorarnos con plegarias religiosas y leyendo libros devotos?... ¿No lo adivinaba yo, cuando prefería á la lectura del libro de Tobías y de su penitencia la de las aventuras de Julio César, de Alejandro Magno y de otros pecadores paganos?... Cien veces os lo anuncié, porque mi amor á él se contuvo siempre en los límites del deber filial. ¡Cien veces os dije que este niño nos deshonoraría y nos reduciría á la miseria!... ¡Ojalá que no llevase el apellido de Moor, que mi corazón no lo amase tanto! Este cariño mundano, que no puedo dominar, me acusará á voces ante el tribunal de Dios.

MOOR.—¡Ay de mis proyectos y de mis sueños dorados!

FRANZ.—Lo sé bien. Esto es precisamente lo que yo decía. Ese ardor que bulle en su pecho infantil, repetiais siempre, que tan sensible lo hace á todos los encantos de lo grande y de lo bello; esa franqueza de su carácter, que brilla en sus ojos; esa compasión, que lo obliga á simpatizar llorando con todos los sufrimientos; ese ánimo varonil, que lo lleva á la copa de las encinas seculares y lo arrastra á los fosos, á las empalizadas y á los torrentes; esa ambición juvenil, esa obstinación inflexible, y todas las bellas y brillantes cualidades que germinan en el preferido de su padre, lo convertirán un día en apasionado amigo, en ciudadano excelente, en un héroe, en un hombre grande, grande... ¿Lo veis ahora, padre...? Ese ardor que en él bullía se ha desarrollado, se ha extendido y ha dado sus naturales frutos. ¡Ved cuán lindamente se ha trocado en cinismo esa franqueza! ¡Ved esa sensibilidad exquisita! ¡con qué ternura arrulla á las coquetas, cómo se deja seducir por los encantos de una Phryné! ¡Ved cómo su fogoso carácter ha consumido en sólo seis años, tan neciamente, el alimento de su vida, que está á punto de sucumbir, y entonces llegan algunas gentes que no se avergüenzan de decir: *c'est l'amour qui a fait ça!* ¡Ay de mí! Observad, sin embargo, cómo esta

inteligencia osada y emprendedora concibe y ejecuta planes, comparados con los cuales nada son las heroicidades de un Cartouche ó de un Howard...! Y si tan pródigos gérmenes maduran, ¡cuántas perfecciones se pueden esperar de una edad tan tierna...? ¡Acaso, padre, viváis lo bastante para contemplarlo gozoso al frente de un ejército en el sagrado santuario de las selvas, y aligerando al cansado caminante de la mitad de su carga...! ¡Quizás os sea concedido, antes de bajar al sepulcro, hacer una peregrinación á un monumento levantado en su honor, entre el cielo y la tierra... ¡Acaso, oh padre, oh padre, oh padre, habréis de buscar otro apellido, para evitar que os señalen con el dedo los comerciantes al por menor, y los vagos que hayan visto retratado á vuestro señor hijo en la plaza del mercado de Leipzig.

MOOR.—Y ¡también tú, mi Franz, también tú? ¡Oh, hijos míos! ¡cómo me desgarráis el corazón!

FRANZ.—Ya veis que también puedo parecer ingenioso, aunque mi ingenio sea como el aguijón del escorpión... Y después, el seco, el vulgar, el frío, el alma de cántaro, Franz, el que cargaba con la variedad de injuriosos epítetos que os sugería el contraste que formábamos ambos, cuando se sentaba en vuestras rodillas ó pellizcaba vuestro rostro... ese Franz morirá en sus tierras y será olvidado, mientras la gloria de ese genio universal volará de un polo á otro... ¡Ah! el frío, el seco, el alma de cántaro, Franz, con las manos juntas ¡oh cielos! te da las gracias... de no ser como él.

MOOR.—¡Perdóname, hijo mío! no te encolerices contra un padre que ha visto defraudados sus deseos. Dios, que por causa de Carlos me obliga á derramar tantas lágrimas, te convierte á tí, oh Franz, en el paño que las enjuga.

FRANZ.—Sí, padre; él secará tus ojos. Vuestro Franz empleará su vida en prolongar la vuestra. Será el oráculo

que yo consultaré con predilección para cuanto haya de hacer, el espejo en que todo lo mire...; ningún deber es tan sagrado para mí, que no esté pronto á quebrantarlo, si su violación importa á vuestra preciosa existencia... ¿Mo creéis?

MOOR.—Tú has de cumplir todavía deberes supremos, hijo mío. ¡Dios te bendiga por lo que has sido y por lo que serás!

FRANZ.—Decidme al fin ahora: ¿seríais feliz si no hubierais de llamar vuestro á ese hijo?

MOOR.—Calla ¡oh! calla. Cuando al nacer me lo presentaron, lo elevé hácia el cielo y exclamé: ¿No soy yo un padre feliz?

FRANZ.—Lo dijisteis, sin duda. Pero ¿ha sido así? Envidiáis al más miserable de vuestros labriegos el no ser su padre... No os faltarán penas mientras tengáis ese hijo, y crecerán con Carlos, y os llevarán al sepulcro.

MOOR.—¡Oh! ¡Me ha hecho un viejo de ochenta años!

FRANZ.—Pero, en fin... ¡si os desentendierais de él por completo!...

MOOR. (Levantándose.)—Franz, Franz, ¿qué dices?

FRANZ.—¿No es ese amor por él la sola causa de vuestra aflicción? Sin ese amor, nada es para vos. Sin ese amor, censurable y punible, sería para vos como un muerto, como si no hubiese nacido. El corazón, no la carne y la sangre, es lo que nos hace padres é hijos. No amadle; ese aborto no será ya vuestro hijo, aunque fuese carne de vuestra carne. Hasta ahora ha sido la niña de vuestros ojos; pero si tu ojo te escandaliza, dice la Escritura, arráncalo. Vale más mirar con un ojo al cielo que con dos al infierno. Vale más ir sin hijos al cielo, que ambos, hijo y padre, al Averno. Así habla la divinidad.

MOOR.—¿Quieres que yo maldiga á mi hijo?

FRANZ.—¡No tanto, no tanto...! No maldeciréis á vuestro

hijo... ¿A quién llamáis vuestro hijo..? ¿A quien habéis dado la vida, y se esfuerza por todos los medios posibles en abreviar la vuestra?

MOOR.—¡Demasiado cierto es! Es una condenación que me alcanza, y el Señor lo ha hecho mi verdugo.

FRANZ.—Considerad cómo se conduce con vos vuestro hijo predilecto. Por vuestro amor paternal os ahoga, por él os asesina, y desgarrá vuestro corazón de padre, y os dá el golpe mortal. En cuanto dejéis de vivir es dueño de vuestros bienes, soberano de sus acciones. Desaparece el dique, y el río seguirá más libre su curso. Poneos en su lugar un momento. ¡Cuántas veces habrá deseado que cubra la tierra á su padre, cuántas que cubra á su hermano, tan incontrastable obstáculo á sus excesos! ¿Es esto pagar amor con amor? ¿Es gratitud filial á la benevolencia de un padre, por satisfacer el vano capricho de un instante, sacrificar diez años de su vida? Si embriagado de placer arriesga en un minuto la honra de sus abuelos, inmaculada por siete siglos, ¿le llamaréis hijo vuestro? ¡Responded! ¿Se llama esto hijo?

MOOR.—¡Un hijo cruel, ¡ay de mí! pero al cabo, mi hijo, al cabo, mi hijo!

FRANZ.—Un hijo el más amado, el más caro, cuyo único afán es no tener padre... ¡Oh! ¡cuánto os importaría conocerlo así! ¡cuánto que cayese la venda de vuestros ojos! Pero vuestra indulgencia le dá alas para cometer sus locuras, y vuestro comportamiento las justifica. De buen grado atejáis la maldición de su cabeza, y la condenación eterna caerá sobre la vuestra.

MOOR.—¡Justo, muy justo!... ¡Toda, toda la culpa es mia!

FRANZ.—Como muchos miles de hombres, que después de apurar la copa del deleite, se han enmendado sufriendo. ¿No es acaso el dolor físico, que acompaña á todo exceso, un signo de la voluntad divina? ¿Ha de menospreciarlo el

hombre por su funesta ternura? ¿Debe el padre arrastrar al eterno abismo á la prenda que le ha sido confiada?... Reflexionad, oh padre, que si lo abandonáis algún tiempo á su vida miserable, ni la dejará ni se corregirá. Y si prosigue siendo un malvado en esa escuela de depravación, entonces... ¡ay del padre que invalida con su condescendencia los acuerdos de la suprema sabiduría!... ¿Y ahora, padre...?

MOOR.—Quiero escribirle, diciéndole que levanto de él mi mano.

FRANZ.—Eso es lo justo y lo prudente.

MOOR.—¿Que no se presente más delante de mí!...

FRANZ.—Saludable será el efecto de esa decisión.

MOOR. (Con ternura.) — ¡Hasta que varíe de conducta!...

FRANZ. — ¡Muy bien, muy bien! Pero, ¿y si se cubre con hipócrita máscara, y llora para excitar vuestra compasión, y con lisonjas os pide perdón, y después huye, y en los brazos de sus cortesanas se burla de vuestra debilidad?... ¡No, padre! volverá voluntariamente cuando tenga su conciencia limpia.

MOOR.—Ahora mismo voy á escribirle.

FRANZ.—¡Deteneos; oid una palabra, padre! Me temo que vuestra ira, al escribir, os sugiera frases duras que desgarrarían su corazón... y además... ¿no creéis que interpretará como señal de vuestra benevolencia la circunstancia de que vos mismo le escribáis? Mejor será, pues, que yo me encargue de hacerlo.

MOOR.—¡Hazlo, pues, hijo mío!... ¡Ay de mí! ¡Me hubiera traspasado de dolor! Escríbele...

FRANZ. (Con precipitación.) — ¡Quedamos en esto!

MOOR.—Dile que lágrimas de sangre á millares, que noches infinitas de insomnio... ¡pero no lo desesperes!

FRANZ.—¿No queréis ya acostaros, padre? Mucho habéis padecido.

MOOR.—Escríbele que mi pecho paternal... Mucho cuidado con no desesperarlo. (Vase tristemente.)

FRANZ. (Siguiéndolo risueño con la vista.) — Consuélate, anciano, que nunca lo estrecharás contra tu pecho; el camino que lo traería hasta lograrlo, está para él tan vedado como el cielo para el infierno... Se había arrancado de tus brazos antes que tú lo supieras, ántes que pudieras desearlo... Un estúpido, digno de lástima, sería yo, sin duda, si no pudiera conseguir arrancar un hijo del corazón de su padre, aunque lo sujetaràn cadenas de bronce... A su alrededor he trazado un círculo mágico de maldición, que no traspasará nunca... ¡Dichoso eres, oh Franz! léjos está ya el hijo más querido... limpio está ya el monte. Hagamos desaparecer este papel, porque cualquiera averiguaría sin trabajo que está escrito de mi mano. (Coge los pedazos de la carta que ha roto.) La pena se llevará también pronto al viejo... y á ella le arrancaré este Carlos del pecho, aunque también le arranque la mitad de su vida.

Tengo razón sobrada para rebelarme contra la naturaleza; y á fe mía, que la haré valer... ¿Por qué no he sido yo el primero en salir de las entrañas de mi madre? ¿Por qué no he sido yo el único? ¿Por qué me ha impuesto esta carga de la fealdad? ¡Y á mi solo! Como si el nacer yo hubiera sido un resto, no una obra suya completa. ¿Por qué yo solo he de tener esta nariz de lapón, estos labios de negro, estos ojos de hotentote? Yo creo, en verdad, que ha reunido en un solo haz todas las deformidades humanas y las ha acumulado en mi persona. ¡Muerte y condenación! ¿Quién la ha facultado para darle todo á uno y despojar por completo á otro? ¿Quién puede hacerle la corte antes de nacer? ¿Quién ofenderla antes de existir? ¿Por qué tan parcial en sus obras?

¡No, no! Yo soy con ella injusto. Nos dotó de inventiva, nos depositó desnudos y pobres en las orillas de este in-

menso océano del mundo... ¡Que nade el que pueda, y el que no sepa, que se ahogue! Nada más me dió; lo que yo quiera ser es sólo de cuenta mía; cada cual tiene igual derecho á lo máximo y á lo mínimo; una pretensión destruye otra, una tentativa á otra; una fuerza á otra fuerza. El derecho pertenece al más poderoso, y nuestras leyes son los límites de nuestra pujanza.

Verdad es que se alegan ciertos pactos comunes, concertados para arreglar el mundo. ¡Nombres respetables!... en realidad rica moneda, que se puede manejar magistralmente por quien la entienda, para sacar provecho. ¡La conciencia!... ¡oh, sí, sin duda, lindo espantajo para ahuyentar de los cerezos á los gorriones!... ó letra de cambio bien escrita, de la cual en sus apuros se utiliza el que quiebra.

¡Instituciones muy loables, en efecto, para tener á raya á los necios y hollar al pueblo, á fin de favorecer á los escogidos! ¡Instituciones endiabladas, sin duda! Compárolas con las empalizadas que mis colonos construyen alrededor de sus tierras, para que no las pasen las liebres ni se detengan en ellas!... Pero el privilegiado señor hince las espuelas á su caballo, y galopa sin miedo por los sembrados.

¡Pobre liebre! Triste papel es representar en este mundo á las liebres... Pero el privilegiado señor las aprovecha.

Así, pues, ¡adelante! Quien nada teme no es menos poderoso que aquel á quien todos temen. Moda es ahora llevar hebillas en los pantalones para apretarlos ó aflojarlos á voluntad. Queremos por tanto forjarnos una conciencia á la última moda, para lavarla de lo lindo cuando nos acomode. Si no, ¡quejaos al sastre! He oído charlar mucho de cierta cosa que llaman la fuerza de la sangre, capaz de trastornar la cabeza á un buen hombre... ¡Este es tu hermano! ó, lo que es lo mismo, éste ha salido del mismo horno que tú... ¡sea, pues, sagrado para tí! Observad bien

lo que significan estas absurdas consecuencias, estas ridículas deducciones de que la armonía de las almas depende del parentesco de los cuerpos, la de los sentimientos de la comunidad de la patria, y de la identidad de alimentos la de las inclinaciones. Pero vayamos más lejos... ¿es tu padre, te ha dado la vida, y eres su carne y su sangre... sea, por tanto, sagrado para tí! ¡Otra donosa consecuencia! Quisiera yo preguntar por qué me ha dado la vida. Sin disputa, no por amor á mí, porque yo antes debiera existir. ¿Sabía él acaso lo que yo había de ser? ¿Me ha conocido antes de darme la vida? ¿Deseaba siquiera que yo existiese? ¿Ha pensado sólo en mí? No le aconsejaría que lo hubiese hecho, porque hasta podría exigirle la responsabilidad de su acción. ¿Le de agradecerle que yo haya llegado á ser un hombre? Tampoco podría acusarlo de haber sido mujer. ¿Puedo yo estimar un afecto que no se funda en la consideración á mí mismo? ¿Puede haber esa consideración hacia mí, que sólo nacería supuesta mi existencia? Lo sagrado, pues, ¿en qué se apoya? ¿Acaso en el acto mismo que me dió el sér? Pero ese acto no es otra cosa que un resultado de un instinto animal, para satisfacer apetitos que también lo son. ¿Depende, porventura, de los efectos de ese acto, no otra cosa, en definitiva, que una necesidad imperiosa que se maldeciría de buen grado si no fuera porque interesa á nuestra carne y á nuestra sangre? ¿Debo yo, por consiguiente, ser con él benévolo porque me ame? Es una vanidad de su parte, el pecado original de todos los artistas, que se recrean en sus obras por grande que sea su deformidad... Convid, por lo dicho, que todo esto no es más que una fórmula de encanto, envuelta en una nube veneranda, para abusar de nuestra pusilanimidad. ¿Debo dejarme llevar de la mano ciegamente como un niño?

¡A trabajar, por tanto, en mi obra sin tardanza! Arran-

caré de raíz todos los obstáculos, que me impiden ser aquí el primero. Sí, lo seré por la violencia, ya que la amabilidad es inútil. (Vase.)

ESCENA II.

Posada en las fronteras de Sajonia.

CARLOS MOOR, absorbido en la lectura, y SPIEGELBERG, bebiendo sentado á una mesa.

CARLOS. (Dejando el libro.) — Me hasta nuestro siglo, insaciable de tinta, cuando leo en mi Plutarco las vidas de los grandes hombres.

SPIEGELBERG. (Ofreciéndole un vaso y bebiendo.) — Debías leer á Josefo.

MOOR. — Extinguióse ya la viva y brillante centella de Prometeo, y le ha sustituido la de los pirotécnicos... fuego artificial, que ni aun encender puede una pipa de tabaco. Arrástranse, pues, como las ratas por la maza de Hércules, y se devanan los sesos en averiguar en virtud de qué causa la humanidad se propaga. Un abad francés enseña que Alejandro fué cobarde como una liebre; un catedrático tísico, que aspira á cada palabra un frasco de amoniaco, diserta ante sus discípulos sobre la fuerza. Personajes que se desmayan después del coito censuran la táctica de Aníbal... y chicuelos miserables pescan frases sobre la batalla de Cannas, y gimen haciendo muecas por la victoria de Escipión, que han de exponer.

SPIEGELBERG. — Eso es llorar á lo elegiaco alejandrino.

CARLOS. — Preciada recompensa de vuestros sudores en el campo de batalla el vivir ahora en un colegio, y envol-

ver trabajosamente vuestra inmortalidad con una correa para atar los libros. Rico premio de vuestra sangre derramada servir para que guarde sus bollos un mercader de Nuremberg... ó, si la fortuna sonríe, ser llevado sobre zancos por un autor trágico francés, y moverse con los hilos de los polichinelas. ¡Ah, ah, ah!

SPIEGELBERG.—Lee á Josefo; yo te lo ruego.

CARLOS. — ¡Quita allá! ¡Pobre siglo de superficiales cómicos, útil sólo para mascar los hechos de los tiempos pasados, rebajar con sus comentarios á los héroes de la antigüedad, y desfigurarlos en sus tragedias. El vigor de sus riñones ha desaparecido, y la cerveza sola ayuda al hombre á propagar su especie.

SPIEGELBERG.— ¡Té, hermano, té!

CARLOS.—Aprisionan la sana naturaleza en insípidas convenciones; no tienen corazón para vaciar un vaso de vino, porque los enferma; lamen la mano del limpiabotas, para que les facilite ver á los potentados, y se burlan del pobre diablo á quien no temen. Se adoran unos á otros por una comida, y se envenenarian por un jergon que se hubiese apropiado otro, ofreciendo más en una almoneada... Condenan al saduceo que no visita la iglesia á menudo, y calculan junto al altar sus usuras... Se prosternan para limpiar en público el polvo de sus rodillas; no separan sus ojos del sacerdote, para apreciar si su peluca está bien empolvada; se desmayan si ven correr la sangre de un ganso, y aplauden cuando sus rivales salen perdidos de la Bolsa. Yo les apretaba las manos con tanto ardor... «Esperemos otro día...» ¡En vano! ¡El perro á su perrera! ¡Súplicas! ¡Juramentos! ¡Lágrimas! (Golpeando el suelo con el pié.) ¡Infierno y demonio!

SPIEGELBERG.—Y por solo dos mil miserables ducados...

CARLOS. — No, no puedo pensar en eso. He de encerrar mi cuerpo en un corsé, y someter mi voluntad á la presión

de la ley. La ley ha convertido en paso de tortuga lo que hubiéra volado como el águila. La ley no ha formado ningún hombre grande, y sólo la libertad engendra colosos y cosas insólitas. Pero ¡apririonarse en el vientre de un tirano; satisfacer servilmente los desordenados caprichos de su estómago, y sufrir sus impurezas!... ¡Ah! ¡si entre tanta escoria brillase al fin el genio de Hermann!... Que me pongan á la cabeza de un ejército compuesto de hombres como yo, y Alemania será una república junto á la cual Roma y Esparta parecerán conventos de monjas. (Arroja su espada sobre la mesa, y se levanta.)

SPIEGELBERG. (Dando un salto.) — ¡Bravo! ¡bravísimo! Ahí quiero yo vorto. Algo quiero decirte al oído, Moor, que se revuelve ha tiempo en mi mente, porque tú eres el hombre á propósito para... ¡bebe, hermano, bebe!... ¡qué fortuna si llegásemos á ser judíos y restaurásemos su reino!

CARLOS. (Riendo á carcajadas.) — ¡Ah! Observo yo ahora... observo yo ahora... que has de tener tus razones para poner la circuncisión á la moda.

SPIEGELBERG. — ¡Diantre! Sí, sin duda; pero confiesa que mi plan es hábil y magnánimo. Hacemos circular un manifiesto por todo el mundo, y damos cita en Palestina á todos los que no comen carne de cerdo. Yo pruebo entonces con documentos auténticos que Herodes, el Tetrarca, fué ascendiente mío en línea recta, y yo su sucesor legítimo. Gran triunfo, oh compañero, será ponerlos de nuevo al abrigo, reedificando á Jerusalén. Y entonces, echamos á los turcos del Asia, cuando el hierro está caliente, y cortamos cedros del Libano, y construimos navios, y el pueblo entero traficará con galones y hebillas. Mientras tanto...

CARLOS. (Que le toma riendo la mano.) — Camarada, acabáronse ya las locuras.

SPIEGELBERG. (Atónito.) — ¡Cómo? ¡No querrás representar hasta el fin el papel del hijo pródigo, un hombre como

tú, que has arañado más rostros con tu espada que nombres de personas escrito tres escribanos en su libro de providencias durante un año bisextil! ¿Debo repetirte los suntuosos funerales de tu perro? ¡Ah! ¿He de representar ante tí tu propia imágen, para inspirar fuego en tus venas, si ninguna otra cosa te enardece? ¿Olvidas cómo esos señores del colegio rompieron una pierna á tu perro, y tú, para vengarte, ordenaste que ayunaran todos en la ciudad? Burlábanse de tu rescripto; pero tú, no ocioso, compraste toda la carne de L..., y á las ocho horas no había un hueso que roer en todos los arrabales, y aumentó el precio del pescado. El pueblo y los magistrados todos respiraban venganza. Entonces nos reunimos setecientos estudiantes, mandados por tí, y detrás los carniceros, los sastres y los mercaderes, y los posaderos y barberos, y todos los gremios, y juramos tomar por asalto la ciudad, si se arrancaba un solo cabello de la cabeza de un estudiante. Todo salió á pedir de boca, y hubieron de retirarse con un palmo de narices. Congregaste doctores, un concilio completo, y ofreciste tres ducados al que recetase algo al perro. Sospechábamos que esos señores serían demasiado orgullosos, y se negarían, y habíamos convenido en obligarlos á la fuerza. Pero no fué necesario, porque los señores pidieron á gritos los tres ducados, y pujando unos y otros, bajaron hasta tres batzes. En el espacio de una hora se escribieron doce recetas, y así el pobre animal reventó á poco.

CARLOS. — ¡Indignos personajes!

SPIEGELBERG. — Preparóse un entierro suntuoso, y apiñada muchedumbre, acompañando al perro, entonaba en su loor tristes endechas; y nosotros, por la noche, unos mil estudiantes, con la linterna en una mano y la tizona en la otra, recorrimos la ciudad al fúnebre tañido de las campanas y campanillas, hasta que el animal fué sepultado. Hubo despues un banquete que duró hasta el otro día; y tú, movido

de generosa compasión hacia aquellos señores, hiciste vender la carne á la mitad de su precio. *¡Mort de ma vie!* Entonces fuimos respetados, á fuer de guarnición en fortaleza conquistada...

CARLOS. — Y ¿no te avergüenzas de celebrar todo esto? ¿No conservas el pudor suficiente para ruborizarte de tales locuras?

SPIEGELBERG. — ¡Véte, véte! Tú no eres ya Moor. ¿No recuerdas cuántos millares de veces, con la botella en una mano, has tirado tu viejo sombrero, exclamando: ¡Que él ahorre y atesore; yo lo tragaré todo!... ¿No lo recuerdas? ¡eh! ¿No lo recuerdas aún? ¡Oh fanfarrón desdichado y miserable! Así hablan los hombres y los caballeros, pero...

CARLOS. — ¡Maldito seas por recordármelo! ¡Maldito yo por haberlo dicho! Hicelo, en verdad, excitado por el vino, y sin que oyese mi corazón las palabras pronunciadas por mi lengua.

SPIEGELBERG. (Moviendo la cabeza.) — ¡No, no, no! No puede ser. Imposible, hermano; tú no hablas formalmente. Dime, hermanito, ¿no es la necesidad la que ahora te domina? Ven aca, voy á contarte una historieta de mi infancia. Junto á mi casa había un foso, que tenía por lo menos sus ocho pies de ancho, y todos los muchachos rivalizábamos en saltarlo. ¡Vanamente! ¡Pum! Caíamos dentro, y los demás se burlaban y refan, y llovían sobre él bolas y bolas de nieve. También cerca de mi casa había un perro de un cazador atado á una cadena, tan perverso, que como un relámpago se tiraba á las espaldas de las jóvenes, cuando se descuidaban y pasaban á su alcance. Uno de mis goces más intensos era hacerle rabiarse siempre que podía, riéndome de todo corazón cuando me devoraba furioso con los ojos, y hubiera saltado contra mí si pudiera... Pero ¿qué sucedió? Otro día repetí mi acostumbrada maniobra, con tan funesta suerte, que dándole una fuerte pedrada en las costillas,

arrancó la cadena de improviso y se tiró á mí, haciéndome correr desalado... ¡Mil diablos! El fatídico foso se me puso delante. ¿Qué hacer en tal apuro? El perro, rabioso, casi tocaba á mis talones; la resolución había de ser instantánea; tomé vuelo y salté al otro lado. Debí al salto mi piel y mi vida, porque si no, el maldito animal me hubiese destrozado.

CARLOS.—Y ¿con qué fin lo cuentas?

SPIEGELBERG.—¿Para qué?... Para que comprendas la fuerza que da la necesidad. Por eso no me aturdo cuando me me veo en algún peligro. El valor crece con el riesgo; los bríos se triplican en los lances apretados. El destino ha dispuesto, sin duda, que sea yo un hombre grande, cuando tantos estorbos suscita en mi camino.

CARLOS. (Con dolor.)—¡Ignoro para qué hemos de tener valor y para qué no lo hemos tenido!

SPIEGELBERG.—¿Es posible?... Y ¿querrás, acaso, consentir que se destruyan tus facultades? ¿que tus recursos queden enterrados? ¿Piensas que tus calaveradas en Leipzig sean el último esfuerzo del linaje humano? Corramos antes el gran mundo. ¡París y Lóndres!, en donde merece que le den de bofetadas el que llama á otro hombre honrado. Júbilo sin igual produce al alma hacer las cosas en grande... ¡Te quedarás estupefacto! ¡Te harás todo ojos! Espera y verás falsificar manuscritos, tirar los dados con engaño, hacer saltar cerraduras y vaciar las entrañas á los cofres... Todo esto te lo enseñará Spiegelberg. La canalla que tiene expeditos sus cinco dedos, y se deja morir de hambre, merece ser colgada en la horca más próxima.

CARLOS. (Distráido.)—¿Cómo? ¿Has ido más allá todavía?

SPIEGELBERG.—Creo, á la verdad, que desconfías de mí. ¡Deja que el entusiasmo me anime! Has de ver maravillas. Tus sesillos han de dar vueltas en tu cabeza, cuando mi sutil ingenio dé á luz sus naturales frutos... (Levantándose

con entusiasmo.) ¡Cuán grande es la claridad de mi entendimiento! Sublimes ideas brotan en mi alma. Planes gigantes fermentan en mi imaginación creadora. Endiablada soñolencia (Dándose una palmada en la frente) que hasta ahora había encadenado mis sentidos, deteniendo y aplazando mis proyectos. ¡Despierto, siento lo que soy y... lo que seré!

CARLOS.—Eres un loco. El vino llena tu cabeza.

SPIEGELBERG. (Con más calor.) Spiegelberg, se dirá, ¿es posible que hagas sortilegios? Es lástima que no hayas sido general, Spiegelberg, dira el Rey; tú hubieras hecho pasar á los austriacos por un ojal. Sí, oigo lamentarse los doctores de que yo haya cometido el yerro indisculpable de no haber estudiado medicina, porque hubiese descubierto unos polvos nuevos contra las escrófulas. ¡Ay de mí! Y si se hubiese consagrado al estudio de la Hacienda, dirán los Sullys suspirando en sus gabinetes, de las piedras hubiera hecho surgir por encanto luises de oro. Y el nombre de Spiegelberg será aclamado en Oriente y Occidente, y mientras vosotros os revolveréis en el lodo, vosotros miserables, vosotros sapos, Spiegelberg volará raudo, con sus alas extendidas, al templo de la fama.

CARLOS.—¡Que la dicha te acompañe! Sube por las columnas de la infamia á la cúspide de la gloria. A la sombra de los arboledas de mi casa patrimonial, en los brazos de mi Amalia me atraen placeres más nobles. La semana pasada pedí ya perdón á mi padre, sin llamarle nada, y cuando se procede con lealtad, la compasión y la ayuda no faltan. Despidámonos, pues, Mauricio. Hoy será el último día en que nos veamos. El correo ha venido. El perdón de mi padre está ya dentro de las murallas de esta ciudad.

(Schweizer, Grimm, Roller, Schusterle, y Razmann entran.)

ROLLER.—¿Sabéis lo que nos han dicho?

GRIMM.—¿Que nos prenden en el instante más impensado?

CARLOS.—No me extraña. Pero suceda lo que quiera. ¿No habéis visto á Schwartz? ¿No os ha hablado de una carta para mí?

ROLLER.—Lo supongo, porque te busca hace tiempo.

CARLOS.—¿En dónde está? ¿En dónde, en dónde?

(Quiere salir.)

ROLLER.—¿Quédate aquí! Le hemos dicho que venga á buscarnos. ¿Tiemblas?

CARLOS.—No. ¿Por qué he de temblar? ¡Compañeros! Esta carta... ¡Alegraos también! Yo soy el más feliz de los hombres. ¿Por qué, pues, he de temblar? (Entra Schwartz.)

CARLOS. (Corriendo á su encuentro.)—¡Hermano, hermano! ¡La carta, la carta!

SCHWARTZ. (Dándole la carta, cuyo sobre rompe Carlos apresuradamente.)—¿Qué tienes? Te has puesto tan blanco como la pared.

CARLOS.—¡Letra de mi hermano!

SCHWARTZ.—Pero Spiegelberg ¿qué hace?

GRIMM.—Ha perdido la chaveta. Hace gestos como si tuviera el baile de San Vito.

SCHUFTERLE.—Su razón está bailando en círculo. Yo creo que hace versos.

RAZMANN.—¡Spiegelberg! ¡Eh, Spiegelberg!... Ese animal no oye.

GRIMM. (Sacudiéndolo.)—¿Sueñas, hombre, ó...?

SPIEGELBERG. (Que mientras tanto ha hecho en un rincón pantomima de proyectista, se levanta de improviso, gritando.—¡La bolsa ó la vida! ¡Coge por la cintura á Schweizer, que lo despide contra la pared. Carlos tira la carta al suelo, y sale de la escena corriendo. Todos se levantan.)

ROLLER. (Detrás de él.)—Moor, ¿adónde vas? ¿qué intentas?

GRIMM.—¿Qué tiene? ¿qué tiene? Está pálido como un muerto.

SCHWEIZER.—¡Noticias agradables! Veamos

ROLLER. (Cogiendo la carta del suelo y leyendo.) — «Desdichado hermano.» El principio promete. «Sólo he de decirte en pocas palabras que tu esperanza es vana... Hás de llegar, según me encarga nuestro padre, al término de tu conducta vergonzosa. No abrigues, pues, añade él, la ilusión de conseguir su perdón arrojándote á sus piés, si no te sometes á ser encerrado en la bóveda más honda de su castillo para vivir solo de pan y agua, hasta que tus cabellos crezcan como las plumas de un águila y tus uñas como sus garras. Tales son sus palabras. Mándame que cierre esta carta. Adiós para siempre. Te compadezco.

FRANZ DE MOOR.»

SCHWEIZER.—¡Un hermanito engarzado en oro! Y, en efecto... ¿se llama Franz ese canalla?

SPIEGELBERG. (Adelantándose insensiblemente.) — ¿Se habla de pan y de agua? ¡Soberbia vida! Otros son mis planes respecto á vosotros. ¿No decía yo que al fin cuidaré de vuestro porvenir?

SCHWEIZER.—¿Qué dice este carnero? ¿Que el asno se encargará al cabo de nosotros?

SPIEGELBERG.—Todos sois unas liebres, unos desvalidos, perros estropeados, si no tenéis corazón para aventuraros en alguna grande empresa.

ROLLER.—Lo seríamos, sin duda, si tuvieras razón... pero tu idea ¿nos sacará acaso de este condenado apuro? Di...

SPIEGELBERG. (Scrriendo desdeñosamente.) — ¡Pobre diablo! ¿Sacaros de esa situación? ¡Ja, ja, ja!... ¿Sacaros de esa situación?... ¡y tu cerebro, estrecho como un guante, no alambica más? ¿tu caballo se entra sin más ni más en la cuadra? Spiegelberg sería un miserable si se limitara á comenzar sólo las cosas. ¡Os digo que he de haceros héroes, barones, principes, dioses!

RAZMANN.—¡Mucho prometer es, en verdad! Pero siempre

será algo arriesgado que, por lo menos, pueda costarnos la cabeza.

SPIEGELBERG.—Basta sólo el valor, porque lo demás, en cuanto se roza con el ingenio, queda de mi cuenta. ¡Valor, pues, Schweizer! ¡Valor, Roller, Grimm, Razmann, Schuf-terle! ¡Valor!

SCHWEIZER.—¿Valor? Si basta sólo el valor... me sobra para atravesar descalzo el mismo infierno.

SCHUFTERLE.—Tengo yo el suficiente para pelearme con el diablo en persona bajo la horca, por el alma de un pobre pecador.

SPIEGELBERG.—¡Esto es lo que me place! Si tenéis, pues, ánimo, que se adelante uno de vosotros, y diga que tiene todavía algo que perder y nada absolutamente que ganar...

SCHWARTZ.—Ciertamente habría algo que perder, si yo quisiera trocarlo por lo que puedo ganar todavía.

RAZMANN.—¡Sí, por todos los diablos! Y algo que ganar, si yo quiero granjearme lo que no puedo perder.

SCHUFTERLE.—Si yo hubiera de perder cuanto llevo pres- tado en el cuerpo, mañana nada tendría ya que perder.

SPIEGELBERG.—Así, pues (Poniéndose en medio de ellos, con jurándolos.), si corre por vuestras venas una sola gota de heroica sangre alemana, venid. Iremos á los bosques de la Bohemia, formaremos allí una banda de ladrones, y... ¿Por qué me miráis así?... ¿se desvaneció ya vuestro átomo de valor?

ROLLER.—Tú no eres el primer bribón que haya mirado un poco más allá de la horca más alta... y, sin embargo, ¿qué otra cosa podemos elegir?

SPIEGELBERG.—¿Elegir? ¿Qué? ¿Nada podéis elegir? ¿Que- réis ser encerrados por deudas en la cárcel, y lamentaros allí hasta que suene la trompeta del Juicio final? ¿Queréis ganar trabajosamente un pedazo de pan con el azadón y la pala? ¿Queréis cantar tristes endechas á las gentes que es-

tán en las ventanas, para ganar una pobre limosna? ¿Queréis alistaros para llevar la mochila (suponiendo que vuestro aspecto inspire confianza) y al capricho de un cabo avinagrado purgar anticipadamente vuestras faltas? ¿ó marchar al són del tambor mientras os apalean? ¿ó en el paraíso de las galeras arrostrar todo el almacén de hierro de Vulcano? Ya veis cuántas cosas podéis escoger. Aquí tenéis en conjunto lo que se os ofrece.

ROLLER.—No va muy descaminado Spiegelberg. Yo tengo también mis planes, pero todos tienden á un fin. ¿Qué os parece el proyecto de reunirnos, y zurcir entre todos un manual, un almanaque ú otra cosa análoga, ó hacer críticas baratas, como ahora se usa?

SCHUFTERLE.—¡Al verdugo contigo! Tus proyectos son muy semejantes á los míos. Yo reflexionaba cómo te sentaría hacerte pietista, y dar semanalmente pláticas religiosas.

GRIMM.—¡Eso es! ¡y si no, ateos! Tapamos la boca á los cuatro evangelistas, dejamos que el verdugo quemie nuestros libros, y subimos como la espuma.

RAZWANN.—O salimos al campo contra los franceses... Conozco un doctor, que ha construido una casa de mercurio para sí, según reza el epigrama que se lee sobre la puerta.

SCHWEIZER. (Levantándose y dando la mano á Spiegelberg.)— ¡Mauricio, tú eres un grande hombre... ó un cerdo ciego ha encontrado una bellota!

SCHWARTZ. — ¡Sublimes planes! ¡Profesiones honradas! ¡Cómo simpatizan los caracteres magnánimos! ¡Sólo nos falta ya hacernos mujeres y alcahuetas, y llevar al mercado nuestra juventud!

SPIEGELBERG. — ¡Broma, pura broma! Y ¿qué os impide ponerlos de acuerdo? Mi plan os elevará á lo más alto, y ganaréis fama é inmortalidad. ¡Ved, pobres diablos! Es preciso tener ambición; y así también la gloria, ese plácido sentimiento de la inmortalidad...

ROLLER. — Y allá arriba figurar entre las gentes honradas. Tú, Spiegelberg, eres maestro en retórica, cuando te propones convertir en bribón á un hombre de bien... Pero dime sólo ahora en dónde está Moor.

SPIEGELBERG. — ¿Hablas de hombres de bien? ¿Crees que después lo serás menos que ahora? ¿A qué llamas tú hombre de bien? Librar á un bribón, ya maduro, de una tercera parte de sus cuidados, que ahuyentan sus gratos sueños; poner en circulación el dinero guardado; restablecer el equilibrio en su fortuna; en una palabra, evocar de nuevo la edad de oro, libertar al Señor misericordioso de incómodos huéspedes, y evitarle guerras, pestes, carestia y doctores... he aquí lo que yo llamo hombría de bien, lo que yo llamo digno instrumento en manos de la Providencia... y así, á cada bocado de carne asada que se come, tener el consolador pensamiento de haber ganado todo esto con su fusil, con su valor de león, con sus vigiliass... ser respetado de grandes y pequeños...

ROLLER. — Y, al fin, caminar hacia el cielo en cuerpo y alma, á pesar de la borrasca y del viento, á pesar del voraz apetito del viejo Saturno; y al sol, y á la luna y á las estrellas, balancearse hasta donde las aves irracionales del aire, atraídas por una noble curiosidad, celebran sus conciertos divinos, y en donde los ángeles de pezuña hendida se reúnen en solemne conciliábulo. ¿No es verdad?... y cuando los monarcas y potentados son roídos por los gusanos, recibir el honor de la visita del ave real de Júpiter... ¡Mauricio, Mauricio, Mauricio!... ¡Ojo, ojo al animal de tres pies!

SPIEGELBERG. — ¿Y esto te asusta, corazón de liebre? Algún genio universal, que hubiera podido regenerar el mundo, se consume en el pudridero, y no se habla de otra cosa durante un siglo, durante miles de años, cuando no faltan reyes y electores, de los cuales nada se diría si no

fuera por el miedo del historiador á dejar una laguna en la serie de sucesión, y por la ventaja de añadir un par de páginas á un libro que el editor le paga en buena moneda... Y cuando el viajero lo vea flotar al capricho del viento... «este no tenía agua en el cerebro,» dirá para sí, y suspirará deplorando la miseria de los tiempos que corren.

SCHWEIZER. (Dándole una palmada en el hombro.) — ¡Magistralmentè, Spiegelberg, magistralmente! ¿Qué diablos hacéis ahí temblando?

SCHWARTZ. — Y, aunque esto se llame prostituirse, ¿qué se deduce? ¿No es posible, por lo que sobrevenga, llevar siempre consigo unos polvillos que os encaminen en silencio al Averno, en donde ningún gallo canta? No, hermano Mauricio, tu proposición es buena. Mi catecismo es igual al tuyo.

SCHUFTERLE. — ¡Diantre! Y el mio también. Spiegelberg, me has conquistado.

RAZMANN. — Tú, como Orfeo, has acallado la voz chillona de mi conciencia. Tuyo soy en cuerpo y alma.

GRIMM. — *Si omnes consentiunt, ego non dissentio.* Observad bien, sin tardanza: en mi cabeza se organiza una subasta: pietistas... mercurio... críticos y bribones. El que más me ofrezca, me lleva. ¡Toma mi mano, Mauricio!

ROLLER. — ¿Y tú también, Schweizer? (Dando á Spiegelberg la mano derecha.) También yo vendo mi alma al diablo.

SPIEGELBERG. — ¡Y tu nombre á las estrellas! ¿Qué nos importa adónde va el alma? Cuando muchedumbre de mensajeros, enviados por nosotros, anuncien nuestra llegada, Satanás se pondrá su vestido de gala, limpiará sus pestañas del hollín de mil años, y cabezas cornudas á miriadas se asomarán por la boca fuliginosa de sus chimeneas de azufre, para presenciar nuestra entrada. ¡Camaradas! (Con entusiasmo.) ¡Vamos allá, camaradas! ¿Hay algo en el mun-

do que pueda compararse con este arrebato sublime? ¡Vamos, camaradas!

ROLLER. — ¡Poco á poco, sin embargo! ¡Poco á poco! ¿A dónde? Hijos míos, este monstruo ha de tener también su cabeza.

SPIEGELBERG. (Colérico.) — ¿Qué dice ese aguafiesta? ¿No existía la cabeza antes de moverse miembro alguno? ¡Seguidme, compañeros!

ROLLER. — Poco á poco, os digo yo. Hasta la libertad ha de tener su jefe. Roma y Esparta, sin poder supremo, hubieran de seguro sucumbido.

SPIEGELBERG. (Con dulzura.) — Sí... esperad... Roller habla bien. Y ha de ser una inteligencia clara. ¿Entendéis? Ha de ser un hombre sagaz y buen político. ¡Sí! Cuando yo reflexiono lo que érais una hora hace y lo que sois ahora... lo que sois, gracias á un feliz pensamiento... Sí... sin duda, sin duda necesitáis un caudillo, y el que ha concebido esa idea ¿no será en vuestra opinión un hombre sagaz y buen político?

ROLLER. — Si se pudiera tener esperanza... si se pudiera soñar... Pero temo que no lo hará.

SPIEGELBERG. — ¿Por qué no? ¡Dílo pronto, amigo!... Tan difícil es dirigir contra el viento á un buque que se resiste, como soportar el peso de una corona... ¡Habla sin miedo, Roller; quizás lo haga!

ROLLER. — Vano es nuestro proyecto, si no lo acepta. Sin Moor somos un cuerpo sin alma.

SPIEGELBERG. (Alejándose iracundo de él.) ¡Torpe!

MOOR. (Que es presa de violenta agitación, y recorre la escena en todos sentidos hablando consigo mismo.) — ¡Los hombres... ¡Los hombres! ¡falsos, hipócritas, engendro de codrilos! ¡Lágrimas sus ojos, su corazón de hierro! ¡Besos en los labios, puñales en su pecho! Leones y leopardos alimentan á sus hijuelos, y los cuervos sirven carroñas á los

suyos, y él, él... He aprendido á sufrir la maldad, y hasta puedo reirme cuando mi enemigo jurado bebe la sangre de mi corazón... pero si los lazos de la familia encubren la traición, y el amor paternal se trueca en furia, ¡oh! que el fuego abraza á la paciencia humana, que el inocente cordero se convierta en tigre rabioso, y que cada fibra se mueva sólo por la ira y por el espíritu de destrucción.

ROLLER.—¡Oye, Moor! ¿qué piensas tú de esto? ¿Es preferible la vida de bandido á vegetar en una cárcel á pan y agua en un profundo calabozo?

MOOR.—¿Por qué no ha de pasar mi espíritu al cuerpo de un tigre, que sacia en la carne humana su afán de mordeduras crueles? ¿Esto es fe paternal? ¿Esto pagar amor con amor? ¿Quisiera ser un oso, y excitar á los osos del Norte contra este linaje asesino!... ¡Arrepentimiento, pero no perdón!... ¡Oh si pudiera envenenar el Océano, para que fuesen mortales todas las fuentes! ¡Confianza, confianza absoluta, y fuera la compasión!

ROLLER.—Escucha, pues, Moor, lo que te digo.

MOOR.—¡Es increíble, un sueño, una ilusión!... Súplica tan conmovedora, pintura tan viva de la miseria y de arrepentimiento sincero... ¡las bestias salvajes hubieran sentido lástima! Las piedras hubieran derramado lágrimas, y, sin embargo... se creería que escribo un libelo lleno de hiel contra la naturaleza humana, si llego á decir... y no obstante, no obstante... Ojalá que yo pudiera tocar la trompeta de la rebelión en toda la naturaleza, y levantar al aire, á la tierra y á la mar contra esta raza de hienas.

GRIMM.—¡Oye, sin embargo; oye! Tu rabia no te deja oír.

MOOR.—¡Lejos de mí, lejos de mí! ¿No eres tú hombre? ¿No eres hijo de una mujer?... Quitate de mi vista, porque es humano tu rostro... ¡Y lo he amado de una manera tan indecible! ningún hijo ama así; mil vidas hubiese dado por él. (Dando en tierra colérico con el pié.) ¡Ah!... ¡Ojalá que pu-

sieran una espada ardiendo en mi mano, para herir este linaje de víboras! ¿Quién me dirá en dónde puedo alcanzar, destruir, aniquilar el germen de su vida? ¿Sería mi amigo, mi ángel, mi Dios... yo le adoraría!

ROLLER.—Amigos tuyos como estos queremos ser. Deja que te lo declaremos.

SCHWARTZ.—¡Ven con nosotros á los bosques de Bohemia! Formaremos una banda de ladrones, y tú...

(Moor lo mira atentamente.)

SCHWEIZER.—¡Tú serás nuestro capitán! ¡Tú serás nuestro capitán!

SPIEGELBERG. (Dejándose caer colérico en una silla.)—¡Esclavos y cobardes!

MOOR.—¿Quién te ha sugerido esa palabra? ¡Oye, compañero! (Agarrando á Schwartz con violencia.) No ha salido de tu alma humana. ¿Quién te ha enseñado esas palabras? Sí; ¡por la muerte de mil brazos! Eso queremos, eso debemos ser; esa idea merece la apoteosis. ¡Ladrones y asesinos! ¡Tan verdad como mi alma vive, que yo soy vuestro capitán!

TODOS. (Con gran vocerío.)—¡Viva el capitán!

SPIEGELBERG. (Levantándose de repente y aparte.) Hasta que yo le ayude.

MOOR.—Mira; ahora cae la venda de mis ojos, y comprendo mi locura en querer volver á mi jaula... Mi espíritu ansía actividad, y sólo libertad es ahora mi anhelo... ¡Asesinos, ladrones!... estas palabras ponen la ley bajo mis plantas... Entre los hombres no he encontrado la humanidad cuando yo la llamaba; lejos, pues, de mí toda simpatía y consideración humana... No tengo ya padre, no tengo amor, y la sangre y la muerte me harán olvidar que en el mundo hubo algo caro para mí... ¡Venid, venid!... ¡eh! Quiero distraerme horriblemente... Estamos, pues, conformes en que soy vuestro capitán, y loado para siempre sea

el que descuelle entre vosotros incendiando más y asesinando más cruelmente, porque os digo que será recompensado con esplendidez... Rodeadme, pues, todos, y juradme fidelidad y obediencia hasta la muerte... ¡Jdradlo por esta esforzada diestra!

Todos. (Dándole la mano.)—¡Nosotros te juramos fidelidad y obediencia hasta la muerte!

Moor.—Ahora por esta diestra varonil, yo os juro ser vuestro fiel y firme capitán hasta la muerte. Este brazo arrancará la vida á cualquiera de vosotros que tiemble, dude ó retroceda. Vuestro derecho es igual para hacer lo mismo conmigo si quebranto mi juramento. ¡Estáis satisfechos? (Spiegelberg se pasea furioso.)

Todos. (Tirando al aire sus sombreros.)—¡Estamos satisfechos!

Moor.—¡Vamos, pues! No temáis muertes ni peligros, porque nos impulsa un hado inflexible. A todos llega su día, ya en blandos cojines de pluma, ya en la confusión feroz de la pelea, ya en la horca ó en la picota. Así, de algunas de estas muertes hemos de perecer. (Vanse.)

SPIEGELBERG. (Siguiéndolos con la vista.)—Una laguna hay en tu enumeración. Has olvidado el veneno. (Vase.)

ESCENA III.

El castillo de Moor.—La habitación de Amalia.

FRANZ, AMALIA.

FRANZ.—¡Apartas de mí tus ojos, Amalia? ¿Soy yo menos que el maldito por mi padre?

AMALIA.—¡Véte!... ¡Qué padre tan cariñoso y compasivo, que abandona á su hijo á los lobos y á las fieras! En su casa

se solaza con vino costoso y grato, y recuesta sus miembros doloridos en cojines de pluma, mientras se muere de hambre su noble y magnánimo hijo... Avergonzaos, seres inhumanos; avergonzaos, almas de dragones, oprobio de vuestra especie... ¡y es su único hijo!

FRANZ.—Tenía dos, según creo.

AMALIA.—Sí, merecía tenerlos como tú. En su lecho de muerte extenderá vanamente sus brazos descarnados buscando á su Carlos, y los retirará temblando al tocar la mano fría de su Franz... ¡Oh! es una dicha, una dicha inestimable ser maldecido por tu padre. Dí, Franz, hermano cariñoso, ¿qué es preciso hacer para obtener su maldición?

FRANZ.—Tú te acaloras, querida; tú eres digna de lastima.

AMALIA.—¡Oh! Dí, ¿la tienes tú de tu hermano? ¡No, cruel; tú lo odias! ¡Tú me odias también!

FRANZ.—¡Te amo como á mí mismo, Amalia!

AMALIA.—Ya que me amas, ¿rechazarás una súplica mía?

FRANZ.—Ninguna, ninguna, si no me pides más que la vida.

AMALIA.—¡Oh! Si es así, un ruego fácil y que satisfarás de buen grado... (Con orgullo.) Ódiame. Yo me ruborizaría de vergüenza, si al mismo tiempo que pienso en Carlos, me ocurriese el pensamiento de que no me odias. ¿Me lo prometes, pues?... Ahora véte, y déjame, que deseo estar sola.

FRANZ.—¡Seductora visionaria! ¡Cuánto admiro tu corazón tierno y amoroso! (Tocándola en el pecho.) Aquí dominaba Carlos como un Dios en su templo; te acordabas despierta de Carlos; se te presentaba en sueños, y la naturaleza entera se había concentrado para tí en él solo, y á él solo reflejaba, y sólo su nombre repetía.

AMALIA. (Conmovida).—Sí, es verdad, lo confieso. Ante vosotros, bárbaros, para desafiaros; ante todo el mundo quiero confesarlo... ¡yo lo amo!

FRANZ.—¡Inhumano, cruel! ¡Y pagar así tu amor! ¡Olvidarlo de este modo!

AMALIA. (Con viveza.)—¿Cómo? ¿Olvidarme?

FRANZ.—No pusiste una sortija tuya en su mano? ¿Una sortija de diamante, como prenda de tu fidelidad?... Pero ¿es posible que un joven resista los encantos de una prostituta? ¿Quién lo censurará, no quedándole ya nada, si con ella le paga con usuras sus abrazos y caricias?

AMALIA. (Indignada.)—¿Dar mi sortija á una mujer pública?

FRANZ.—¡Vaya, vaya! ¿Que es vergonzoso? Bien; supongamos que lo fuera... Una sortija, por mucho que valga, al fin y al cabo puede recobrase del judío que la tenga... Quizás no se tomen ese trabajo, si no les place; quizás se la sustituya por otra más bella.

AMALIA. (Con ira.)—¡Pero mi sortija... yo hablo de mi sortija!

FRANZ.—No aludo á otra, Amalia... ¡Ah! tal alhaja, y en mi dedo... y de Amalia... ni la muerte la habría arrancado de él... ¿No es verdad, Amalia? Ni el valor del diamante, ni el precio de la hechura... el amor es lo que la sublima... Niña querida, ¿lloras tú por eso? ¡Ay del que hace correr de esos ojos divinos esas lágrimas preciosas!... ¡Ah! Y ¿si tú lo supieses todo, si lo vieses, y si lo vieses con su figura actual?

AMALIA.—¡Monstruo! ¿Cómo? ¿Bajo qué figura?

FRANZ.—Sosiégate, sosiégate, alma cándida, y no me preguntes. (Como aparte, pero alto.) ¡Si, á lo menos, el repugnante vicio se ocultara bajo un velo y se escondiera de la vista de las gentes! Pero aparece en todo su horror, rodeados sus ojos de surcos amarillentos y marchitos; se manifiesta en su rostro pálido y macilento, en sus mejillas hundidas... la voz débil y tartajosa... el cuerpo figura un esqueleto tembloroso y vacilante, que disgusta á cuantos lo contemplan... penetra hasta la médula de los huesos y des-

truye el vigor varonil de la juventud... y hasta brota en erupcion cancerosa y purulenta en la frente, en las mejillas, en la boca y en todo el cuerpo con asquerosa apariencia, emponzoñando los órganos más nobles de la vida... ¡Oh! me infunde esto asco. Narices, ojos, oídos, todo se resiente de su influjo. Tú, Amalia, has visto en nuestro hospital al desventurado que exhaló en él el alma; la vergüenza te obligó á apartar de él tus ojos temerosos... y tú deploraste su suerte. Evoca esta imagen del fondo de tu alma, y ahí tienes á Carlos... ¡Sus besos son la peste, sus labios envenenarían los tuyos!

AMALIA. (Pegándole.)—¡Impudente calumniador!

FRANZ.—¿Te asusta ese Carlos? ¿Te inspira aversión esa pintura descolorida? ¡Anda, míralo; mira tu bello, angelical, divino Carlos! Anda, aspira su balsámico aliento y báñate en el vapor de ambrosía que su boca despide. Sólo su soplo te causará ese vértigo mortal y angustioso, que acompaña á la carroña hedionda y á los cementerios llenos de cadáveres. (Amalia vuelve á otra parte su rostro.) ¡Qué emoción amorosa! ¡Qué abrazos tan voluptuosos!... ¿pero no es injusto querer condenar á un hombre por esta apariencia enfermiza? Hasta en el miserable y jorobado Esopo puede albergarse un alma grande y seductora, como un rubí en el lodo. (Sonriéndose con perñidia.) También quizás de labios hvidos pende acaso el amor... Seguramente, cuando el vicio conmueve hasta la firmeza del carácter, cuando la virtud huye de él acompañada de la castidad, como el perfume de la rosa ajada... cuando el espíritu se encorva también como el cuerpo...

AMALIA. (Levantándose alegre.)—¡Ah, Carlos! ¡Ahora te encuentro otra vez! ¡Tú existes aún tal como eres, como siempre has sido! ¡Mentira todo!... ¡No sabes, malvado, que es imposible que Carlos sea así! (Franz se queda suspenso un instante, y después se vuelve de improviso, como para irse.)

¿A dónde tan pronto? ¿Huyes de tu propia infamia?

FRANZ. (Ocultándose el rostro.)—¡Déjame, déjame!... que corran mis lágrimas... ¡padre tirano! ¡condenar á la miseria á tu mejor hijo!... ¡á perpetuo oprobio!... ¡déjame, Amalia! quiero prosternarme á sus piés, y conjurarlo abrazando sus rodillas que me maldiga á mí... que me desherede... que derrame mi sangre... que mi vida... todo...

AMALIA. (Abrazándole.)—¡Hermano de mi Carlos, bueno, excelente Franz!

FRANZ.—¡Oh Amalia! ¡Cuánto te amo por esa incontrastable fidelidad que profesas á mi hermano!... Perdóname que haya osado aquilatar tan duramente tu amor... ¡Qué bien has ensalzado mis deseos! Estas lágrimas, estos suspiros, esta divina cólera... también yo... yo también... ¡nuestras almas se identificaban tanto!

AMALIA.—¡Oh, no! ¡esto nunca!

FRANZ.—¡Ay de mí! ¡Tanto simpatizaban, que siempre he creído que debíamos ser gemelos! A no ser por esa funesta diferencia exterior, favorable á Carlos, nos hubiesen confundido casi siempre á ambos. ¡Tú eres, me decía yo con frecuencia, tú eres otro Carlos, su eco, su copia!

AMALIA. (Sacudiendo la cabeza.)—¡No, no, por la pura luz del cielo! ni la más leve fibra de su carácter, ni la más imperceptible chispa de su corazón...

FRANZ.—Tan iguales en nuestras inclinaciones... la rosa era su flor favorita, ¿qué flor he preferido yo nunca á la rosa? Agradábale la música sobremanera, y vosotros, astros del cielo, sois testigos de mis vigiliass al piano en el silencio sepulcral de la noche, cuando á mi rededor imperaban tan sólo el silencio y las tinieblas... y ¿cómo puedes tú dudarlo, ¡oh Amalia! cuando nuestro amor se ha concentrado en la misma perfección, y cuando, de ser el mismo, nunca podrán degenerar sus hijos? (Amalia lo mira sorprendida.) Una noche tranquila y serena, la última que pasó aquí

antes de su salida para Leipzig, me llevó á ese bosquecillo, en donde os habíais detenido tantas veces abandonándoos á los sueños del amor... largo tiempo permanecimos mudos... al fin, tomó una de mis manos, y me dijo en voz baja llorando: «Dejo á Amalia, y no sé... presumo que para siempre... No la abandones tú, hermano; sé su amigo... su Carlos... si Carlos... no vuelve... jamás...» (Arrójase á sus piés y besa su mano con ardor.) Nunca, nunca, nunca volverá y ¡yo se lo prometí con un juramento sagrado!

AMALIA. (Retrocediendo con viveza.)—Traidor, ¡cómo te conozco! Justamente en ese mismo bosquecillo me conjuré que no amase á nadie nunca, si él llegaba á morir... ¡Ves cuán impío, cuán repugnante eres?... ¡Quítate de mi vista!

FRANZ.—Tú no me conoces, Amalia; tú no me conoces en nada.

AMALIA. — ¡Oh, te conozco, te conozco desde ahora! ¡Y querías igualarte á él! ¡Llorar él por mí en tu presencia? ¡Delante de ti? ¡Antes escribiera mi nombre en el cadalso! ¡Véte cuanto antes!

FRANZ. — ¡Me insultas!

AMALIA. — ¡Véte, te digo! Me has robado unos instantes preciosos, que debían descontarse de tu vida.

FRANZ. — ¡Tú me odias!

AMALIA. — No, te desprecio. ¡Véte!

FRANZ (Hiriendo la tierra con el pié.) — ¡Espera! ¡Tú temblarás en mi presencia! ¡Sacrificarme á un mendigo!

(Vase colérico.)

AMALIA.—¡Véte, miserable!... Ahora estoy con Carlos de nuevo... ¡Mendigo ha dicho? ¡Qué vuelta ha dado el mundo! Mendigos los reyes, reyes los mendigos... Los andrajos que él lleva no los trocaría yo por la púrpura de los ungidos del Señor... La mirada con que él mendiga será una mirada de soberano, una mirada que eclipsará la suntuosidad, la pompa, el triunfo de los grandes y ricos... ¡Con-

fúndete con el polvo, adorno brillante! (Arráncase el collar de perlas de su cuello.) ¡Condenados estáis, gran y ricos. á llevar el oro, la plata y las alhajas! ¡Condenados estáis á beber en suntuosos banquetes, condenados á reclinar vuestros miembros en los blandos cojines del deleite! ¡Carlos, Carlos! Así soy digna de tí. (Vase.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

FRANZ DE MOOR, reflexionando en su aposento.—
Después, HERMANN.

FRANZ.—Dura demasiado para mí... el doctor dice que se muere... pero la vida de un anciano ¿es acaso eterna?... Y mi camino sería libre y llano si no lo impidiera ese molesto y obstinado pedazo de carne, que, como el perro infernal de los cuentos de duendes, me estorba el goce de mis tesoros.

Mis proyectos ¿han de doblegarse, pues, al yugo de hierro de esa máquina?... Mi espíritu, de vuelo poderoso, ¿ha de ser encadenado al arrastre de caracol de la materia?... Apagar una luz que sólo vive merced á las últimas gotas de aceite... no, hay que hacer más... Y, sin embargo, por miedo á las gentes, no quisiera haberlo hecho. No quisiera matarlo, sino suprimirlo. Desearía hacer lo que un médico hábil, pero al revés... No cerrar la entrada á la naturaleza con un golpe repentino, sino ayudarla á entrar. Si podemos, á la verdad, prolongar la vida, ¿por qué no abreviarla?

Los filósofos y los médicos me enseñan que los afectos del ánimo concuerdan con los movimientos de la máquina

del cuerpo. Las sensaciones desagradables van siempre acompañadas del desarreglo en el juego de los órganos del cuerpo... Las pasiones perjudican á la energía vital... El espíritu agobiado derriba en tierra su morada... ¿Cómo, pues, obraremos?... ¿Quién conocerá el medio de abrir á la muerte esta senda, aun no trillada, para llegar al alcázar de la vida?... ¡Corromper el cuerpo por el alma!... ¡Ah! ¡Una empresa original! ¿Quién podrá realizarla?... ¡Una obra incomparable! ¡Reflexiona en ella, Moor!... Arte sería ésta digna de tu inventiva. El envenenamiento ha sido clasificado casi entre las ciencias exactas, y en virtud de diversas pruebas se ha obligado á la naturaleza á levantar sus barreras, y se pueden calcular con anticipación, por muchos años, los latidos del corazón, y decir al pulso: hasta aquí, y no más allá... ¿Por qué no aquilatar también en esto el poder de nuestro ingenio?

¿Cómo lograré yo destruir esta grata y pacífica unión del alma y del cuerpo? ¿A qué categoría de sensaciones recurriré? ¿Cuáles son las más opuestas á la vida? ¿La ira? Este lobo hambriento se cansa pronto de sí mismo... ¿La pena? Este gusano roe con demasiada lentitud para mí... ¿El dolor? Esta víbora se arrastra con pereza... ¿El miedo? La esperanza lo alivia... ¿Cómo! ¿Son estos los únicos verdugos del hombre?... ¿Tan pronto se agota el arsenal de la muerte?... (Reflexionando profundamente.) ¿Cómo!... ¡Ahora!... ¿Qué? ¡No! ¡Ah! (Con viveza.) ¡El horror!... ¿Qué no puede el horror?... ¿Qué puede la razón, qué la religión contra el frío abrazo de este gigante?... Y, sin embargo... ¿Y si resistiera también sus ataques?... ¿Si él?... Entonces, tú, dolor, y tú, arrepentimiento, Euménides infernales, serpientes ponzoñosas que rumiáis vuestra víctima y os llenáis con vuestra propia inmundicia, destruyendo y creando perpetuamente vuestro veneno; y tú, acusación aulladora de tí misma. que devastas tu propia vivienda y hieres á tu

madre... ¡venid también vosotras en mi auxilio, gracias bienhechoras, pasado de dulce sonrisa; y tú, porvenir risueño, con tu cuerno exuberante en riqueza, ofrecedle en vuestros espejos las alegrías celestiales, mientras esquiváis sus ávidos abrazos con pie ligero!... ¡Así atacaré yo golpe sobre golpe, asalto sobre asalto, esa vida fugitiva, hasta que el escuadrón de las furias, hasta que la desesperación la termine! ¡Victoria, victoria!... Mi plan está ya formado, difícil y artístico como ninguno, seguro, sin peligro; porque (Con ironía.) el escalpelo del disector no encontrará vestigio de herida ni de mortal veneno. (Con decisión.) ¡Ea, pues! (Entra Hermann.) ¡Hola! ¡El *Deus ex machina*, Hermann!

HERMANN. — A vuestras órdenes, digno caballero.

FRANZ. (Dándole la mano.) — No hablas con un hombre desagradecido.

HERMANN. — Pruebas tengo de esta verdad.

FRANZ. — Más has de tener en breve... sí, en breve, Hermann... Algo quiero decirte, Hermann.

HERMANN. — Ya escucho atentamente.

FRANZ. — Yo te conozco; tú eres un joven resuelto... un corazón de soldado... con pelos hasta en la lengua... Mi padre te ha ofendido mucho, Hermann.

HERMANN. — Lléveme el diablo si lo olvido.

FRANZ. — ¡Así hablan los hombres! La venganza sienta bien á un alma varonil. Tú me agradas, Hermann. Toma esta bolsa, Hermann. Más pesada sería si yo fuese el único dueño.

HERMANN. — Tal es también mi más ardiente deseo, noble caballero; os doy las gracias.

FRANZ. — ¡Es posible, Hermann? ¿Deseas tú acaso que yo sea el dueño de todo?... pero es de león la médula de los huesos de mi padre, y yo el hijo menor.

HERMANN. — Quisiera que fueseis el primogénito, y que

la médula de los huesos de vuestro padre fuese la de una doncella física.

FRANZ. — ¡Ah, cómo te recompensaría el hijo primogénito! ¡Cómo te sacaría de ese vil polvo, que tan poco conviene á tu corazón y á tu nobleza, y te elevaría á más brillantes regiones!... Entonces, tan verdad como estás ahí, que, cubierto de oro y en un coche de cuatro caballos, correrías tú las calles! ¡Sí, sí; de seguro!... Pero olvido el asunto de que pensaba hablarte... ¿Has olvidado ya, Hermann, á la señorita Edlerico?

HERMANN. — ¡Rayos y centellas! ¡A qué me la recordáis!

FRANZ. — Mi hermano te la ha birlado.

HERMANN. — Ya lo pagará.

FRANZ. — Ella te dió calabazas. Hasta creo que él te hizo rodar las escaleras.

HERMANN. — Y en pago lo enviaré al mismo infierno.

FRANZ. — Él decía que, según se susurraba, te estabas curando, y que tu padre no te veía una vez que no exclamase, dándose golpes de pecho: «Que Dios tenga misericordia de mis pecados.»

HERMANN. (Furioso.) ¡Condenación! ¡Callaos, por Dios!

FRANZ. — Te aconsejó que vendieras en pública subasta tus diplomas de nobleza, para remendar con su producto tus medias.

HERMANN. — ¡Que todos los diablos me lleven! Le sacaré los ojos con las uñas.

FRANZ. ¿Cómo? ¿Te encolerizas? ¿Por qué te enfureces contra él? ¿Qué daño le puedes causar? ¿Qué es una rata, como tú, contra un león? Tu ira hace más grato su triunfo. No logras otra cosa que rechinar tus dientes, y saciar tu rabia en un pedazo de pan seco.

HERMANN. (Dando una patada en el suelo.) — Quisiera reducirlo á polvo.

FRANZ. (Con una palmadita en el hombro.) — ¡Quita allá.

Hermann! Tú eres un caballero. No debes sufrir la afrenta que te mancha. No debes consentir que te birlen esa doncella, no; ¡por cuanto hay en el mundo! Lléveme el demonio si yo, en tu lugar, no tentaría todos los medios.

HERMANN.—No descansaré hasta no verlo enterrado.

FRANZ.—¡No por el empleo de la violencia, Hermann! Acércate... ¡Amalia será tuya!

HERMANN.—¡Sí; es preciso, pese á todos los diablos; es preciso que así sea!

FRANZ.—La tendrás, te digo, y yo te la daré. Acércate, te digo... ¿ignoras acaso que está como desheredado?

HERMANN. (Aproximándose.)—¡Imposible! Nada de esto hubiese sabido.

FRANZ.—¡Cállate, y oye lo que resta! Otra vez sabrás más... Sí; te digo que hace unos once meses está como desterrado. Pero ya se arrepiente el viejo de su decisión precipitada, aunque (Sonriéndose.), según creo, no es obra suya. La señorita Edelrico no lo deja sosegar un instante con sus quejas y reconvenciones. Más pronto ó más tarde lo hará buscar por todos los ángulos de la tierra, y si lo encuentra, ¡entonces, buenas noches, Hermann! Con la mayor humildad estarás cerca de su carruaje cuando vaya con ella á casarse á la iglesia.

HERMANN.—Lo degollaré delante del Crucifijo.

FRANZ.—Su padre le dejará en seguida su herencia para que viva tranquilo en sus castillos. Ese orgulloso tendrá las riendas en su mano, y se burlará de sus enemigos y envidiosos... y yo, que quiero hacerte hombre importante y famoso, yo mismo, Hermann, habré de bajar mi cabeza al pasar el dintel de su puerta.

HERMANN. (Colérico.)—¡No; esto no sucederá, por el santo de mi nombre; no sucederá mientras haya en mi cerebro una chispa de inteligencia!

FRANZ.—¿Lo impedirás tú? A tí también, mi querido Her-

mann, alcanzará su látigo; también escupirá en tu rostro cuando lo encuentres en la calle, y ¡ay de tí si te encoges de hombros ó si haces el menor gesto!... mira; tal es el estado actual de tus pretensiones con Amalia, de tus proyectos y de tus planes.

HERMANN.—¿Qué se hace, pues? Decidlo.

FRANZ.—Escucha, Hermann: ya observas que miro tus asuntos como cumple á un amigo verdadero... anda... disfrazate... ponte desconocido; hazte anunciar al anciano; dile que vienes en línea recta de Bohemia, que has estado con mi hermano en la batalla de Praga, y que lo has visto espirar con tus ojos...

HERMANN.—¿Me creerán?

FRANZ.—¿Quién lo duda? Eso corre de mi cuenta. Toma este paquete. Aquí van las instrucciones que has de seguir, y documentos que obligarán á la misma duda á dar fe á tus asertos. Arréglate ahora de modo que salgas sin ser visto. Escápate por el postigo al corral, y salta por las paredes del jardín... yo me encargo de la catástrofe de esta tragi-comedia.

HERMANN.—Que será: ¡viva el nuevo señor Francisco de Moor!

FRANZ. (Tocándole en la mejilla.)—¿Qué sagaz eres!... Ya ves, así logramos pronta y cumplidamente nuestro objeto. Amalia pierde las esperanzas que acerca de él abrigaba. El anciano se echará en cara la muerte de su hijo... y se empeorará: un edificio ruinoso no necesita de la ayuda de un terremoto para desplomarse... no sobrevivirá á esa noticia... entonces soy yo su único hijo... Amalia pierde su apoyo, y será un juguete en mis manos... y puedes pensar sin obstáculo... en una palabra, todo saldrá á medida de nuestro deseo... pero si no faltas á tu palabra.

HERMANN.—¿Qué decís? (Alegre.) Más fácil sería que retrocediera la bala y que penetrara en las entrañas de quien

la dispara... ¡contad conmigo! Dejadme poner de mi parte... ¡Adios!

FRANZ. (Llamándolo.)—¡La cosecha es para tí, querido Herman! (Solo.) Cuando los bueyes arrastran hasta el granero la carreta cargada de trigo, se les regala con paja. Para tí una moza que cuide el ganado, no Amalia. (Vase.)

ESCENA II.

La alcoba del anciano Moor.

El anciano MOOR, durmiendo en un sillón, y AMALIA.—
Después, DANIEL, FRANZ, y HERMANN.

AMALIA. (Andando de puntillas.)—¡Con cuidado, con cuidado! Duerme. (Colocándose delante de él.) ¡Cuán bello, cuán venerable!... ¡venerable, como se pinta á los santos!... ¡No; no puedo enfurecerme contra tí! ¡Cabeza de blancos rizos! ¡No puedo encolerizarme contigo! Duerme tranquila; despiértate alegre; yo sola velaré y sufriré.

EL VIEJO MOOR. (Soñando.)—¡Hijo mío! ¡Mi hijo, mi hijo!

AMALIA. (Cogiéndole la mano.)—¡Escuchemos, escuchemos! Sueña con su hijo.

EL VIEJO MOOR.—¡Estás ahí? ¿Eres tú verdaderamente? ¡Ah! ¡cuán desdichado pareces! ¡No me mires con esos ojos afligidos! Yo lo estoy bastante.

AMALIA. (Despertándolo prontamente.)—Despertad, anciano querido. Estáis soñando. Tranquilizaos.

EL VIEJO MOOR. (Medio despierto.)—¿No estaba él ahí? ¿No estrechaba yo su mano? ¡Perverso Franz! ¿Quieres arrancarlo hasta de mis sueños?

AMALIA.—¿Notas esto, Amalia?

EL VIEJO MOOR. (Ya despierto.)—¿En dónde está? ¿en dónde? ¿En dónde estoy yo? ¿Tú ahí, Amalia?

AMALIA.—¿Cómo os encontráis? vuestro sueño era un sueño reparador.

EL VIEJO MOOR.—Soñaba con mi hijo. ¿Por qué no he seguido soñando? Quizás hubiera oído el perdón de mis labios.

AMALIA.—Los ángeles no son vengativos... él os perdona. (Coge su mano con dolor.) ¡Padre de mi Carlos! Yo os perdono.

EL VIEJO MOOR.—¡No, hija mía! La mortal palidez de tu rostro condena á su padre. ¡Pobre joven! Yo he acabado con las alegrías de tu juventud... ¡oh! ¡no me maldigas!

AMALIA. (Besando su mano con ternura.)—¿A vos?

EL VIEJO MOOR.—¿Conoces esta imagen, hija mía?

AMALIA.—¡La de Carlos!...

EL VIEJO MOOR.—Así era á los diez y seis años. Ahora es muy diverso... ¡Oh! Lucha terrible siento en mi alma... esta dulzura se ha trocado en malevolencia, esa sonrisa en desesperación... ¿No es verdad, Amalia? ¿No lo retrataste un día de su santo en el bosquecillo de jazmines? ¡Oh, hija mía! ¡Vuestro mutuo amor me hacía tan feliz!

AMALIA. (Sin quitar sus ojos de la imagen.)—¡No, no; no es él! ¡Dios mío, no es Carlos!... Aquí, aquí. (Señalando á su cabeza y á su corazón.) ¡Otro, otro enteramente! El color es impotente para expresar el destello divino, que despiden sus ojos ardientes. ¡Quitad allá! ¡Ese es tan humano! ¡Yo era una artista torpe!

EL VIEJO MOOR.—Esta mirada afable y expresiva... si estuviera junto á mi lecho me daría la vida, á pesar de la muerte... ¡Nunca, nunca moriría!

AMALIA.—¡Nunca, nunca moriríais! Hubiese sido el paso de un pensamiento á otro más risueño... esa mirada hasta hubiera iluminado vuestra tumba. Os hubiera elevado hasta las estrellas.

EL VIEJO MOOR.—¡Es cosa aflictiva, es insoportable! Yo

muerdo y mi hijo Carlos no está aquí... me llevarán al sepulcro y no me llorará... ¡Cuán grato es dormirse arrullado por las plegarias de un hijo en el sueño de la muerte!... es el canto de la madre que mece á su hijo.

AMALIA. (Dejándose llevar de sus sentimientos.)—Sí; grato placer celestial es ser arrullado en el sueño de la muerte por el cántico del amante... quizás se sueñe también en la tumba... un sueño prolongado, eterno, infinito de Carlos, hasta que suene la trompeta de la resurrección. (Levantándose con entusiasmo.) y desde entonces en sus brazos para siempre. (Pausa. Acércase al piano y canta.) «¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, para ir á donde el hierro homicida de los Eácidas ofrece á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará entonces á tus hijos á lanzar el dardo y honrar á los dioses, si el Xantho te envuelve en sus ondas?»

EL VIEJO MOOR.—Linda canción, hija mía; has de repetírmela antes de morir.

AMALIA.—Es la despedida de Andrómaca y de Héctor... Carlos y yo la hemos cantado juntos con frecuencia.

(Sigue cantando.)

«Vé, esposa amada, tráeme la mortífera lanza y déjame correr á la guerra sanguinaria. Troya descansa en mi valor... Que nuestros dioses protejan á Astianax. Si sucumbe Héctor, es por salvar á su patria, y allá en el Eliseo nos veremos de nuevo.»

DANIEL.—Fuera hay un hombre que os busca. Dice que desea veros para comunicaros una noticia importante.

EL VIEJO MOOR.—Sólo una cosa importante hay para mí en el mundo, y ya sabes tú cuál es, Amalia... ¿Es acaso algún desdichado que necesita de mí? No debe irse de aquí suspirando.

AMALIA.—Si es un mendigo, que entre al momento.

(Vase Daniel.)

EL VIEJO MOOR.—¡Amalia, Amalia! ¡Ten compasión de mí!

AMALIA. (Que prosigue cantando.)—«Nunca oigo ya el ruido de tus armas; tu espada yace solitaria, y los hijos heroicos de Príamo han sucumbido todos. Tú irás á do no se conoce el día, y en donde gime el Cócito en el desierto, y tu amor morirá en el Leteo.»

»La negra corriente del Leteo borrará todos mis deseos, todos mis pensamientos, no mi amor. Pero escucha: la pelea se embravece ya al pie de las murallas; cíñeme la espada, deja el llanto, que el amor de Héctor no muere en el Leteo.»

(*Entran Franz, Hermann disfrazado y Daniel.*)

FRANZ.—Aquí está ese hombre. Nuevas terribles, según dice, trae para vosotros. ¿Podeis oirlo?

EL VIEJO MOOR.—Sólo una conozco. Ven acá, amigo mío, y no temas por mí. Ofrecedle una copa de vino.

HERMANN. (Mudando la voz.)—¡Respetable señor! perdonad á un pobre hombre que os desgarré el corazón. Soy aquí extranjero, pero os conozco bien; sois el padre de Carlos de Moor.

EL VIEJO MOOR. — ¿Cómo lo sabes?

HERMANN. — Conoci á vuestro hijo...

AMALIA. (Levantándose.) — ¿Vive, vive? ¿Lo conoces? ¿En dónde está? ¿En dónde, en dónde? (Quiere irse.)

EL VIEJO MOOR. — ¿Sabes algo de mi hijo?

HERMANN. — Estudiaba en Leipzig. Desde aquí se encaminó no sé adónde. Dió la vuelta á toda Alemania, como me dijo, con la cabeza descubierta, descalzo, y pidiendo de puerta en puerta. Cinco meses después se declaró esa desdichada guerra entre Prusia y Austria; y como nada esperaba ya del mundo y de los hombres, atrájole hacia Bohemia el redoble de los tambores del victorioso Federico. «Permitidme, dijo al grande Schwerin, que yo muera gloriosamente como mueren los héroes, porque ya no tengo padre...»

EL VIEJO MOOR. — No me mires, Amalia.

HERMANN. — Diéronle un estandarte. Siguió la marcha victoriosa de los prusianos. Dormimos juntos bajo la misma tienda, durante algún tiempo. Hablaba mucho de su anciano padre y de tiempos mejores pasados... y de esperanzas frustradas... haciéndonos llorar.

EL VIEJO MOOR. (Ocultando su rostro bajo la almohada.) — ¡Calla! ¡Oh, calla!

HERMANN. — Ocho días después fué la porfiada batalla de Praga... y puedo decir que la conducta de vuestro hijo fué la de un valiente soldado. Hizo prodigios á la vista del ejército. Cinco regimientos hubieron de relevarse, manteniéndose firme en su puesto. Las balas caían á su derecha y á su izquierda, y él siempre firme. Una bala destrozó su mano derecha, y él cogió el estandarte con la izquierda, y continuó imperturbable...

AMALIA. (Con entusiasmo.) — ¡Héctor, Héctor! ¿Lo oís? ¡Siempre firme!...

HERMANN. — Yo lo encontré la noche de la batalla, en tierra, silbando las balas alrededor, deteniendo su sangre con la mano izquierda, y sepultada en el suelo la diestra. «Hermano, exclamó, ha corrido en las filas el rumor de haber muerto nuestro general hace una hora.—Ha muerto, le respondí; ¿y tú? — Entónces, gritó separando la mano izquierda de su cuerpo, quién sea un valiente soldado, que siga á su general como yo.» Y en seguida su alma magnánima fué á reunirse con la del héroe.

FRANZ. (Acometiendo á Hermann con ira.) — ¡Que la muerte imponga silencio á tu lengua maldita! ¿Has venido aquí para dar á nuestro padre el golpe mortal?... ¡Padre! ¡Amalia! ¡Padre!

HERMANN. — He venido para cumplir la última voluntad de un compañero moribundo. «Toma esta espada, me dijo, que entregarás á mi padre. La sangre de su hijo la tiñe.

Ya está vengado. Que esto le baste. Dile que su maldición me ha traído á esta lucha y á la muerte, y que la desesperación me ha hecho sucumbir.» Su último suspiro fué para Amalia.

AMALIA. (Como si despertara de un mortal ensueño.) — ¡Su último suspiro fué para Amalia!

EL VIEJO MOOR. (Gritando horriblemente y mesándose los cabellos.) — ¡Mi maldición le ha arrastrado á la muerte! ¡ha sucumbido á la desesperación!

FRANZ. (Dando vueltas por el aposento.) — ¡Oh! ¿Qué habéis hecho, padre? ¡Carlos, hermano mío!

HERMANN. — Aquí está la espada, y un retrato, que sacó al mismo tiempo de su pecho. Parece sobremanera á esta señorita. «Es para mi hermano Franz,» dijo... pero no sé qué me quiso decir...

FRANZ. (Fingiendo sorpresa.) — ¿A mí? ¿El retrato de Amalia? ¿A mí, Carlos, Amalia? ¿A mí?

AMALIA. (Precipitándose colérica contra Hermann.) — ¡Mentiroso y venal mercenario! (Sacudiéndolo con rabia.)

HERMANN. — ¡No lo soy, noble señorita! Mirad vos misma si no es esta vuestra imagen... Acaso la hayáis dado antes.

FRANZ. — ¡Dios mío! ¡Tu retrato, Amalia! Es indudablemente el tuyo.

AMALIA. (Devolviéndole su retrato.) — El mío, el mío! ¡Oh tierra, oh cielos!

EL VIEJO MOOR. (Gritando y arañándose el rostro.) — ¡Ay, ay de mí! ¡Mi maldición lo ha arrastrado á la muerte! ¡La desesperación lo ha hecho sucumbir!

FRANZ. — ¡Y se acordaba de mí en la última y angustiosa hora de su vida! ¡Se acordaba de mí! ¡Alma angelical!... Cuando el negro manto de la muerte se extendía sobre su cabeza; ¡se acordaba de mí!...

EL VIEJO MOOR. (Sollozando.) — ¡Mi maldición lo ha arras-

trado á la muerte; mi hijo ha sucumbido lleno de desesperacion!...

HERMANN. — Yo no puedo sufrir tanto dolor. Adios, pues, anciano caballero. (Aparte á Franz.) ¡Por qué habéis hecho esto, joven? (Vase corriendo.)

AMALIA. (Persiguiéndolo.) — ¡Deteneos, deteneos! ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

HERMANN. (Retrocediendo.) — Su último suspiro fué para Amalia. (Vase.)

AMALIA. — Su último suspiro fué para Amalia!... No, ¡tú no mientes! Así es verdad... verdad... ¡ha muerto! (Vacilando á uno y otro lado hasta que cae.) ¡Muerto... ¡Carlos ha muerto! ¡ha muerto!

FRANZ. — ¿Qué veo? ¿Qué es esto que hay en la espada, escrito con sangre?... ¡Amalia!

AMALIA. — ¿De él?

FRANZ. — ¡Lo veo, ó estoy soñando? Míralo escrito con sangre: «¡Franz, no abandones á mi Amalia!» y por el otro lado: «Amalia, la muerte todopoderosa te absuelve de tu juramento...» ¿Ves tú ahora? ¡lo ves ahora? ¡Lo escribió con su mano ya inerte; lo escribió con sangre aún caliente de su corazón; lo escribió al borde ya de la eternidad! Su espíritu, ya fugitivo, detuvo su vuelo para unir á Franz y Amalia.

AMALIA. ¡Santo Dios! Está escrito de su puño... ¡Nunca me ha amado! (Vase precipitadamente.)

FRANZ. (Dando con el pié en el suelo.) — ¡Condenación! Todos mis artificios se estrellan en esa obstinada doncella.

EL VIEJO MOOR. — ¡Ay, ay de mí! ¡No me abandones, hija mía! ¡Franz, Franz, devuélveme mi hijo!

FRANZ. — ¿Quién lo maldijo? ¿Quién obligó á su hijo á luchar con la muerte y la desesperación?... ¡Oh, era un angel, un don del cielo! ¡Maldición sobre sus verdugos! ¡Maldición, maldición sobre vuestra cabeza!

EL VIEJO MOOR. (Golpeándose con el puño al pecho y la frente.)
— ¡Era un angel, un don del cielo! ¡Maldición, maldición,
muerte, maldición sobre mí! ¡Yo soy el padre, que ha hecho
perecer á su hijo magnánimo! ¡Me amó hasta la muerte,
Por vengarme, no vaciló en pelear y morir. ¡Monstruo!
¡monstruo! (Se enfurece contra sí mismo.)

FRANZ. — Ya no existe. ¿Para qué sirven esas acusacio-
nes tardías? (Con risa sardónica.) ¡Más fácil es matar, que
dar la vida! Nunca más lo evocaréis de su sepulcro,

EL VIEJO MOOR. — ¡Nunca, nunca lo evocaré de su sepul-
cro! ¡Perdido, perdido para siempre! ¡Y tú me arrancaste
esta maldición! tú, tú, ¡devuélveme mi hijo!

FRANZ. — No excitéis ahora mi ira. Yo os abandono á la
muerte.

EL VIEJO MOOR. — ¡Monstruo, monstruo! ¡Devuélveme mi
hijo! (Levántase de su sillón, é intenta ahogar á Franz, que lo
sacude hacia atrás.)

FRANZ. — ¡Músculos impotentes! Os atreverfais... ¡Morid
y desesperad! (Vase.)

EL VIEJO MOOR. — ¡Que mil maldiciones retumben en
tus oídos! Me has arrancado á mi hijo de los brazos.
(Cae desesperado en su sillón.) ¡Ay, ay de mí! ¡Desesperarse,
pero no morir!... Huyen, me abandonan á la muerte... mis
buenos ángeles huyen de mí; todos los santos esquivan al
asesino de blancos cabellos... ¡Ay, ay de mí! ¡Nadie querrá
sostener mi cabeza, nadie librar mi alma de esta batalla?
¡Ni hijos, ni hijas, ni amigos!... Sólo hombres... ninguno,
ni uno solo... abandonado... ¡Ay, ay de mí! ¡Desesperarse,
pero no morir! (Entra Amalia con los ojos llorosos.) Amalia,
mensajera del cielo, ¿vienes á librar mi alma de sus tor-
mentos?

AMALIA. (Con dulzura.)— Habéis perdido un hijo estimado.

EL VIEJO MOOR.— Asesinado, querrás decir. Bajo el peso
de este testimonio compararé ante el tribunal de Dios.

AMALIA.—¡No de esta manera, afligido anciano! Nuestro padre celestial lo ha llamado á sí. ¡Hubiésemos sido tan felices en este mundo!... Allá arriba, allá arriba, sobre los astros... nos veremos de nuevo.

EL VIEJO MOOR.—¡Volverse á ver, volverse á ver! ¡Oh! un puñal ha de atravesarme el alma, cuando yo, santo, lo encuentre entre los santos... ¡Los horribles tormentos del infierno me harán temblar en medio del cielo! Al contemplar yo lo infinito, me devorará el recuerdo de haber asesinado á mi hijo.

AMALIA.—¡Oh! su sonrisa arrancará de vuestra alma esa triste memoria. Tranquilizaos, pues, padre amado. Yo lo estoy ya completamente. ¿No ha pronunciado ya ante su celestial auditorio el nombre de Amalia, acompañado del arpa seráfica, y esos coros del cielo no la han repetido después? Ciertamente su último suspiro fué Amalia. ¿No será también Amalia su primer grito de júbilo?

EL VIEJO MOOR.—Celestial consuelo destilan tus labios. ¿Dices tú que me habrá de sonreír? ¿Que me perdonará? Has de estar á mi lado cuando yo muera, amada de mi Carlos.

AMALIA.—Morir es volar á sus brazos. ¡Bienaventurado seréis! Vuestra suerte será envidiable. ¿Por qué no se han secado estos huesos? ¿por qué no son blancos estos cabellos? ¡Ay del vigor de la juventud! Feliz tú, débil anciano, más cerca del cielo y de mi Carlos. (Entra Franz.)

EL VIEJO MOOR.—¡Entra, hijo mío! Perdóname si antes fui contigo demasiado irascible. Todo te lo perdono. Quisiera exhalar en paz mi alma.

FRANZ.—¡Habéis llorado ya bastante á vuestro hijo? Por lo que parece, tenéis todavía uno.

EL VIEJO MOOR.—Doce tenía Jacob, y lloró á José con lágrimas de sangre.

FRANZ.—¡Yá!

EL VIEJO MOOR.—Anda, hija mía, toma la Biblia, y léeme la historia de Jacob y de José. Siempre me ha conmovido, cuando no era yo otro Jacob.

AMALIA.—¿Qué he de leer? (Coge la Biblia y la hojea.)

EL VIEJO MOOR.—Léeme los lamentos de ese padre sin hijo, cuando no lo encontró en la compañía de los demás... y no estaba entre los once... y sus lamentos, cuando oyó que había perdido á su José para siempre...

AMALIA. (Leyendo.)—«Y tomaron la túnica de José, y degollaron un macho cabrío y empaparon en su sangre la túnica, y la trajeron manchada, y la presentaron á su padre, diciendo: Esto es lo que hemos encontrado; mira si es ó no la túnica de tu hijo. (Franz se aleja de repente.)»
«Él la conoció, y dijo: Esta es la túnica de mi hijo; una bestia dañina lo ha devorado, una bestia carnícera lo ha desgarrado.»

EL VIEJO MOOR. (Cayendo sobre su almohada.)—Una bestia carnícera ha desgarrado á José.

AMALIA. (Que prosigue leyendo.)—«Y Jacob rasgó sus vestidos, y envolvió en un saco sus riñones, y lloró á su hijo largo tiempo, y todos sus hijos é hijas acudieron á consolarlo; pero él no quería consolarse y repetía: Yo seré enterrado con dolor.»

EL VIEJO MOOR.—¿Déjalo, déjalo! Me siento muy mal.

AMALIA. (Levantándose de improviso y dejando caer el libro.)—¡Socorro, cielos! ¿Qué es esto?

EL VIEJO MOOR.—¿Es la muerte!... Negra... vuela... ante mis... ojos... ruégote... que llames al sacerdote... para que me... dé la comunión... ¿En dónde está... mi hijo Franz?

AMALIA.—¡Ha huido! ¡Dios tenga misericordia de nosotros!

EL VIEJO MOOR.—¡Huido... huido del lecho del moribundo... Y esto es todo... todo... de dos hijos de tantas espe-

ranzas... tú me los has... dado... tú me... los quitas... Tu nombre sea...

AMALIA. (Dando un grito.)—¡Muerto! ¡Todo ha muerto!
(Vase desesperada.)

FRANZ. (Que entra alegre saltando.)—¡Muerto dicen, muerto! Ahora yo soy el dueño. En todo el castillo resuena la palabra muerto... Pero, ¿será que sólo duerme?... ¡Sin duda; ay de mí, sin duda! Esto es de seguro un sueño, que jamás trae consigo los buenos días... La muerte y el sueño son dos hermanos gemelos. Troquemos una sola vez sus nombres. ¡Sueño grato y bien venido! Te llamaremos muerte. (Ciérrale los ojos.) ¡Quién se aventurará á venir ahora, y á decirme que comparezca ante la justicia, ó á llamarme bribón con descaro? ¡Lejos, pues, esa máscara pesada de dulzura y de virtud! ¡Ahora veréis á Franz tal cual es, y temblaréis! Mi padre paliaba sus exigencias, convertía en familia á sus dependientes, sentábase ante su puerta con afable sonrisa, y los apellidaba hermanos ó hijos... Mis cejas os amenazarán como nubes tempestuosas, mi nombre temido dominará estas montañas como un cometa temeroso, mi frente será vuestro barómetro. Él acariciaba y sonreía al miserable, que se rebelaba contra su poder. Pero sonreír y acariciar no son mis flacos. Quiero hundiros en las carnes mis espuelas poderosas, y probar en vosotros el valor de mi látigo... En mis dominios he de ir tan lejos, que las patatas y la cerveza negra sean el regalo de los días de fiesta, y ¡ay del que se presente á mi vista con los colores de la robustez y de la vida! ¡La pálida pobreza y el temor del esclavo serán el mote de mi divisa; esta será vuestra libreal (Vase.)

ESCENA III.

Los bosques de Bohemia.

SPIEGELBERG, RAZMANN, BANDAS DE LADRONES.

RAZMANN. — ¡Tú aquí, tú verdaderamente aquí? ¡Deja, pues, que te abrace hasta hartarme, querido Mauricio, hermano mío de mi corazón! ¡Bien venido seas á los bosques de Bohemia! Estás grueso y robusto. ¡Soberbio batallón! ¡Tráenos reclutas animados de un mismo pensamiento, excelente enganchador!

SPIEGELBERG. — ¡Valen, eh, hermano? ¡valen, no es verdad? ¡Y todos muchachos útiles además! No creerás acaso que la visible bendición del Señor me favorece; yo era para tí un pobre diablo hambriento, sin poseer más que este bastón, cuando atravesé el Jordán, y ahora contamos ya con setenta y ocho, la mayor parte comerciantes arruinados, magistrados y escribientes de desecho de las provincias de Suabia: ahí tienes, hermano, un cuerpo escogido, bribones deliciosos, que te digo, á fe mía, que se roban unos otros los botones de su pantalones, y junto á los cuales sólo hay seguridad teniendo cargado el fusil... Y son sobresalientes, y su fama se extiende á cuarenta millas á la redonda, aunque parezca imposible. No encontrarás un periódico en donde no se inserte un parrafillo sobre el sagaz Spiegelberg; pero yo me lavo las manos... de pies á cabeza me retratan, y tú me ves allí tal cual soy; ni uno solo de los ojales de mi traje han olvidado siquiera. Pero nosotros los tratamos como á locos, con lástima. Me presento últimamente en una imprenta, digo que he visto al célebre

Spiegelberg, y dicto á un escribientillo, que estaba allí sentado, una descripción exacta de un curandero charlatán, que residía en el mismo lugar; la noticia circula, atrapan al desdichado, lo sujetan á la tortura, y en su angustia y en su estupidez confiesa el hombre, ¡llévenme los diablos! confiesa que es Spiegelberg... ¡Truenos y rayos!... estaba inclinado á presentarme al juez, para que ese canalla no manchase mi nombre... y, como te digo, lo ahorcaron á los tres meses. Me ví obligado á tomar una buena dosis de tabaco al pasar ante la horca, y contemplar al pseudo-Spiegelberg balanceándose en toda su gloria... y estando Spiegelberg ahorcado, Spiegelberg se escapaba del lazo sin sentir, y hacía conocer á la sapientísima justicia que era un asno, poniéndola en ridículo.

RAZMANN.—Tú siempre el mismo.

SPIEGELBERG.—Cierto; como me ves, en cuerpo y alma. ¡Loco! Pero quiero contarte una broma, que dí recientemente en el convento de Santa Cecilia. Llegué á él en mi peregrinación al oscurecer; y como aquel día nada notable había hecho, y tú sabes que odio de muerte el *diem perdidí*... fué preciso celebrar la noche dando un gran golpe, aunque el demonio me hubiera arrancado una oreja. Nos mantuvimos tranquilos hasta tarde. El silencio era completo. Las luces se apagaban. Creimos que las monjas estarían ya durmiendo. Entonces, acompañado de mi amigo Grimm, y poniendo á los demás de centinelas delante de la puerta hasta que me oyeran silbar, me dirijo al portero del convento, le quito las llaves, me deslizo dentro, en el dormitorio de las monjas, cojo sus ropas y las hago un lío á la puerta. Recorremos así todas las celdas, quitamos los vestidos á todas las hermanas, y, por último, á la abadesa. Silbo entonces, y mis compañeros asaltan el convento con tanta algazara, que parecia el día del juicio, y se precipitan con gritos y bromas bestiales en las celdas... ¡Ja, ja,

¡al... era un espectáculo maravilloso, una cacería... los desdichados animalejos, buscando sus ropas en la oscuridad, dando ayes y lamentos, como si fueran presa del diablo, y nosotros mientras tanto persiguiéndolas encarnizadas; ya envolviéndose, llenas de horror y espanto, en las colchas de sus camas, ó acurrucadas, como los gatos, bajo el horno; ya, en la angustia de su corazón, llenaban de tal modo con sus orines el aposento, que hubieses nadado en él, gritando y condoliéndose; y, por último, la vieja bribona, la abadesa, vestida como Eva antes de su caída... Tú sabes, hermano, que no hay en toda la tierra nada que me repugne tanto como una araña y una vieja... figúrate, pues, á ésta, negra, llena de arrugas y de vello, bailando delante de mí y conjurándome que respetara su virginidad... ¡Llévenme los diablos! pero ya me preparaba, de codos sobre ella, á terminar la operación de confundir en uno lo noble y lo innoble de su cuerpo... ¡pronto se resolvió el negocio! ó entregarme toda la vajilla de plata, las alhajas del convento y las monedas brillantes, ó... mis muchachos me comprendieron... y te digo que recogí más de mil thalers de aquel claustro, y divertirme además, y mis gentes han dejado un recuerdo que ellas guardarán nueve meses.

RAZMANN. (Dando en tierra con el pie.) — ¡Maldición! ¡Y no haber estado yo allá!

SPIEGELBERG.—¿Ves tú? ¿Podrás decir si vida como esta no es envidiable? Y siempre robusto y ágil, y se engorda que es un placer, y se ve crecer por horas el vientre como el de un prelado... No sé... pero he de tener cierta virtud magnética, porque atraigo á mí todos los bribones de la tierra como el imán al hierro.

RAZMANN.—¡Buen imán estás! Pero quisiera saber, por el diablo, de qué artes mágicas te vales...

SPIEGELBERG.—¿Artes mágicas? No se necesitan. Lo principal es tener cabeza, cierto juicio práctico, que no se ad-

quiere comiendo cebada... Mira; yo siempre digo que de cualquiera leño se hace un hombre de bien; pero para ser bribón lo esencial es el ingenio... Es además indispensable cierto carácter nacional, lo que yo apellido el clima propio de los bribones; y si no, encamínate al cantón de los Grisones, y te encontrarás en la Atenas del robo.

RAZMANN.—Segun me han dicho, toda Italia es lo más ilustre en este concepto.

SPIEGELBERG.—Sí, sí; no hay que usurpar á nadie lo suyo. Italia tiene sus hombres; y si Alemania sigue la senda ya emprendida, y la Biblia llega á dominar por completo, como todas las apariencias lo indican, algo bueno saldrá de ella con el tiempo .. pero he de decirte que, en lo general, no es el clima el elemento más favorable, sino el genio, y por lo demás, oh hermano, una manzana, ya lo sabes, ni en los jardinillos del Paraíso se convertirá nunca en una piña americana... Pero déjame que te cuente lo que resta... ¿en dónde estaba?

RAZMANN.—En tus artificios.

SPIEGELBERG.—Sí, es verdad; en mis artificios. Lo primero que has de hacer, cuando llegas á alguna ciudad, es trabar conocimiento con los agentes de policía encargados de la vigilancia de los mendigos, con los de orden público y los carceleros, y averiguar quiénes son sus mejores amigos, y á quiénes honran más, y contraer relaciones con ellos... Después frecuentas los cafés, los lupanares y las posadas, y espías y sondeas al que más vocifera contra la venalidad á bajo precio, contra la usura al cinco por ciento, contra la invasora peste de la reforma de la policía, contra los fisconomistas y otras cosas de este jaez... he aquí la ocasion propicia... la honradez se mueve y vacila como una muela inútil, y hasta entonces aplicar la llave para arrancarla... ó mejor y más breve: andando, dejas caer un bolsillo lleno en mitad de la calle, y te ocultas en cualquiera parte, y

acechas bien al que lo coge... lo sigues, lo encuentras, lo llamas y le preguntas al pasar:—«Caballero, ¿no habéis hallado, por casualidad, un bolsillo con dinero?» Si dice que sí, es señal de que el diablo no está de tu parte; pero si lo niega:—«Dispensad, caballero... yo no he visto nada... lo siento...» (Con alegría:) ¡hermano, hermano, tuya es la victoria! Apaga la linterna, astuto Diógenes... encontraste á quien buscabas.

RAZMANN.—Eres un práctico distinguido.

SPIEGELBERG.—¡Ya lo creo! Nunca lo he dudado... Ya que tienes á tu hombre preso en tus redes, es preciso que te des traza de sacarlo de ellas. Mira, hijo mio, de qué maña me valgo... Ya en la buena pista, me adhiero á mi neófito como la polilla á la ropa, bebo con él como buen camarada, y no olvides nunca ser tú el pagano; y aunque el desembolso no sea leve, no repares en ello... prosigue tu obra, llévalo á las casas de juego y á las reuniones de libertinos, enrédalo en pendencias y malos pasos, hasta que quiebre por completo en salud y fuerzas, en dinero, en conciencia y en buen nombre, porque, por vía de incidencia, debo decirte que nada conseguirás si no lo pierdes en cuerpo y alma... ¡Créeme, compañero! Cincuenta veces he averiguado en mi larga experiencia, que en cuanto sale del nido el hombre honrado, se hace esclavo del demonio... pero la transición es tan fácil, ¡oh! tan fácil, como la de una mujer alegre á prostituta... Pero ¿oyes? ¿qué ruido es ese?

RAZMANN.—Un trueno. Continúa.

SPIEGELBERG.—Otro camino hay más corto y preferible: dejas á tu hombre sin casa ni hogar, y cuando ha perdido hasta la camisa, él mismo vendrá á buscarte... ¡No serás mi maestro en artificios, hermano! Pregunta, si no, á aquel de cara cobriza... ¡Dura necesidad! á ese lo atraje al lazo con sutileza... Le ofreci cuarenta ducados, si quería traerme

en cera las llaves de su amo, y ¡asómbtrate! ese estúpido animal, ¡el diablo me lleve! me trajo las mismas llaves y reclamó su dinero...—«Caballero, le dije, ¿no sabéis que ahora, con estas llaves en mi poder, os puedo llevar en derechura al encargado de la policía, y proporcionaros un puesto en la horca?...» ¡Mil truenos! ¡Si hubieses visto cómo abría los ojos el pobre diablo, y cómo temblaba á modo de perro de aguas mojado!...—«Por el cielo, ¿lo haréis así? yo quiero, yo quiero...» «¿Qué demonios quiere? ¿Desea librar su cabeza é irse al infierno conmigo?...» «¡Oh! de todo corazón, con la mayor alegría.» ¡Ja, ja, ja! ¡El pobre diablo! Con tocino se atrapa á los ratones... ¡Ríete de él, Razmann! ¡Ja, ja, ja!

RAZMANN.—Sí, sí, debo confesarlo. Escribiré esta lección en mi cerebro con letras de oro. Bien conoce Satanás á sus elegidos, puesto que te ha nombrado su agente.

SPIEGELBERG.—¿No es verdad, hermano? Y á mi juicio, pagándole yo el diezmo, me dejará libre... Si todo editor da á su librero un ejemplar gratis por cada diez, ¿por qué ha de ser el diablo tan avaro? Huelo pólvora, Razmann.

RAZMANN.—¡Diantre! La huelo también tiempo hace... Ten cuidado, que algo ocurre aquí cerca... Sí, sí; como te digo, Mauricio, tú y tus reclutas seréis los bienvenidos para el Capitán... ha atraído á algunos hombres de bien.

SPIEGELBERG.—Pero ¡los míos! ¡los míos!... ¡bah!

RAZMANN.—Sí, sin duda; pueden tener ágiles los dedos; pero te aseguro que la fama de nuestro capitán ha seducido á algunos hombres de bien.

SPIEGELBERG.—No espero...

RAZMANN.— ¡Con formalidad! Y no se avergüenzan de servir á sus órdenes. No mata por robar, como nosotros... poco le importa el dinero, por mucho que haya, y hasta la tercera parte del botín, que le corresponde de derecho, la gasta en niños huérfanos ó en pagar los estudios de jó-

venes pobres y aplicados. Pero si se trata de despojar á algún gentilhombre campesino, que explota á sus colonos como á animales, á algún bribón con galones dorados, que ha de caer bajo su férula, que elude las leyes y ciega con oro á la justicia, á algún otro petimetre insignificante... entonces se encuentra en su elemento natural, y ni el demonio lo iguala, y parece que sus fibras se transforman en furias.

SPIEGELBERG. — ¡Jum, jum!

RAZMANN. — Estando en una venta supimos hace poco que había de pasar cerca un cierto Conde de Ratisbona, que había ganado en pleito un millón con las tretas de su abogado; estaba á la mesa comiendo... «¿Cuántos somos?» me preguntó, levantándose precipitadamente. Noté que se mordía el labio inferior, lo cual sólo le sucede cuando le domina la cólera. «Nada más que cinco, contesté.—Bastan, dijo.» Tiró el dinero en la mesa á la ventera, no probó siquiera el vino que se le había servido, y nos pusimos en marcha. Sin hablar palabra alguna, anduvo solo á uno y otro lado, y se limitó á interrogarnos de vez en cuando si veíamos algo, y á ordenarnos que escucháramos poniendo nuestros oídos contra la tierra. Al fin se presentó el Conde; su carruaje venía cargado hasta los topes; el abogado dentro, junto á él; un jinete delante; y á los costados dos criados á caballo. ¡Si lo hubieses visto entonces con una pistola en cada mano saltar el primero en el coche, y la voz con que gritó alto!... El cocheró, que no quería parar, salió danzando del pescante; el Conde se precipitó del coche; los de á caballo tomaron la huida. «¡El dinero, canalla!» exclamó con voz de trueno. Parecía un buey en el matadero. «¿Y tú eres el bribón que conviertes á la justicia en prostituta?» El abogado temblaba; sus dientes rechinaban... el puñal se hundió en su vientre como una estaca en una viña. «Lo mio se acabó,» dijo; y vol-

viéndose á nosotros con orgullo: «El robar es oficio vuestro.» Y en seguida desapareció en la espesura.

SPiegelberg. — ¡Jum, jum! Hermano, lo que te he contado antes se queda entre nosotros, y no hay necesidad de que él lo sepa. ¿Me entiendes?

RAZMANN. — Sí, sí; te entiendo.

SPiegelberg. — ¡Tú lo conoces! Tiene también sus caprichos. Ya me comprendes.

RAZMANN. — Lo comprendo, lo comprendo. (Schwartz llega corriendo.) ¿Quién va allá? ¿Qué hay? ¿Caminantes en el bosque

Schwartz. — ¡Pronto, pronto! ¿En dónde están los otros? ¡Mil diablos! ¡Y os entretenéis ahí en charlar! ¿No sabéis... no sabéis, pues, nada?... y Roller...

RAZMANN. — ¿Qué hay, qué hay?

Schwartz. — Roller está preso, y cuatro más con él.

RAZMANN. — ¿Roller? ¡Maldición! ¿Desde cuándo?... ¿cómo lo sabes?

Schwartz. — Hacía ya tres semanas, y nada sabíamos. Tres sesiones había ya celebrado el tribunal, y nada habíamos oído; se le ha interrogado en la tortura quién es su capitán... y ese valiente mancebo no lo ha confesado; ayer lo condenaron á muerte, y hoy por la mañana ha sido despachado al infierno en correo extraordinario.

RAZMANN. — ¡Satanás me valga! ¿Lo sabe el capitán?

Schwartz. — Ayer lo supo por primera vez. ¡Echaba espuma como un jabalí! No ignoras que siempre lo ha preferido, y ahora la tortura... Se han llevado á la cárcel cuerdas y escalas, aunque inútilmente; él, en persona, disfrazado de capuchino, se ha deslizado hasta su calabozo para que se escapara, quedándose en su lugar; Roller lo resistió con obstinación: recientemente ha hecho un juramento que nos ha helado de espanto, porque ha dicho que ha de encender en su honor tales antorchas fúnebres, cuales se

han alumbrado ni á los reyes, y que han de quemar á los jueces y tostarlos. La suerte de la ciudad me trae cuidadoso. Largo tiempo hace que la detesta por su fanatismo; y ya conocerás, por la experiencia, que cuando dice «haré esto,» es lo mismo que si lo hubiese hecho.

RAZMANN. — ¡Es cierto! Sé lo que es el capitán. Si hubiese dado su palabra al diablo de encaminarse á los infiernos, no rezaría una sola sílaba, aunque le constara que podía salvarse diciendo medio Padre Nuestro... Pero, ¡ay de mí! ¡El pobre Roller, el pobre Roller!...

SPIEGELBERG. — *Memento mori*. Pero esto no me conmueve en lo más mínimo. (Tararea una canción.) « Cuando paso junto á la horca, guiño sólo el ojo derecho, y digo para mis adentros: tú, y no yo, estás en la horca. ¿Quién será más necio de los dos? »

RAZMANN. (Levantándose.) — ¡Oís? Un tiro. (Se oyen tiros y ruido.)

SPIEGELBERG. — ¡Otro!

RAZMANN. — ¡Otro! ¡El capitán! (Se canta detrás de la escena.) « Los nuremburgueses no ahorcan á ninguno antes de tenerlo en su poder. » *Da capo*.

SCHWEIZER Y ROLLER. — (Detrás de la escena.) — ¡Hola, eh! ¡Eh, hola!

RAZMANN. — ¡Roller, Roller! ¡Llévenme todos los diablos!

SCHWEIZER Y ROLLER. (Detrás de la escena.) — ¡Razmann! ¡Schwartz! ¡Spiegelberg! ¡Razmann!

RAZMANN. — ¡Roller! ¡Schweizer! ¡Relámpagos y truenos, granizo y tempestad! (Salen corriendo á su encuentro. Moor á caballo. Schweizer, Roller, Grimm, Schusterle. Banda de ladrones llenos de lodo.)

MOOR. (Desmontándose del caballo.) — ¡Libertad! ¡Libertad!... ¡Ya estás en seco, Roller!... Llévate mi caballo, Schweizer, y lávalo con vino (Échase en tierra.) ¡Nos salimos con ella!

RAZMANN. (A Roller.) — Ahora, ¡por la hornaza de Plutón ¿te has escapado de la rueda?

SCHWARTZ. — ¿Eres tú su sombra? ¿Estoy yo loco? ¿Eres tú en realidad?

ROLLER. (Sin aliento.) — Sí, yo soy... Yo, vivo... en cuerpo y alma... ¿De dónde crees tú que vengo?

SCHWARTZ. — ¡Parece cosa de brujería! Tu muerte estaba ya decretada.

ROLLER. — Nada más cierto; y más que eso todavía. Vengo de la horca en línea recta. Déjame primero respirar. Schweizer te lo contará. Dadme una botella de aguardiente. ¿Tú otra vez aquí, Mauricio? Ya creía que te había de encontrar en otra parte. ¿Me dareis al fin una botella de aguardiente? Mis huesos están mal unos con otros... ¡Oh, mi capitán!... ¿En dónde está mi capitán?

SCHWARTZ. — Ya, ya lo verás... pero dí, cuéntanos de una vez cómo te has escapado. ¿Cómo estás de nuevo en nuestra compañía?... Se me ha trastornado la cabeza. ¿De la horca dices tú?

ROLLER. (Que se bebe una botella entera de aguardiente.) — ¡Ah, bien sabe, bien conforta!... ¡De la horca en derecha, te digo!... Ahí estáis mirando con la boca abierta y ni soñarlo podéis... No me hallaba ni á tres pasos de la escalera fatal, por la cual había de subir al mismo seno de Abraham... tan cerca... tan cerca... que mi cabeza y mi cuerpo estaban ya destinados á la anatomía... no valía mi vida un polvo de tabaco. Debo al capitán el respirar, la vida y la libertad.

SCHWEIZER. — Fué una broma digna de oírse. Supimos un día antes por nuestros espías que Roller estaba ya en salmuera, y á no venirse abajo el cielo en el momento oportuno, que al día siguiente... esto es, hoy... había de tomar el camino ordinario de toda carne... «¡Arriba! dijo el capitán. ¿Qué no se ha de aventurar por un amigo?...

Que lo salvemos ó no, hemos, sin embargo, de encender en su honor antorchas fúnebres que no han alumbrado á rey ninguno, y que han de poner lívida la piel de sus verdugos.» Toda la banda se prepara por su orden. Le enviamos un mensajero, y le llevó un aviso que recibió en la sopa.

ROLLER.—Dudaba del buen éxito de la empresa.

SCHWEIZER.—Esperamos que los puntos de paso estuvieren libres. Todos los habitantes de la ciudad se apresuraron á concurrir al espectáculo, los unos á pie, otros á caballo y otros en carruaje, de tal modo, que su bullicio y la salmodia de los ajusticiados se oían bien á lo lejos. «Ahora á incendiar, á incendiar,» dijo el capitán. Los compañeros, rápidos como saetas, prendieron fuego á la población en treinta y tres lugares á un tiempo, lanzaron mechas encendidas cerca del polvorín, en la iglesia y en las casas de labor... ¡Pardiez! antes de un cuarto de hora el viento noroeste, que sin duda tenía también sus cuentas que arreglar con la población, vino en nuestra ayuda muy á tiempo, y llevó las llamas hasta los techos más altos. Nosotros, mientras tanto, corríamos como furias una calle tras otra, gritando: «¡Fuego, fuego!» y en todas partes sólo se oían gemidos, voces, tumulto... y las campanas tocando á rebato, cuando saltó el polvorín en los aires, como si la tierra se abriese de repente, y el cielo se desplomara, y el infierno se hundiera diez mil toesas más adentro.

ROLLER.—Y entonces mi acompañamiento volvió la vista atrás... asemejábase la ciudad á Sodoma y Gomorra; todo el horizonte era solo fuego, azufre y humo; cuarenta montañas cercaban con estrépito este cuadro infernal, y un terror pánico los derriba á todos en tierra... yo me aprovecho de este instante, y ligero como el viento... vete-me ya suelto; ¡tan próximo estaba mi último momento!... y mientras mi cortejo miraba hacia atrás, petrificados como

la mujer de Loth, ¡zas! atravieso aquella muchedumbre de gente, y me escapo de sus manos. A los sesenta pasos me despojo de mis vestiduras, me zambullo en el río, nado bajo el agua, hasta que, á mi juicio, los hube perdido de vista. Mi capitán me tenía preparado el caballo y las ropas... y así me libré. ¡Moor, Moor! ¡Ojalá que pronto te veas en igual y tan terrible trance, y pueda yo también corresponder á este servicio tuyo!

RAZMANN.—Deseo bestial, que merece la horca... pero el paso era para reventar.

ROLLER—El auxilio venía en la ocasión crítica, y vosotros no estáis en disposición de apreciarla. Preciso era que vosotros, con la cuerda al cuello, caminaseis vivos á la muerte, como yo, y con esos preparativos endiablados y los más terribles del verdugo, y á cada paso que adelantaba el pie trémulo, aproximándome más y más horriblemente al maldito instrumento del suplicio, que había de estirarme todo lo posible, alumbrado por un sol espantoso de la mañana, con los ayudantes del verdugo dando vueltas y observando, y con música que me helaba de horror... todavía resuena en mis oídos... y los graznidos de los cuervos hambrientos, agarrados por docenas al cadáver medio podrido de mi antecesor; todo, todo este cuadro, y por añadidura el sabor anticipado de bienaventuranza que me sonreía... ¡hermano, hermano! y de repente la salvación de la esclavitud... Era un estrépito, como si el firmamento hubiera estallado en mil pedazos... escuchad, canallas: cuando saltamos de un horno al agua helada no se siente tanto la caída, como al llegar yo á la orilla opuesta del río.

SPIEGELBERG. (Riéndose.)—¡Pobre diablo! En fin, ya todo pasó. (Bebe.) ¡A tu feliz resurrección!

ROLLER. (Tirando su vaso.)—¡No, por todos los tesoros de Mamón! Por nada del mundo quiero yo presenciar otra vez

este espectáculo. La muerte es algo más que un salto de arlequín, y las angustias de la agonía peores que la misma muerte.

SPIEGELBERG.—¡Y la explosión del polvorín!... ¿recuerdas tú ahora, Razmann?... así apostaba el aire á azufre hará una hora, como si hubieran puesto á ventilar todo el guardarropa de Moloch. ¡Fué un golpe de maestro, capitán! Te lo envidio, á fe mía.

SCHWEIZER.—Si la ciudad se regocijaba de ver á mi compañero descuartizado como á un cerdo, ¡por el verdugo! ¿habíamos de sentir escrúpulos de sacrificarla por salvarlo? Nuestros camaradas, además, se encontraban con una ocasión favorable para atrapar algo y saquear al viejo Emperador... Pero decid, ¿qué habeis pescado en ese río?

UNO DE LA BANDA.—Yo, en medio de la confusión, me deslicé en la iglesia de San Esteban, y arranqué los galones dorados del paño del altar. Dios todopoderoso, dija, es demasiado rico, y puede convertir en hilos de oro el bramante más despreciable.

SCHWEIZER.—Has hecho bien: ¿qué significa el robo sacrilego? Ofrecen al Creador sus dones, cuando Él se ríe de sus trapos viejos, y dejan que se mueran de hambre sus criaturas. Y tú, Spangeler, ¿en dónde echaste la red?

OTRO DE LA BANDA.—Bugel y yo robamos un almacén de paños, y traemos tela para vestir á cincuenta de los nuestros.

OTRO.—Dos relojes de oro de bolsillo he escamoteado, y además una docena de cucharas de plata.

SCHWEIZER.—¡Bueno, bueno! Y en cambio les dejamos un recuerdo, en cuya extinción han de tardar catorce días. Si quieren acabar con el fuego, es menester que inunden de agua á la ciudad... ¿Sabes acaso, Schusterle, cuántos muertos ha habido?

SCHUFTERLE.—Ochenta y tres, según dicen. El polvorín solo ha matado á sesenta.

MOOR. (Muy formal.)—Roller, caro ha sido tu rescate.

SCHUFTERLE.—¡Bah, bah! ¿y qué importa? Si hubieran sido hombres... pero eran niños en mantillas, envueltos en inmundos harapos; madrejillas pobremente vestidas, que apartaban de ellos las moscas; esqueletos de los que se acurrucan junto al fuego, á quienes se les cierran todas las puertas; enfermos que buscan al médico lamentándose, mientras éste los caza con aire grave... Cuantos tenían buenas piernas habían corrido á ver la comedia, y sólo quedaba en la ciudad la hez de los habitantes para guardar las casas.

MOOR.—¡Pobres gentes! ¡Enfermos, dices tú, ancianos y niños?...

SCHUFTERLE.—Sí, ¡por el diablo! Y además mujeres de parto, y otras fuera de cuenta, que tenían abortar presenciando el suplicio; jóvenes casadas, que esquivaban asistir á la obra del verdugo, para que sus hijos futuros no sacasen impresa en sus cuerpos la horca... Poetas miserables sin zapatos por haber dado á remendar los únicos que tenían; y morralla del mismo género, de la cual ni aun acordarnos debemos. Al pasar yo casualmente junto á una casuca, oí dentro gemidos, me asomé á la puerta, y ¿qué era, cuando pude verlo á la luz? Un niño fresco y sano, que yacía en el suelo bajo la mesa al empezar á arder ésta... Pobre animalejo, dije; aquí te hielas, sin duda; y lo arrojé en las llantas...

MOOR.—¿En verdad, Schusterle?... ¡Que esa llama arda en tu pecho eternamente!... ¡Lejos de aquí, monstruo! ¡Que no te vea yo más entre mis compañeros! ¡Murmuráis?... ¡Dudáis? ¡Quién se atreve á dudar cuando yo mando?... ¡Que se vaya de aquí, os digo! Otros hay también entre vosotros que excitan mi enojo. Te conozco, Spiegelberg...

Pero pronto os pasaré revista, y haré un terrible escarmiento. (Todos se van temblando.)

(Moor solo, paseándose agitado.)

¿No los oyes, vengador del cielo?... ¿Qué puedo yo contra esto? ¿Qué puedes tú cuando tu peste, tus hambres, tus inundaciones aniquilan juntamente al justo y al malvado? ¿Quién puede ordenar á la llama que no devaste las mieses de bendición, cuando sólo debía devorar el nido de las abispas... ¡Oh, malditos sean los asesinos de niños!... ¡los asesinos de enfermos! ¡Cómo me atormenta este crimen! Ha emponzoñado mis obras más loables... Ahí está ese niño, que me cubre de rubor y de vergüenza á la faz del cielo... cuando me proponía jugar con la maza de Júpiter, y sólo derriba pigmeos, habiendo de aplastar titanes... ¡Véte, véte! ¡Tú no eres el hombre que has de dirigir la cuchilla rápida de la justicia suprema, porque sucumbes al primer golpe!... Yo abandono mi osado plan; véte, ocúltate en alguna caverna de la tierra, en donde la luz del día no pueda alumbrar tu oprobio. (Hace ademán de huir.)

UN BANDIDO. (Corriendo.)—¡Cuidado, capitán! ¡los fantasmas se presentan!... escuadrones compactos de jinetes bohemios cercan el bosque... algún espía del infierno les ha enseñado nuestro paradero.

OTROS BANDIDOS. — ¡Capitán, capitán! ¡Han descubierto nuestra pista... millares de soldados forman un cordón alrededor de nosotros en medio de la selva!

MÁS LADRONES.—¡Ay, ay, ay de nosotros! ¡Nos prenderán, nos atormentarán, nos descuartizarán al cabo! Miles de husares, de dragones y cazadores cubren los cerros y cierran las salidas. (Vase Moor, y vuelven Schweizer, Grimm, Roller, Schwartz, Schufterle, Spiegelberg, Razmann y tropa de bandidos.)

SCHWEIZER.—¡Los hemos obligado á abandonar su descanso? ¡Alégrate, Roller! Mucho he deseado habérmelas con esos jinetes, que comen pan de munición... ¡Y el ca-

pitán?... ¿Están juntos todos los de la banda? Pero ¿tenemos bastante pólvora?

RAZMANN.—Pólvora en abundancia. Pero somos ochenta entre todos; esto es, apénas uno contra veinte.

SCHWEIZER.—¡Tanto mejor! ¡Que sean cincuenta contra mi dedo pulgar!... Tanto tiempo han esperado, para que al fin encendamos la paja, que ha de abrasarles por debajo... ¡Hermano, hermano! ¡Así no hay miedo! ¡No exponen ellos su vida por diez cuartos, y nosotros peleamos por defender nuestra vida y nuestra libertad? Como una inundación caeremos sobre ellos, y como los relámpagos del cielo... Pero, en nombre del diablo, ¿en dónde está el capitán?

SPIEGELBERG.—Nos abandona en este trance mortal. ¿No habrá, pues, medio de escapar?

SCHWEIZER.—¿Escapar?

SPIEGELBERG.—¡Oh, por qué no haberme quedado en Jerusalén!

SCHWEIZER.—¡Ojalá que te ahogaras en una cloaca inmundada! Eres un fanfarrón con monjas desnudas, pero cuando se te presentan dos brazos vigorosos... ¡Cobarde! Pórtate como hombre, ó te cosemos en un saco de piel de jabalí y te echamos á los perros.

RAZMANN.—¡El capitán! ¡El capitán!

MOOR. (Andando con lentitud.)—He dejado que los encierren, y no tienen otro recurso que pelear como desesperados. (Alto.) ¡Muchachos! ¡Veamos! Ó somos perdidos, ó hay que combatir como jabalíes heridos.

SCHWEIZER.—¡Hola! Quiero destrozarles el vientre con mis colmillos, hasta que sus intestinos caigan sobre sus zapatos... ¡A ellos, mi capitán! Te seguiremos hasta las fauces de la muerte.

MOOR.—¡Cargad todas las armas! ¿No faltará la pólvora?

SCHWEIZER. (Saltando.)—Hay pólvora bastante para hacer saltar la tierra hasta la luna.

RAZMANN.—Cada uno tiene cinco pares de pistolas cargadas, y además tres carabinas.

MOOR.—¡Bien, bien! Ahora, parte de vosotros á subirse á los árboles, y á esconderse en las espesuras, y á romper el fuego emboscados...

SCHWEIZER.—¡Ese es tu sitio, Spiegelberg!

MOOR.—Los demás que los ataquen por los flancos como furias.

SCHWEIZER.—¡Yo seré de éstos, yo!

MOOR.—Que todos toquen sus silbatos en el bosque para que nos crean más numerosos; que se les suelten todos los perros, á fin de que los acosen, los separen y los desgarrén, exponiéndolos á nuestros tiros. Nosotros tres, Roller, Schweizer y yo, pelearemos juntos en lo más recio.

SCHWEIZER.—¡Magistral, magníficamente!... Los atacaremos como una tempestad, de suerte que no sepan de dónde viene el granizo que les azota. Antes de ahora, hace poco, escupí una cereza de la boca. ¡Corramos contra ellos!

(Schufterle hace una señal á Schweizer; éste habla aparte con el Capitán en voz baja.)

MOOR.—¡Silencio!

SCHWEIZER.—Te suplico...

MOOR.—¡Lejos de aquí! Que dé gracias á su infamia, porque lo ha salvado. No debe morir cuando mi Schweizer, mi Roller y yo vamos á perecer. Que se le quiten sus vestidos, y diré que es un caminante robado por nosotros... Tranquilízate, Schweizer, te juro que no obstante será ahorcado. (Entra un religioso.)

EL RELIGIOSO. (Aparte, sorprendido.)—¡Este es el nido del dragon? (Alto.) Señores, con vuestro permiso. Yo soy un servidor de la Iglesia, y ahí fuera hay setecientos hombres, que guardan hasta el último cabello de mi cabeza.

SCHWEIZER.—¡Bravo, bravo! bien dicho, para conservar abrigado el estómago.

MOOR.—¡Calla, camarada!... Hablad poco, reverendo padre; ¿qué venís á hacer aquí?

EL RELIGIOSO.—Envíame el poder supremo, que es árbitro de vida y muerte... ¡vosotros, ladrones... vosotros, asesinos é incendiarios... vosotros, malvados... mortal ponzoña que se desliza en la oscuridad y muerde á traición... hez de la humanidad... engendro del Averno... manjar predilecto de cuervos y alimañas... colonia para la horca y el tormento!...

SCHWEIZER.—¡Perro! deja de insultarnos, ó...

(Acerca á su rostro la culata de su carabina.)

MOOR.—¡Estate quieto, Schweizer!... lo interrumpes en lo mejor...! ¡ha aprendido tan bien su sermón!... ¡adelante, pues, reverendo! «para la horca y la rueda...»

EL RELIGIOSO.—Y tú, su capitán, duque de los escamoteadores de bolsas... rey de los vagabundos... gran Mogol de todos los bribones del orbe... igual en todo al primer cabeza de motín, horrible y temeroso, que precipitó en el fuego rebelde á millares de legiones de ángeles inocentes, arrastrándolos consigo al profundo abismo de la eterna condenación... los lamentos de las madres abandonadas persiguen tus pasos; bebes la sangre como el agua, y tu puñal asesino estima en menos la vida de los hombres que una burbuja de jabón...

MOOR.—¡Muy cierto, muy cierto! ¿Qué más?

EL RELIGIOSO.—¿Qué? ¿Muy cierto, muy cierto? ¿Es esa acaso la respuesta?

MOOR.—¿Cómo, señor? ¿No la esperabais? ¡Adelante, adelante! ¿Qué más teneis que decir?

EL RELIGIOSO. (Con fervor.)—¡Hombre horrible! ¡véte lejos de mí! ¿No están tus dedos manchados todavía con la sangre del Conde del Imperio, á quien asesinaste? ¿No has pro-

fanado el santuario del Señor con tus manos sacrílegas, y robado con tus garras nefandas el vaso sagrado de la comunión? ¿Cómo? ¿No has lanzado teas incendiarias en nuestra ciudad, llena de temor de Dios, y volado el polvo sobre las cabezas de buenos cristianos? (Juntando las manos.) ¡Horrendos, horrendos crímenes, que claman al cielo y armarán el brazo de la justicia divina el día del juicio para tu condenación, pidiendo el castigo y excitando el toque de la última trompeta que hemos de oír!

MOOR.—Hasta aquí, el sermón es de padre maestro; pero ¡al grano! ¿Qué os proponéis anunciarme en nombre de los venerables magistrados?

EL RELIGIOSO.—Lo que no merece recibir... Mira á tu rededor, incendiario; cuanto abarca tu vista está cercado por nuestros soldados de á caballo... no hay escape posible... cerezas podrán brotar de estas encinas, y melocotones de estos pinabetes con más facilidad que huir tú de unas y otros.

MOOR.—¿Oyes tú bien, Schweizer?... ¡Mas proseguid!

EL RELIGIOSO.—Escucha, pues, cuán bondadosa, cuán magnánima se muestra la justicia contigo, que eres un bandido: si tú, puesto en cruz ahora, pides perdón y gracia, mitigará aquélla sus rigores y será para tí madre cariñosa... cerrará sus ojos respecto á la mitad de tus crímenes, y consentirá... ¡piénsalo bien!... que sólo mueras en la rueda.

SCHWEIZER.—¿Te has enterado, capitán? ¿No debo yo ahora apretar la garganta á este perro sin ley, hasta que sude sangre por todos sus poros?...

ROLLER.—¡Capitán!... ¡Tempestad, rayos é inferno!... ¡Capitán!... ¡cómo se muerde el labio inferior! ¿Pongo á este personaje como una quilla vuelta al revés, los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo?

SCHWEIZER.—¡Yo, yo! ¡De rodillas, postrado ante tí te lo

suplicaré! ¡Déjame gozar del placer de molerlo hasta que se convierta en caldo! (El Religioso grita.)

Moor.—¡Dejadlo en paz! ¡Que nadie se atreva á tocarlo! (Al Religioso, sacando su espada.) ¡Mirad, reverendo padre! Hay aquí setenta y nueve hombres, cuyo capitán soy, y ninguno, ni con la voz de mando ni con otro signo, saben hacer evoluciones ni bailar al compás de los cañones, y fuera hay setecientos, que han envejecido bajo sus mosquetes... pero oíd. He aquí lo que dice Moor, el capitán de los incendiarios. Es cierto que he matado al Conde del Imperio, incendiado la iglesia de Santo Domingo, lanzado las teas incendiarias en vuestra fanática ciudad y hecho volar el polvorín sobre las cabezas de buenos cristianos... pero esto no es todo; he hecho más. (Extiende su mano derecha.) ¿Veis las cuatro preciosas sortijas, que ostento en cada dedo?... Observadlo bien y decid con puntualidad á los magistrados, que son los jueces de la vida y de la muerte, lo que habeis visto y oído... Este rubí fué arrancado por mí á un ministro, á quien derribé cazando á los pies de su señor. De la hez del pueblo se había elevado hasta el rango de su primer favorito á fuerza de adulaciones, y la ruina de su vecino fué el escabel de su fortuna... Las lágrimas de los huérfanos lo ensalzaron... Este diamante perteneció á un consejero de Hacienda, que vendía honores y destinos á quienes los pagaba mejor... y cerraba su puerta á los patriotas afligidos... Llevo esta ágata en recuerdo de un sacerdote de tu talla, al que ahogué con mis propias manos por haber deplorado en el púlpito la caída de la Inquisición... Otras historias podría también contaros de mis sortijas, si no estuviese ya arrepentido de las pocas palabras que he pronunciado en vuestra presencia.

EL RELIGIOSO.—¡Oh, Faraón, Faraón!

Moor. — ¡Oid bien lo que digo! ¿Habéis notado esos suspiros? ¡No estáis ahí como si quisierais llamar la ira

del cielo sobre la tropa de Coré, juzgarnos con un movimiento de hombros, y condenarnos con un cristiano ¡ay de mí?... ¡Es posible que sea tanta la ceguera del hombre? ¡Tiene cien ojos de Argos para descubrir las manchas de su hermano, y es ciego por completo para conocer las suyas? Con voz de trueno, desde su altura, hablan de amor y mansedumbre, y al Dios de la caridad ofrecen sacrificios humanos, como á Moloeh de brazos de fuego; predicán el bien del prójimo, y rechazan de sus puertas á ciegos octogenarios; se indignan contra la avaricia, y despueblan el Perú por sus barras de oro, y uncen los paganos á sus carros como si fuesen bestias de tiro. Se devanan los sesos sobre la singularidad de que la naturaleza creara á un Judas Iscariote, y no el peor de ellos sería traidor á la Trinidad por diez monedas de plata. ¡Oh vosotros, fariseos, monederos falsos de la verdad, monos de la Divinidad! No teméis arrodillaros ante la cruz y los altares, desgarrar vuestras espaldas con disciplinas, y atormentar vuestras carnes con ayunos, y osáis con estas lamentables hipocresías envolver en negra humareda á quien llamáis omnisciente en vuestro delirio, no de otro modo que quienes se burlan amargamente de los potentados, cuando se les adula por odiar á los aduladores; habláis de honradez y de conducta ejemplar, y Dios, que lee en vuestros corazones, se indignaría contra el Creador, si éste no hubiera también creado á los monstruos del Nilo... ¡Quitadlo, pues, de mi presencia!

EL RELIGIOSO. — ¡Que un criminal como éste sea además tan orgulloso!

MOOR. — No basta lo dicho... Ahora me expresaré con soberbia. Véte, di á la implacable justicia que decide de la vida y de la muerte... yo no soy ningún ladrón, que conspira á la media noche cuando los demás duermen, y se enaltece trepando por escalas... Sin duda he de leer

cuanto he hecho en el registro penal del cielo; pero no quiero perder ni una sílaba con los que se creen sus deplorables representantes. Díles que mi misión es aplicar la ley de represalias... y la venganza mi profesión. (Le vuelve las espaldas.)

EL RELIGIOSO. — ¿No quieres, pues, gracia y perdón?... Bien, acabé contigo. (Dirigese á los de la banda.) Oíd vosotros lo que la justicia os dice por mi conducto... Si entregáis atado á este criminal, condenado ya, tened entendido que os perdonarán hasta vuestras más ligeras faltas; la Santa Iglesia os abrirá de nuevo su seno como á ovejas extraviadas, y además se os facilitarán los medios para obtener cargos honoríficos. (Con sonrisa triunfante.) ¡Ea, ea! ¿Cómo os sienta esto, excelsa Majestad?... ¡Pronto, pues! ¡atadlo y sois libres!

MOON. — ¿Lo oís? ¿Lo oís? ¿Qué dudáis? ¿Qué hacéis ahí con la boca abierta? Os ofrecen la libertad, y sois realmente prisioneros... Os proponen vivir, y no se trata de vanas palabras, porque estáis sin duda condenados á muerte... Honores y destinos os aguardan, y aunque venierais, vuestra suerte no podrá evitar la maldición, el opróbio y las persecuciones... Os convidan con la reconciliación del cielo, cuando vuestra perdición es segura. No hay en vuestra cabeza un solo cabello que no esté consagrado al infierno. ¡Reflexionad, pues! ¿Vaciláis todavía? ¿Tan difícil es elegir entre el cielo y el fuego eterno? ¡Ayudadme, pues, reverendo padre!

EL RELIGIOSO. (Aparte.) — ¿Está loco este hombre?... (Alto.) ¡Creéis, por ventura, que os tiendo un lazo para atraparos vivos?... Leed, que aquí veis el indulto general que se os concede. (Da el papel á Schweizer.) ¿Dudaréis ahora?

MOON. — ¡Vedlo, vedlo! ¿Qué más podéis desear?... ¡Firmado por su propio puño... indulto general y sin nin-

guna excepción... ¿ó temáis acaso que faltarán á su palabra, porque hayáis oído alguna vez que, con los traidores, no hay obligación de cumplir lo prometido?... ¡Oh! ¡No lo temáis! La política los obligaría á cumplirla, aunque la hubiesen dado al mismo Satanás. ¿Quién se fiaría de ellos en lo sucesivo? ¿Cómo emplearían después el mismo artificio?... Yo juraría que proceden lealmente. Saben que yo soy quien os ha arrastrado á la rebelión y os ha seducido; os tienen por inocentes, y vuestros crímenes son para ellos faltas juveniles, verdaderas ligerezas de carácter. Sólo me buscan, yo sólo merezco el castigo. ¿No es así, reverendo padre?

EL RELIGIOSO. — ¿Cómo se llama el diablo que habla por él?... Ciertamente, sin duda es así... Este hombre me llena de confusión.

MOOR. — ¿Cómo? ¿Nada respondéis? ¿Imagináis escarparos peleando? ¡Mirad, mirad á vuestro alrededor!... Pensarlo así es un despropósito, es una pueril confianza... ¿Os lisonjeáis, por ventura, de sucumbir como héroes, porque sabéis que combatir es mi mayor alegría?... ¡Oh! ¡No lo penséis! ¡Vosotros no sois Moor! Vosotros sois salteadores criminales, instrumentos miserables de mis planes más vastos, como la cuerda lo es, y despreciable, en las manos del verdugo... Los salteadores no pueden sucumbir como los héroes. La vida es la sola ganancia del ladrón, y lo que viene después algo que espanta... Los ladrones tienen razón para temer la muerte... ¿Oís cómo suenan sus trompetas? ¿Veis cuán amenazadores brillan allí sus sables? ¿Cómo? ¿No os decidís? ¿Estáis locos? ¿Deliráis?... Esto es imperdonable. No os agradezco que me concedáis el vivir, sino que me avergüenzo de vuestro sacrificio!

EL RELIGIOSO. (Muy admirado.) — ¡Perderé la razón; huyo de aquí! ¿Se ha visto nunca nada parecido?

MOOR. — ¡O teméis quizás que yo mismo me mate, y que con mi suicidio desaparezca la principal cláusula de ese convenio, que habla de entregarme vivo? No, hijos; ese temor es injustificado. Tiro lejos de mí mi puñal y mis pistolas, y este frasco con veneno, que tanto pudiera servirme... tan poco valgo ya, que he perdido todo poder contra mi vida... ¿No os resolvéis todavía? ¡O teméis acaso que yo acuda á las armas, si intentáis atarme? ¡Mirad! Mi brazo derecho queda sujeto á esta rama de encina; ya no tengo medio alguno de defensa, un niño puede vencerme... ¿Quién es el primero que abandonará á su capitán en el peligro?

ROLLER. (Con vivísima emoción.) — ¡Aunque nos cercara nueve veces el mismo infierno! (Esgrimiendo su espada.) Quien no sea un perro, que salve á su capitán.

SCHWEIZER. (Haciendo pedazos el indulto y tirándolos á la cara del Religioso.) ¡El indulto en nuestras balas! ¡Lejos de aquí, canalla! Dí al Senado que te envía, que en toda la banda de Moor no hay un solo traidor... ¡Salvad, salvad al capitán!

Todos. (Gritando.) — ¡Salvad, salvad, salvad al capitán!

MOOR. (Desatándose alegre.) — Ahora somos libres... ¡Compañeros, en mi brazo llevo un ejército!... ¡La muerte ó la libertad! Por lo menos no cogerán vivo á ninguno (Toque de ataque. Ruido y algazara. Vanse con la espada desenvainada.)



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—Después FRANZ.

AMALIA. (En el jardín, cantando y tocando el laud.)—«Era
»bello como un ángel, lleno de las delicias de Walhala;
»bello más que todos los mancebos; celestial su mirada,
»como el sol de Mayo, que se refleja en la superficie azu-
»lada del mar.

»Sus abrazos me arrebatában hasta el delirio... nuestros
»corazones latían unidos velozmente, presa del más vivo
»ardor... nuestros labios y nuestros oídos encadenados...
»noche para nuestros ojos, y nuestras almas volaban hacia
»el cielo confundidas en amoroso torbellino.

»Sus besos... sensaciones del Paraíso. Como dos llamas
»se juntan en una, como los sonidos que el arpa despiden
»forman celestial armonía, su espíritu y el mío se atraían
»con fuerza irresistible y volaban locamente; nuestros la-
»bios, nuestras mejillas ardían y temblaban... y el cielo y
»la tierra desaparecían para nosotros, y el mundo entero
»era sólo nuestro amor.

»¡Ya no existe!... En vano, ¡ay de mí! en vano lo persi-
»guen mis suspiros. ¡Ya no existe!.. y de todos los place-
»res de la vida queda sólo un vano lamento.»

FRANZ. (Que se presenta.)—¿Otra vez aquí, entusiasta caprichosa? Has abandonado furtivamente el alegre banquete robando la alegría á los convidados.

AMALIA.—¡Lástima grande inspiran esos placeres inocentes! En tus oídos debe resonar todavía el canto de muerte, que acompañó al entierro de tu padre...

FRANZ.—¿Quieres tú acaso llorar eternamente? Deja dormir á los muertos, y haz feliz al que vive. Vengo...

AMALIA.—¿Y cuándo te vas?

FRANZ.—¡Ay de mí! Ese rostro sombrío, lleno de orgullo! Me afliges, Amalia. Vengo á decirte...

AMALIA.—Escucharé de tus labios, sin duda, que Franz de Moor es ya un señor poderoso.

FRANZ.—Sí, justamente estáo quería decirte... Maximiliano ha ido á dormir á la bóveda, en donde descansan sus antepasados. Yo soy el señor ahora. Pero quisiera serlo en todo. Amalia... Tú sabes lo que has sido en nuestra casa, como una hija de Moor, y, después de su muerte, seguirás amándolo y jamás lo olvidarás.

AMALIA.—¡Jamás, jamás! ¿Quién podría olvidarlo ligeramente en alegres festines?

FRANZ.—El cariño de mi padre merece que tú lo muestres á sus hijos, y Carlos ha muerto... ¿Te admiras? ¿Te turbas? Sí, verdaderamente ese recuerdo es tan lisonjero y tan sublime, que hasta acalla el orgullo de una mujer. Franz huella bajo sus plantas las esperanzas de las más nobles jóvenes; Franz viene y ofrece su corazón á una pobre huérfana, sin su protección desvalida, y su mano, y con ella todos sus tesoros, sus castillos y sus montes... Franz, el envidiado, el temido, se declara esclavo voluntario de Amalia...

AMALIA.—¿Por qué no ha de abrasar el rayo la lengua sin pudor, que pronuncia palabras criminales? ¿Tú has asesinado á mi amante, y yo, Amalia, te he de llamar mi esposo? Tú...

FRANZ.—¡No tan cruel, princesa incomparable!... Franz, sin duda, no se arrastrará en tu presencia como un Celadon vagabundo... sin duda no ha aprendido, como los insustanciales pastores de la Arcadia, á confiar sus ayes de amor al eco de las cavernas y de los valles... Franz habla, y si no se le contesta, entonces... manda.

AMALIA.—¿Mandar tú, gusano despreciable? ¿Mandarme á mí?... ¿Y cuando se responde á tus órdenes con la sonrisa del desprecio?

FRANZ.—¡Tú no lo harás! Todavía sé yo un medio, que doblará de lo lindo el orgullo de una cabeza obstinada y vana... El convento, los altos muros...

AMALIA.—¡Bravo, muy bien! El convento y sus altas paredes me librarán de tu mirada de basilisco, y me dejarán tiempo sobrado para pensar, para pensar en Carlos siempre. ¡Bien venido sea tu convento! ¡Bienaventurados sus altos muros!

FRANZ.—¡Hola! ¡Ya!... ¡Atiende! Tú misma me enseñas el modo de atormentarte... Este capricho eterno por Carlos ha de extirparlo de tu alma mi sola presencia, como si fuese la de las furias de cabellos de fuego; el fantasma horrendo de Franz te acechará detrás de la imagen de tu amante, como el perro encantado que guarda los tesoros subterráneos... Quiero arrastrarte por los cabellos á la capilla, arrancarte del alma, espada en mano, tu anterior juramento, subir á la fuerza á tu tálamo virginal y vencer tu desdén orgulloso con mayor orgullo.

AMALIA. (Dándole un bofetón.)—Toma antes tu dote.

FRANZ. (Colérico.)—¡Hola! ¡Ya te pagaré diez veces y otras diez veces su valor!... No mi esposa... no tendrás ese honor... serás mi concubina, y te señalarán con el dedo las honradas mujeres de los campesinos, cuando te aventuras á pasar las calles. Rechina los dientes... despide fuego y muerte de tus ojos... La rabia de una mujer me

deleita, y te hace más bella y provocativa. Ven... tu resistencia enaltecerá mi triunfo, y será mayor mi placer abrazándote á la fuerza... Ven conmigo á mi aposento... ahórrame aquel febril... ahora mismo serás mía.

(Intenta llevarse la á la fuerza.)

AMALIA. (Echándole los brazos al cuello.)— ¡Redóname, Franz! (Cuando él intenta abrazarla, le arrebató la espada, y retrocede con prontitud.) ¡Ves, maldada, lo que puedo hacer contigo ahora?... Soy una mujer, pero una mujer furiosa... Atrévete á manchar mi cuerpo con tu contacto impúdico... este acero atravesará tu lascivo pecho, y el espíritu de mi tío guiará mi mano. ¡Huye de aquí! (Échalo fuera.)

¡Ay de mí! ¡qué bienestar el mío!... ahora puedo respirar con libertad... sentíame fuerte como corcel fogoso, iracunda como la tigre que persigue á los que se llevan victoriosos á sus hijuelos... ¡En un convento, dice!... Agradesco tu feliz invención... Allí el amor desventurado encontrará su refugio... El convento... la cruz de nuestro Redentores el puesto del amor malogrado. (Hace ademán de salir.)

HERMANN. (Que entra con misterio.)— ¡Señorita Amalia! ¡Señorita Amalia!

AMALIA.— ¡Desdichado! ¡A qué vienes á molestar me?

HERMANN.— Quiero aligerar mi alma de este peso, antes que vaya á los infiernos. (Échase á sus pies.) ¡Perdón, perdón! ¡Os he ofendido gravemente, señorita Amalia!

AMALIA.— ¡Levantaos! ¡Dejadme! Nada quiero saber.

(Hace ademán de irse.)

HERMANN. (Deteniéndola.)— ¡No! ¡Quedaos! ¡Por Dios! ¡Por Dios eterno! ¡Todo lo sabréis!

AMALIA.— Ni una sílaba más... Yo te perdono... Véte en paz á tu casa. (Quiere irse.)

HERMANN.— Oid sólo una palabra... os devolveré por completo vuestra tranquilidad.

AMALIA. (Que retrocede, y le mira asombrada.)— ¡Qué diosa,

amigo?... ¿Quién en el cielo y en la tierra podrá devolverme mi tranquilidad?

HERMANN.—Una sola palabra de mis labios... ¡Oídme!

AMALIA.—(Tomando compasiva su mano.)—Buen hombre... ¿podrá romper una palabra de tus labios el sello de la eternidad?

HERMANN.—(Levantándose.)—¡Carlos vive!

AMALIA.—(Gritando.)—¡Desventurado!

HERMANN.—¡Es la verdad!... Otra palabra más... Vuestro tío...

AMALIA.—¡Carlos vive!

HERMANN.—Y vuestro tío...

AMALIA.—¡Carlos vive!

HERMANN.—Y también vuestro tío... No me descubráis...
(Vase apresuradamente.)

AMALIA.—(Quédase un rato inmóvil; después sale corriendo detrás de él.) ¡Carlos vive!

ESCENA II.

Lugar junto al Danubio.

Los LADRONES acampan en una eminencia bajo los árboles, y los caballos pastan en la colina.

MOOR.—Quiero descansar aquí. (Échase en el suelo.) Mis miembros están destrozados; mi lengua seca como un guiñapo. (Schweizer se aleja sin ser notado.) Os suplico que me traigáis un sorbo de agua de ese río... pero estáis todos cansados mortalmente.

SCHWARZ.—Y todo el vino está en nuestros pellejos.

MOOR.—¡Mirad cuán hermosos se ostentan los sembrados!... Los árboles se vienen abajo con sus frutos... Las viñas prometen rica cosecha.

GRIMM.—El año es bueno.

MOOR.—¿Lo crees? Y así algún sudor tendrá en el mundo su recompensa. ¿Alguno?... Pero puede caer de noche una granizada, y entonces todo se perdió.

SCHWARTZ.—Eso es muy fácil. Todo puede desaparecer pocas horas antes de la siega.

MOOR.—Lo mismo digo yo. Todo se perderá. ¿Por qué prospera para el hombre cuanto tiene de la hormiga, y es desgraciado en cuanto lo asemeja á los dioses?... ¿ó es ese el sello de su destino?

SCHWARTZ.—Lo ignoro.

MOOR.—Bien dicho, y aun mejor hecho, si nunca te has propuesto conocerlo... Yo, compañeros, he observado á los hombres; sus cuidados de abeja y sus proyectos de gigante; sus planes divinos y sus ocupaciones de ratón, así como su extraña lucha á la carrera para llegar á la felicidad... éste fiándola en el vigor de su caballo, otro en la nariz de su asno; un tercero en sus propias piernas; este lote confuso de la vida, en que tantos juegan su inocencia y exponen su porvenir por atrapar un billete premiado, y, al fin, obtienen cero, sin premio ninguno. Es un espectáculo, hermanos, que llama las lágrimas á los ojos, ó hace cosquillas en el diafragma y excita la risa.

SCHWARTZ.—¿Qué magnífica puesta del sol allá abajo!

MOOR. (Abismado en su contemplación.) —Así muere el héroe... ¡Digno de adoración!

GRIMM. — Parece que te conmueve profundamente.

MOOR. — Cuando yo era niño, mi pensamiento favorito sólo se ocupaba en vivir y morir como ellos... (Con amargo dolor.) ¡Era un pensamiento de niño!

GRIMM. — Así lo creo.

MOOR. (Ocultando su rostro bajo el sombrero.) — Esa época de mi vida... Dejádme solo, camaradas.

SCHWARTZ. — ¡Moor, Moor! ¡Por el diablo! ¡Qué te sucede?... ¡Cómo muda de color!

GRIMM. — ¡Diantre! ¡Qué tiene? ¿se siente mal?

MOOR. — Hubo un tiempo en que yo no podía conciliar el sueño si al acostarme había olvidado rezar mis oraciones...

GRIMM. — ¿Estás loco? ¿Te dejarás dominar ahora de los recuerdos de tu niñez?

MOOR. (Recostando su cabeza en el pecho de Grimm.) — ¡Hermano, hermano!

GRIMM. — ¿Cómo? No eres ningún niño... ruégote...

MOOR. — ¡Si lo fuese!... ¡Oh, si lo fuese de nuevo!

GRIMM. — ¡Quita allá!

SCHWARTZ. — ¡Sosíégate! Contempla este paisaje pintoresco... esta tarde agradable.

MOOR. — ¡Seguramente, amigos míos! ¡Este mundo es tan bello!

SCHWARTZ. — ¡Cierto! Bien dicho.

MOOR. — ¡Esta tierra tan soberbia!

GRIMM. — Bien... bien... tus palabras me agradan.

MOOR. (Recayendo en sus cavilaciones.) — ¡Y yo un sér tan odioso en este mundo incomparable... y yo un monstruo en esta tierra tan soberbia!

GRIMM. — ¡Ay, ay de mí!

MOOR. — ¡Mi inocencia, mi inocencia!... ¡Mirad! Toda la tierra se apresura á disfrutar de los rayos consoladores del sol de primavera... ¿Por qué yo sólo he de sufrir los tormentos del infierno, rodeado de las alegrías del cielo?... ¡Que todo sea tan feliz, animado por el espíritu de la paz!... El universo entero una familia, y el padre allá arriba... mi padre nó... yo solo el desterrado, yo solo borrado del número de los buenos... nunca para mí el dulce

nombre de hijo... nunca la mirada fascinadora de la amada... nunca, nunca el abrazo del amigo de corazón. (Retrocediendo colérico.) Rodeado de asesinos... silbando á mi rededor las víboras... encadenado al vicio por férreas cadenas... suspendido, presa del vértigo, en la caña vacilante de la culpa, sobre el abismo de la perdición... ¡plántimero Abadóna entre las flores del mundo dichoso!

SCHWARTZ. (A los demás.) — ¡Esto es incomprendible! ¡Nada más lo he visto así.

MOOR. (Con melancolía.) — ¡Ojalá que yo pudiera volver al seno maternal! ¡Que yo hubiera nacido un pordiosero!... ¡No! Yo no quisiera ya más ¡oh cielos! que ser un pobre jornalero... ¡Oh, yo me atormentaría trabajando, hasta sudar sangre en mi sueño... por recobrar el placer de una sola hora de descanso al mediodía... la dicha de una sola lágrima!

GRIMM. (A los demás.) — ¡Paciencia! El parexismo está á punto de terminar.

MOOR. — ¡Hubo un tiempo, oh vosotros, días de paz, en que corriais tan gratos para mí! Tú, castillo de mi padre... vosotros, verdes valles llenos de ilusiones. ¡Escenas del paraíso de mi niñez!... ¡Jamás volveréis! ¡Jamás, con vuestro soplo vivificante, aliviaréis el ardor de mi pecho!... ¡Llora conmigo, naturaleza!... ¡Jamás, jamás volverán á aliviar el ardor de mi pecho con su vivificante soplo!... ¡Perdidas, perdidas para siempre!

SCHWEIZER. (Que llega con agua en el sombrero.) — ¡Bebe, capitán!... Aquí hay agua bastante, y fría como el hielo.

SCHWARTZ. — Estás lleno de sangre; ¡qué diablo has hecho?

SCHWEIZER. — Una locura, que podía haberme costado las dos piernas y el cuello. Al deslizarme hacia el río por un montón de arena, ¡zás! se hundió bajo mi peso, y rodé desde una altura de diez pies... cuan largo era... ¡Café; y al

recuperar mis cinco sentidos, encontré en la arena agua cristalina. Baile no mal empleado, dije; bien sabrá al capitán.

MOOR. (Devolviéndole el sombrero, y enjugándose el sudor del rostro.) — De otra manera no se verían, de seguro, las cicatrices que te hicieron en la frente los soldados behemios de á caballo... Buena es el agua que has traído, Schweizer... Esas cicatrices te sientan bien.

SCHWEIZER. — ¡Bah! todavía queda espacio para otras treinta.

MOOR. — Sí, hijos míos... fué una tarde terrible... y sólo perdimos un hombre... mi Roller murió heroicamente. Se levantaría sobre sus restos un monumento de mármol, si no hubiera sucumbido por mí causa. Conténtate con este. (Se enjuga las lágrimas.) ¿Cuántos enemigos perecieron?

SCHWEIZER. — Ciento sesenta húsares... noventa y tres dragones... unos cuarenta cazadores... en todo, todo, trescientos.

MOOR. — ¡Trescientos por uno!... Cada uno de vosotros tiene derecho á esta cabeza. (Descubriéndose.) Yo levanto sobre ella mi pañal. Tan verdad como vive mi alma. ¡Nunca os abandonaré!

SCHWEIZER. — No lo jures. Ignoras si has de ser feliz, y si no te arrepentirás.

MOOR. — Por los huesos de mi Roller, nunca os abandonaré!

KOZINSKY. (Que se presenta, y aparte.) — En este lugar, é aquí cerca, lo hallaré... ¡Eh, hola!... ¿Qué gente es esta?... ¿Si serán?... ¿Cómo?... ¿Si fueran!... Ellos son, sí, ellos son... Voy á hablarles...

SCHWARTZ. — ¡Cuidado! ¿Quién viene?

KOZINSKY. — ¡Señores míos, perdonadme! No sé si me equivoque é no me equivoque.

MOOR. — Y ¿quiénes somos, si no os equivocáis?

KOZINSKY. — ¡Hombres!

SCHWEIZER. — ¿No lo hemos probado, capitán?

KOZINSKY. — Busco hombres, que miran á la muerte cara á cara, y juegan con los peligros como con serpientes domesticadas, que estiman en más la libertad que el honor y la vida, y cuyos meros nombres, gratos á los pobres y oprimidos, acobardan á los más valientes y hacen palidecer á los tiranos.

SCHWEIZER. (Al capitán.) — Me place este joven... Oye, buen amigo, has encontrado á quienes buscabas.

KOZINSKY. — Lo creo, y espero que seréis mis hermanos dentro de poco... así, mostradme el hombre verdadero que me trae, esto es, vuestro capitán, el gran Conde de Moor.

SCHWEIZER. (Apretándole la mano con calor.) — ¡Amable joven! Tuteémonos los dos.

MOOR. (Acercándose.) — ¿Conocéis al capitán?

KOZINSKY. — Tú eres... Este rostro... ¿quién podrá mirarte y buscar á otro? (Contemplándolo fijamente.) Siempre había deseado ver al hombre de mirada fulminante, sentado en las ruinas de Cartago. Ya no lo deseo.

SCHWEIZER. — ¡Rápido como el relámpago!

MOOR. — Y ¿qué te trae junto á mí?

KOZINSKY. — ¡Oh capitán! Mi destino más que cruel... He naufragado en el océano tempestuoso de la vida; he visto desvanecerse mis más lisonjeras esperanzas, y sólo me resta el doloroso recuerdo de su pérdida, que trastornaría mi razón, si no trabajara en ahogarlo, empleando mi actividad en otras empresas.

MOOR. — ¡Otra acusación contra la Divinidad!... Pero prosigue...

KOZINSKY. — Fui soldado. La desgracia me persiguió en esto también... navegué hacia las Indias orientales, y el bajel que me llevaba se hizo pedazos contra los escollos...

¡Planes nunca realizados! Al fin, oí hablar por todas partes de tus hazañas, de tus incendios, como les llamaban, y he caminado hacia aquí más de veinte millas para ponerme á tus órdenes, si aceptas mis servicios. Ruégote, digno capitán, que no los rechaces.

SCHWEIZER. (Saltando.)— ¡Heisa, heisa! He aquí á nuestro Roller, mil veces reemplazado con ventaja. Un buen compañero de nuestra banda.

MOOR. — ¿Cómo te llamas?

KOZINSKY. — Kozinsky.

MOOR. — ¿Te atreves, Kozinsky? ¿Sabes acaso que eres un mancebo imprevisor, y que, como burlando, das el paso más importante de tu vida, cual lo haría una doncella irreflexiva?... Aquí no vienes á jugar á la pelota ni á los bolos, como imaginas.

KOZINSKY. — Sé lo que quieres decir... Tengo veinticuatro años, pero ya he visto brillar las espadas y oído silbar las balas.

MOOR. — ¿Tan joven?... Y ¿has aprendido á pelear para derribar por un miserable thaler al pobre caminante, ó herir en el vientre por la espalda á las mujeres? ¡Véte, véte! Acabas de escapar de tu nodriza, porque te ha amenazado con la vara.

SCHWEIZER. — Por el diablo, ¿qué haces, capitán? ¿en qué piensas? ¿vas á rechazar á este Hércules? Mira no sea capaz de lanzar más allá del Ganges, con una cuchara de palo, al mismo mariscal de Sajonia.

MOOR. — Porque no prosperan tus niflerías vienes aquí, ¿y quieres ser un bribón y un asesino?... ¿Sabes tú lo que significa asesinar? Puedes dormir tranquilo si has cortado cabezas de adormideras, pero llevar un homicidio en el alma....

KOZINSKY. — Yo seré el responsable de toda muerte, que tú me ordenes.

MOOR. — ¿Cómo? ¿Eres tan avisado? ¿Te propones acaso engañar á todo un hombre con adulaciones? ¿De dónde ha llegado á tu noticia que yo no tenga pesadillas mortales, ni pueda padecer en mi lecho de muerte? ¿Has hecho tantas cosas que puedas asumir esa responsabilidad?

KOZINSKY. — ¡Muy poco, en verdad! ¡Este viaje en tu busca, noble Conde!

MOOR. — ¿Te ha contado tu preceptor la historia de Robin Hood?... Canallas semejantes debieran ir á galeras... ¿Habrá exaltado tu infantil fantasía, é inspirádote el loco afán de hacerte hombre grande? ¿Te ha excitado á ganar nombre y fama? ¿Querrás lograr inmortalidad con maldades? ¡Cuidado contigo, joven ambicioso! Para los criminales no son las coronas de laurel, ni los triunfos para los bandidos... sino las maldiciones, los peligros, la muerte y el oprobio... ¿Ves allá, en la colina, la horca?

SPIEGELBERG. (Paseándose de mal humor.) — ¡Qué estupidez! ¡qué horrible, qué imperdonable estupidez! ¡Así no es! Yo sigo otro método.

KOZINSKY. — ¿Qué temerá quien no teme á la muerte?

MOOR. — ¡Bravo! ¡sin igual! Tú has sido buen estudiante en la escuela, has aprendido tú Séneca, sin errar un punto... Pero, apreciable amigo, con tales sentencias no aturdirás la natural compasión, ni harás enmudecer las punzadas del dolor... ¡Reflexiona bien, hijo mío! (Tomándole la mano.) Piensa; te aconsejo como un padre... ¡Mide la profundidad del abismo, antes de precipitarte en él! Si puedes ganar en el mundo un solo amigo... llegarán momentos en que tú... despiertes, y entonces... puede ser ya tarde. Tú te separas por completo del resto de la humanidad... y has de ser un hombre superior á un diablo... ¡Otra vez te lo digo, hijo mío! Si el más leve relámpago de esperanza brilla para tí en cualquiera parte, abandona esta reunión horrible, que sólo infunde desespera-

ción, si una sabiduría superior no nos anima... Puede uno equivocarse... es posible que hayamos energía del alma á lo que al fin es tan sólo desesperación... Créeme, órdenme; véte de aquí sin tardanza.

KOZINSKY. — ¡No; no huyo de aquí! Si mis réplicas no te mueven, oye la relación de mis desdichas... Tú mismo me obligarás á tomar con mis manos el puñal, tá... Siéntate en tierra, y escúchame atento.

MOOR. — Te escucharé.

KOZINSKY. — Sabed, pues, que soy un bohemio noble, y por la temprana muerte de mi padre heredé bienes cuantiosos. El lugar era un paraíso... porque encerraba un ángel... una doncella, adornada de todos los encantos de la más floreciente juventud, y pura como la luz del cielo. Pero, ¿á quién lo digo? ¡Pasará inadvertido!... Nunca habréis amado, nunca habréis sido amado.

SCHWEIZER. — ¡Poco á poco! Nuestro capitán se pone encendido como la grana.

MOOR. — ¡Calla! Otra vez te escucharé!... Mañana, pronto, ó... cuando yo vea sangre.

KOZINSKY. — Sangre, sangre... Oye más. La sangre, te aseguro, inundará tu alma. Ella era de la clase media, una alemana... pero sus ojos desvanecían todas las preocupaciones de la nobleza. Con tímida modestia recibió de mis manos el anillo nupcial, y á los dos días había de llevar á Amalia al altar. (Moor se levanta precipitadamente.) Cuando la dicha que me aguardaba me enloquecía, en medio de los preparativos de mi boda... me citan á la corte por un expreso. Fui allá. Enseñáronme cartas, escritas, según decían, de mi mano, llenas de traición. Enrojecí de esta maldad... quitáronme mi espada, me encerraron en la cárcel y perdí el uso de mis sentidos.

SCHWEIZER. — Y mientras tanto... pero sigue... ya adivino la conclusión.

KOZINSKY. — Estuve allí un mes largo sin saber lo que me sucedía. Mi inquietud por Amalia era grande, y cada minuto una muerte para ella, temiendo mi desgracia. Apareció al fin el primer Ministro de la corte; manifestó sus deseos de que se descubriese mi inocencia, empleando palabras melosas; me leyó la providencia, en que se me ponía en libertad, y me restituyó mi espada. Corro entonces en triunfo á mi castillo para volar á los brazos de Amalia... había desaparecido. Habíanla robado á la media noche, y nadie sabía su paradero. Nadie la había visto después. Rápido yo como el relámpago, me encamino á la ciudad, pregunto en la corte... todos los ojos se fijaban en mí; pero no obtuve respuesta alguna... Al fin la descubro en el Palacio, guardada por una reja oculta... echóme un billete.

SCHWEIZER. — ¿No lo dije yo?

KOZINSKY. — ¡Infierno, muerte y diablo, allí estaba! Se le había dado á elegir entre mi muerte, ó ser la concubina del Príncipe. En lucha con el deber y el amor, se decidió por el último, y (Sonriendo.) así me salvé!

SCHWEIZER. — ¿Qué hiciste tú?

KOZINSKY. — Quedéme como herido de mil rayos... ¡Sangre! fué mi primer deseo; ¡sangre! el último. Echando espuma por mi boca corro á mi casa, escojo una espada de agudo filo, me precipito en busca del Ministro, porque él... sólo él había sido el infame intermediario. Hubieron de verme desde la calle, porque al subir yo, todos los aposentos estaban cerrados. Registro y pregunto. «Ha ido á ver al Príncipe,» me responden. Salgo en derechura al Palacio, y tampoco me dieron razón de su paradero. Retrocedo, hago saltar las puertas, le encuentro, y ya estaba á punto de... cuando se presentaron cinco ó seis criados, que estaban en emboscada, y me quitaron el arma de las manos.

SCHWEIZER. (Dando con el pié en tierra.) — ¡Y nada sufrió, y tú regresaste sin vengarte?

KOZINSKY. — Fuí preso, acusado, procesado cruelmente, declarado infame... ¡notad esto!... y, por gracia especial, condenado al destierro; mis bienes fueron confiscados en provecho del Ministro; mi Amalia quedó entre las garras del tigre, suspirando y llorando su suerte, y yo ayunando en mi venganza y bajo el yugo del despotismo.

SCHWEIZER. (Levantándose y agitando su espada.) — ¡Agua es esta para nuestro molino, capitán! Hay aquí algo que encender.

MOOR. (Que, despues de pasarse en ademán colérico, dice de repente á los bandidos.) — Debo verla... ¡Arriba! Juntaos pronto... te quedas con nosotros, Kozinsky... ¡Preparaos todos sin tardanza!

LOS LADRONES. ¿Adónde? ¿Cómo?

MOOR. — ¡Adónde? ¿Quién pregunta adónde? (Colérico á Schweizer.) ¡Me quieres detener, traidor? Pero por la esperanza del cielo...

SCHWEIZER. — ¡Traidor yo?... ¡Anda al infierno; ya te sigo!

MOOR. (Abrazándolo.) — Hermano de mi corazón; tú me sigues... Ella llora; ella se lamenta de su suerte. ¡Arriba! ¡Pronto! ¡Todos! ¡A Franconia! Dentro de ocho dias estaremos allá. (Vanse.)



ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Los campos próximos al castillo de Moor.

MOOR Y KOZINSKY, á lo lejos.

MOOR. — Adelántate y anúnciame. ¿Sabes bien lo que has de decir?

KOZINSKY. — Sois el Conde de Brand; venís de Mecklenburgo; yo, vuestro escudero... Descuidad, que representaré mi papel á la perfección. Adios. (Vase.)

MOOR. — ¡Salve, campos de mi país natal! (Besa la tierra.) ¡Cielo de mi patria, sol de mi patria!... ¡y arboledas, y colinas, y rios y selvas; á todos, á todos saludo de corazón! ¡Cómo consuela el ambiente de mis montañas natales! ¡Qué bálsamo perfumado traéis al misero fugitivo! ¡Edew, mundo lleno de poesía! ¡Detente, Moor! ¡Tus plantas huelen un templo sagrado!.. (Acércase más.) ¡Mira! ¡Los nidos de golondrina en el patio del castillo!... el postigo del jardín... el rincón de la empalizada, en donde te ponías en emboscada con frecuencia para cazar... y allí abajo, en el valle, el prado en que tú, Alejandro Magno, dabas la batalla de Arbela, y junto, la colina cubierta de hierba, desde la cual derrotabas á los sátrapas persas... y en cuya cima flotaba tu bandera victoriosa. (Se sonríe.) La edad de oro

de tu infancia se renueva en el alma del desdichado... entonces eras tú tan feliz, tan completa, tan tranquilamente feliz... y ahora... ahí yacen los destrozados restos de tus planes. Aquí debías discurrir algún día, hombre ilustre, magnífico y alabado... aquí florecer de nuevo en tus robustos hijos, con tu esposa Amalia... aquí el ídolo de tu pueblo... pero un mal ángel lo dispuso de otro modo. *(Se detiene.)* ¿Por qué he venido aquí? Para igualarme al prisionero, al que despierta de su ensueño de libertad el ruido de sus cadenas... no... vuelvo á mi destierro... ¡El cautivo había olvidado ya la existencia de la luz, y el fantasma de la libertad pasó delante de él como un relámpago en medio de la noche, para sumirlo de nuevo en la oscuridad... ¡Adios, valles natales! Antes visteis á Carlos niño, y el niño Carlos era feliz... ahora lo veis hombre, y la desesperacion es su patrimonio. *(Hace un movimiento rápido como para huir y se pára de repente, y mira melancólico al castillo.)* ¡No verla ni un instante!... Sólo una pared me separa de Amalia... ¡No! he de verla... he de verla... aunque haya de perecer. *(Vuélvese.)* ¡Padre, padre! Tu hijo llega... ¡Lejos de mí, negro vapor de sangre! ¡Lejos de mí, muerte descarnada, horrible, de mirada vertiginosa! ¡Déjame libre sólo una hora. Amalia, padre, tu Carlos llega. *(Aproxímase al castillo á paso rápido.)* Atórméntame cuando venga el día, no te separes de mí por la noche... que sueños espantosos me aflijan, pero no emponzoñes este mi único placer. *(Detiénese á la puerta.)* ¿Qué emoción es la tuya? Moor, ¿qué sientes? ¿No eres un hombre?... Escalofrío mortal... presentimiento terrible... *(Entra.)*

ESCENA II.

Galería en el castillo.

MOOR y AMALIA, que entran juntos.

AMALIA. — Y ¿tenéis seguridad de reconocer su imagen entre estos cuadros?

MOOR. — ¡Oh, completa seguridad! Su retrato siempre está presente en mi memoria. (Examinando los cuadros.) Este no es.

AMALIA. — ¡Cierto!... Era el fundador de este condado, ennoblecido por Barbarroja, á quien sirvió contra los piratas.

MOOR. (Siempre examinando los cuadros.) — Tampoco es ese... ni este... ni aquel... No está entre ellos.

AMALIA. — ¡Qué decís? Mirad bien. Creía que lo habíais de conocer.

MOOR. — Ni á mi padre conozco mejor. Carece de la expresión indefinible de la boca, que lo distingue entre mil... no es.

AMALIA. — Me admiro de lo que oigo. ¿Cómo? ¿No lo habéis visto en diez y ocho años, y sin embargo...

MOOR. (Con rapidez y ruborizándose ligeramente.) — ¡Este es! (Quédase como herido de un rayo.)

AMALIA. — ¡Un hombre excelente!

MOOR. (Absorbido en su contemplación.) — ¡Padre, padre! ¡Perdóname!... ¡Sí, un hombre excelente! (Enjúgase las lágrimas.) ¡Un hombre divino!

AMALIA. — Parece que os interesa mucho.

MOOR. — ¡Oh, un hombre excelente!... ¿Y ha muerto?

AMALIA. — Sí, como mueren nuestras mayores alegrías. (Con dulzura, cogiendo su mano.) Ninguna felicidad, señor Conde, florece en esta tierra.

MOOR. — ¡Muy cierto, muy cierto!... ¿Y es posible que ya hayáis hecho tan triste prueba? No tendréis todavía veintitres años.

AMALIA. — Y ya lo sé. Todo cuanto vive, muere al cabo tristemente; cuanto nos interesa, cuanto poseemos, lo hemos de perder con dolor.

MOOR. — ¿Habéis perdido algo?

AMALIA. — ¡Nada! ¡Todo! ¡Nada! ¿Queréis ver más, señor Conde?

MOOR. — ¿A qué tanta prisa? ¿De quién es aquel retrato de la derecha? Me parece de fisonomía algo antipática.

AMALIA. — Ese retrato de la izquierda representa al hijo del Conde, al señor actual... ¡Venid, venid!

MOOR. — Pero ese retrato de la derecha...

AMALIA. — ¿No queréis venir al jardín?

MOOR. — Pero el retrato de la derecha... ¡Lloras, Amalia? (Váase Amalia precipitadamente.)

MOOR. — ¡Me ama, me ama! Todo su sér comenzaba ya á rebelarse; lágrimas acusadoras caían por sus mejillas... ¡Me ama! ¡Desdichado! ¿Lo mereces acaso? ¿No estoy yo aquí como un condenado á muerte ante el tajo fatal? ¿Ese es el sofá en donde, pendiente de su cuello, me embriagaba en un mar de delicias? ¿Son estos los aposentos paternos? (Sobrecogido al mirar el retrato de su padre.) ¡Tú, tú!... Llamas despiden tus ojos... ¡Maldición, maldición, reprobación!... ¿En dónde estoy? La noche me rodea... ¡Dios terrible! ¡Yo, yo le he asesinado! (Váase corriendo.)

FRANZ DE MOOR. (Absorbido en sus cavilaciones.) — ¡Lejos de mí esa imagen! ¡Lejos de mí, cobarde mujerzuela! ¿Por qué tiemblos y ante quién? Pocas horas hace que el Conde discurre entre estas paredes, y parece que sigue mis pa-

sos un espía del infierno... ¡Debo conocerlo!... En su rostro feroz y tostado por el sol, hay cierta grandeza y rasgos conocidos, que me hacen temblar... ¡Tampoco Amalia es indiferente con él! Miradas curiosas y melancólicas le prodiga, siendo tan avara de ellas con los demás. ¡No he observado que, al deslizarse en la copa de vino algunas lágrimas furtivas, él, á mi espalda, las bebía con tanta ansia, que parecía como si quisiera tragarse también la misma copa que las contenía? Sí; lo ví; el espejo fiel lo descubrió á mis ojos. ¡Hola, Franz, alerta! ¡Un monstruo, preñado de males, se oculta para tí bajo esas apariencias! (Detiéndose ante el retrato de Carlos, examinándolo con curiosidad.) ¡Su largo cuello... sus ojos negros llenos de fuego!... ¡hum, hum!... Sus cejas sombrías, pobladas, que cubren sus ojos... (Con un movimiento repentino.) ¡Infierno, ávido de males! ¡Tú me inspiras este presentimiento? ¡Es Carlos, sí! ¡Ahora veo con claridad sus facciones!... ¡Él es, él, á pesar de su máscara!... Él es! ¡Muerte y condenación! (Paseándose agitado.) ¡Para esto he pasado en vela mis noches?... ¡Para esto arrancado montañas y abierto en su lugar abismos... rebelándome contra todo instinto de humanidad... para que ese ligero vagabundo rompa al fin mi bien tramada tela?... ¡Poco á poco, poco á poco!... Algo queda por hacer todavía... Tan hundido me encuentro sin esto en el fango del pecado, que sería estúpido nadar hacia atrás, estando la orilla tan lejos... no hay que pensar, pues, en la vuelta... La misma gracia habría de empuñar el palo del mendigo, y haría quiebra la misericordia divina, si se me hubiesen de perdonar todos mis crímenes... ¡Adelante, pues, como debe hacerlo un hombre! (Llama de la campanilla.) ¡Que se reuna, pues, con el alma de su padre, y que venga después!... ¡Yo me río de los muertos!... ¡Daniell! ¡Eh, Daniell!... ¡A que lo ha dispuesto también contra mí? ¡Parece tan misterioso!...

DANIEL. (Que se presenta.) — ¡Qué mandáis, señor!

FRANZ. — ¡Nada! ¡Anda, llena esta copa de vino, pero pronto! (Vase Daniel.) ¡Espera, anciano! Yo te descubriré; yo miraré tus ojos con tal fijeza, que tu misma conciencia, sobrecogida, ha de palidecer á pesar de tu disimulo. ¡Morirá! Necio es quien sólo á medias hace su obra, y cesa luego, y se queda con la boca abierta, esperando que el azar la remate. (Entra Daniel con el vino.) ¡Déjalo ahí! ¡Mírame sin pestañear! ¡Cómo vacilan tus rodillas! ¡Cómo tiembblas! ¡Confésalo, anciano! ¡Qué has hecho?

DANIEL. — ¡Nada, señor! ¡Tan verdad como Dios existe, y mi pobre alma también!

FRANZ. — ¡Bébetese ese vino!... ¡Cómo? ¡Tiemblas! ¡Pronto! ¡Qué has echado en ese vino?

DANIEL. — ¡Libreme Dios! ¡Cómo? ¡Yo... en el vino?

FRANZ. — ¡Has echado veneno en el vino! ¡No estás pálido como un cadáver? ¡Confésalo, confésalo! ¡Quién te lo ha dado? El Conde, no es cierto? ¡El Conde te lo ha dado!

DANIEL. — ¡El Conde? ¡Jesús María! El Conde no me ha dado nada.

FRANZ. (Sacudiéndolo con furor.) — ¡Voy á ahogarte hasta que se ponga tu rostro cárdeno, embustero de cabellos blancos! ¡Nada? Entonces, ¿para qué habláis juntos en secreto? ¡Él, y tú, y Amalia! ¡Qué tramáis todos? ¡Dílo! ¡Qué secretos, qué secretos te ha confiado?

DANIEL. — Dios, que todo lo sabe... No me ha confiado secreto alguno.

FRANZ. — ¿Quieres negarlo? ¿Qué intrigas habéis urdido para acabar conmigo? ¿No es verdad? ¡Ahogarme mientras duermo? ¡Degollarme con una navaja de afeitar? ¡Envenenarme con vino ó chocolate? ¡Fuera, fuera! ¡O darme en la sopa el sueño eterno? ¡Habla, pues! Todo lo sé.

DANIEL. — Que no me ayude Dios en los trances de esta vida, si no os digo la pura verdad.

FRANZ.—Por esta vez, te perdono. Pero ¿no es cierto que puso en tu bolsillo alguna plata? ¿No lo es que te apretó la mano más de lo acostumbrado, así como suelen hacerlo antiguos conocidos?

DANIEL.—Jamás, señor.

FRANZ.—¿No te indicó, por ejemplo, que quizás te conociera?... ¿que tú debías acordarte de él? ¿que había de caerse la venda que cubre tus ojos?... ¿que... algo como... ¿Nada de esto te ha dicho?

DANIEL.—Ni una palabra de todo eso.

FRANZ.—¿Qué motivos reservados le impedían... que á menudo hay que tomar ciertos disfraces para vencer á sus enemigos... que deseaba vengarse, vengarse del modo más terrible?

DANIEL.—Ni la más leve indicacion de esa especie.

FRANZ.—¿Es posible? ¿Nada enteramente? Recuerda, piénsalo... ¿Que conocía muy exactamente al otro señor... muy particularmente?... ¿que lo amaba... de todo corazón... como un hijo ama...?

DANIEL.—Creo haber oido de él algo parecido.

FRANZ. (Palideciendo.)—¿Lo ha dicho, lo ha dicho en realidad? ¡A ver, repítelo! ¿Decía que era mi hermano?

DANIEL. (Sorprendido.)—¿Cómo, señor mío?... No, no ha dicho eso. Pero cuando la señorita lo paseaba por la galería, yo limpiaba el polvo de los cuadros, y él se detuvo de repente delante del retrato del señor difunto, como herido por un rayo. La señorita lo señaló, y dijo:—Un hombre excelente...—Sí, un hombre excelente, respondió; y se enjugó los ojos.

FRANZ.—Oye, Daniel! Tú sabes que yo he sido siempre contigo bondadoso, alimentándote y vistiéndote, y teniendo siempre en cuenta tu edad y tus flaquezas en todas las cosas...

DANIEL.—¿Que Dios os lo premie, señor! Y yo os he servido honradamente.

FRANZ.—Eso mismo quería yo decir. No me has contradicho en tu vida, y sabes bien que has de obedecerme en cuanto te mande.

DANIEL.—Con toda mi alma, no siendo contra Dios y mi conciencia.

FRANZ.—¡Broma, broma! ¿No te avergüenzas? ¿Un hombre anciano dando fe á esos cuentos de brujas? ¡Quita allá, Daniel! Es una estupidez pensar así. Yo soy tu señor. Dios y la conciencia me castigarán, si es que hay Dios y conciencia.

DANIEL. (Levantando las manos.)—¡Cielo misericordioso!

FRANZ.—Como tu deber es obedecerme... ¿entiendes lo que te digo? como siendo deber tuyo obedecerme, te ordeno que el Conde no exista ya mañana entre el número de los vivos.

DANIEL.—¡Socorro, santo Dios! Y ¿por qué?

FRANZ.—¡En nombre de tu ciega obediencia!... y yo te protegeré.

DANIEL.—¿A mí? ¡Socórreme, Santa Madre de Dios! ¿A mí? ¿Qué mal he hecho yo, pobre anciano, hasta ahora?

FRANZ.—Esto no puede aplazarse, y tu suerte está entre mis manos. ¿Quieres pasar tu vida entera en el más profundo de mis calabozos, en donde el hambre te obligará á roer tus propios huesos, y la ardiente sed á beber de nuevo tu misma agua?... ¿O prefieres comer tu pan tranquilo y pasar en paz tus últimos años?

DANIEL.—¿Qué decís, señor? ¿Paz y descanso en la vejez, siendo un asesino?

FRANZ.—¡Contesta á mi pregunta!

DANIEL.—¡Mis canas, mis canas!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—¡No!... ¡Dios tenga piedad de mí!

FRANZ. (Haciendo ademán de irse.)—¡Bueno! Tendrás lo que mereces. (Daniel lo detiene, y cae á sus pies.)

DANIEL.—¡Piedad, señor, piedad!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—Señor, tengo ahora setenta y un años; he honrado á mi padre y á mi madre, y á nadie, que yo sepa, he perjudicado por valor de un solo maravedí; he sido fiel y leal á mis creencias, sirviendo en vuestra casa cuarenta y cuatro años, y esperaba ahora tener una muerte sosegada y bendita. ¡Ay de mí, señor! (Abrazando sus rodillas.) ¿Y qué-réis arrebatarme mi único consuelo al morir, que el gusano roedor de mi conciencia ahogue mi última oración, que me acometa el sueño eterno siendo un objeto de horror ante Dios y ante los hombres? ¡No, no, mi mejor, mi más bondadoso señor! ¡No intentéis esto; no lo podéis exigir de un anciano de setenta y un años!

FRANZ.—¿Sí ó no! ¿Qué significa tanto inútil hablar?

DANIEL.—Desde ahora os serviré con mayor celo, cansaré en vuestro servicio mis secos músculos; como un jornalero, me levantaré temprano, me acostaré tarde... é invocaré ¡ay de mí! vuestro nombre en mis oraciones de la mañana y de la noche, y Dios no desoírà la súplica de un anciano.

FRANZ.—La obediencia es preferible al sacrificio. ¿Has oído tú jamás que el verdugo hiciese remilgos cuando había de ejecutar alguna sentencia?

DANIEL.—¡Ay de mí, indudablemente! pero asesinar á un inocente... á un...

FRANZ.—¿He de darte cuenta de mi conducta? ¿Pregunta el hacha al verdugo por qué ha de herir aquí y no allí?... Pero mira hasta dónde llega mi generosidad... te ofrezco una recompensa por cumplir mis órdenes.

DANIEL.—Yo, cumpliendo mi deber, esperaba seguir siendo buen cristiano.

FRANZ.—Nada de contradicciones. ¡Mira! Te dejo el plazo de un día para pensarlo. Reflexiónalo. La dicha ó la des-

dicha... ¿oyes tú? ¿entiendes? ¡La dicha mayor y la mayor desdicha! Haré prodigios en atormentarte.

DANIEL. (Después de un momento de reflexión.)—Lo haré, mañana lo haré. (Vase.)

FRANZ.—La tentación es grande, y él no ha nacido para ser mártir de su fe... Bien va esto, señor Conde. Según todas las probabilidades, mañana por la noche celebraréis vuestro banquete final... Todo depende en este mundo de la opinión, y es indudablemente un loco el que trabaja contra sí. Al padre, que acaso ha bebido una botella de vino más de lo acostumbrado, acomete cierta concupiscencia... y de aquí sale un hombre, y este hombre era lo último en que había pensado en todos estos trabajos de Hércules. Yo, por mi parte, experimento también ahora ese deseo... y muere un hombre, y hay aquí más inteligencia y más intención que hubo allí para que naciera. ¿No influye, por lo común, en la existencia de la mayor parte de los hombres el ardor de una tarde de Julio, ó el aspecto provocador de una cama, ó la postura inclinada de una Venus de cocina, dormida, ó una claridad dudosa?... ¿Es el nacimiento del hombre la obra de un acto animal, de una casualidad? Entonces, ¿quién pensará que la negación de su existencia es más importante? Maldita sea la estupidez de nuestras nodrizas y niñeras, que extravían nuestra imaginación con cuentos horribles, y graban en nuestro delicado cerebro imágenes espantosas de castigos en la otra vida, de tal suerte que, sin quererlo, temblor y frío angustioso se apodera de nuestros miembros, coartan nuestra osadía y nuestra decisión, y encadenan nuestra razón, al despertar, en creencias oscurantistas y supersticiosas... ¡El asesinato! como si un infierno entero de furias hubiera de rodearlo... pero la naturaleza se olvida de fabricar un hombre más... no se ha ligado el ombligo... el padre ha permanecido ocioso la noche de bodas... y des-

aparece toda esa endiablada fantasmagoría. Era algo, y ya no es nada. ¿No equivale esto á era nada y nada es? ¿A qué gastar palabras en nada?... El hombre nace del lodo, en el lodo se revuelve un instante y se convierte en lodo, y en él fermenta, hasta que al fin se queda adherido á la suela de los zapatos de su nieto. Tal es el fin del canto... el círculo fangoso del destino humano, por lo cual... ¡buen viaje, señor hermano! La moralidad hipocondriaca y molesta de la conciencia puede arrancar de los lupanares á viejas arrugadas, y atormentar á usureros ancianos en su lecho de muerte... pero conmigo no tiene valor alguno. (Vase.)

ESCENA III.

Otro aposento del Castillo.

MOOR, que entra por una puerta, y DANIEL por otra.

MOOR. (Con viveza.)—¿En dónde está la señorita?

DANIEL.—Permitid, señor, á un pobre hombre que os dirija una súplica.

MOOR.—¿Concedido! ¿Qué deseas?

DANIEL.—No mucho... y todo... algo insignificante... y sin embargo de la mayor importancia... ¡dejadme besaros la mano!

MOOR.—¡No, buen anciano, (Lo abraza.) á quien yo podría llamar mi padre!

DANIEL.—¡Vuestra mano, vuestra mano!

MOOR.—¡No, no!

DANIEL.—Debo besarla. (La coge, la mira un instante y cae de rodillas.) ¡Mi muy querido, mi excelente Carlos!

MOOR. (Da un grito, se repone, y se muestra frío y reservado.)
—¿Qué dices, amigo? No te entiendo.

DANIEL.—¿Sí, negadlo, disimulad! ¡Bien, bien! ¡Siempre sois mi mejor, mi más amado señorito!... ¡Dios de bondad! ¡que yo, hombre anciano, haya disfrutado de esta alegría!... ¡qué torpe en no haberos conocido al instante!... ¡Oh Padre, que estás en el cielo! ¡Y habéis vuelto así, y el viejo señor enterrado, y habéis vuelto!... ¡qué asno ciego he sido! Dándose un golpe en la frente.) que á primera vista... Sí, tú eres mi Carlos. ¡Quién hubiera podido ni aun soñarlo! Y lo que yo pedía con tantas lágrimas... ¡Jesucristo! ¡Ya está otra vez vivo y sano en la antigua sala!

MOOR.—¿Qué decís? ¿Deliráis? ¿O representáis conmigo una comedia?

DANIEL.—¡Oh, quitad allá! No está bien que os burléis así de un antiguo servidor! ¡Esta cicatriz! ¡Eh! ¿Os acordáis todavía? ¡Gran Dios! ¡Qué susto me disteis! Cuando siempre os quise tanto, ¡qué pena me causasteis entonces!... Yo os tenía en brazos... ¿no lo recordáis? allí, en la sala redonda... ¿no fué así, hijo mio? Sin duda lo habéis olvidado... y el cuco, que tanto os gustaba... pero ya se ha hecho pedazos al caerse al suelo... la vieja Susana lo ha roto limpiando la habitación... sí, sin duda: yo os tenía en mis brazos, y gritasteis: ¡mi caballito! y yo corrí á traéroslo... ¡Jesús!... ¿por qué yo, viejo asno, había de correr así?... ¡Qué angustia la mía!... Al oír vuestro grito de dolor, entro corriendo, y la sangre llenaba vuestro rostro, tendido en el suelo, y os habíais... ¡Santa Madre de Dios! Me quedé como si me hubieran echado de repente un cubo de agua fría... pero eso es lo que sucede cuando se pierde de vista á los niños un solo instante... Y fué en la mano derecha. Mientras yo viva, me dije, no dejaré en las manos de ninguna criatura, ni cuchillo, ni tijeras, ni cosa alguna con punta... Afortunadamente, el señor y la

señora estaban de viaje... Sí, sí, pensó; me servirá esto de aviso mientras viva. ¡Ay, ay de mí! me hubieran despedido, habrían... Dios te perdone, niño travieso... pero, a Dios gracias, pronto sanó la herida, y sólo quedó la cicatriz.

MOOR. —No entiendo una palabra de lo que dices.

DANIEL. —¿Cómo? ¿No es esto? ¿No es esto? ¿Qué tiempos! ¿Cuántas golosinas, cuántos bizcochos, cuántos macarrones no os he dado! ¿Siempre os amé entrañablemente! ¿No os acordáis de lo que me decíais un día en la caballeriza, cuando os montaba en el alazán tostado del señor, y os paseaba en él por el prado grande?—Daniel, me decíais; deja que yo sea hombre, que entonces te nombraré mi administrador, y vendrás conmigo en coche. —Sí, contestaba yo riéndome; si Dios nos da salud y vida, y no os avergonzáis de un viejo, repetía yo, os suplicaré que me dejéis la casilla que hay allá abajo en la aldea, desocupada hace tiempo, y allí, con unas cuantas pipas de vino, pasaré de tabernero los días que me restan de vida. ¡Sí; reid, reid! ¿No es verdad, mi joven amo, que ya habéis olvidado todo esto?... No conocéis al anciano, no queréis conocerlo, y os mostráis indiferente, y como un extraño... Sin embargo, sois mi querido señorito... erais un poco ligero... pero no os incomodéis... es lo más común en los jóvenes... pero al fin todo se arregla en este mundo.

MOOR. (Abrazándolo.)—Sí, Daniel, no quiero fingir más. Yo soy tu Carlos, tu perdido Carlos. ¿Qué hace Amalia?

DANIEL. (Llorando.)—¡Que yo, viejo pecador, tenga esta alegría!... ¡y el difunto señor cuánto lloró en vano!... Anda, anda, cabeza blanca; huesos duros, andad al sepulcro llenos de gozo. ¡Mi señor amo vive, mis ojos lo han visto!

MOOR.—¡Y cumplirá lo prometido!... toma, anciano leal, por el alazán tostado de la caballeriza. (Dale una bolsa de dinero.) No he olvidado al pobre viejo.

DANIEL.—¿Cómo? ¿Qué hacéis? Este es demasiado. Os equivocáis.

MOOR.—No, Danie). (Daniel quiere arrodillarse.) No te arrodilles. Dime, ¿qué hace mi Amalia?

DANIEL.—¿Justicia de Dios! ¿Justicia de Dios! ¡Válgame el profeta Jeremías!... vuestra Amalia, ¡oh! no podrá sobrevivir, morirá de alegría.

MOOR. (Con interés).—¿No me ha olvidado?

DANIEL.—¿Olvidado? ¿Volvemos á las andadas? ¿Olvidaos? Si hubieseis estado aquí, si la hubieseis visto, si hubieseis presenciado sus extremos de dolor cuando llegó la nueva de que habíais muerto, divulgada por mi señor...

MOOR.—¿Qué dices? mi hermano...

DANIEL.—Sí, vuestro hermano, el señor, vuestro hermano... otra vez, cuando la ocasión sea oportuna, hablaremos más largo de esto... y de qué manera lo trataba ella todos los días, que Dios manda, cuando la requería para hacerla su señora. ¡Oh! Yo debo, yo debo darle esta nueva.

(Quiere marcharse.)

MOOR.—¿Detente, detente! que nada sepa, ni nadie, ni tampoco mi hermano...

DANIEL.—¿Vuestro hermano? No, no tengáis miedo, no debe saberlo. Él menos que nadie... si es que no sabe ya más de lo que conviene... ¡Oh! Yo os digo que hay hombres perversos, hermanos, señores perversos... pero yo, por todo el oro de mi amo, no quisiera ser un criado también perverso... Mi antiguo dueño os creía muerto.

MOOR.—¿Qué...? ¿qué murmuras ahí por lo bajo?

DANIEL. (En voz baja).—Y, á la verdad, cuando se resucita así, sin deseirlo... Vuestro hermano era el único heredero de mi difunto amo...

MOOR.—¿Qué dices ahí entre los dientes, anciano, como si algún horrible secreto estuviese á punto de salir de tus

labios, que no quisieras y que al mismo tiempo debieras revelar? ¡Habla con claridad!

DANIEL. — Pero prefiero antes roer mis viejos huesos de hambre y de sed, beber mi propia agua... que, en virtud de un asesinato, lograr un bienestar completo. (Vase ligero.)

MOOR. (Con indignación, después de una pausa horrible.)— ¡Engañado, engañado! ¡Un relámpago de luz ilumina mi alma! ¡Infames artificios! ¡Cielo é infierno! ¡Tú nó, padre! ¡Infames artificios! ¡Asesinatos, robos, empleando estas diabólicas tramas! ¡Calumniado por él! ¡falsificando, firmando mis cartas!... lleno de amor su corazón... ¡oh! ¡yo, de un loco, un monstruo!... lleno de amor su paternal corazón... ¡Oh, infamia, infamia! Con sólo haberme arrojado á sus pies... con derramar algunas lágrimas... ¡Oh! ¡yo ciego, ciego, ciego y loco! (Golpeando la pared con la cabeza.) Yo hubiera podido ser feliz... ¡oh, bajeza, bajeza! ¡La felicidad de mi vida vilhana, villanamente desvanecida! (Corriendo furioso á uno y otro lado.) ¡Asesinatos, robos, empleando estos manejos infames!... Nunca se enfureció. Ni un pensamiento malévolo hubo en su corazón. ¡Oh malvado, inconcebible, perverso, horrible, malvado! (Entra Kozinsky.)

KOZINSKY.—¡Hola, Capitán! ¡En dónde te ocultas? ¡Qué hay? ¡Deseas permanecer aquí más tiempo?

MOOR.—¡Véte y ensilla los caballos! Antes que el sol se ponga, habremos pasado la frontera.

KOZINSKY.—¡Hablas en són de burla?

MOOR. (Con imperio.)—¡Pronto, pronto! ¡No te detengas! ¡Déjalo todo! Que nadie te vea. (Vase Kozinsky.) Voy á alejarme de estos muros. La más leve dilación pudiera enardecer mi ira, y es al cabo el hijo de mi padre... ¡Hermano, hermano! Me has hecho el hombre más desgraciado de la tierra, sin haberte ofendido nunca, y tu comportamiento no es fraternal, sin duda... Disfruta en paz de tu maldad; mi presencia no amargará más tiempo tu dicha... pero cierta-

mente, tu conducta no ha sido la de un hermano. Que las tinieblas la cobijen bajo sus alas, y que no te la arrebaté la muerte.

KOZINSKY.—Los caballos están ensillados, y podéis montar cuando os agrade.

MOOR.—¿Qué prisa, qué prisa! ¿Por qué esa prontitud? ¿No he de verla más?

KOZINSKY.—Los quitaré las bridas, si queréis; me mandasteis apresurarme á todo trance.

MOOR.—¿Me dejarás en paz? ¡Siquiera decirle adios! Apuraré el veneno de esta dicha, y luégo... ¡detente, Kozinsky! ¡diez minutos no más!... allí detras, en el patio del castillo... y partiémos en seguida;

ESCENA IV.

El jardín.

AMALIA.—Después, MOOR.

AMAL. A.—¿Lloras, Amalia?... lo dijo con una voz, con una voz... parecíame que la naturaleza se vestía sus más ricas galas... y esa voz evocaba los albores de mi venturoso amor. El ruiseñor cantaba como antes... las flores despedían sus perfumes como entonces... y yo, embriagada de deleite, estaba pendiente de su cuello... ¡Ay de mí! ¡Corazón falso y desleal! ¿cómo quieres disculpar tu perjurio? ¡No, no; lejos de mi alma tu imagen tentadora!... ¡yo no he violado mi juramento, tú eres su único dueño! ¡Lejos de mi alma, deseos traidores y descreídos! En el corazón, en que reina Carlos, no puede asidar ningún hijo de la tierra... Pero ¿por qué, oh alma mía, así siempre, así involuntaria-

mente vuelas hacia ese extranjero? ¿Por qué no has de ser fiel á la imagen de mi único amor? ¿No es el eterno compañero de mi único amor? ¡Tú lloras, Amalia?... ¡Ah! ¡Quiero huir de él!... ¡huir!... ¡Mis ojos no verán más á ese extranjero! (Moor entreabre la puerta del jardín. Ella se repona.) ¡Escuchemos, escuchemos! ¿No suena la puerta! (Ve á Carlos, y se levanta sobresaltada.) Él... ¿de dónde?... ¿cómo?... parece que me hace echar en tierra raíces, y que no puedo huir... ¡Dios del cielo, no me abandones!... ¡No, tú no arrancarás á mi Carlos del corazón! En mi alma no hay espacio para dos deidades, y yo soy una doncella mortal! (Saca el retrato de Carlos.) Tú, Carlos mío, sé mi ángel guardián contra ese extranjero, perturbador de mi afecto. A ti, á ti miraré sólo perpetuamente... y no habrá miradas profanas para ese otro.

(Siéntase en silencio, con los ojos fijos en el retrato.)

MOOR.—¿Estáis ahí, señorita?... ¿y afligida? ¿y derramando lágrimas sobre esa imagen? (Amalia no le responde.) Y ¿quién es el afortunado, que llena de plata los ojos de un ángel?... ¿puedo yo ver al que así ensalzáis?... (Intenta ver el retrato.)

AMALIA.—¡No! ¡Sí! ¡No!

MOOR. (Retrocediendo.)—¡Ah!... ¿y merece esa adoración?

AMALIA.—¿Si lo hubieseis conocido!

MOOR.—Lo hubiera envidiado.

AMALIA.—Adorado, querréis decir.

MOOR.—¡Ah!

AMALIA.—¡Lo hubieseis amado tanto! Había tanto, tanto en su rostro... en sus ojos... en el tono de su voz, muy parecido al vuestro... que yo lo amo de manera... (Moor mira á la tierra.) Ahí, en donde os encontráis ahora, estuvo él millares de veces... y á su lado la que olvidaba en su presencia el cielo y la tierra... sus ojos vagaban aquí por ese soberbio paisaje, que parecía corresponder á sus miradas, llenas de dignidad, y embellecerse con placer proporcionado á su imagen grandiosa... aquí cautivaba con su mú-

sica celestial á los habitantes del aire... aquí cogía rosas en esa espesura, rosas para mí... aquí, pendiente de mi cuello, abrasaba mis labios con los suyos, y las flores morían contentas bajo las pisadas de los amantes...

MOOR.—¿No existe ya?

AMALIA.—Surca un mar tempestuoso... el amor de Amalia navega con él... atraviesa desiertos no hollados, cubiertos de arena... el amor de Amalia hace reverdecer bajo sus plantas los granos ardientes, y florecer los arbustos salvajes... el sol de Mediodía tuesta su cabeza desnuda, la nieve del Norte se adhiere á su calzado, el granizo de las tempestades le acompaña en sus sueños, y el amor de Amalia lo arrulla en la borrasca... Mares, montañas y vasto horizonte entre los amantes...; pero sus almas abandonan su prisión de polvo, y se juntan en el Eden del amor... Parecéis triste, señor Conde.

MOOR.—Esas palabras de amor hacen revivir el mío.

AMALIA. (Poniéndose pálida.)—¿Cómo? ¿Amáis á otra?... ¡Ay de mí!... ¿qué habéis dicho?

MOOR.—Ella me creía muerto, y fué fiel á quien creía muerto... supo luégo que yo vivía, y me ofreció la corona de una mártir. Ella sabe que yo ando errante y miserable en el desierto, y su amor me acompaña volando en el desierto y en la desgracia. Llámase también Amalia como vos, señorita.

AMALIA.—¿Cómo envidio yo á vuestra Amalia!

MOOR.—¡Oh! ¡Es una joven ésdichada! Ama á un hombre, ya perdido, y jamás... jamás obtendrá su recompensa.

AMALIA.—No, la obtendrá de seguro en el cielo. ¿No se dice que hay otro mundo mejor, en donde los tristes se regocijan, y los amantes se encuentran de nuevo?

MOOR.—Sí, un mundo en donde las máscaras caen, y el amor se encuentra horriblemente... su nombre es la eternidad... mi Amalia es una joven desventurada.

AMALIA.—¿Desventurada y la amáis?

MOOR.—Desventurada porque me ama. ¿Y si yo fuese un asesino? ¿cómo, señorita, si vuestro amante pudiera pagar con una muerte cada uno de vuestros besos? ¡Ay de mi Amalia! ¡Es una joven desventurada!

AMALIA. (Mostrando grande alegría.)—¡Ah! ¡cuán feliz soy yo entonces! Mi único amante es un reflejo de la divinidad, y la divinidad no es más que dulzura y misericordia. Él ni aun puede sufrir que se haga daño á una pobre mosca... Tan opuesta es su alma á todo pensamiento de sangre, como el mediodía á la media noche. (Moor se vuelve con rapidez hacia la espesura, y se queda mirando al paisaje fijamente. Amalia toca el laud y canta.)

«¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, y encaminarte á donde te esperan los hijos de Eaco, con su acero homicida, para ofrecer á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará después á tus tiernos hijos á manejar la lanza, y honrar á los dioses, cuando el Xantho serpentea detrás de tí?»

MOOR. (Que coge en silencio el laud y canta.)—«Anda, esposa amada, tráeme mis armas temidas. Déjame... déjame asistir á las guerreras danzas.» (Tira el laud y huye.)

ESCENA V.

Monte inmediato.—Noche.—En el centro un castillo arruinado.

LOS LADRONES acampados.

LOS LADRONES. (Cantando.)—«Robar, matar, el libertinaje, las pendencias, para nosotros son pasatiempo. Mañana nos aborcan. Regocijémonos, pues, hoy.

»Vida libre la nuestra, vida llena de placeres; las selvas

»nuestro cuartel nocturno, el viento y la tempestad nuestros compañeros, nuestro sol la luna, y Mercurio nuestro Dios y nuestro angel guardián.

»Hoy nos invitamos en la casa del sacerdote, mañana en la del rico labrador. Dejamos que Dios, bondadoso y omnipotente, cuide de lo demás.

»Y cuando en el jugo de la uva mojamos nuestras gargantas, cobramos fuerza y brío, y entramos en la hermandad del negro personaje, que tuesta las almas en el »Averno.»

»El quejido de los padres asesinados, el ay de las madres sobresaltadas, el suspiro doliente de la desposada huérfana, son nuestro placer y nuestro contento.

»¡Ah! Cuando tiemblan bajo nuestras armas, mugen como terneras y caen como las moscas, se dilatan plácidas las »niñas de nuestros ojos, y se recrean nuestros oídos.

»Y cuando llega mi hora, mi dueño es el verdugo, y »adamos lustre á nuestro calzado, tomamos al paso un trago »de vino generoso, y ¡hurra, allá va! nos embarcamos para »no volver.»

SCWEIZER.—¡Ya es de noche, y el capitán no parece!

RAZMANN.—Y prometió estar con nosotros á las ocho.

SCHWEIZER.—¡Le habrá ocurrido alguna desgracia?... Camaradas! Incendiaremos, y mataremos hasta á los niños de pecho.

SPIEGELBERG. (Llamando á Razmann á parte.)—¡Oye una palabra, Razmann!

SCHWARTZ. (A Grimm.)—¿Envíamos algunos espías?

GRIMM.—¡Déjalo! Dará algún golpe que nos avergüence.

SCHWEIZER.—Te equivocas ¡por el diablo! No se separó de nosotros con las trazas de quien maquina alguna trama diabólica. ¡Has olvidado lo que nos dijo, al dejarnos en estos matorrales?... «El que robe una sola hortaliza de esos campos, tenga entendido que juega su cabeza,

como me llamo Moor...» No se trata, pues, de robar.

RAZMANN. (A Spiegelberg, en voz baja.) — ¿Qué quieres?... habla con claridad.

SPIEGELBERG. — ¡Chitón, chitón!.. No sé qué entendemos ambos por libertad, estando uncidos á un carro como bueyes, y declamando maravillosamente sobre la independencia... Esto no me agrada.

SCHWEIZER. (A Grimm.) — ¿Qué hila ese casquivano en su ruca?

RAZMANN. (En voz baja á Spiegelberg.) — ¿Hablas del capitán?

SPIEGELBERG. — Pero ¡calla, calla! Hay á nuestro alrededor oídos, que escuchan por él... ¿Capitán, dices? ¿quién lo ha hecho nuestro capitán, usurpando este título, que de derecho me corresponde?... ¿Cómo, pues? ¿Y por él jugamos á los dados nuestra vida? ¿Y sufrimos todos los rigores del destino, para tener al fin la dicha de ser propiedad de un esclavo?... ¿Esclavos nosotros, pudiendo ser principes?... Por Dios, Razmann, nunca ha sido esto de mi agrado.

SCHWEIZER. (A los demás.) — Sí... tú eres un héroe verdadero... para tirar piedras á las ranas... el ruido sólo de sus narices, al estornudar, te haría escaparte por el ojo de una aguja.

SPIEGELBERG. (A Razmann.) — Sí... años ha que pienso yo en esto; ha de ser de otra manera. Razmann, si tú eres lo que yo creo... Razmann... él falta... está casi perdido... Razmann, me imagino que ha llegado su última hora... ¿Cómo? ¿No te conmueve el sonido de la campana de la libertad? ¿No tienes valor bastante para entender una señal atrevida?

RAZMANN. — ¡No me tientes, Satanás! ¿A dónde quieres llevarme?

SPIEGELBERG. — ¿Has mordido ya el anzuelo?... ¡Bien! ¡Sígueme! He notado en donde se oculta... ¡Ven! Dos pistolas

rara vez yerran, y además... y así seremos los primeros que ahoguen á ese leoncillo. (Quiere llevárselo.)

SCHWEIZER. (Sacando colérico su puñal.)—¡Ah, bestia! ¡Justamente me haces acordarme de los bosques de Bohemia!... ¡No eres tú el cobarde, que comenzó á temblar cuando se oyó el grito de «ahí están los enemigos?» Entonces te maldije por mi alma... ¡Muere, asesino! (Lo mata de una puñalada.)

LOS LADRONES. (En tumulto.)—¡Al asesino, al asesino!... Schweizer... Spiegelberg... separadlos...

SCHWEIZER. (Tirando sobre él su puñal.)—Dejadlo... que muera... quietos, compañeros... no os alteréis por esta bagatela... El pérfido ha odiado siempre al capitán, y no tiene una sola cicatriz en todo su cuerpo... Otra vez os lo digo: no os cuidéis de esto... ¡Hola, traidor! Por la espalda intentaba asesinar á los valientes. ¡Asesinar á traición?... ¡Sudar tantos trabajos para dejar como perros este mundo? ¡Bribón! ¡Hemos dormido entre el fuego y el humo, para reventar al cabo como ratas?

GRIMM.—Pero ¡por el diablo, camarada!... ¡cuál ha sido la causa de la querrela?... El capitán se pondrá furioso.

SCHWEIZER. — Deja esto á mi cuidado... Y tú, miserable, (A Razmann.) ¡tú, tú eras su cómplice!... Quítate de mis ojos... Schusterle también lo hizo; pero por eso lo han ahorcado ya en Suiza, como se lo profetizó mi capitán...

(Se oye un tiro.)

SCHWARTZ. (Levantándose). — ¡Escuchad! ¡Un pistoletazo! (Suena otro tiro.) ¡Otro! ¡Hola! ¡El capitán!

GRIMM. — ¡Esperad! Ha de tirar otra vez. (Se oye otro tiro.)

SCHWARTZ. — ¡Él és!... sí, él es... ¡Sálvate, Schweizer!... Nosotros le hablaremos (Disparan también unos tiros; preséntanse Moor y Kozinsky.)

SCHWEIZER. (Saliendo á su encuentro) ¡Bien venido seas, mi capitán!... He sido algo ligero en tu ausencia. (Llévalo

á donde está el cadáver.) Sé tú mi juez entre los dos... quería asesinarte á traición.

LOS LADRONES. (Con asombro.) — ¡Cómo! ¡al capitán?

MOOR. (Pensativo, al contemplarlo, exclama de repente.) — ¡Oh mano incomprensible de la justicia vengadora!... ¿No fué éste el primero que me sedujo con sus cantos de sirena?... Consagra ese puñal á Némesis sombría y remuneradora. ¡Tú no has hecho esto, Schweizer!

SCHWEIZER. — ¡Por Dios! Yo he sido quien lo ha hecho, y por el diablo que no es lo peor de mi vida. (Sepárase de mal humor á un lado.)

MOOR. (Reflexionando.) — Ya comprendo... un sér que imprime al cielo movimiento... ya comprendo... las hojas se caen de los árboles... y mi otoño ha venido... Quitad esto de mi vista. (Llévanse el cadáver de Spiegelberg.)

GRIMM. — ¡Danos tus órdenes, capitán!... ¿Qué hacemos ahora?

MOOR. — Pronto, pronto se cumplirá todo... Dadme mi laud... Haber estado allí me ha perdido... mi laud, digo... necesito recobrar mi brío... ¡Dejadme!

LOS LADRONES. — ¡Es ya media noche, capitán!

MOOR — Pero eran sólo lágrimas derramadas en el teatro... oiré el canto de los romanos, que despertarán mi espíritu aletargado... mi laud, digo... ¿que es ya media noche?

SCHWARTZ. — Que pronto pasará... como plomo es nuestro sueño. Tres días hace que no se cierran nuestros ojos.

MOOR. — ¡El sueño consolador llega también á los párpados de los perversos? ¿Por qué huye de mí? Nunca he sido cobarde ni bajo... andad á dormir... mañana al romper el día partiremos.

LOS LADRONES. — ¡Buenas noches, capitán! (Se acuestan en tierra, y se duermen. Profundo silencio.)

MOOR. (Cogiendo su laud, y cantando.)

Bruto.—«¡Salve, campos pacíficos, recibid al último romano! Abrumado de dolor, vengo corriendo de Philipos, en donde luchaban y se mataban los hermanos. Casio, ¿en dónde estás?... Roma perdida, mis compañeros de armas degollados, y yo busco un refugio llamando á las puertas de la muerte.»

César.—«¡Quién, con pasos de nunca vencido, camina allá, por la pendiente de las montañas?... ¡Ah! Si no me engañan mis ojos, su aspecto es de romano... Hijo del Tiber... ¿desde cuándo comenzó tu viaje? ¿Todavía subsiste la ciudad de las siete colinas? Con frecuencia, no teniendo ya á César, he llorado su orfandad.»

Bruto.—«¡Ah! ¿Tú eres el de las veintitrés heridas? ¿Quién, oh muerto, te llama á la luz? Retírate temblando de nuevo á los abismos del Orco, tú que lloras lleno de orgullo... No triunfas. En el férreo altar de Philipos humea el último y sangriento sacrificio de la libertad. Roma siente el estertor de la agonía sobre el féretro de Bruto, y Bruto descenderá en breve junto á Minos... Arrástrate á su río.»

César.—«¡Oh! ¡Una herida mortal de la espada de Bruto! ¿Tú, tú también, oh Bruto? Hijo... era tu padre... hijo... El orbe entero hubiese sido tu herencia. Véte... tú has sido el más grande de los romanos, cuando tu acero atravesó el pecho de tu padre. Anda y grita en aquellas puertas: Bruto, el que hundió su puñal en el pecho de su padre, ha sido el más grande de los romanos. Vé... tú sabes ahora lo que me tenía confinado en las riberas del Leteo... Negro marinero, abandona ya la tierra.»

Bruto.—«¡Aguarda, padre!... En todo el imperio del sol sólo uno he conocido igual al gran César, y le has llamado hijo. Un César podía corromper á Roma, pero Bruto y César no podían subsistir juntos. Bruto no quiere herencia de tiranos, y en donde viva Bruto ha de morir

«César. Véte tú por la izquierda, yo por la derecha.»

(Deja el laúd y se pasea pensativo.)

¿Quién sería mi fiador?... Todo se presenta tan sombrío... laberinto intrincado... ninguna salida... ningún astro que me guíe... si todo acabase con el último aliento... todo, todo como un juego de muñecos... Pero ¿a qué entonces esa sed ardiente de felicidad? ¿Ese ideal de perfección imposible?... ¿Esos planes, que nunca se realizan del todo?... Si con la insignificante presión de este miserable instrumento (Acercando á su frente una pistola.) se igualaran los cobardes á los valientes... los locos á los cuerdos... los niños á los villanos... Si tan divina armonía reina en la naturaleza inanimada... ¿por qué tal desacuerdo en los dominios de la razón?... ¡No, no! hay algo más, porque yo no he sido feliz.

¿Creéis que temblaré? ¡Almas de mi víctimas! yo no temblaré. (Temblando violentamente.) ¡Vuestros gemidos de muerte... vuestros rostros lívidos... vuestras heridas, horriblemente abiertas, sólo son los eslabones de la cadena del destino, y dependéis en último término de mis noches de fiesta, de los caprichos de mi nodriza, del temperamento de mi padre, de la sangre de mi madre!... (Sobreco-gido de horror.) ¿Por qué mi Periclo no ha hecho de mí un toro, para abrasar la humanidad en mis entrañas ardientes? (Deja las pistolas.) El tiempo y la eternidad... enlazados por un solo instante... Horrendo enigma, que cierra tras sí la cárcel de la vida, y descubre á mi vista la mansión de la noche eterna... Dime... ¡oh! dime, ¿adónde, adónde me llevarás?... mundo extraño, cuya vuelta nadie ha navegado. Mira; la humanidad sucumbe bajo esa imagen, la fuerza elástica de lo finito ha de ceder, y la fantasía, que se burla caprichosamente de los sentidos, ofrece á nuestra credulidad los más raros fantasmas... ¡No, no! El hombre no debe vacilar... seas tú lo que quieras, allende sin nombre... sólo

yo soy fiel á mí mismo... sé lo que fueres, si yo solo conmigo he de pasar más allá. Las cosas exteriores son sólo el harniz del hombre... Yo soy mi cielo, y yo mi infierno.

Si tú me abandonarás en un planeta reducido á cenizas, alejado de tu vista, en donde la noche solitaria y un desierto perpetuo fueran los únicos objetos que se me presentaran en el mundo externo, yo poblaría su aterrador silencio con las imágenes de mi fantasía y me solazaría con la eternidad, desenredando el confuso caos de la universal miseria. ¿Ó quieres llevarme, por medio de nacimientos sucesivos y de espectáculos siempre nuevos de desdichas, de grado en grado... hasta la nada? ¿No puedo romper tan fácilmente los hilos que me sujetan á esta vida, como los de la otra? Puedes aniquilarme... no puedes arrebatarme esta libertad. (Monta las pistolas, y se detiene de repente.) ¿Y he de morir por miedo á una vida llena de torturas? ¿He de consentir que me venza la miseria?... ¡No! Quiero sufrirla; (Tira las pistolas.) ceda á mi orgullo el sufrimiento. Cumpliré mi destino. (La oscuridad se acrecienta.)

HERMANN. (Penetrando en el bosque.) — ¡Oid, oid el triste canto del buho!... las doce suenan allá abajo en la aldea... bueno, bueno... el crimen duerme; en esta soledad nadie me escucha. (Llégase al castillo, y llama.) ¡Ven acá, hombre desventurado, que habitas en esta cárcel; aquí tienes tu alimento!

MOOR. (Retrocediendo con cuidado.) — ¿Qué significa esto?

UNA VOZ. (Desde el castillo.) — ¿Quién llama? ¡Eh! ¿Eres tú, Hermann, mi cuervo?

HERMANN. — Yo soy Hermann, tu cuervo. Sal de la reja, y come. (Los buhos cantan.) Triste canto entonan tus compañeros de sueño, anciano... ¿Te sabe bien?

LA VOZ. — Mucha hambre tenía. Gracias á tí, que envías los cuervos al desierto á llevar el pan... ¿Y mi hijo querido, Hermann?

HERMANN.—¡Callad!... escuchemos... suena como si alguien respirara con trabajo; ¿no oyes nada?

LA VOZ.—¡Cómo! ¿Oyes tú algo?

HERMANN.—Los gemidos del viento en las ruinas del castillo... música nocturna, suficiente para que castañeteen nuestros dientes, y se pongan lívidas nuestras uñas; oye, otra vez... siempre se me figura que oigo á alguien respirar con trabajo... Tú tienes compañía, anciano... ¡hu, hu!

LA VOZ.—¿Ves algo?

HERMANN.—Adiós, adiós; este lugar inspira miedo... baja á tu agujero... allí arriba tu salvador, tu vengador... ¡hijo maldito! (Hace ademán de huir.)

MOOR. (Apareciendo horrorizado.)—¡Detente!

HERMANN. (Gritando.)—¡Ay de mí!

MOOR.—¡Detente, te digo!

HERMANN. — ¡Ay, ay, ay! ¡Ahora todo se ha descubierto!

MOOR.—¡Detente, habla! ¿Quién eres? ¿qué vienes á hacer aquí? ¡Habla!

HERMANN. — ¡Misericordia! ¡Oh! ¡Misericordia, poderoso señor!... ¡Oid una sola palabra antes de matarme!

MOOR. (Desenvainando la espada.)—¿Qué voy á oír?

HERMANN.—¡Bien me lo habíais prohibido, por mi vida!... pero yo no podía obedeceros, era imposible... un Dios en el cielo... vuestro buen padre ahí... me dolía su... ¡no me matéis!

¡**MOOR.**—¡Hay aquí un misterio!... ¡Fuera ya! ¡Habla! ¡Quiero saberlo todo!

LA VOZ. (Desde el castillo.)—¡Ay, ay! ¿Eres tú, Hermann, el que habla ahí? ¿Con quién hablas, Hermann?

MOOR.—¡Alguien hay allá abajo! ¿Qué es esto? (Corriendo hacia la torre.) ¿Es acaso algún prisionero, á quien los hombres rechazan? Quiero romper sus cadenas. ¡Habla, repito! ¿En dónde está la puerta?

HERMANN.—¡Oh! ¡Compadeceos de mí, señor!... ¡no vayáis más allá, señor!... ¡dejadlo, por piedad!

(Poniéndosele delante.)

MOOR.—¡Aunque estuviera cerrada cuatro veces! ¡Fuera de aquí... ¡Ha de salir!... Ahora, arte de robar, ven á mí ayuda por vez primera!

(Coge una ganzúa, y abre la puerta de la reja; del fondo sale un anciano, flaco como un esqueleto.)

EL ANCIANO. — ¡Comasión por un desdichado! ¡Comasión!

MOOR. (Retrocediendo horrorizado.)—¡Esta es la voz de mi padre!

EL VIEJO MOOR.—¡Gracias, Dios mio! ¡Llegó ya la hora de la redención!

MOOR.—¡Espíritu del anciano Moor! ¡qué te ha arrancado de tu sepulcro? ¡Te ha acompañado alguna falta al otro mundo, que te cierra las puertas del paraíso! Haré que te digan misas, para que tu alma errante vuelva á su patria. ¡Has enterrado el oro de viudas y huérfanos, y vuelas ahora, á la media noche, lamentándote? Yo arrancaré esos tesoros de las garras de los encantados dragones, aunque despidan contra mí llamas á millares, y muerdan mi espada con sus dientes agudos... ¡Vienes acaso á mi ruego á descifrarne los enigmas de la eternidad? ¡Habla, habla! Yo no soy hombre capaz de sentir el temor lívido.

EL VIEJO MOOR.—No soy ningún aparecido. Tócame... vivo... ¡vivo una vida miserable y digna de lástima!

MOOR.—¡Cómo! ¡No has sido enterrado?

EL VIEJO MOOR.—Me han enterrado, esto es, han puesto un perro muerto en la tumba de mis antepasados, y yo... hace ya tres meses cumplidos que vegeto en estas bóvedas sombrías y subterráneas, á donde no llega ningún rayo de sol, ni aire tibio, ni amigo alguno, y sólo se oye el grazido de los cuervos y el canto del buho...

MOOR.—¡Cielo y tierra! ¿Quién ha hecho esto?

EL VIEJO MOOR.—¡No lo maldigas!... Mi hijo Franz lo ha hecho.

MOOR.—¡Franz, Franz? ¡Oh caos eterno!

EL VIEJO MOOR.—Si tú, salvador mío, eres hombre y tienes corazón varonil, porque no te conozco, oye los lamentos de un padre, á quien sus hijos han llevado... tres meses ha ya que gimo bajo estas bóvedas de piedra, sordas á mis ayes, que con sus ecos se burlan de mi dolor. Por tanto, si tú eres hombre, si tienes un corazón humano...

MOOR.—Esos ruegos hasta á las fieras harían salir de sus guaridas.

EL VIEJO MOOR.—Largo tiempo estuve enfermo en mi lecho. Cuando empezaba á reponerme y á cobrar fuerzas, después de una enfermedad peligrosa, me presentaron un hombre, el cual me dijo que mi hijo primogénito había muerto en una batalla, que traía consigo una espada teñida con su sangre, y que sus últimas palabras habían sido que mi maldición lo había forzado á pelear y á buscar la muerte en su desesperación.

MOOR. (Volviéndose con violencia.)—¡Claro está!

EL VIEJO MOOR.—Oye más: yo me desmayé al saber esta nueva. Tuviéronme por muerto, porque al volver en mi acuerdo, yacía en un féretro, y envuelto como un cadáver en un paño mortuorio. Me esforcé en levantar la cubierta de la caja, y ésta se abrió. Era entonces noche oscura, y mi hijo Franz estaba delante de mí... «¡Cómo! gritó con voz terrible, ¿quieres vivir eternamente?» y en seguida cerró de nuevo la caja. Sus palabras, como el trueno, me privaron del uso de mis sentidos; cuando desperté de mi letargo, sentí que me levantaron en alto, y que me llevaron en un carruaje por espacio de una media hora. Al fin abrieron mi féretro... me encontré á la entrada de estas bóvedas, en presencia de mi hijo y del hombre que trajo

la espada sangrienta de Carlos... diez veces abracé sus rodillas, y rogué, y supliqué, y lloré, y lo conjuré... pero las plegarias de un padre no llegaban á su corazón... «¡Llebad abajo ese féretro, gritó con voz estentórea, que harto ha vivido ya;» y allá me llevaron sin compasión, y mi hijo Franz cerró con sus manos la puerta.

MOOR.—¡No es posible, no es posible! Debéis estar equivocado.

EL VIEJO MOOR.—No puedo engañarme. Oye más, pero no te encolerices. Así estuve veinte horas, y nadie me socorrió en este trance. Ningún hombre huella jamás tampoco este lugar solitario, porque, según dice la tradición popular, las almas en pena de mis progenitores arrastran aquí cadenas con ruido, y á la media noche entonan cánticos de muerte. Al fin sentí que se abría la puerta; ese hombre me trajo pan y agua, y me reveló que yo estaba condenado á morir de hambre, y que ponía en peligro su vida si se averiguaba que me mantenía. Con trabajo, pues, me he conservado tan largo tiempo, pero el frío incesante... el aire corrompido de estas bóvedas... mi inconsolable pena... debilitan mis fuerzas, mi cuerpo vacila; millares de veces he pedido á Dios llorando la muerte; no habré pagado todas mis culpas acaso... ó me aguarda quizás alguna alegría extraordinaria, cuando tan maravillosamente me sostengo. Y sufro con razón... ¡mi Carlos, mi Carlos!... y aun no tenía un solo cabello blanco.

MOOR.—¡Basta! ¡Arriba, troncos, témpanos de hielo; arriba, pesados é insensibles durmientes! ¡Arriba! ¡Ninguno despertará? (Tira un pistoletazo por encima de los ladrones, que duermen.)

LOS LADRONES. (Despertándose.)—¿Qué es eso? ¿Eh? ¿Hola? ¿Qué hay?

MOOR.—¡No os ha arrancado del sueño esa relación? ¡El mismo sueño eterno despertaría al oírlo! ¡Mirad, mirad!

Las leyes del mundo son un juego de azar, los lazos de la sangre se rompen, la antigua discordia anda suelta, y el hijo asesina á su padre.

LOS LADRONES.—¿Qué dice el capitán?

MOOR.—¡No, no lo asesina! La palabra es demasiado dulce... el hijo pone al padre mil veces en la rueda, lo empala, lo tortura, lo desgarrá! Estas voces son todas demasiado humanas... el mismo pecado se ruborizará, temblará el cantibal, y ningún demonio se ha atrevido á comerlo desde el principio del mundo... El hijo, á su propio padre, lo ha... ¡miradlo, miradlo! se desmaya... en esa bóveda el hijo á su padre... frío... desnudez... hambre... sed... ¡oh! ¡mirad, mirad!... es también mi padre, yo os lo confieso.

LOS LADRONES. (Que se acercan corriendo, y rodean al anciano.)
¿Tu padre? ¿Tu padre?

SCHWEIZER. (Que se aproxima en ademán de adorarlo, y se prosterna delante de él.)—¡Padre de mi capitán! ¡Yo te beso los pies! ¡Dispón de mi puñal!

MOOR.—¡Venganza, venganza, venganza! ¡Anciano, cruelmente ofendido, anciano profanado! ¡Así rasgo yo desde ahora para siempre el lazo fraternal! (Rasga su vestido de arriba abajo.) Así maldigo yo, á la faz del cielo, cada gota de sangre de mi hermano. ¡Oídme, luna y estrellas! ¡Oyeme, firmamento de la media noche, que contemplas desde esa altura esta maldad! ¡Óyeme, Dios, tres veces terrible, que, desde arriba, riges el mundo lunar, y castigas y condenas á los astros, y lanzas llamas en medio de la noche! Aquí me arrodillo... aquí levanto yo mi mano en el horror de las tinieblas... aquí juro yo, y así la naturaleza me lance de sus dominios como á un monstruo si quebranto este juramento, de no saludar la luz del día hasta que la sangre del asesino de mi padre, derramada sobre esta piedra, humee hacia el sol. (Se levanta.)

LOS LADRONES.—Es un rasgo de Belial. ¡Y dirán que somos criminales! No, ¡por todos los dragones! Nunca hemos hecho nada semejante.

MOOR.—¡Sí! y por todos los horribles suspiros de los que perecieron atravesados por vuestros puñales, de los que devoraron mis llamas, y de los aplastados por la caída de mi torre, ningún pensamiento de sangre ó de robo ha de tener entrada en vuestro pecho, hasta que tiña de escarlata á vuestros vestidos la sangre dé ese réprobo... ¡Habéis soñado nunca que seriais los instrumentos de la Majestad suprema? El ovillo revuelto de nuestro destino se ha desenredado. Hoy, hoy ha ennoblecido nuestra profesión un poder invisible. Rogad al que os encarga esta obra sublime; os ha traído aquí, y os ha dignificado para ser los ángeles exterminadores de su sombría justicia. ¡Descubrid vuestras cabezas! ¡Arrodillaos en el polvo, y levantaos santificados! (Se arrodillan.)

SCHWEIZER.—Manda capitán... ¿qué hacemos?

MOOR.—Levántate, Schweizer, y toca estos cabellos sagrados. (Llévalo junto á su padre, y le hace tocar sus cabellos.) ¡Recuerdas cuando hendiste la cabeza á aquel soldado bohemio, al esgrimir su sable sobre la mía, estando yo arrodillado, sin aliento, y desfallecido de la pelea? Entonces te prometí una recompensa regia; hasta aquí no he podido pagártela...

SCHWEIZER.—Cierto que lo juraste, pero deja que te llame siempre mi deudor perpetuo.

MOOR.—¡No! Ahora quiero pagarte, Schweizer, y no habrá mortal tan honrado como tú... ¡Venga á mi padre! (Schweizer se levanta.)

SCHWEIZER.—¡Mi gran capitán! Hoy me llenas de orgullo por primera vez... Manda: ¡en dónde, cómo, cuando debo matarlo?

MOOR.—Los minutos son preciosos, y has de apresurar-

te... Toma hombres escogidos de nuestra banda, y llévalos en línea recta al castillo del noble. Arráncalo de su lecho, si duerme ó yace en los brazos del delcete; tráelo arrastrando del festín, si está ebrio; sepáralo con violencia del Crucifijo, si lo adora de rodillas. Pero te digo, te encargo encarecidamente que no lo traigas muerto. Quiero desgarrar en pedazos y ofrecer á los buitres hambrientos las carnes del que le arranque un solo cabello, ó le arañe siquiera la piel. Ha de ser mío todo él, y si lo traes completo y vivo, un millón será tu premio, y lo robaré á un rey, á riesgo de mi vida, y podrás irte libre como el aire... ¡Si me has entendido... corre de aquí cuanto antes!

SCHWEIZER.—Basta, capitán... ¡aquí está mi mano! ¡Vuelven dos, ó ninguno. ¡Ayúdame, ángel exterminador de Schweizer! (Váse con un pelotón.)

MOOR.—Diseminaos vosotros por el bosque... yo quedo aquí.



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Vista de muchos aposentos.—Noche obscura.

DANIEL. (Con una linterna y un fío de ropa.)—Adios, casa querida maternal... me has dado tantos bienes y alegrías, mientras vivió mi difunto amo... lágrimas sobre sus restos, largo tiempo ha corrompidos. Es lo que exiges de un antiguo servidor... Era amparo de huérfanos y puerto de refugio de los desvalidos, y este hijo suyo la ha transformado en caverna de asesinos... ¡Adiós tú, suelo querido! ¡cuántas veces te ha barrido el viejo Daniel!... ¡Adiós tú, estufa de tantos recuerdos! el viejo Daniel se despide de tí con dolor... Todo esto era para tí tan familiar... y su recuerdo te llenará de aflicción, anciano Eliezer... , pero Dios me conserve en su gracia contra los engaños y astucias del perverso... Pobre vine aquí... pobre me voy, pero se salva mi alma. (Al irse, entra Franz asustado, y en traje de dormir.) ¡Dios me asista! ¡Mi señor!

FRANZ.—¡Vendido, vendido! Los espíritus, levantándose de sus tumbas, me persiguen... el imperio de los muertos, despertando violentamente del sueño eterno, me grita: ¡asesino, asesino!... ¡Quién anda ahí?

DANIEL. (Con terror.)—¡Socórreme, Santa Madre de Dios!

¡Sois vos, poderoso señor, clamando horriblemente por estas bóvedas, y despertando á los que duermen?

FRANZ.—¡A los que duermen? ¿Quién os manda dormir? ¡Anda, enciende luz! (Sale Daniel y entra otro criado.) Nadie debe dormir á esta hora. ¡Oyes tú? ¡Arriba todo el mundo!... ¡á las armas!... todos los fusiles cargados... ¿No los has visto removerse allá, en el corredor?

EL CRIADO.—¿A quiénes, señor?

FRANZ.—¿A quién, estúpido, á quién? ¿preguntas á quién con tanta frialdad, con tanta indiferencia? ¿Me ha acometido quizás una especie de vértigo? ¿A quién, asno? ¿á quién? ¿Espíritus y demonios! ¿Está muy adelantada la noche?

EL CRIADO.—Ahora mismo ha cautado las dos el sereno.

FRANZ.—¿Cómo? ¿Durará esta noche hasta el día del juicio? ¿No oiste ruido aquí cerca? ¿Ni gritos de triunfo? ¿Ni caballos galopando? ¿En dónde está Car... el conde, quiero decir?

EL CRIADO.—¡No sé, señor!

FRANZ.—¿No lo sabes? ¿Tú eres también su cómplice? ¡Voy á arrancarte del pecho el corazón! ¡Con tu maldito no sé! Anda, tráeme el sacerdote.

EL CRIADO.—¡Poderoso señor!

FRANZ.—¿Gruñes? ¿Tardas? (El criado se va precipitadamente.) ¿Cómo? ¿Hasta los mendigos se conjuran contra mí? ¡Cielo, infierno! ¿Todo contra mí?

DANIEL. (Con una luz.)—Señor...

FRANZ.—¡No, no tiemblo! Era sólo un sueño... Los muertos no resucitan... ¿quién dice que tiemblo y que estoy pálido? Me siento tan bien, tan alegre...

DANIEL.—Estáis mortalmente pálido; vuestra voz es temblorosa y balbuciente.

FRANZ.—Tengo calentura. Cuando venga el sacerdote, dí sólo que estoy enfermo. Dile que quiero sangrarme mañana.

DANIEL.—¿Queréis que eche éter en azúcar?

FRANZ.—¿Éter con azúcar? El sacerdote no vendrá aquí tan pronto. Mi voz está temblona y balbucea; dame éter con azúcar.

DANIEL.—La llave, y lo sacaré del armario...

FRANZ.—¡No, no! ¡Quédate! ó yo mismo iré. Quédate aquí; no quiero estar solo... y aunque quisiera, ¡ya ves!... quizá me desmayara... sin compañía... ¡Déjalo, déjalo! Pasará, si te quedas.

DANIEL.—¡Oh! ¡estáis enfermo seriamente!

FRANZ.—Sí; sin duda, sin duda. Esto es todo... Y las enfermedades perturban el cerebro, y engendran locos y extraños fantasmas... Pero nada significan los sueños... ¿No es verdad, Daniel? Los sueños vienen del estómago, y nada significan... hace muy poco tuve uno agradable. (Cae desmayado.)

DANIEL.—¡Jesucristo! ¿Qué es esto? ¡Jorge! ¡Conrado! ¡Sebastián! ¡Martín! ¡Dad una sola señal de vida! (Lo sacude.) ¡Santa María, Santa Magdalena, San José! ¡Recobrad sólo vuestros sentidos! Van á creer que yo lo he matado. ¡Dios so apiade de mí!

FRANZ. (Delirando.)—¡Lejos... lejos! ¿por qué me sacudes así, esqueleto de la muerte?... los muertos no resucitan...

DANIEL.—¡Dios misericordioso! Ha perdido la razón.

FRANZ. (Levantándose abatido.)—¿En dónde estoy?... ¿tú, Daniel? ¿qué he dicho? ¡no hagas caso! he dicho una mentira, sea lo que fuere... ven... ayúdame... es sólo un desvanecimiento momentáneo... porque yo... porque yo... no he dormido.

DANIEL.—¡Si tan solo estuviera ahí Juan! Quiero llamar á alguien; voy á buscar al médico.

FRANZ.—¡Quédate! Siéntate á mi lado en este sofá... así... tú eres un desdichado, un buen hombre. Deja que te cuente...

DANIEL.—Ahora no, otra vez. Os llevaré á la cama; el descanso es lo mejor.

FRANZ.—No; yo te lo ruego; deja que te lo cuente, y búrlate luégo de mí cuanto quieras... Mira; soñaba que había celebrado un suntuoso banquete, y mi corazón rebo-saba de placer, y que yacía ebrio en el césped del jardín del castillo; de repente... era el mediodía... de repente; pero te repito que te burles de mí cuanto quieras.

DANIEL.—¿De repente?

FRANZ.—De repente ensordeció mis oídos un trueno horroroso. Me levanté temblando, y me pareció ver todo el horizonte hecho una llama, y que las montañas, las ciudades y los campos se derretían como la cera en el horno, y un huracán espantoso barría á la mar, al cielo y á la tierra... entonces se oyó una voz, como si saliese de una trompeta de bronce: «¡tierra, devuelve tus muertos; mar, entrega los tuyos!» El campo desnudo comenzó entonces á removerse y abrirse, y á vomitar calaveras, costillas, cuellos y piernas, que se juntaban formando cuerpos humanos, y en corriente infinita y viva. Miré hacia arriba, y me vi al pie del Sinaí, despidiendo truenos, y encima y debajo de mí, una muchedumbre infinita, y arriba, en la montaña, en tres sillones ardiendo, tres hombres, ante cuya mirada hufan todas las criaturas...

DANIEL.—Eso es una pintura exacta del juicio final.

FRANZ.—¿No es verdad que todo esto es puro delirio? Y se presentó un personaje majestuoso, como la noche estrellada, teniendo en la mano un sello de hierro, y lo mantenía entre el Oriente y el Occidente, y dijo: «¡Eterno, santo, justo, infalible! Sólo hay una verdad, sólo una virtud. ¡Ay, ay del gusano miserable que lo dude!...» Y apareció otro con un espejo brillante, que mantuvo entre el Oriente y el Occidente, y exclamó: «Este espejo es la verdad; la hipocresía y el disimulo no lo resisten»; y yo me asusté y

todo el pueblo, porque vimos reflejarse en el espejo horribles cabezas de tigres y de leopardos... Y se presentó un tercero, con un peso de bronce, que tuvo entre el Oriente y Occidente, y gritó: «Acercaos, hijos de Adán; yo peso los pensamientos en el platillo de mi cólera, y las obras con el peso de mi furor...»

DANIEL.—¡Dios se compadezca de mí!

FRANZ.—Todos se quedaron blancos como la nieve, y el temor y la esperanza hacían latir violentamente todos los pechos. Creí que entre las tempestades de la montaña se pronunciaba mi nombre, y se heló hasta la médula de mis huesos, y mis dientes chocaron unos con otros. La balanza comenzó á sonar en seguida, los peñascos á despedir truenos, y las horas, una trás otra, á pasar junto al platillo y echar en él cada una un pecado mortal...

DANIEL.—¡Oh! ¡Que Dios os perdone!

FRANZ.—¡No lo hizo así!... El platillo creció como una montaña, pero el otro, lleno de sangre de la redención, lo mantenía en los aires... Al fin se presentó un anciano, encorvado por las penas, con los brazos mordidos por rabiosa hambre, y todos los ojos se apartaron de él; yo lo conocí, y cortó un mechón de sus cabellos de plata, lo puso en el platillo de los pecados, y se hundió, sí, se hundió este en los abismos, y el de la redención se elevó á lo alto... Sonó entonces una voz entre el trueno de la montaña, que dijo: «Gracia, gracia para todos los pecadores de la tierra y de lo profundo; ¡tú solo eres condenado!...» Largo silencio... Ahora bien; ¿por qué no te ries?

DANIEL.—¿Cómo me he de reír, si hasta las carnes me tiemblan? Los sueños vienen de Dios.

FRANZ.—¡Quita, quita allá! ¡No digas eso! ¡Llámame loco, estúpido, sandio y necio! Hazlo, querido Daniel, yo te lo suplico; búrlate lindamente de mí.

DANIEL.—Los sueños vienen de Dios. Voy á orar por vos.

FRANZ.—Tú mientes, te digo... véte ahora mismo; corre, vuela, averigua en dónde está el sacerdote; que venga, que venga sin detenerse; pero te repito que mientes.

DANIEL. (Al irse.)—;Dios se compadezca de vos!

FRANZ.—;Sabiduría popular! ;Miedo popular!... Aun no se ha averiguado si lo que pasó es pasado, ó si la Providencia vela sobre las estrellas... ;Hum, hum!... ;Quién me lo sugirió? ;Hay allí alguien sobre los astros, encargado de la venganza?... ;No, no! ;Sí, sí! Parece que balbucean misteriosamente á mi rededor: ;Sobre las estrellas hay un juez! ;Salir esta misma noche al encuentro de ese vengador sobre las estrellas! ;No, digo yo!... Refugio miserable, detrás del cual se ampara tu cobardía... desierta, solitaria, muda está esa región sobre los astros... ;Y si hubiera allí algo? ;No, no; no lo hay! Yo ordeno que no lo haya. Pero ;y si lo hay? ;Ay de ti, si te piden la cuenta de tus acciones! ;si esta misma noche has de presentarla!... ;Por qué tiemblo hasta los huesos?... ;Morir? ;Por qué me confunde esta palabra? ;Responder de mis acciones á ese vengador, más alto que las estrellas?... Y si es justo, ;huérfanos y viudas, oprimidos y víctimas clamarán á él! Y si es justo... ;por qué, pues, han sufrido, por qué has triunfado tú de ellos? (Entra el sacerdote Moser.)

MOSER.—;Me mandáis, señor, llamar? Me extraña. Es la primera vez de mi vida. ;Os proponéis burlaros de la religión, ó comenzáis ya á temerla?

FRANZ.—Burlarme ó temerla, según sean tus respuestas... Oye, Moser, intento probarte que tú eres un loco, ó que tienes por tales á los demás. ;Oyes? Respóndeme por tu vida.

MOSER.—Llamáis ante vuestro tribunal al Altísimo. El Altísimo os contestará en su día.

FRANZ.—Quiero saberlo ahora, en este momento, para no cometer locuras vergonzosas, y no invocar en trances

apurados los ídolos del pueblo. Te he dicho con frecuencia, animado por el vino de Borgoña, y con risa burlona: «no hay ningún Dios...» Ahora hablo formalmente contigo y te repito: «no lo hay.» Me combatirás con todos tus armas, pero yo te derrotaré con solo el aliento de mi boca.

MOSER.—¡Si pudieras rechazar tan fácilmente el trueno y el peso de diez mil quintales, que ha de caer sobre tu alma orgullosa! Este Dios omnisciente, al que tú, loco y perverso, borras á tu antojo de la creación, no necesita justificarse por la voz de un poco de polvo. Tan grande es en tus tiranías, como en la sonrisa de la virtud victoriosa.

FRANZ.—¡Soberbio sacerdote! Me agrada tu lenguaje.

MOSER.—Yo represento á un dueño más poderoso, y hablo con un gusano como yo, á quien no me propongo agradar. Habría yo de hacer milagros, para que en tu perversidad empedernida pudiera arrancarte una confesión de tu yerro... Pero si tu convicción es tan firme ¿por qué me haces llamar? Dime, pues, ¿por qué me mandas llamar á media noche?

FRANZ.—Porque me fastidio y no me agrada jugar al ajedrez. Quiero entretenerme pellizcando á un sacerdote. Con esos vanos fantasmas no doblarás mi entereza. Bien sé que descansa en la eternidad el que se halla estrecho en este mundo; pero se engaña cruelmente. Siempre he leído que nuestra vida no es otra cosa que el movimiento de la sangre, y que con su última gota se desvanece el alma y el pensamiento. Si produce todas las debilidades de nuestro cuerpo, ¿por qué no ha de cesar con su destrucción? ¿Por qué no ha de desaparecer con su podredumbre? Si se introduce una sola gota de agua en tu cerebro, tu vida hace una pausa repentina, siguiéndole el no ser, y, si éste dura, la muerte. La sensación es la vibración de algunas cuerdas, y el piano roto no vuelve á sonar. Si hago arrasar mis

siete castillos, si rompo esta Venus, volaron la simetría y la belleza. He aquí nuestra alma inmortal.

MOSER. — Esa es la filosofía de vuestra desesperación, pero vuestro propio corazón, que, al conocer estas pruebas, late violentamente en vuestro pecho lleno de angustia, demuestra su falsedad. Sólo las palabras: «has de morir,» destrozan esa tela de araña, ese sistema... Os anuncio además, y os servirá de argumento contundente, que cuando vuestra muerte se aproxime mantengáis la verdad de esos principios, porque si lo hacéis así, habéis ganado; pero ¡ay de vos, si al morir os asalta la más ligera duda, porque entonces os engañáis por completo!

FRANZ. (Confuso.) — ¡Si á la hora de la muerte siento el más ligero temblor?

MOSER. — He visto muchos miserables, que hasta ese momento desafiaban la verdad con orgullo satánico; pero, al morir, la ilusión se desvanece. Estaré, cuando agonicéis, al lado de vuestro lecho... mucho más, deseando observar cómo sucumben los tiranos... y estaré allí y os miraré fijamente, cuando el médico toque vuestra mano húmeda, y apenas encuentre el pulso que se pierde, y alzando los hombros horriblemente, diga: ¡Nada pueden ya los medios humanos! Guardaos, pues; guardaos, os repito, de igualaros á un Nerón ó á un Ricardo.

FRANZ. — ¡No, no!

MOSER. — Hasta ese mismo nó se trocará en un sí lamentable... Un juez interior, á quien no sobornan jamás vuestras sutilezas escépticas, acudirá entonces y hará plena justicia. Despertaréis, como despierta el enterrado vivo en el cementerio de la iglesia, y sentiréis la misma lucha que el suicida, después que se ha herido de muerte y se arrepiente; será como un relámpago que ilumina la media noche de nuestra vida; será una mirada, y, cuanto más persistáis en vuestro propósito, más ganaréis.

FRANZ. (Paseándose inquieto arriba y abajo.) — ¡Charlatanería, charlatanería de sacerdote!

MOSER. — Entonces, por vez primera, atravesarán dolorosamente vuestra alma los puñales de la eternidad; y entonces, por primera vez, demasiado tarde... la idea de Dios evoca otra imagen inmediata y terrible, que es la de juez. Mirad, Moor; de la punta de vuestro dedo penden las vidas de mil personas, y de ese millar habéis hecho desgraciados á los novecientos noventa y nueve. Os falta el imperio romano para ser un Nerón, y el Perú para ser un Pizarro. ¿Creéis que Dios ha de permitir que en su mundo viva como furioso déspota un solo hombre, y que todo lo trastorne? ¿Creéis que esas novecientas noventa y nueve personas no han de servir más que para padecer, y para ser instrumentos de un juego satánico? ¡Oh! ¡No lo penséis! ¡De cada minuto de su tormento, de cada alegría que emponzoñáis, de cada perfeccionamiento que les robais, seréis un día acusado, Moor, y si respondéis, habréis conseguido la victoria!

FRANZ. — ¡Nada más! ¡Ni una palabra más! ¿Quieres que yo me sujete á tus negras cavilaciones?

MOSER. — Tened entendido que el destino de los hombres depende de un bello y temible equilibrio. Cuando baja el platillo de la balanza en esta vida, sube en la otra, y si sube en esta, baja hasta la tierra en la contraria. Los dolores pasajeros de la una son en la otra triunfos eternos; lo que aquí es placer finito, es allí desesperación eterna é infinita.

FRANZ. (Alejándose con aire feroz.) — ¡Que el trueno te haga mudo, espíritu de mentira! ¡Voy á arrancarte de la boca tu lengua maldita!

MOSER. — ¿Tan pronto sentís el peso de la verdad? Pero nada he dicho todavía de las pruebas. Dejad que exponga las pruebas, que...

FRANZ. — ¡Cállate! Véte al infierno con tus pruebas. El

alma será aniquilada, te digo, y nada tienes que responder á esto.

MOSER. — De aquí que giman los espíritus del abismo; pero el que está en el cielo mueve la cabeza. ¿Creéis escapar al brazo del remunerador, refugiándoos en el desierto imperio de la nada? Si os dirigis al cielo, allí está. Si le rogáis en el infierno, también está allí. Si decís á la noche: ¡ocúltame! y á las tinieblas: ¡amparádme! las tinieblas se iluminarán á vuestro rededor, y en torno al condenado la media noche se trocará en día... pero vuestro espíritu inmortal se rebela contra estas palabras, y se sobrepone á esos pensamientos ciegos.

FRANZ. — Yo no quiero ser inmortal... séalo quien lo desee, porque yo no me opongo. ¡Quiero obligarlo á que me aniquile! Quiero excitar su ira, para que, vencido por ella, me aniquile. Decidme: ¿cuál es el mayor pecado, el delito que más lo enfurece?

MOSER. — Sólo dos conozco. Pero los hombres, en lo general, no los cometen, ni casi se acuerdan de ellos.

FRANZ. — ¿Y esos dos...?

MOSER. (Con gran solemnidad.) — Parricidio se llama el uno, y fratricidio el otro... ¿Por qué palidecéis así?

FRANZ. — ¡Cómo, anciano! ¿Estás de acuerdo con el cielo ó con el infierno? ¿Quién te ha dicho eso?

MOSER. — ¡Ay de aquel que lleva el peso de ambos en su corazón! ¡Más le valiera no haber nacido! Pero seogaos. No tenéis padre ni hermano.

FRANZ. — ¡Ah!... ¿cómo? ¿no conoces ninguno mayor? Reflexiona un poco... ¡Muerte, cielo, eternidad, condenación aguardan la réplica del sonido de tus labios... ¿no hay ninguno más?

MOSER. — ¡Ninguno!

FRANZ. (Cayendo desplomado en una silla.) — ¡Aniquilamiento! ¡Aniquilamiento!

MOSER.—¡Regocijaos, pues!... ¡celebrad vuestra buena fortuna! .. A pesar de todos vuestros crímenes, sois un santo comparado con el parricida. La pena que os espera, con relación á la que aguarda á esos delincuentes, es un cántico amoroso... la expiación...

FRANZ. (Con ira.)—¡Véte á los profundos abismos, buho de mal agüero!... ¡quién te ha traído aquí? ¡véte, ó te paso de parte á parte!

MOSER.—¡Quién diría que la charla de un sacerdote había de derrotar así á un filósofo, armado de todas sus armas? ¡Disipadla, pues, con el soplo de vuestra boca! (Vase; Franz se mueve en su silla con desasosiego.)

UN CRIADO. (Que entra apresuradamente.)—Amalia ha huido, y el Conde ha desaparecido de repente.

DANIEL. (Que llega sobresaltado.)—¡Señor! Una tropa de fogosos jinetes baja por la montaña gritando: «¡al asesino, al asesino!...» Toda la aldea está alarmada.

FRANZ.—¡Corre! que toquen todas las campanas; que todos vayan á la iglesia... y que se arrodillen, y... rueguen por mí... Soltad todos los presos, y dadles libertad... Daré á los pobres el doble y el triple... quiero... véte, pues... y llama al confesor para que me absuelva de mis pecados... ¡No te has ido aún? (El tumulto se oye más cerca.)

DANIEL. — ¡Perdóneme Dios mis pecados mortales! ¡Cómo conciliar esto? Siempre habéis rechazado todas las oraciones, y tirádome á la cabeza todos los libros de sermones y las Biblias, cuando me sorprendíais rezando...

FRANZ.—¡No me hables más de ello!... ¡Morir! ¡ves tú? ¡Morir! ¡Es demasiado tarde! (Oyense los gritos de Schweizer.) ¡Reza, pues; reza!

DANIEL.—Siempre os lo he dicho... despreciáis la oración... pero atended, atended: cuando el hombre se ve en trances peligrosos, cuando él agua nos llega al cuello, daríamos todos los tesoros del mundo por un suspirillo cris-

tiano... ¿Veis? ¿Os burlabais de mí? ¡Ahora os toca la vez! ¿Lo veis?

FRANZ. (Abrazándolo con efusión.)— ¡Perdóname, querido Daniel, perdóname, perla engarzada en oro!... quiero verte desde los pies á... así, reza... voy á ponerte como si te fueras á casar... quiero... pero reza... te conjuro... te lo suplico de rodillas... en nombre del diablo... pero reza, pues. (Bullicio fuera. gritos y golpes.)

SCHWEIZER. (Fuera.)— ¡Al asalto! ¡matad! ¡romped! ¡veo luz! ¡Ahí ha de estar!

FRANZ. (Cayendo de rodillas.)— ¡Oye mi súplica, Dios del cielo!... Esta es la vez primera... ¡ojalá nunca hubiera llegado!... ¡ensalza mi ruego, Dios del cielo!

DANIEL.— ¡Por vida mía! ¿Qué hacéis? Eso es orar implacablemente. (Se oyen las voces del pueblo.)

EL PUEBLO.— ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¿Quién hace este horrible ruido á media noche?

SCHWEIZER. (Siempre desde fuera.)— ¡Rechazadlo, compañeros!... es el diablo, y quiere apoderarse de vuestro señor... ¿en dónde está Schwartz con su gente?... cercad el castillo, Grimm... ¡Corred al asalto por el muro exterior!

GRIMM.— ¡Tened vuestras teas incendiarias!... ó nosotros arriba ó él abajo... yo pondré fuego á su sala.

FRANZ. (Orando.)— Yo no he sido ningún vulgar asesino, Dios mío... he despreciado siempre esas pequeñeces, Dios y Señor...

DANIEL.— ¡El Todopoderoso nos favorezca! ¡Hasta sus oraciones son pecaminosas! (Piedras y antorchas encendidas vuelan por todas partes; rómpense los cristales; el castillo arde.)

FRANZ.— No puedo orar... ¡aquí, aquí! (Señalando al pecho y á la frente.) ¡todo tan vacío, tan árido! (Levantándose.) ¡No, no quiero tampoco orar!... el cielo no logrará de mí este triunfo, ni el infierno me hará esta burla...

DANIEL.—¡Jesús María!... ¡socorro!... ¡auxilio!... ¡todo el castillo arde!

FRANZ.—Aquí, toma esta espada. ¡Pronto! Atraviésame con ella las entrañas, no vengan esos malvados y se mofen de mí. (El fuego estalla cerca.)

DANIEL.—¡Libreme Dios! ¡Libreme Dios! No puedo enviar á nadie al cielo antes de tiempo... mucho menos al... (Sale corriendo.)

FRANZ. (Siguiéndole con la vista fijamente, después de una pausa.)—Al infierno, querias decir... ¿verdaderamente? Algo de eso me presumo... (Delirando.) ¿Son estos sus placidos cantos? ¿No os oigo ya silbar, víboras del abismo?... Redoblan sus esfuerzos... sitian la puerta... ¿por qué temo tanto á esta punta afilada?... la puerta cruje... cae... no es posible escapar... ¡Ah! ¡Compadécete de mí! (Arranca la cadena de oro que lleva al cuello, y se ahorca.)

SCHWEIZER. (Con su gente.)—¡Asesino, canalla! ¿en dónde estás?... ¿visteis cómo huían?... ¿tan pocos amigos tiene?... ¿en dónde se ha escondido este animal?

GRIMM. (Tropezando con el cadáver.)—¡Alto! ¿qué hay aquí en el suelo? ¡Alumbrad aquí!...

SCHWARTZ.—¡Nos ha prevenido! ¡Envainad vuestras espadas! Helo ahí, reventado como un gato.

SCHWEIZER.—¿Cómo? ¿Muerto? ¿Muerto sin mí?... Te digo que se hace el muerto... veréis qué pronto salta sobre sus piernas... (Lo sacude.) ¡Hola, hombre! ¡Hay un padre que asesinar!

GRIMM.—¡Es inútil! Está muerto del todo.

SCHWEIZER. (Alejándose de él.)—¡Sí, si no se alegra... bien muerto está!... Volved y decid al capitán que está enteramente muerto... á mí no me verá más. (Levántase la tapa de los sesos.)

ESCENA II.

El lugar de la escena el mismo de la última del acto anterior.

EL VIEJO MOOR sentado en una piedra. Enfrente su hijo
CARLOS. Ladrones diseminados por la selva.

CARLOS.—¿No viene todavía? (Hierre con su puñal una piedra que despide chispas.)

EL VIEJO MOOR.—Que el perdón sea su castigo... mi venganza, duplicado amor.

CARLOS.—¡No, por la rabia de mi alma! Eso no debe ser. No quiero que sea. Que arrastre conmigo al infierno ese gran crimen... ¿Por qué le he de matar?

EL VIEJO MOOR. (Rompiendo á llorar.)—¡Hijo mío!

CARLOS.—¿Cómo?... ¿tú lo lloras? ¿junto á esa cárcel?

EL VIEJO MOOR.—¡Misericordia! ¡Oh, misericordia! (Retorciéndose las manos con desesperación.) Ahora... ahora es juzgado mi hijo.

CARLOS. (Con horror.)—¿Cuál?

EL VIEJO MOOR.—¡Ah! ¿Qué pregunta?

CARLOS.—¡Nada, nada!

EL VIEJO MOOR.—¿Has venido para burlarte de mis lamentos?

CARLOS.—¡Conciencia traidora!... No hagáis caso de mis palabras.

EL VIEJO MOOR.—Sí; yo he atormentado á un hijo, y otro ha de atormentarme para que la mano de Dios... ¡Oh, Carlos mío! ¡mi Carlos! Si tú voltejas á mi rededor como angel de paz, ¡perdóname! ¡oh! ¡perdóname!

CARLOS. (Con rapidez.)—Os perdona. (Disimulando.) Si merece llamarse vuestro hijo... debe perdonaros.

EL VIEJO MOOR.—¡Ah! Era conmigo demasiado generoso... pero quiero salir á su encuentro, con mis lágrimas, con mis noches de insomnio, con mis sueños medrosos, y abrazar sus rodillas... gritar... gritar en voz alta: «He pecado contra tí y contra el cielo. No soy digno de que me llames padre.»

CARLOS. (Muy conmovido.)—¿Amabais mucho á ese otro hijo?

EL VIEJO MOOR.—¡Tú lo sabes, oh cielos! ¿Por qué me dejé engañar de las astucias de otro mal hijo? Un padre bienaventurado era yo entre los padres. Junto á mí florecían mis hijos de bellas esperanzas. Pero... ¡hora fatal!... el ángel del mal inspiró al menor; yo me fié de la serpiente... y perdí los dos. (Ocúltase el rostro.)

CARLOS. (Aléjase de él.)—¡Perdidos para siempre!

EL VIEJO MOOR.—¡Oh! Conozco la verdad profunda de lo que Amalia me decía. El espíritu de la venganza hablaba por su boca. En vano extenderás hacia tu hijo tus manos en la hora de la agonía; en vano desearás apretar la mano generosa de tu Carlos, que jamás se acercará á tu lecho.. (Carlos le ofrece su mano, volviendo la cara.) ¡Si ésta fuera la mano de mi Carlos!... Pero yace léjos en mansión estrecha, duerme ya el sueño eterno, y no oye mis quejas lastimeras... ¡Ay de mí! ¡Morir en brazos de un extraño!... Ningún hijo ya... ningún hijo ya, que pueda cerrar mis ojos...

CARLOS. (Con emoción violenta.)—Ahora debe ser... ahora... dejadme solo. (A los ladrones.) Y sin embargó... ¿puedo yo presentarle también su hijo?... no puedo devolverle su hijo... ¡No! Yo no quiero hacerlo.

EL VIEJO MOOR.—¿Cómo, amigo? ¿Qué murmuras ahí?

CARLOS.—Tu hijo... sí, anciano... (Balbuceando.) Tu hijo... está... está perdido para siempre.

EL VIEJO MOOR.—¿Para siempre?

CARLOS. (Implorando al cielo en la ansiedad más horrible.)—

¡Oh! ¡solo ahora!... no dejes sucumbir mi alma!... ¡conserva mi entereza! ¡solo ahora!

EL VIEJO MOOR.—¿Para siempre dices?

CARLOS.—¡No preguntes más! ¡Para siempre te digo!

EL VIEJO MOOR.—¡Extranjero, extranjero! ¿Por qué me has sacado de mi prisión?

CARLOS.—¿Y qué?... si yo ahora le arrancara su bendición fraudulentamente... ¡sí! como un ladrón, y me huyese con ese botín celestial... Las bendiciones paternas, se dice, son fuente de bienes duraderos.

EL VIEJO MOOR.—¿También mi Franz perdido?

CARLOS. (Arrodillándose delante de él.)—Yo recorrí los cerros de esa cárcel... ¡dáme tu bendición!

EL VIEJO MOOR. (Con dolor.)—¿Y tú, libertador del padre, quieres matar al hijo?... Mira; la divinidad no se cansa de ser misericordiosa, y nosotros, pobres gusanos, nos vamos a dormir con nuestra cólera... (Pone su mano en la cabeza de Carlos.) Sé feliz, si eres compasivo.

CARLOS. (Levantándose con humildad.)—¡Oh!... ¿en dónde está mi energía?... mis músculos sin vigor... el puñal se escapa de mis manos...

EL VIEJO MOOR.—La concordia entre los hermanos, que viven juntos, es tan dulce como el rocío que baja desde el Hermón sobre la montaña de Sión... aprende á gozar de este placer, joven, y los ángeles del cielo resplandecerán en tu gloria. Que tu prudencia sea la de los ancianos, pero tu corazón... tu corazón el de un niño inocente.

CARLOS.—¡Oh! ¡un sabor anticipado de este deleite! Bésame, anciano celestial.

EL VIEJO MOOR. (Besándolo.)—Figúrate que es el beso de un padre, y yo imaginaré que beso á mi hijo... ¿Puedes tú llorar también?

CARLOS.—¿Pensaba que era el beso de un padre!... ¡Ay de mí, si ahora lo trajesen! (Los compañeros de Schweizer se

presentan en silencio, cubiertos los rostros, con los ojos bajos y tristes.) ¡Cielos! (Retrocede asustado é intenta ocultarse; ellos se acercan á él, que se aleja; larga pausa; detienense ellos.)

GRIMM. (Con voz baja.)—¡Mi Capitán! (Carlos no contesta, y retrocede más.)

SCHWARTZ.—¡Mi querido Capitán! (Carlos se aleja aún más.)

GRIMM.—¡Somos inocentes, mi Capitán!

CARLOS. (Sin mirarlos.)—¡Quiénes sois?

GRIMM.—¡No nos miras? Tus leales compañeros.

CARLOS.—¡Ay de vosotros, si me habéis sido fieles!

GRIMM.—El último adiós de tu fiel Schweizer... no volverá más tu fiel servidor Schweizer.

CARLOS. (Con viveza.)—Así ¿no lo habéis encontrado?

SCHWARTZ.—Lo encontramos muerto.

CARLOS. (Saltando alegre.)—¡Gracias, Arbitro de todas las cosas!... ¡Abrazadme, hijos míos!... La compasión sea desde ahora nuestra divisa... Si ahora hubiese pasado esto... todo habría también pasado. (Vienen más ladrones con Amalia.)

LOS LADRONES.—¡Viva, viva! ¡Una presa, una soberbia presa!

AMALIA. (Con el cabello suelto.)—Los muertos, exclaman, han resucitado á su voz... mi tío vivo... en esta selva... ¿en dónde está? ¡Carlos! ¡Tío!... ¡Ah!

(Precipítase sobre el anciano.)

EL VIEJO MOOR.—¡Amalia, hija mía! ¡Amalia!

(Estréchala contra su corazón.)

CARLOS.—(Retrocediendo.) ¿Quién trae esta imagen ante mis ojos?

AMALIA. (Dejando al anciano, saltando sobre Carlos y abrazándolo delirante.)—¡Es mío, oh cielos! ¡Es mío!...

CARLOS. (Arrancándose de sus brazos, á los ladrones.)—¡Alejaos de aquí vosotros! El demonio me vende.

AMALIA.—¡Mi prometido, mi prometido! ¡Tú deliras!... ¡Ah! ¡por tu inmensa alegría! ¡Por qué yo tan insensible, tan fría en este torbellino de placer?

EL VIEJO MOOR. (Levantándose precipitadamente.)—¿Tu prometida? ¡Hija, hija! ¿Un prometido tuyo?

AMALIA.—¡Eternamente suya! ¡Eterna, eterna, eternamente mía!... ¡Oh, poderes celestiales! ¡Libradme de este placer mortal, que yo no sucumba bajo su peso!

CARLOS.—¡Arrancadla de mi cuello! ¡Matadla! ¡Matadla! ¡a mí! ¡a vosotros! ¡a todos! ¡Desplómese el orbe entero!

(Quiere huir.)

AMALIA.—¿A dónde? ¿Cómo? ¡Amor... eternidad! ¡Dicha... infinita! ¿Y tú huyes?

CARLOS.—¡Lejos, lejos!... ¡la más infeliz desposada! ¡Mira tú misma... pregunta tú misma... oye! ¡Padre el más infortunado! Dejadme huir de aquí para siempre.

AMALIA.—¡Sostenedme! ¡Sostenedme, por Dios!... ¡las tinieblas cubren mis ojos!... ¡él huye!

CARLOS.—¡Demasiado tarde!... ¡En vano... tu maldición, padre!... no me preguntes más... yo soy, yo he... tu maldición... tu maldición presunta... ¿Quién me ha traído aquí con engaño? (Acometiendo á los ladrones con la espada desenvainada.) ¿Quién de vosotros, hechuras del infierno, me ha traído aquí con engaño? ¡Muere, pues, Amalia!... ¡Muere, padre! ¡Muere por tercera vez por causa mía!... ¡Estos tus libertadores son ladrones y asesinos! ¡Tu Carlos es su capitán! (El viejo Moor exhala el postrer aliento; Amalia queda muda é inmóvil como una estatua, y toda la banda en un silencio solemne; Carlos corriendo contra una encina.) Las almas de todos aquellos, que yo ahogué en la embriaguez del amor... de los que hice pedazos en medio del más plácido sueño, de los que... ¿Oís la explosion del polvorín sobre los lechos de las parturientas? ¿Veis las cunas de los niños de pecho, devoradas por las llamas? ¡He aquí tu antorcha nupcial... la música de tus bodas!... ¡Oh! no olvida nada... sabes enlazar los hechos... ¡Así, lejos de mí los goces del amor! ¡Para mí sólo sus torturas!... ¡esta es mi remuneración!

AMALIA.—¿Es verdad? ¡Señor del cielo! ¡Es verdad!... ¿Y yo qué he hecho, cordero inocente? ¿Yo lo he amado?

CARLOS.—Esto es más de lo que puede sufrir el hombre. Sin ceder una pulgada de terreno he desafiado la muerte, que lanzaban silbando contra mí millares de armas de fuego, ¿y tiemblo ahora ante una mujer?... No; una mujer no abate mi entereza... ¡Sangre, sangre! Es sólo una conmoción mujeril... Yo beberé sangre, y pasará. (Quiere huir de allí.)

AMALIA. (Abrazándolo.)—¡Asesino! ¡Demonio! Angel eres para mí, y no puedo abandonarte.

CARLOS. (Separándola.)—Véte, serpiente tentadora; intentas burlarte de un furioso; pero yo desafío á la tiranía del destino... ¿Cómo? ¿tú lloras? ¡Oh astros maléficos é injustos! ¡Finge llorar; finge llorar por mi alma! (Amalia estrecha su cuello.) ¡Ah! ¿qué es esto? ¡ella no me rechaza, no huye de mí!... Amalia, ¿has olvidado? ¿sabes á quién abrazas, Amalia?

AMALIA.—¡A mi único, á mi inseparable amante!

CARLOS. (Gozoso en celestial éxtasis.)—¡Me perdona, me ama! Puro soy como el azul del firmamento; ella me ama... ¡Gracias con lágrimas á tí, Dios misericordioso del cielo! (Cae de rodillas, y llora copiosamente.) La paz ha vuelto á mi alma, sus tormentos desaparecen, el infierno no la ocupa ya... ¡Mirad! ¡oh! ¡mirad! Los hijos de la luz lloran abrazados á Satanás, que también llora! (Levantándose, á los ladrones.) ¡Llorad vosotros! ¡Llorad, llorad! ¡Seréis así tan felices!... ¡Oh Amalia, Amalia, Amalia! (Pendiente de sus labios permanecen mudos ambos.)

UN LADRÓN. (Adelantándose colérico hacia ellos.)—¡Detente, traidor! suelta tus brazos... ó pronunciaré una palabra que zumbará en tus oídos, y hará rechinar tus dientes de horror. (Pone su sable entre los dos.)

UN LADRÓN VIEJO.—¡Recuerda las solvas de Bohemia!

¡Oyes? ¡Tiemblas?... debes acordarte ahora de los bosques de Bohemia, desleal, ¿y tus juramentos? ¡Tan pronto se olvidan las heridas! Cuando nosotros sacrificábamos por tí la dicha, el honor y la vida, y como murallas te defendíamos, y como escudos parábamos los golpes dirigidos contra tí y que amenazaban tu vida, ¿no levantaste tu mano, jurando solemnemente que no nos abandonarías, si nosotros no te abandonábamos?... ¡Sin honor y perjuero! y ¡retrocedes por el llanto de una mujerzuela!

UN TERCER LADRÓN.— ¡Ah del perjuero! ¡El alma de Roller, sacrificado, cuyo testimonio evocas desde el imperio de los muertos, se ruborizará de tu cobardía, y armado, se levantará de su tumba para castigarte!

LOS LADRONES. (Rasgando sus vestidos.)— ¡Mira, mira! ¿CÓnoces estas cicatrices? ¡Tú eres nuestro! Con la sangre de nuestro corazón hemos comprado tu esclavitud; tú eres nuestro, aunque el arcángel San Miguel haya de venir á las manos con Moloch... ¡Vente con nosotros! ¡Sacrificio por sacrificio! ¡Amalia por la banda!

CARLOS. (Dejando caer su mano.)— ¡Esto se acabó!... Quería convertirme al bien, y acercarme á mi padre; pero el que está en el cielo dijo que no. (Con frialdad.) Débil, loco, ¿por qué lo deseaba? Tan gran pecador, ¿puede convertirse? Un malvado no puede nunca mejorarse, y yo debiera saberlo... Tranquilízate, pues, te ruego; tranquilízate... es justo... Yo no he querido, cuando Él me buscaba; ahora, que yo lo busco, Él no quiere, ¿qué más natural?... No mires, por tanto, de esa manera amenazadora... Él no me necesita para nada. ¿No tiene muchedumbre de criaturas? Fácilmente puede privarse de una, y esa soy yo... ¡Venid, compañeros!

AMALIA. (Rechazándolo.)— ¡Detente, detente! ¡Un golpe, un golpe mortal! ¡Abandonada de nuevo! Saca tu espada, y compadécete de mí.

CARLOS.—La compasión voló ya... yo no te mataría.

AMALIA. (Abrazando sus rodillas.)—¡Oh, por amor de Dios, en nombre de la misericordia! Ya no quiero más amor, porque sé bien que allá arriba nuestras estrellas son enemigas... la muerte es sólo lo que pido... ¡Abandonada, abandonada! ¡Abandonada por completo en toda su horrible verdad! ¡No puede sobrevivir! ¡Ya comprendes que ninguna mujer puede soportar este golpe! ¡Morir es ahora mi único afán! Mira, mi mano tiembla. No tengo valor para herirme; el brillo del acero me acobarda... ¡para tí es esto tan fácil, tan fácil! Eres maestro en asesinar; saca tu espada, y soy feliz.

CARLOS.—¿Quieres serlo tú sola? Véte; yo no mato mujeres.

AMALIA.—¡Ah, asesino! Tú matas solo á los afortunados, y desprecias á los que están hartos de la vida. (Volviéndose hacia los ladrones.) Apiaaos, pues, vosotros de mí, vosotros, discípulos del verdugo... Hay en vuestras miradas tal compasión, ávida de sangre, que consoláis con ellas al desdichado... Vuestro maestro es un vano y cobarde fanfarrón.

CARLOS.—¿Qué dices, mujer? (Los ladrones se vuelven.)

AMALIA.—¿Ningún amigo? ¡Ni un amigo entre estos! (Animándose.) Que Dido me enseñe á morir. (Al alejarse un bandido le apunta.)

CARLOS.—¡Detente! ¿Quién se atreve?... La amada de Meor sólo debe morir por su mano. (La mata.)

LOS LADRONES.—¡Capitán, capitán! ¿Qué haces? ¿Has perdido la razón?

CARLOS.—(Contemplanse fijamente el cadáver.) ¡Merida mortalmente! Esta convulsión, y después... nada... ¡Ahora, mirad! ¿Tenéis más que pedir? Me habíais sacrificado una vida, una vida que no era vuestra, una vida de horrores y de oprobio... Yo os he inmolado un ángel. ¡Mirad, pues, bien! ¿Estáis ahora satisfechos?

GRIMM.—Has pagado tu deuda con usura. Has hecho por tu honra lo que no haría hombre alguno; vente ahora.

CARLOS.—¿Lo crees así? ¿No es verdad que la vida de una santa por la vida de foragidos es un cambio desigual?.. ¡Oh! Yo os aseguro que si cada uno de vosotros se viese sobre un cadalso de sangre, y se le hubiera de arrancar la carne á pedazos con tenazas ardiendo, y el martirio durase once días largos de verano, no compensaríais estas lágrimas (Con amarga sonrisa.) ¡Las cicatrices! ¡Los bosques de Bohemia! ¡Sí, sí! ¡Sin duda había que pagarlo!

SCHWARTZ.—¡Sosiégate, capitán! ¡Ven con nosotros! ¡Este espectáculo no es para tí! Llévanos lejos.

CARLOS.—Deteneos... Una palabra antes de alejarnos... Atended, infames instrumentos de mis órdenes bárbaras... desde este instante dejo de ser vuestro capitán... Con vergüenza y horror depongo aquí este sangriento bastón de mando, bajo del cual es creíais autorizados para delinquir, y deslustrar la luz del cielo con obras tenebrosas... Idos á derecha é izquierda... Nada haremos ya juntos en adelante.

LOS LADRONES.—¡Ah, cobarde! ¿Qué fué de tus magníficos proyectos? ¿Fueron ampollas de jabon, que el soplo de una mujer deshizo?

CARLOS.—¡Oh insensatos como yo, que presumía embelecer el mundo con horrores, y reformar las leyes con la ilegalidad! Yo llamaba derecho á la venganza... Yo me proponía, ¡oh Providencia!, aguzar el filo de tu espada, y corregir tus obras parciales... pero... ¡oh vano y pueril intento!... al borde de una vida de crímenes, y á costa de ayes y de rechinamiento de dientes, averigüé tan solo que dos hombres como yo acabarían con todo el edificio del mundo moral. Gracia, gracia para el niño que te ha querido sobrepujar... La venganza es lo que sólo te pertenece. La mano del hombre es inútil para tí. Sin duda no depende

ya de mí recobrar lo pasado; lo perdido, perdido queda; lo arruinado, no se levantará más... Pero algo me resta con que expiar la ofensa hecha á las leyes, y sanar la obra infausta del desorden. Exige una víctima... una víctima, que haga ostentarse, ante la humanidad entera, su inviolable majestad... Yo mismo soy esta víctima. Yo mismo sufriré la muerte por ella.

LOS LADRONES.—Quitadle su espada... intenta matarse.

CARLOS.—¡Cuán locos sois! ¡Cuánta es vuestra ceguedad! ¿Creéis acaso que un pecado mortal sea el equivalente de muchos? ¿Creéis que la armonía del mundo se logre por medio de esta disonancia atea? (Tirándoles á los pies sus armas con desprecio.) Ha de poseerme vivo. Voy yo mismo á entregarme á la justicia.

LOS LADRONES.—¡Encadenadlo! Está loco furioso.

CARLOS.—Y no porque yo dude que me encontrara á tiempo, cuando así lo decretasen más altos poderes. Pero pudiera sorprenderme durante el sueño, ó alcanzarme en la huída, ó abrazarme por las armas ó la violencia, y entonces perdería yo el único mérito de morir voluntariamente por ella. ¿Por qué he de ocultar yo más largo tiempo mi vida, como un ladrón, cuando sonó la hora de dejarla en el Tribunal de Dios?

LOS LADRONES.—¡Dejadlo ir! Busca la celebridad. Da su vida por esa vanagloria.

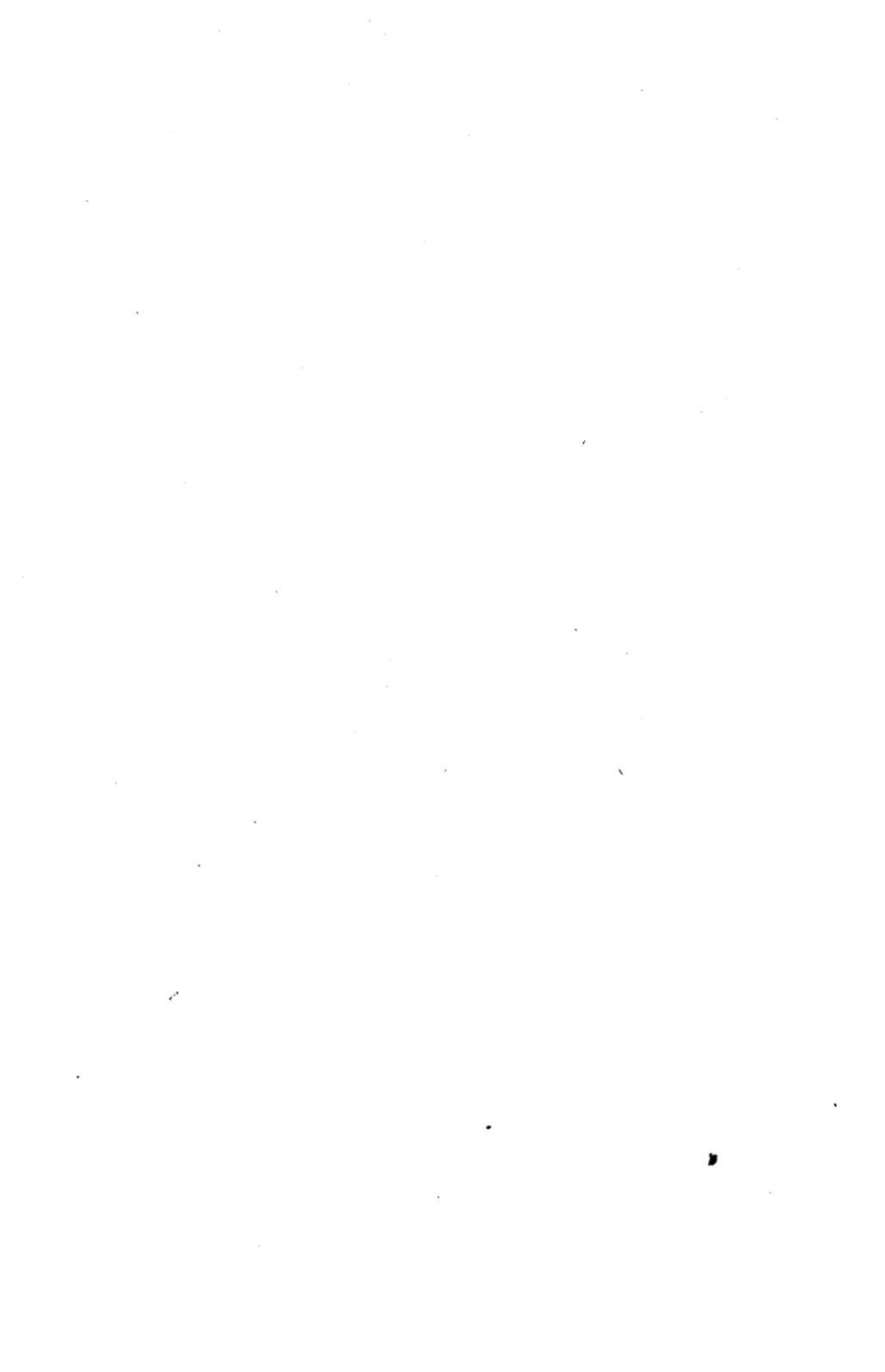
CARLOS.—Pudieran por esto admirarme. (Después de reflexionar un momento.) Recuerdo haber hablado á un pobre diablo, al pasar, que trabajaba á jornal y tenía once hijos vivos... Se han ofrecido mil luises de oro á quienquiera que entregue al gran ladrón. Puedo servir á ese hombre.

(Vase.)

FIN DE LOS LADRONES.



WALLENSTEIN



WALLENSTEIN.

ARGUMENTO.

En la parte primera de esta trilogía titulada *El Campamento*, no hay acción propiamente dicha, estando reducida á una serie de escenas gráficas de la vida militar de esa época borrascosa. Es un cuadro soberbio de la vida del soldado en campaña, con todos sus goces, sus temores y sus esperanzas, traspirando por todas partes la influencia misteriosa de Wallenstein. Indícase, sin embargo, con toda claridad, el espíritu de rebelión que anima contra el Emperador á algunos de sus regimientos, la generosidad y hasta la prodigalidad del Príncipe con sus oficiales, la oposición que reina entre aquél y la corte de Viena y el clero, la llegada del emisario imperial, la próxima venida de la esposa y la hija del Duque, la popularidad entre los soldados de Piccolomini, el hijo, y la impopularidad del padre, y la existencia de la orden del Emperador para desmembrar las fuerzas de Wallenstein, acampadas delante de Pilsen.

En la segunda parte de la misma trilogía, que lleva el título de *Los Piccolomini*, y en su acto primero, Illo, Isolani y Butler, jefes militares del ejército de Wallenstein, hablan entre sí de la concentración de fuerzas y genera-

les en el campamento, de la falta de algunos, sospechosos para ellos, como Gallas y Altringer, y de la venida de la esposa é hija de Wallenstein, escoitadas desde la Carintia por Maximiliano Piccolomini. Los tres, por vínculos fortísimos de gratitud, se muestran adictos al Generalísimo y hostiles al Emperador. Preséntanse entonces Questenberg, enviado de la corte de Viena, y Octavio Piccolomini, ante quienes manifiestan los anteriores personajes, con tanta franqueza como acritud, los sentimientos rebeldes que los animan; y al quedarse solos Questenberg y Octavio, láméntase el primero del espíritu que reina en el ejército. Ambos revelan la existencia de una misión importantísima, que el Emperador ha confiado á Octavio contra Wallenstein, y para cuyo buen éxito cuenta Piccolomini con la ciega amistad que el mismo Wallenstein le profesa. Maximiliano Piccolomini, que se presenta después, se expresa ante Questenberg en el mismo sentido que los generales mencionados, si bien da á entender con sus palabras á su padre que sus ideas, durante el viaje con la esposa y la hija de Wallenstein, han sufrido un cambio importante. Su padre Octavio, que nada le ha dicho de sus proyectos, se muestra inquieto y pesaroso de la mudanza observada en Maximiliano.

El acto segundo, después de una breve escena en que se presenta al público al astrólogo Seni, expone el frío recibimiento hecho en la corte de Viena á la esposa de Wallenstein, según ella misma le cuenta en la primera entrevista que celebran después de su llegada. La Condesa Terzky, acompañada de la hija del Generalísimo, á quien no veía aquél desde la edad de ocho años, en que se separó de ella para que fuese educada en un convento, de donde venia entonces, interrumpe esa conferencia de los esposos, y da ocasión á que Wallenstein manifieste á su hija su amor paternal y sus orgullosas esperanzas. Wa-

Wallenstein da también las gracias á Maximiliano Piccolomini por su conducta durante el viaje, y recibe unas cartas que le trae su cuñado Terzky, cuyo contenido le preocupa hasta el punto de que, conociéndolo todos, lo dejan solo para conversar con Terzky. Este lo reconviene por su falta de franqueza y lealtad con él, y con todos aquellos con quienes trata. Illo, que sobreviene, apoya también á Terzky, y ambos se esfuerzan en persuadir á Wallenstein que se decida de una vez, y que rompa resueltamente con el Emperador. El mismo Illo le asegura que todos los generales están unánimes en seguirlo, y que él, en un banquete que ha de ofrecerles Terzky en breve, se dará traza de que se obliguen por escrito. Questenberg, el enviado del Emperador, es recibido por Wallenstein en audiencia solemne, y expone las quejas de su soberano, sus deseos y sus órdenes. Wallenstein se defiende acusando otra vez al Emperador por no haber cumplido las cláusulas del tratado hecho con él. Todos los generales presentes á la audiencia, y otros que llegan después de terminada, demuestran su adhesión al Generalismo y su malevolencia al emisario imperial.

Illo revela á Terzky su plan al principio del acto tercero. Consiste en presentar á los jefes reunidos en el banquete una obligación que han de firmar todos, en la cual prometan seguir también en todo á Wallenstein, con la cláusula adicional de «sin perjuicio del juramento hecho al Emperador.» Esta obligación, así redactada, se les ofrecerá al empezar el festín, sólo para que la lean y se enteren de su contenido, sustituyéndola luego con otra, que ha de ser la firmada, en que se omite la cláusula del juramento al Emperador. En opinión de Illo, se logrará que la firmen, ofuscados ya con los vapores del vino, y de este modo se decidirá al cabo Wallenstein, y arrastrará consigo á los demás. Las restantes escenas de este acto ex-

ponen el amor que se profesan Tecla, la hija de Wallenstein, y Maximiliano Piccolomini, y la intriga urdida por la familia del primero, de inspirar ese amor á Maximiliano para tenerlo á su devoción, no con propósitos formales de labrar la dicha de ambos.

El acto cuarto describe el banquete á que se alude en el anterior. Todo sucede como Illo y Terzky han previsto, y todos firman, aunque algunos noten la superchería, excepto Maximiliano Piccolomini, que, distraído con sus amores y habiendo llegado tarde, se empeña en dejarlo para el día siguiente, como lo hace después de tener con Illo, ebrio, una escena desagradable.

Octavio Piccolomini, en el acto quinto, descubre á su hijo Maximiliano los proyectos que se atribuyen á Wallenstein de unirse á sus enemigos los suecos, rebelarse contra el Emperador, y apoderarse de la corona de Bohemia. Añade que Wallenstein ha sido condenado y depuesto del mando; que el Emperador lo ha nombrado en su lugar, y que se halla dispuesto á la primera prueba evidente de su traición, á castigarlo como merece. Maximiliano no lo cree, defiende á Wallenstein y lo reconviene por su falsedad y por su perfidia. La llegada de un emisario secreto del Conde Gallas, que anuncia á Octavio, en presencia de su hijo, que las tropas leales se han apoderado de Sesna, intermediario de Terzky con los suecos, con despachos sellados por el mismo Terzky, y que unos y otros han sido enviados á Viena, interrumpe esta conferencia de los Piccolomini, y obliga á Maximiliano á declarar á su padre que, para salir de dudas, las expondrá al mismo Wallenstein, y sabrá la verdad de sus labios.

En la tercera parte de la trilogia, ó *La muerte de Wallenstein*, éste, después de haber consultado los astros con su astrólogo Seni, y averiguado que le son favorables, es interrumpido por Terzky, que, después de noticiarle la

captura de Sesina, y con ayuda de Illo, lo excita á rebelarse sin tardanza. Llega en esto el coronel sueco Wrangel, con plenos poderes para tratar con Wallenstein y poner á su disposición un ejército sueco, siempre que se les entregue parte de Praga y la ciudad de Egra. La Condesa Terzky, en fin, con arte y habilidad consumada, lo hace al cabo resolverse.

Wallenstein, en el acto segundo, confia á Octavio Piccolomini la misión de encargarse del mando de los españoles é italianos, y entretener y vigilar á sus enemigos, ciego ya en su propia perdición, é ignorando que el mismo Octavio es su adversario más temible. Maximiliano celebra con él una conferencia, y conoce con profundo dolor sus rebeldes proyectos, intentando, aunque en vano, disuadirlo. Ya es tarde, le contesta siempre Wallenstein. Illo y Terzky protestan también inútilmente contra la comisión dada á Octavio, que se funda en motivos supersticiosos, según les dice el Generalísimo. Octavio, en efecto, antes de ausentarse, llama á Isolani, y logra sin trabajo separarlo de Wallenstein, mostrándole el rescripto del Emperador, en que se le nombra para sustituir al traidor. Lógralo también de Butler, á quien indispone con Wallenstein, probándole que éste lo ha engañado villanamente, induciéndolo á pretender un título de conde, y fingiendo recomendarlo, cuando en realidad hacia todo lo contrario. Butler forma el propósito de matar á Wallenstein para vengarse, y, para ejecutarlo, consigue que Octavio lo deje en Pilsen. Maximiliano Piccolomini se niega á seguir á su padre, porque quiere despedirse de Tecla, y lo reconviene con amargura por su desdefiosa conducta.

En el acto tercero, la condesa Terzky propone ya á Tecla sin ambages que obligue á Maximiliano á declararse en favor de su padre, á lo cual ella se resiste. La Duquesa de Friedlandia, esposa de Wallenstein, se lamenta de su suerte

y del carácter de su esposo. Este sabe los amores de su hija con Maximiliano, y se opone á ellos, aspirando á casarla con un rey, y la Duquesa averigua también al cabo los proyectos rebeldes de su marido. En esta ocasión se anuncia de repente á Wallenstein que los croatas, con su general Isolani, sin su orden, han abandonado el campamento, y que varios otros generales han desertado de su partido; que la mayor parte de las tropas están sobre las armas, y que el regimiento de Tiefenbach, que guardaba las puertas de la ciudad, al recibir la orden de su relevo por los soldados de Terzky, se ha negado á obedecerla, por haberlas recibido antes contrarias de Octavio Piccolomini, en virtud del rescripto del Emperador, que ha enseñado á todos. Descubierta ya la perfidia de Octavio, y al mandar Wallenstein á Butler que se encargue de traer á su presencia con el mayor sigilo un mensajero, que ha de llegar de Praga, sabe por él que ha llegado ya, que lo han detenido y registrado los soldados, y que por todo el campamento circulan las funestas noticias de que Praga se ha perdido para Wallenstein, que muchos otros regimientos, acantonados en diversos puntos, han prestado al Emperador nuevo juramento, y que Wallenstein, Illo, Terzky y Kinsky están proscritos. La Condesa Terzky, por su parte, revela, por último, á su hermana el estado de las cosas, y la Duquesa se desmaya, al saberlo, en los brazos de su hija. En seguida se presenta una diputación de coraceros de Pappenheim, para oír de los mismos labios de Wallenstein si es ó no traidor al Emperador; y cuando ya los tenía convencidos, llega Butler, y dice en voz alta que los soldados de Terzky arrancan las águilas austriacas de sus banderas, y las sustituyen con las armas de Wallenstein. Maximiliano se presenta entonces dispuesto á cumplir su deber con el Emperador, á pesar de las sagaces observaciones y ruegos de Wallenstein para atraerlo á su lado.

Los soldados de Pappenheim, al saber que se halla con Wallenstein, y creyendo que lo retienen á la fuerza, se alzan en rebelión para librarlo; matan á Neumann, ayudante de Wallenstein, reciben á éste, al presentárseles para apaciguarlos, á los gritos de ¡viva el Emperador!, y, por último, se lo llevan. Maximiliano, que ha dudado sobre el partido que debe seguir, rechazado por todos, menos por Tecla, que le dice que obedezca el primer impulso de su corazón, al alejarse, se consagra á la muerte con todos los soldados que lo acompañan. Wallenstein ordena la huida á Egra.

En el acto cuarto, ya en esta última ciudad, Butler dice á Gordon, encargado de la fortaleza, que él se ha obligado á guardar á Wallenstein, y á entregarlo al Emperador, muerto ó vivo, y que, para lograrlo, quizás necesite de su ayuda. Wallenstein, acompañado del burgomaestre de Egra, á quien intenta atraer á su partido, interrumpe con su llegada la conferencia de ambos. Terzky é Illo anuncian que los suecos, después de pelear con Maximiliano Piccolomini y con los coraceros de Pappenheim, que han sucumbido todos en la batalla, están ya á cinco millas de Egra. Al quedarse de nuevo solos Gordon y Butler, quienes han oído la nueva de la victoria de los suecos, el último, fundado en ella y en la imposibilidad de guardar prisionero á Wallenstein contra las fuerzas que han de defenderlo, indica á Gordon, que lo reprueba, su propósito de matarlo, y á Terzky é Illo. Mientras los dos últimos, rebotando júbilo por el triunfo de los suecos, se van á celebrar el festín que los espera, Butler persiste en su proyecto de matar aquella misma noche á Wallenstein, á pesar de las súplicas de Gordon. Tecla, mientras tanto, ha sabido la muerte de Maximiliano, cayendo desmayada en los brazos del caballero sueco que ha traído la noticia. Después, al volver en sí, se empeña en hablarle de nuevo, á cuya instancia, oponiénd-

dose su madre y su tía, accede su padre. Aunque con trabajo, se entera de todos los pormenores de la muerte de su amante, y, sobre todo, del lugar en que lo han sepultado. Resuelve al cabo encaminarse á su sepulcro, acompañada de su dama la señorita de Neubrunn. Este acto termina después de abrazar Tecla á su madre, y de fingir que se propone descansar de tantas emociones.

Butler, en el acto quinto y último, hace sus preparativos y da sus órdenes para asesinar á Illo, á Terzky y á Wallenstein. Siente éste profunda tristeza, pensando en la muerte de Maximiliano, y la Condesa Terzky se ve asaltada también de ensueños y sombríos presentimientos. Antes de acostarse el primero, se le rompe, al desnudarse, la cadena de oro que le había regalado el Emperador, y Seni, Gordon y el mismo ayuda de cámara que lo desnuda, le conjuran que se salve, huyendo ó resistiéndose á los suecos; pero él no hace caso alguno de ellos, y se retira tranquilo á dormir. Preséntase entonces Butler con los asesinos, muertos ya Terzky é Illo, y herido Butler por el último en una mano. Gordon se opone, aunque inútilmente, al asesinato de Wallenstein; pero suenan unas trompetas, que todos creen ser las de los suecos, y los asesinos, después de matar al ayuda de cámara de Wallenstein, penetran en las habitaciones de éste. La Condesa Terzky llega en busca de Tecla, que ha desaparecido de su dormitorio, y Gordon se presenta corriendo para decir á Butler que las trompetas que han tocado son de los imperiales, y que Octavio Piccolomini viene mandándolas; pero Butler aparece y dice que ya es tarde. La Condesa Terzky muere también envenenándose, y Octavio recibe en medio de tantos horrores su nombramiento de príncipe.

WALLENSTEIN.

DRAMA.

PRIMERA PARTE

EL CAMPAMENTO DE WALLENSTEIN.

PRÓLOGO

RECITADO EN LA APERTURA DEL TEATRO DE WEIMAR

EN OCTUBRE DE 1798.

Otra vez nos congrega en este recinto la tragedia y la comedia, cuya representación ha cautivado con tanta frecuencia vuestros oídos y vuestros ojos, llenando de dulce encanto vuestras almas sensibles. ¡Observadlo, pues! Se ha rejuvenecido, y el arte ha exornado su plácido templo; y sublime inspiración, rebosando armonía, nos exhorta desde este noble peristilo, y nos sugiere sentimientos elevados.

Y, sin embargo, este mismo es el antiguo Teatro, en donde rodaron las cunas de ingenios juveniles, y se ostentaron algunos talentos de grandes esperanzas. Somos antiguos amigos, que se han presentado ante vosotros rivalizando en ardor, trabajo y celo por complaceros. Aquí contemplasteis á un noble maestro, que con su genio creador os arrebató á las regiones serenas de su arte. ¡Plegue á Dios que el nuevo brillo de esta mansión llame á

nuestro lado á los más dignos, realizándose con hartura los deseos que ha largo tiempo abrigamos! Los grandes modelos mueven la emulación y dictan nuevas leyes á la crítica. Este auditorio, este nuevo Teatro, son, por tanto, testigos y compañeros de los frutos sazonados del ingenio. ¿En qué otro lugar se ejercitarían mejor nuestras facultades máspreciadas; en donde la fama, ya adquirida, cobraría nuevas fuerzas y se réjuvenecería, que aquí, ante tan escogido concurso, sensible á todas las seducciones del arte, y capaz de sorprender el más rápido é imperceptible vuelo del alma?

Aunque maravilloso, es el arte mímico fugaz y pasajero de suyo, cuando las obras del cincel ó el canto del poeta pueden vivir siglos. Con el artista desaparecen aquí los encantos que nos proporciona; y cuando su voz resuena todavía en nuestros oídos, ya se ha desvanecido su creación, rápida como el relámpago, no conservando su celebridad monumento alguno durable. El arte es difícil, efímero su premio, y la posteridad no teje coronas para el actor. Ávido ha de ser, pues, de lo presente, y llenar el único instante suyo, y apoderarse con vigor de cuanto lo rodea, y en el sentimiento de lo más digno y lo mejor, fundar sólo su gloria. Únicamente así puede hacer impeceder su nombre, porque ha vivido para siempre quien en su tiempo ha sobresalido entre todos.

La nueva era, que se abre en este teatro al arte de Talla, alienta al poeta á dejar su antigua senda, y á trasportar, del estrecho círculo de la vida ordinaria, á más altos lugares, no indignos por cierto del instante y de la época notable en que vivimos. La grandeza del objeto puede sólo conmover profundamente nuestra alma, porque la estrechez nos rebaja y los vastos designios nos engrandecen.

Y ahora, al término de nuestro siglo, en que lo real es

poesía, y hay lucha de naturalezas poderosas, tanjendo ante los ojos propósitos elevados y lidiándose por alcanzarlos, sin perderse de vista lo que constituye la aspiración suprema humana, el afán de libertad y de poder; ahora el arte también ha de levantarse de la tierra con vuelo más potente, y debe hacerlo, aunque no sea por otra causa, por no avergonzarse á su vez del teatro de la vida.

Inerte contemplamos hoy la forma antigua y vigorosa, que, ha ciento cincuenta años, dió á los pueblos de Europa una paz ansiada, fruto á mucha costa comprado de treinta años de guerra deplorable. Otra vez se atreva la fantasía del poeta á presentaros una época tenebrosa, para que miréis más gozosos lo presente, y penetréis en lo venidero, fecundo en esperanzas.

El poeta os traslada al centro de aquella guerra. Diez y seis años de desolación, de rapiñas, de miseria, han transcurrido ya; el mundo se agita en el caos, y el horizonte no despide rayo alguno de paz. El imperio es un confuso arsenal, las poblaciones desiertas, Magdeburgo un montón de escombros, la industria y el arte han sucumbido; nada es el ciudadano, todo el guerrero; la desenfrenada licencia se mofa de la moralidad, y hordas salvajes, avezadas á la indisciplina por tan larga guerra, acampan en tierras devastadas.

En esta época de tinieblas se destaca un carácter sorprendente, lleno de arrogancia y de osadía; vosotros lo conocéis. Es el creador de huestes atrevidas, el ídolo del campamento, el azote del país, el protector y el horror de su Emperador, hijo aventurero de la Fortuna, que, elevado en alas de las turbulencias de aquellas edades, subió rápidamente al apogeo de la gloria, y fué precipitado en el abismo por su desenfrenada ambición. El odio y la parcialidad lo desfiguraron, y su carácter aparece dudoso en la historia; pero el arte se propone ahora ofrecerlo á vues-

tros ojos y aproximarle, tal cual era, á vuestro corazón. Lo externo es de su dominio, y cuanto lo limita y determina, objeto suyo natural, porque ese arte contempla al hombre en la batalla de la vida, y atribuye á un destino funesto gran parte de su culpa.

Hoy no se os presentará en este teatro; pero su espíritu se os revelará en las tropas audaces que anima, sujetas á su voluntad, y su sombra os saldrá al encuentro, hasta que mi tímida musa ose manifestároslo en cuerpo y alma, puesto que su poder es también su perdición y su campamento el teatro de su crimen.

Pide, pues, el poeta que se le perdone si no camina de repente y con rapidez á su objeto, y si lo grandioso de la acción lo obliga á presentaros ántes una serie de escenas pertinentes á su fin. Lo insólito ha de embargar ahora vuestros oídos y vuestra atención. Ahora habéis de trasportaros á la época, al teatro de guerra extranjera, que llenarán en breve las hazañas de nuestro héroe.

Y si hoy la Musa, soberana liberal del canto y de la danza, reclama con modestia su antiguo derecho germánico, el uso del verso, ¡no la censuréis! Al contrario, dadle gracias, porque hoy traslada al sereno imperio del arte la confusa imagen de la realidad, y disipa con razón errores anteriores, sin apartarse en sus manifestaciones de aquella verdad, porque si la vida es algo serio é importante, el arte difunde sobre ella más serena claridad.

WALLENSTEIN.

PERSONAJES.

SARGENTO MAYOR y TROMPETAS <i>de un regimiento de carabineros de Terzky.</i>	CROATAS.
CARABINEROS.	HULANOS.
CONDESTABLES.	UN RECLUTA.
DOS CAZADORES HÓLQUICOS de á caballo.	UN CIUDADANO.
DRAGONES de Butler.	UN CAMPESINO.
ARCABUCEROS del regimiento de Tiefenbach.	SU HIJO.
CORACEROS de un regimiento valón.	UN CAPUCHINO.
CORACEROS de un regimiento lombardo.	UN MAESTRO de escuela militar.
	UNA CANTINERA.
	UNA CRIADA.
	HIJOS DE SOLDADOS.
	MÚSICOS.

Delante de la ciudad de Pilsen, en Bohemia.



ESCENA PRIMERA.

Cantina frente á una tienda de buhonero y de prendero. Soldados de todas clases y armas discurren en todas direcciones. Todas las mesas están ocupadas. Croatas y húngaros guisan en un fogón, y la cantinera escancia vino: los hijos de los soldados juegan á los dados sobre un tambor, y se canta en la tienda.

UN CAMPESINO Y SU HIJO

EL HIJO DEL CAMPESINO. — Padre, nada bueno nos espera, si permanecemos cerca de estos soldados. Son camaradas harto insolentes. Quiera Dios que nos dejen en paz, sin hacernos daño.

EL CAMPESINO. — ¡Ave María! No nos comerán, de seguro, aunque sean algo temerarios. ¡Mira! Nuevas gentes han llegado del Saal y del Mein, y traen consigo botín y objetos muy raros. Nuestro será, si somos cautos. Nuestro capitán, á quien otro ha atravesado con su espada, me ha hecho dueño de dos dados incomparables. Quiero, pues, probar hoy si no han perdido su mágica virtud. Toma el aire más lastimero posible, porque son gente irreflexiva y sencilla. Préstanse á todo si se les lisenjea, y como lo ganan, así lo gastan. Se apoderan de lo nuestro á celemines, y nos lo devuelven á cucharadas. Si manejan sus sables sin temor, con tanto mayor motivo hemos de ser disimulados y astutos. (Óyense en la tienda cánticos y vítores.) ¡Cómo se divierten! ¡Dios nos asista! Todo esto sale de las entrañas de los campesinos. Ocho meses hace ya que este enjambre

llena nuestros lechos y nuestras cuadras. Ni plumas ni patas se encuentran ha ya tiempo en todo este territorio, y el hambre y la miseria nos han de obligar á roer nuestros propios huesos. No estábamos, en verdad, peor y mas desesperados cuando el Sajón llamó á nuestras puertas. ¡Y éstos se apellidan los imperiales!

EL HIJO DEL CAMPESINO.— Dos, oh padre, vienen ahora de la cocina, aunque, al parecer, no prometen mucho.

EL CAMPESINO.— Son naturales de Bohemia, carabineros de Terzky, acampados aquí de antigua fecha. Los más perversos entre todos, fanfarrones, y se pavonean con orgullo, y tienen por afrenta beber un vaso de vino con un labriego. Pero allí veo los tres cazadores, sentados á la izquierda del hogar. Ven, Emmerico; vayamos allá; son gente divertida, parlanchines, que se portan bien y tienen dinero. (Diríjense hacia la tienda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS.— UN SARGENTO MAYOR, UN TROMPETA Y UN HULANO.

EL TROMPETA.— ¡Qué quiere aquí este campesino? ¡Largo, bribón!

EL CAMPESINO.— ¡Caritativos señores! ¡Un trago y un bocado de pan! A la hora que es, nada caliente hemos comido.

EL TROMPETA.— ¡Ya, siempre lo mismo! ¡Siempre comer y beber!

EL HULANO. (Con un vaso.) — ¡Aun no te has desayunado? Bebe, pues, bebe, perro! (Llévase al Campesino hacia la tienda; siguenle los demás.)

EL SARGENTO MAYOR. (Al Trompeta.) — ¿Crees tú que, sin motivo, se nos haya dado hoy doble paga? ¿Sólo habrá sido para divertirnos y llenarnos?

EL TROMPETA.—La Duquesa viene hoy con la Princesa...

EL SARGENTO MAYOR.—¡Pretexto tan sólo! Las tropas que de lejanos países se reúnen aquí, delante de Pilsen, han de fraternizar con nosotros, bebiendo bien y comiendo buen pan, y así estarán contentas y vivirán con nosotros en la mejor armonía.

EL TROMPETA.—Sí, algo se proyecta.

EL SARGENTO MAYOR.— Los señores generales y comandantes...

EL TROMPETA.— Todo esto me parece sospechoso...

EL SARGENTO MAYOR.— Acudir aquí tanta gente...

EL TROMPETA.— Para aburrirse no se tomarán ese trabajo.

EL SARGENTO MAYOR.— Y estos rumores, estos preparativos...

EL TROMPETA.— ¡Sí, sí!

EL SARGENTO MAYOR.— Y la vieja peluca de Viena, que rueda desde ayer por ahí, con su cadena de oro... Todo ello da que sospechar, á fe mía.

EL TROMPETA.— ¡Ojo! Que este sabueso, aquí de nuevo, sigue la pista al Duque.

EL SARGENTO MAYOR.— ¡Lo has observado bien? No se fían de nosotros. Tienen miedo al rostro misterioso del Duque de Friedlandia. Ha subido para ellos demasiado y quieren precipitarlo.

EL TROMPETA.— Pero nosotros lo apoyaremos. ¡Si como tú y yo pensasen todos!

EL SARGENTO MAYOR.— Nuestro regimiento y los otros cuatro de Terzky, cuñado del Duque, el Cuerpo más decidido de todos los del campamento, le somos adictos y fieles. Él, en persona, nos ha traído aquí. Él ha nombrado los oficiales y todos son suyos en cuerpo y alma.

ESCENA III.

UN CROATA con un collar.—Síguele UN CAZADOR.
Además LOS MISMOS.

EL CAZADOR.—¿En dónde has robado ese collar, croata? ¡Déjame! De nada te sirve. Te doy por él este par de pistolas.

EL CROATA.—¡No, no! ¿Piensas engañarme, cazador?

EL CAZADOR.—¡Veamos! Te doy también esta gorra azul, ganada hace poco en una lotería. ¿La ves? Vale un imperio.

EL CROATA. (Dando vueltas al collar al sol.) — Tiene perlas y finísimo granate. ¿No ves cómo brilla á la luz del sol?

EL CAZADOR. (Tomando el collar.) — Te doy además mi calabaza de campaña. (Examinándolo.) — Sólo lo quiero para engalanarme.

EL TROMPETA. — ¡Observad cómo embaucan al croata! Parte conmigo las ganancias, cazador, y me callaré.

EL CROATA. (Probándose la gorra.) Me agrada tu gorra.

EL CAZADOR. — (Haciendo una señal al Trompeta.) — Cambiámos, pues. Son testigos estos señores.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — UN ARTILLERO.

EL ARTILLERO. (Dirigiéndose hacia el Sargento mayor.) — ¿Qué tal, camarada carabinero? ¿Nos calentaron os las manos mucho tiempo todavía, mientras los enemigos merodean ahora mismo cerca de nuestro campamento?

EL SARGENTO.—¿Tanta prisa tenéis, señor artillero? Los caminos no están practicables aún.

EL ARTILLERO.—¡Yo no! Encuéntrame aquí muy á gusto. Però ha venido un correo y ha anunciado que Ratisbona ha caído en poder de los sitiadores.

EL TROMPETA.—¡Hola! Entonces marcharemos pronto.

EL SARGENTO.—¡Bien está! ¿Y para qué el Bávoro defiende su territorio, siendo tan enemigo del Príncipe? No nos sofocaremos mucho por esto.

EL ARTILLERO.—¿Lo creéis así?... Vaya; no todo lo sabéis.

ESCENA V.

LÓS MISMOS.—**DOS CAZADORES.**—Después **LA CANTINERA, UN HIJO DE UN SOLDADO, EL MAESTRO DE ESCUELA, UNA CRIADA.**

EL PRIMER CAZADOR.—¡Mirad, mirad! Aquí encontramos gente divertida.

EL TROMPETA.—¡Quiénes son estos de la casaca verde? Tienen buen aire y galancs uniformes.

EL SARGENTO.—Son cazadores hólquicos. No han adquirido sus trenzas de plata en la feria de Leipzig.

LA CANTINERA. (Acercándose y sirviendo vino.)—¡Bien venidos seáis, señores!

EL PRIMER CAZADOR.—¿Cómo? ¡Qué diablos! Esta es Justina de Blasewitz.

LA CANTINERA.—¡Sí, sin duda! Y seguramente este señor es Pedro el Largo de Itzeho, que, durante cierta noche de feliz memoria, trasladó á Gluckstadt con nuestro regimiento los ducados de oro de su padre.

EL PRIMER CAZADOR.—Y que ha trocado la pluma por la carabina.

LA CANTINERA.—¡Vaya! Somos, pues, antiguos conocidos.

EL PRIMER CAZADOR.—Y ahora nos encontramos en Bohemia.

LA CANTINERA.—Aquí hoy, primo, y mañana en otra parte... Las crueles vicisitudes de la guerra nos empujan, arrastrándonos de aquí para allá. Bastante he corrido ya.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Lo creéis así? Es natural.

LA CANTINERA.—He llegado hasta Temeswar con los carros de bagajes, cuando perseguíamos á Mansfeld. Con el Duque de Friedlandia acampé delante de Stralsund, y allí perdí todo mi haber. Con las tropas auxiliares estuve junto á Mantua, y de allí volví con Feria; y con un regimiento español hice una excursion á Gante. Quiero probar ahora si pago mis deudas en Bohemia... si el Príncipe me ayuda con su dinero... Aquella es mi cantina.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Vaya! Buena traza se da para arreglarlo todo. Pero ¿qué has hecho de aquel escocés, con quien andabas siempre?

LA CANTINERA.—¡Bribón! Me engañó de lo lindo. ¡Se fué! Y se llevó de paso cuanto había yo ahorrado con el sudor de mi cuerpo. Dejóme tan sólo esa buena pieza.

EL HIJO DE SOLDADO. (Que se acerca saltando.)—Madre, ¿hablas tú de mi padre?

EL PRIMER CAZADOR.—¡Bien, bien! El Emperador le dará de comer. No está demás que el ejército se aumente.

EL MAESTRO DE ESCUELA. (Acercándose.)—¡A la escuela de campaña! ¡Anda allá, pilluelo!

EL PRIMER CAZADOR.—¡Tiene miedo, sin duda, de verse encerrado!

LA CRIADA. (Aproximándose.)—Se van, tía.

LA CANTINERA.—Allá voy, allá voy.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Hola! ¿Quién es ese pequeño y lindo duendecillo?

LA CANTINERA.—Hija de mi hermana... del imperio.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Ya! ¿También una bonita sobrina?
(Vase la cantinera.)

EL SEGUNDO CAZADOR. (Deteniendo á la criada.) — Quédate aquí con nosotros, bella niña.

LA CRIADA.—Hay allí parroquianos á quienes servir. (Se separa de él y se va.)

EL PRIMER CAZADOR.—¡No es mal bocado la muchacha!... ¡Y la tía? ¡Por vida de todos los diablos! Soldados hay en el regimiento, que se han desafiado por esa linda máscara. ¡Cuántas caras se conocen! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cuántas otras cosas no veré! (Al Sargento y Trompeta.) ¡A vuestra salud, señores! Dejados un sitio.

ESCENA VI.

LOS CAZADORES, EL SARGENTO MAYOR, EL TROMPETA.

EL SARGENTO.—Gracias, amigos. De todo corazón os haremos lado. Sereis bienvenidos en Bohemia.

EL PRIMER CAZADOR.—Aquí no os falta calor. Nosotros, en país enemigo, nos hallábamos á veces muy mal.

EL TROMPETA.—No se echa de ver, á fe mía, según lo galanos que estáis.

EL SARGENTO.—Sí, sí; en el Saal y en Meissen no os alaban demasiado.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Callad, por Dios. ¿Qué significa esto? Los croatas tienen suya toda la tierra, y sólo nos dejan las migajas.

EL TROMPETA.—Lleváis al cuello lindos encajes, y vuestras botas os sientan á maravilla. ¡Camisas finas y plumero! Todo esto hace buena impresión. La dicha sonríe á estos señores, y nunca á nosotros.

EL SARGENTO.—En cambio, somos del regimiento de Friedlandia, y nos han de honrar y respetar.

EL PRIMER CAZADOR.—Esto no es ningún cumplimiento para nosotros. También llevamos el mismo nombre.

EL SARGENTO.—Vosotros, ciertamente, formáis parte de la masa.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Perteneceís vosotros á alguna raza privilegiada? Toda la diferencia consiste en el vestido; yo llevo el mío muy honrado.

EL SARGENTO.—Señor cazador, os tengo lástima; usted vive fuera con campesinos. La finura y los buenos modales sólo se aprenden cerca de la persona del general.

EL PRIMER CAZADOR.—Mal aprovecháis esas lecciones. Imitáis divinamente su manera de sonarse y de escupir; pero su genio, su modo de pensar no se aprende en las paraslas.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Ira de Dios! Si preguntáis por nosotros, nos llamarán los formidables cazadores de Friedlandia. No, no deshonramos su nombre. Lo mismo, tan sin cuidado atravesamos la tierra amiga como la enemiga, los campos sembrados como los ilenos de espigas. Todos conocen la trompeta de los cazadores hólquicos. En un momento, ya cerca, ya lejos, rápidos como el diluvio, estamos allí. Como el fuego, en noche oscura, estalla en las casas no guardadas, y ni sirven armas, ni la huida, ni preparativos, ni la disciplina... vanamente forcejea en nuestros robustos brazos la doncella, porque la guerra no tiene entrañas. Pero preguntad, y no lo digo por ostentación; pero en Beiruth, en Voigtlania, en Westfalia, por todos los lugares por donde hemos pasado, los hijos y los nietos re-

cordarán á Holk y á sus cazadores por centenares de años.

EL SARGENTO.—¡Ved lo que son las opiniones humanas! El ruido y el tumulto ¿es lo que forma á los soldados? Distinguelos el tiempo, el buen sentido, la habilidad, la idea, la inteligencia, el golpe de vista rápido.

EL PRIMER CAZADOR.—Fórmalos la libertad. A vuestras palabras sólo en broma debiera contestarse. ¿Abandonaré yo la escuela y la doctrina, los servicios señoriales, la galera, el escritorio y sus estrechas paredes, para encontrarlas de nuevo en el campamento? Quiero llevar buena vida y no hacer nada, ver todos los días algo nuevo, confiar sólo al momento presente y no mirar atrás ni delante. Por esto he vendido mi vida al Emperador, para librarme de cuidados. Llevadme ahora mismo al fuego, ó al rápido y profundo Rhin... Un hombre de cada tres ha de morir; poco me importa, y no haré remilgos. Por lo demás, lo que yo pido es que nada ni nadie me incomode.

EL SARGENTO.—¡Hola, hola! ¿Sólo eso deseáis? Pues lo encontráis bajo vuestra casaca.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Cuántas vejaciones y torturas no habla que sufrir con Gustavo el Sueco, verdugo verdadero? Su campamento era una Iglesia. Oraciones y más oraciones, por la mañana, al toque de diana y al de retreta. Alguna vez, en momentos de expansión, llegó á predicarnos desde su caballo.

EL SARGENTO.—Sí, era un príncipe temeroso de Dios.

EL PRIMER CAZADOR.—No consentía que las mujeres nos acompañasen, sino las llevaba á la iglesia. Hui al cabo, no pudiendo sufrirlo.

EL SARGENTO.—Ahora ha cambiado todo mucho.

EL PRIMER CAZADOR.—Corrí, pues, en busca de los de la Liga, cuando se dirigían contra Magdeburgo. ¡Ya esto era otra cosa! Vida más alegre y libre, vino, juego y muchedumbre de mujeres. En verdad, no se trataba de una

bagatela, porque Tilly sabía mandar. Consigo era muy rígido, pero pasaba mucho al soldado, y si no se disminuía su caja, su refrán era «vivir y dejar vivir.» Pero la fortuna no fué con él constante. Desde la funesta jornada de Leipzig, nunca más lo favoreció, sino siempre le persiguió la desdicha. Si nos presentábamos en alguna parte y llamábamos á la puerta, ni nos abrían ni nos saludaban. Hubimos de retirarnos de un punto á otro; pero el antiguo respeto, que inspirábamos, había desaparecido ya. Entré entonces á servir á los Sajones, porque, á mi entender, así lo pedía mi felicidad.

EL SARGENTO.—Llegasteis, pues, en el momento crítico de aprovechar el botín que ofrece la Bohemia.

EL PRIMER CAZADOR.—Mal me salió la cuenta. La disciplina era severa, no podíamos dominar como enemigos, habíamos de guardar los castillos del Emperador, siempre con ceremonias y cumplimientos, y convertir la guerra en juego, hacerlo todo á medias, sin chocar con nadie; en una palabra, se ganaba poca honra, y de buena gana, llevado de mi impaciencia, hubiese vuelto á mi escritorio, á no reclutar gente por todas partes el Duque de Friedlandia.

EL SARGENTO.—¿Y cuánto tiempo calculáis permanecer aquí?

EL PRIMER CAZADOR.—¿Os chanceáis? Mientras él mande, no pienso dejarlo, á fe mía. En dónde estará el soldado mejor? Todo está montado militarmente, todo se hace en grande, y el alma que anima a este ejército, como soplo del viento, desciende y alcanza hasta al último jinete. Ando, pues, con paso arrogante, y huello sin miedo al paisano, como el general á los Príncipes. Se vive ahora como en los buenos tiempos pasados, y todo lo puede el sable. Solo hay una falta ó un delito: desobedecer las órdenes recibidas. Lo que no se prohíbe, es lícito. Nadie pregunta cómo pensamos. Dos cosas son las importantes, lo que interesa

ó no interesa al ejército, y mi deber es mi bandera.

EL SARGENTO.—Bien, cazador, así se habla. Vuestro lenguaje es el de un soldado de á caballo de Friedlandia.

EL PRIMER CAZADOR.—Él no manda como delegado, como si recibiera su cargo del Emperador. Poco se cuida del Emperador; y si no, ¿de qué le ha servido hasta ahora? ¿Qué ha hecho de su gran poder, para amparar y proteger al país? Se propone fundar un estado militar, revolver é incendiar el mundo, osarlo todo y dominarlo todo...

EL TROMPETA.—¡Chito! ¿Quién se atreve á proferir tales palabras?

EL PRIMER CAZADOR.—Yo hablo lo que pienso. El General ha dicho que la lengua es libre.

EL SARGENTO.—Así es la verdad, y lo he oído alguna vez, estando á su lado. «La lengua libre, la acción muda, la obediencia ciega.»

EL PRIMER CAZADOR.—Ignoro si son esas sus palabras textuales, pero tal es su sentido.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Jamás en la guerra le abandona la Fortuna, como acostumbra hacerlo con otros. Tilly sobrevivió á su fama; pero estoy seguro de vencer bajo las banderas de Friedlandia. Tiene hechizada á la suerte, y ha de obedecerle. Quien combate bajo su estandarte, está protegido por un poder sobrenatural. Todo el mundo sabe que tiene á su servicio á un demonio del infierno.

EL SARGENTO.—Sí, no hay la más leve duda; es incontrastable. En la sangrienta jornada de Lützen, bajo un fuego horroroso, cabalgaba por todas partes impasible. Las balas agujerearon su sombrero; sus botas y su cuello de búfalo fueron atravesados, porque todos lo vieron; pero ni uná arañó siquiera su cuerpo, amparado por una mixtura diabólica.

EL PRIMER CAZADOR.—¿Lo tenéis acaso por milagro? Lleva una coraza de piel de alce, impenetrable á las balas.

EL SARGENTO.—No; es una tintura de hierbas de hechicera, cocidas y amasadas al són de invocaciones infernales.

EL TROMPETA.—Nada de esto es natural.

EL SARGENTO.—Dícese que lee en las estrellas lo futuro, así lo próximo como lo remoto. Pero yo sé mejor lo que sucede. Un hombrecillo canoso, durante la noche, llega hasta su aposento, atravesando las puertas cerradas. Con frecuencia le han dado los centinelas la voz de alto, y siempre sobreviene algo extraordinario cuando se presenta el enano canoso.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Sí, se ha vendido al demonio, y por esto llevamos todos vida tan alegre.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—UN RECLUTA.—UN PAISANO.
DRAGONES.

EL RECLUTA. (Saliendo de la tienda con un casco en la cabeza, y una botella de vino en la mano.)—Saludad á mi padre y á mis tíos. Soy soldado y no los veré más.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Hola! Un nuevo compañero.

EL PAISANO.—¡Escúchame, Francisco! Ya te arrepentirás.

EL RECLUTA. (Cantando.)—«¡Tambores y trompetas! ¡Fragor grato de la guerra! Andar y correr el mundo, riñiendo alegre mi corcel, y mi espada por compañera; andar, correr, volar como el pinzón, sin penas ni cuidados, atravesando los matorrales y los árboles, y devorando el espacio. ¡Vitor! ¡Yo sigo las banderas de Friedland!»

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Miradlo! Es un mozo de provecho.
(Lo saludan.)

EL PAISANO.—¡Oh! ¡Dejadlo! Es hijo de buena familia.

EL PRIMER CAZADOR.—Nosotros no hemos nacido en medio de la calle.

EL PAISANO.—Yo os digo que tiene fortuna y recursos. Tocad, si no, su casacón, veréis cuánta es su finura.

EL TROMPETA.—El traje más precioso es el costeadado por el Emperador.

EL PAISANO.—Hereda una modesta fábrica de gorras.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Hacer cuanto queremos es nuestra felicidad.

EL PAISANO.—Recibirá de su abuela una tienda y un almacén.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Puff! ¿Quién querrá comerciar en pajuelas?

EL PAISANO.—De su padrino, una taberna y una bodega con veinte pipas de vino.

EL TROMPETA.—Para repartirlo entre sus camaradas.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Oye tú! Seremos compañeros de tienda de campaña.

EL PAISANO.—Deja á su novia gimiendo y llorando.

EL PRIMER CAZADOR.—Bien; así demuestra tener corazón de hierro.

EL PAISANO.—Su abuela morirá de pena.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Tanto mejor; la heredará más pronto.

EL SARGENTO. (Acercándose con gravedad, y poniendo su mano en el casco del recluta.)—¡Atendedme! Vuestra resolución es loable. Ya sois otro hombre. Con el casco y con la espada podéis tratar á personas muy dignas. Menester es ahora que vuestro espíritu se eleve.

EL PRIMER CAZADOR.—Lo principal, no escatimar el dinero.

EL SARGENTO.—Por el océano de la Fortuna navegará ahora vuestra barquilla. El orbe entero os abre los brazos.

Quien no se aventura, no pasa la mar. El paisano, pesado y estúpido, como el caballo del colorista, sólo da vueltas alrededor. El soldado puede serlo todo, porque la guerra es en estos tiempos el supremo poder. ¡Miradme! Con este uniforme ¡miradme os digo! llevo yo el cetro del Emperador. Habéis de saber que todo gobierno humano nace directamente de un palo. Todos están hartos de conocer que el cetro de los reyes no es otra cosa. Quien llega á ser cabo, está abocado á los más sublimes honores, y tiene ante sí el más risueño porvenir.

EL PRIMER CAZADOR.—Si sabe siquiera leer y escribir.

EL SARGENTO.—Ejemplo al canto, y yo, testigo presencial. El jefe del cuerpo de dragones, llamado Butler, sirvió conmigo de soldado raso, treinta años hace, en Colonia, junto al Rhin. A la fecha es general mayor. Y consiste en que se distinguió y llenó al mundo con su fama militar, y mis servicios quedaron en la oscuridad. Hasta el mismo Duque de Friedlandia, tenedlo entendido, nuestro capitán general y todopoderoso señor, que ahora todo lo sabe y todo lo puede, era al principio un caballero como hay muchos, y por haberse fiado de la diosa de la guerra, se ha engrandecido como sabéis, y es el segundo después del Emperador, y ¡quién calcula lo que se atreverá á pensar y emprender!... (Bajando la voz.) Y todavía no hemos llegado al fin de la jornada.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí; comenzó por poco, y ahora es un gran personaje. Porque en Altdorf, cuando vestía el hábito de estudiante, era, con permiso de los presentes, algo calavera y libertino, y mató en un santiamén á un criado. Los señores de Nuremberg anduvieron en cuestión sobre si se le encerraba ó no en la cárcel. Era ésta justamente un nido nuevo, y el primero que lo ocupase había de bautizarlo. Pero ¿qué hizo? Con cautela dejó pasar antes á un perro, y hasta hoy lleva su nombre. Entre

todas las hazañas de nuestro general, esta es la que más particularmente me agrada. (La criada mientras tanto ha terminado sus quehaceres. El segundo cazador retoza con ella.)

EL DRAGÓN. (Interponiéndose entre ambos.) — Dejadla ya, buen amigo.

EL SEGUNDO CAZADOR. — ¡Qué diablo! ¿Os importa algo?

EL DRAGÓN. — Básteme deciros que esta joven es cosa mía.

EL PRIMER CAZADOR. — Quiere el tesoro sólo para él. ¿Ha perdido el juicio el dragón? Dice...

EL SEGUNDO CAZADOR. — ¿Ha de tener algo aparte en el campamento? Toda doncella linda ha de ser común de todos, como la luz del sol. (Bésala.)

EL DRAGÓN. (Atrayéndola hácia sí con violencia.) — Repito que no lo sufro.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Bien, bien! Ya llegan los de Praga.

EL SEGUNDO CAZADOR. — ¿Buscáis camorra, pardiez? Pronto estoy á complaceros.

EL SARGENTO. — ¡Paz, señores! El besar es libre.

ESCENA VIII.

Mineros que tocan vales, primero con pausa y después velozmente. EL PRIMER CAZADOR baila con LA CRIADA, LA CANTINERA con EL RECLUTA. LA CRIADA se escapa, y EL CAZADOR la persigue, abrazando AL CAPUCHINO al entrar.

EL CAPUCHINO. — ¡Viva, viva! ¡Tararira! ¡Magnífico! ¡Seamos también de la partida! ¿Es este un ejército de cristianos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas? ¿Así se burlan del domingo, como si Dios tuviese gota en las manos y no pudiera moverlas? ¿Es esta ocasión de beber, de comer

y de divertirse? *Quid hic statis otiosi?* ¿Cómo estáis así con las manos en los bolsillos? Las furias de la guerra se han desatado en el Danubio; el baluarte de la Baviera ha caído, y Ratisbona yace en las garras del enemigo, y el ejército acampa aquí en Bohemia, cuida de llenar su estómago, importándosele de lo demás un bledo, y más atiende á la bota de vino que á la guerra, afila mejor el pico que el sable, y come ternera en vez de comerse á Oxenstiern. La cristiandad gime con el cilicio y la ceniza, y el soldado se ocupa en llenarse la mochila. Tiempo es éste de lágrimas y de escasez; en el cielo aparecen signos y portentos, y Dios, Nuestro Señor, despliega desde las nubes el rojo manto de la guerra. Destaca un cometa, como una vara, amenazando con ella desde la ventana del cielo. El orbe entero es un purgatorio; el arco de la iglesia nada en sangre, y el imperio romano ¡Dios tenga misericordia! debía llamarse hoy el pobre romano. El Rhin es un río de desdichas; los claustros, nidos nefandos; las sillas episcopales, obispados desolados, desiertos; las abadías y fundaciones piadosas, cavernas de ladrones y rateros, y el bienaventurado territorio alemán, un páramo miserable. ¿Cuál es la causa de estos males? Yo os lo diré. Vuestros vicios y pecados, el libertinaje y los escándalos paganos, á que se abandonan soldados y oficiales. El pecado es el imán, que atrae al hierro ahora. A la injusticia sigue el mal, como las lágrimas á la picante cebolla. A la *L* sigue la *M*, segun el órden del abecedario.

Ubi erit victoriae spes, si offenditur Deus? ¿Cómo vencer, si os mofáis de la predicación y de la misa, y vivís en las tabernas de continuo? La mujer del Evangelio halló al fin la moneda perdida, Saúl las burras de su padre, José á sus propios hermanos; pero quien busque entre soldados el temor de Dios, la buena disciplina y el pudor, no los encontrará, ni aun encendiendo cien linternas. Leemos en los

Evangelistas que los soldados acudían á oír al predicador del Desierto, hacían penitencia, y se bautizaban preguntando: *¿Quid faciemus nos?* ¿Qué haremos para entrar en el seno de Abraham? *Et est illis.* Y les dijo: *Neminem concutiatis*; vosotros no vejaréis ni atormentaréis á nadie. *Neque calumniam faciatis*; no mentiréis ni calumniaréis. *Contenti estote*, regocijaos, *stipendiis vestris*, con vuestra paga, y maldita sea toda costumbre censurable. Hay un mandamiento que dice: «No jurarás el nombre de Dios en vano.» Pero ¿en dónde se oyen más blasfemias que aquí, en el campamento del Duque de Friedlandia? Si por cada trueno y cada relámpago que despedís con la punta de vuestra lengua hubieran de tocar las campanas de esta región, no se encontrarían ya sacristanes por un ojo de la cara. Y si por cada oración impía que profieren vuestros labios impuros hubiese de caer un solo cabello de vuestra cabeza, antes de la noche se quedaría calva, aunque fuese vuestra melena como la de Absalón. También Josué fué soldado, y el rey David mató á Goliath; pero ¿en dónde está escrito que fuesen maldicientes? La boca no ha de abrirse más, á mi juicio, para invocar á Dios, que para echar un taco. Si el vaso está demasiado lleno, rebosa y se derrama.

Otro mandamiento dice: «No hurtarás.» Sí, éste lo guardáis al pié de la letra, porque de manifiesto lo lleváis todo. De vuestras garras y pico de buitres, de vuestras malas artes y manejos, no hay plata segura en cofre alguno, apropiándoos el huevo y la gallina, y no estando seguro de vosotros ni aun el choto en el vientre de la vaca. ¿Qué dico el predicador? *Contenti estote*, regocijaos con vuestra ración. Pero ¿cómo alabar á los criados, cuando son peores los amos? Como los miembros, así la cabeza. Nadie sabe todavía lo que él cree.

EL PRIMER CAZADOR.—Señor fraile, podéis vilipendiar á

nosotros los soldados, pero absteneos de denigrar á nuestro general.

EL CAPUCHINO.—*¡Ne custodias gregem meam!* Él es también un Achab y un Jeroboam, que aparta á los pueblos de la fe verdadera y los lleva al culto de los ídolos.

EL TROMPETA Y EL RECLUTA.—¡Que no lo oigamos otra vez!

EL CAPUCHINO.—Y un Fierabrás, y un Bú, que ha de tomar todas las plazas fuertes. Se vanaglorió con sus labios ateos de apoderarse de Stralsund, aunque estuviese sujeta al cielo con cadenas. Pero han gastado en salvas su pólvora.

EL TROMPETA.—¿Nadie cerrará su boca calumniadora?

EL CAPUCHINO.—Y un hechicero y un rey Saúl. Y un Jehú y un Holofernes, renegando, como San Pedro, de su Maestro y Señor, y no puede oír el canto del gallo.

LOS DOS CAZADORES. — ¡Padre, ya se acabó todo para tí!

EL CAPUCHINO.—¡Y un zorro y astuto Herodes!

EL TROMPETA Y LOS DOS CAZADORES. — ¡Silencio! ¡Vas á morir!

LOS CROATAS. (Interponiéndose.) — Tranquilizaos, padrecito; nada temáis. Pronunciad vuestro sermón, y lo oiremos.

EL CAPUCHINO. (Gritando.) — Y un Nabucodonosor orgulloso, fuente de pecado, y herético sin castigo. Hácese llamar Wallenstein, é indudablemente es para todos nosotros piedra de escándalo y de cuidados, y mientras consienta el Emperador que mande este Friedlandia, no habrá paz en el país. (Al pronunciar estas últimas palabras en voz alta, emprende su retirada poco á poco, mientras los Croatas le protegen de los demás soldados.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos EL CAPUCHINO.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Sargento.)—Decidme, ¿qué quiere significar, al hablar del canto del gallo, que el General no puede oír? ¿Es en s6n de mofa 6 de insulto?

EL SARGENTO. — Os lo explicar6. No lo ha dicho sin intenci6n. El General es naturalmente muy perfecto, y sus oídos, delicados como pocos. No puede oír mayar un gato, y el canto del gallo lo sobresalta.

EL PRIMER CAZADOR. — Eso le es com6n con el le6n.

EL SARGENTO. — El silencio ha de reinar 6 su alrededor. Tal es la consigna dada 6 sus centinelas, porque revuelve en su imaginaci6n grandes proyectos. (Se oyen voces en la tienda 6 inusitado alboroto.) ¡Cogedlo, coged 6 ese brib6n! ¡Á 6l, 6 6l!)

LA VOZ DEL CAMPESINO.—¡Socorro! ¡Misericordia!

OTRAS VOCES. — ¡Est6os quietos! ¡Haya paz!

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Lléveme el diablo, si no andan 6 sablazos!

EL SEGUNDO CAZADOR.—Vayamos all6. (Corren 6 la tienda.)

LA CANTINERA. (Saliendo de ella.) — ¡Brib6n, ladr6n!

EL TROMPETA. — Cantinera, ¿quién os enfurece de ese modo?

LA CANTINERA. — ¡Pillastre! ¡Rufián! ¡Vagabundo! ¿Que suceda esto en mi tienda? ¿Afrentarme así en presencia de los seńores oficiales?

EL SARGENTO. — Primita, ¿qué hay, pues?

LA CANTINERA. — ¿Qué ha de ser? Han descubierto 6 un campesino, que jugaba 6 los dados con trampa.

EL TROMPETA.—Ya lo traen con su hijo.

ESCENA X.

SOLDADOS, que traen al CAMPESINO arrastrando.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Es menester ahorcarlo!

CARABINEROS Y DRACONES. — ¡Al Preboste! ¡Al Preboste!

LA CANTINERA. — ¡Que yo lo vea aborcado antes de una hora!

EL SARGENTO. — Quien mal empieza, mal acaba.

EL PRIMER ARCABUCERO. (A los demás.) — La desesperación es la causa; se comienza arruinándolos, esto es, se les obliga á robar.

EL TROMPETA. — ¡Y qué? ¡y qué? ¡Intercedéis en su favor! ¡Perro! ¡Que el diablo te atormente!

EL PRIMER ARCABUCERO. — El campesino, como si dijéramos, es también un hombre.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Trompeta.) — ¡Dejadlos! Son del regimiento de Tiefenbach, sastres y zapateros. Estuvieron en Brieg de guarnición, y conocen bien los usos de la guerra.

ESCENA XI.

Los mismos. — CORACEROS,

PRIMER CORACERO. — ¡Haya paz! ¡Qué sucede con el campesino?

PRIMER CARABINERO. — ¡Es un bribón! ¡Hace trampas en el juego!

PRIMER CORACERO. — ¡A tí te las ha hecho?

PRIMER CARABINERO.—Sí, y me ha dejado á oscuras.

PRIMER CORACERO.—¿Cómo? ¿Tú eres soldado de Friedlandia, y te rebajas y deshonoras hasta el punto de probar tu suerte con un campesino? ¡Que corra, pues, cuanto pueda!

(El Campesino se escapa: los demás se acercan.)

EL PRIMER CARABINERO.—El hombre es activo, resuelto. Bueno es tratar á tales gentes. ¿Quién es? Bohemio, nó.

LA CANTINERA.—¡Es un valón! ¡Respetádo! De los coraceros de Pappenheim.

EL PRIMER DRAGÓN. (Acercándose.) — El joven Piccolomini los manda ahora. Ellos mismos le nombraron su jefe en la batalla de Lützen, cuando Pappenheim sucumbió.

PRIMER CARABINERO. — ¿Cómo así?

PRIMER DRAGÓN.—Este regimiento disfruta de ese derecho, por ser siempre el primero en la pelea. Tiene también su justicia aparte, y Fiedlandia le distingue muy particularmente.

PRIMER CORACERO. (Al otro.) — Pero ¿es cierto? ¿Quién lo ha dicho?

SEGUNDO CORACERO.—Lo he oído al mismo Coronel.

PRIMER CORACERO. — ¿Cómo diantre? No somos perros suyos.

PRIMER CAZADOR.—¿Qué les sucede? Están llenos de ira.

SEGUNDO CAZADOR.—Señores, ¿es algo que nos interese?

PRIMER CORACERO.—Para nadie es motivo de alegría. (Acércense los soldados.) Quieren llevarnos prestados á los Países Bajos; á los coraceros, cazadores, y cazadores de á caballo, hasta el número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Hemos de viajar de nuevo? ¡Y ayer llegué de Flandes!

EL SEGUNDO CORACERO. (A los dragones.)—Vosotros, del regimiento de Butler, partiréis también.

PRIMER CORACERO.—Y especialmente nosotros los valerosos.

LA CANTINERA.—¡Dios mío! ¡Y son sin disputa los mejores escuadrones!

PRIMER CORACERO.—Vamos á escoltar al de Milán.

PRIMER CAZADOR.—¿Al infante? Curioso por demás es esto.

SEGUNDO CAZADOR.—¿Al sacerdote? El diablo anda suelto.

PRIMER CORACERO.—¿Y hemos de abandonar á Friedlandia, que trata al soldado tan caballerosamente, y entrar en campaña con el español, á quien de todo corazón detestamos? ¡No, esto no será! Antes desertaremos.

EL TROMPETA.—¡Los diablos me lleven! ¿Y lo haremos? Hemos vendido nuestra sangre al Emperador, no á ese español de sombrero encarnado.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Fiados sólo en la palabra y el crédito del Duque de Friedlandia, nos hemos comprometido á servir en la caballería. A no ser por Wallenstein, nunca hubiéramos sido de Fernando.

EL PRIMER DRAGON.—¿No es el Duque quien nos ha organizado? Sea la nuestra su fortuna.

EL SARGENTO.—Dejadme que os lo explique. ¡Oídme! A nada conduce tanto hablar. Yo veo aquí más que todos vosotros; algún lazo se prepara.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Escuchad la ordenanza! ¡Silencio, pues!

EL SARGENTO.—Antes, primita Justina, llenadme un vaso de aguardiente para el estómago, y en seguida os expondré mi opinión.

LA CANTINERA. (Ofreciéndoselo.)—Tomad, señor sargento. Me llena de miedo. ¡Oh! ningún lazo ocultará esto.

EL SARGENTO.—Sabed, señores, que si conviene discutir primero lo que más nos importa, también, como dice el General, es preciso examinar bien el todo. Nosotros somos soldados del Duque de Friedlandia; el paisano nos aloja y nos prepara la sopa caliente. Ha de uncir á nuestros ca-

ros de bagaje sus caballos y sus bueyes, siendo vanas sus lamentaciones. Si un cabo, con siete números, se acerca á una aldea, antes de entrar en ella es ya su primera autoridad, y domina y manda á su antojo. ¡El diablo me lleve! Ninguno nos quiere bien; y de mejor grado verían la cara del demonio que nuestros collares amarillos. ¿Por qué no nos expulsan de su territorio? ¡Mal rayo me parta! Son más numerosos que nosotros, y usan garrotes como nosotros sables. ¿Por qué nos burlamos de ellos? Porque componemos un ejército formidable.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí, sí, en el conjunto reside el poder. Bien lo sabía el Duque, cuando hace ocho ó nueve años reunió el gran ejército para el Emperador. Al principio sólo querían oír hablar de doce mil hombres. A éstos, decía, no puedo alimentarlos; pero alistaré sesenta mil, que de seguro no se morirán de necesidad. Y de este modo llegamos á ser soldados de Wallenstein.

EL SARGENTO.—Suponed, por ejemplo, que de los cinco dedos de mi mano derecha, me cortan el meñique. ¿Me habréis quitado uno solo? ¡No, por Satanás, que habría perdido la mano! Sólo sería un tronco mutilado, é inútil para todo. Ahora bien; los ocho mil caballos, que se envían á Flandes, son el dedo meñique del ejército. Si se van, ¿os consolaréis diciendo, que nuestras tropas se han disminuído solo en una quinta parte? Así os sirva la comida de provecho, como es verdad que todo el conjunto ha sufrido daño. Desvanécense el miedo, el respeto, el terror; el labrador comienza á levantar la cabeza, y la Cancillería de Viena da principio á sus boletas de alojamiento y de rancho, y reaparece de nuevo la antigua miseria. Sí; y si esto dura mucho, acabarán por quitarnos nuestro general... La corte no le es propicia, y todo se lo llevará el diablo. ¿Quién nos pagará entonces nuestro sueldo? ¿Quién guardará nuestros contratos? ¿Quién tendrá bastante ener-

gía. quién talento bastante, viveza y fortaleza para mantener unido, y para dirigir este tropel de soldados? Tú, dragón. por ejemplo, habla: ¿cuál es tu patria?

PRIMER DRAGÓN.—Yo soy de la lejana Irlanda.

EL SARGENTO. (A los dos coraceros.)—Tú, lo sé, eres valón; tú, italiano, si el acento no engaña.

PRIMER CORACERO.—¿Quién soy yo? Nunca lo he sabido. Robáronme en mis primeros años.

EL SARGENTO.—Y tú ¿no eres también de aquí cerca?

PRIMER ARCABUCERO.—Yo soy de Buchan, á orillas del lago Feder.

EL SARGENTO.—¿Y tú, vecino?

SEGUNDO ARCABUCERO.—De Suiza.

EL SARGENTO. (Al segundo cazador.)—¿De dónde eres tú, cazador?

EL SEGUNDO CAZADOR.—Mis padres habitan más allá de Weimar.

EL SARGENTO. (Señalando al trompeta.)—Y éste y yo somos de Egra. ¡Y bien! ¿Creerá alguno que la nieve y el aire nos han azotado juntos en el Norte y en el Sur? ¿No parecemos todos hechos de igual madera? ¿No estamos unidos contra el enemigo, como si nos pegaran con cola, ó á la vez nos hubieran fundido? ¿No engranamos unos en otros rápidamente, como las ruedas de un molino, á una palabra, á una señal? ¿Quién nos ha pulido y forjado á un tiempo, de suerte que no es posible separarnos? ¿Quién es sino Wallenstein?

EL PRIMER CAZADOR.—Jamás, en todos los días de mi vida, se me ha ocurrido que nos uniera tan estrecho lazo, porque siempre me he dejado llevar de la corriente.

EL PRIMER CORACERO.—A mi juicio, tiene razon el Sargento. De buen grado darían ellos un golpe mortal á la guerra: intentan desarmar á los soldados, para dominar solos sin estorbo. ¡Esto es una conjuración, una trama indigna!

LA CANTINERA.—¿Una conjuración? ¡Dios piadoso! Lo peor será que no me paguen mis deudores.

EL SARGENTO.—¿Quién lo duda? Habrá bancarrota general. Muchos capitanes y generales sostienen á su costa los regimientos, por la consideración que esto les proporciona; y si merman así sus recursos, lo hacen por su propio interés y medro; pero si cae la cabeza y falta el Duque, es segura su ruina.

LA CANTINERA.—¡Ay de mí, que el Salvador me socorra! Mi desastre es inevitable. La mitad del ejército está inscrito en mi libro de crédito. El Conde Isolani, mal pagador, me debe solo todavía doscientos thalers.

EL PRIMER CORACERO.—¿Qué hacemos, camaradas? Nada más que un medio nos queda. Si permanecemos unidos, somos invencibles, porque formamos todos un solo hombre. Que manden y apliquen la ordenanza como quieran; echemos aquí, en Bohemia, hondas raíces, y no cedamos un ápice ni marchemos; que ahora nosotros, los soldados, por nuestra honra, sólo por nuestra honra combatimos.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡No consentiremos que nos lleven de acá para allá! ¡Que vengan, pues, y lo intenten!

EL PRIMER ARCABUCCERO.—Pensad lo que hacéis, señores, que tal es la voluntad y la orden del Emperador.

EL TROMPETA.—Mucho nos importa el Emperador.

EL PRIMER ARCABUCCERO.—Que no vuelva yo á oír palabra semejante.

EL TROMPETA.—La verdad es como la digo.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí, sí; siempre, siempre se ha dicho que aquí sólo manda el Duque de Friedlandia.

EL SARGENTO.—Y así es, con arreglo al pacto, y á sus cláusulas. Su poder es absoluto, tenedlo entendido; puede hacer la guerra y ajustar la paz; confiscar bienes y haciendas; castigar y perdonar; nombrar oficiales y jefes; en una palabra, goza de todos los honores, en vir-

tpd de rescripto de la propia mano del Emperador.

EL PRIMER ARCABUCERO.—El Duque es poderoso y de gran capacidad; pero con razón ó sin ella, como todos nosotros, servidor de nuestro Soberano.

EL SARGENTO.—Como todos nosotros ¡no! Es príncipe inmediato y libre del Imperio, lo mismo que el de Baviera. ¿No he visto con estos ojos, estando en Brandeis de centinela, que el Emperador en persona le permitió cubrir su cabeza de príncipe?

EL PRIMER ARCABUCERO.—Esto fué por el Mecklenburgo, que le transfirió el Emperador en hipoteca.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Sargento.)—¿Cómo? ¿En presencia del Emperador? ¡Raro es esto y singular!

EL SARGENTO. (Registrándose los bolsillos.)—Si no vale mi palabra, allá va una prueba irrefragable. (Enseñando una moneda.) Esta imagen y este sello, ¿cúyos son?

LA CANTINERA.—¿A ver? ¡Vaya! es un Wallenstein.

EL SARGENTO.—Ya la tenéis, pues. ¿Queréis más? ¿No es, por tanto, un príncipe como otro cualquiera? ¿No acuña moneda como Fernando? ¿No tiene territorio y vasallos? ¿No se le llama Alteza? Luego puede levantar también tropas.

EL PRIMER ARCABUCERO.—Nadie lo contradice; pero nosotros estamos al servicio del Emperador, y el Emperador es quien nos paga.

EL TROMPETA.—Falso, y os lo digo sin rebozo. Quien no nos paga es el Emperador. ¿No hace ya cuarenta semanas que no percibimos nuestro estipendio, y que se nos engaña con promesas que no se cumplen?

EL PRIMER ARCABUCERO.—¡Quita allá! ¡Yo sostengo lo dicho!

EL PRIMER CORACERO.—¡Paz, señores! ¿Queréis acabar á golpes? ¿Hemos de incomodarnos y pelear por si el Emperador es ó no nuestro soberano? Justamente por lo mis-

mo que pertenecemos por nuestra voluntad á la honrosa y digna arma de caballería imperial, no somos rebaño suyo, ni consentiremos que sacerdotes ni cortesanos nos arranquen de aquí y nos lleven por esos mundos de Dios. ¿No convenís vosotros mismos en esto? ¿No redundaba en beneficio de nuestro Príncipe tener sus tropas á la mano? ¿Quién más que sus soldados lo han convertido en potentado elevadísimo? ¿A quién debe y por quién conserva su fama é influencia en toda la cristiandad? ¿Que otros le ayuden á imponer su yugo, participen de sus favores y se sienten con él á la mesa en dorados aposentos! De su brillo y esplendor nosotros nada recibimos sino fatigas y dolores, y, por tanto, sólo nos queda nuestro corazón.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Los grandes tiranos y emperadores pensaban así, y eran mucho más discretos. Atormontaban y perjudicaban á todos los demás, pero mimaban siempre á los soldados.

EL PRIMER CORACERO.—Es menester que el soldado se estime en lo que vale. El indigno y de torpe comportamiento, ha de abandonar nuestra profesión. Si yo he de mirar con desprecio la muerte, es porque hay algo para mí más precioso. ¿Me dejaré degollar como un croata... y rebajarme á mí mismo?

LOS DOS CAZADORES.—¡El honor es preferible á la vida!

EL PRIMER CORACERO.—La espada no es una azada ni un arado. El que quisiera labrar con ella los campos, no sería hombre prudente. Ningún sembrado reverdece para nosotros; ningún grano madura para nosotros; y sin patria, el soldado ha de vivir errante sobre la tierra, sin hogar en donde calentarse, contemplar desde lejos al paso el lujo de las ciudades, siempre peregrinando, y los plácidos y verdes surcos, las vendimias y las siegas. Decídmelo: ¿cuál es su hacienda y fortuna, si no rinde culto al honor? Algo ha de poseer en el mundo, ó ser incendiario y asesino.

EL PRIMER ARCABUCERO. — Sólo Dios sabe cuán miserable es su vida.

EL PRIMER CORACERO. — Y, sin embargo, no la cambiaría por otra. ¡Oídmel Yo he rodado por el mundo, y de todo he probado un poco. He servido al Rey de España, á la República de Venecia, y al Rey de Nápoles, y la Fortuna me ha negado siempre sus favores. He visto mercaderes y caballeros, artesanos, y jesuitas, y ningún traje me ha llenado tanto como mi coraza de hierro.

EL PRIMER ARCABUCERO. — No, yo no puedo decir lo mismo.

EL PRIMER CORACERO. — Para lograr algo en esta vida, es preciso moverse y darse malos ratos; para alcanzar honores y dignidades, encorvarse bajo dorados fardos; para gozar del hogar doméstico, rodearse de hijos y nietos, y buscar la tranquilidad en un oficio honrado. Yo... yo no siento vocacion para esto. Quiero vivir y morir libre, no robar ni heredar á nadie; y de paso, y desde lejos, mirar debajo de mí esa canalla, montado en mi caballo.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Bravo! Lo mismo pienso yo.

EL PRIMER ARCABUCERO. — Grato es, sin duda, mover la cabeza por encima de los demás.

EL PRIMER CORACERO. — Malos como son estos tiempos, camaradas, la espada no está ya en la balanza; pero por lo mismo nadie podrá acusarme de haberla preferido. Así, yo haré la guerra con humanidad, pero no consentiré que toquen el tambor en mi cuerpo.

EL PRIMER ARCABUCERO. — ¡Quién tiene la culpa de que la clase productora haya caído en descrédito? La guerra deplorable; la miseria y las calamidades son naturales, después de diez y seis años de ruina.

EL PRIMER CORACERO. — Hermano, no todos alaban lo mismo al Dios misericordioso, que está en los cielos. El uno quiere sol y el otro lo maldice; este pide tiempo seco, aquel agua, y en donde ves tú plagas y desdichas, luce

para mí el claro resplandor de la vida. A la verdad, no negaré que tengo lástima á los habitantes de campos y ciudades, á cuya costa vivimos, pero no está en mi mano alterarlo... Observad que en esto sucede lo mismo justamente que en una carga de caballería. Los caballos galopan formados en escuadrón, y caiga quien caiga en su carrera, así sea mi hermano ó el hijo de mis entrañas, y sus lamentos me desgarran el alma, he de hollarlo sin remedio, y no puedo llevarlo aparte con cariño.

EL PRIMER CAZADOR.—No hay duda, ¿quién puede entonces preguntar por nadie?

EL PRIMER CORACERO.—Y ya que la suerte ha dispuesto que sonría la dicha al soldado, acojámosla con estrechos abrazos, que no será duradera. La paz vendrá en el momento más impensado; el soldado quitará las bridas á su caballo; el labrador uncirá sus bueyes al arado, y, antes que lo pensemos, volverán los tiempos que pasaron. Juntos estamos aquí ahora, y, como se dice vulgarmente, tenemos la sargén por el mango; pero si consentimos que nos separen, la cesta del pan quedará fuera de nuestro alcance.

EL PRIMER CAZADOR.—¡No, esto no sucederá! ¡Venid y forimeinos todos un solo hombre!

EL SEGUNDO CAZADOR.—Sí, escuchad; pongámonos de acuerdo.

EL PRIMER ARCABUCERO. (A la Cantinera, sacando una bolsa de cuero.) Comadre, ¿cuánto gasto he hecho?

LA CANTINERA.—¡Ah, vale tan poco! (Cuentan.)

EL TROMPETA.—Bien hacéis en marcharos, porque perturbáis nuestra reunión. (Vanse los arcabuceros.)

EL PRIMER CORACERO.—Lástima me da de esta gente; son buenos compañeros.

EL PRIMER CAZADOR.—Pero ese discurre como un animal.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Ya que estamos solos, veamos cómo desbaratamos esta trama.

EL TROMPETA.—¿Cómo? No moviéndonos de aquí.

EL PRIMER CORACERO.— Señores, nada contra la disciplina; que cada uno vaya á buscar los suyos y les hable con moderación, para que sepan lo que hay, y deliberen sobre ello. No vayamos demasiado lejos. Yo respondo de mis valones. Todos piensan como yo.

EL SARGENTO.— Los regimientos de Terzky de á pié y de á caballo son del mismo parecer.

EL SEGUNDO CORACERO. (Adelantándose.) — El lombardo no disiente de los valones.

EL PRIMER CAZADOR.— La libertad es el alma del cazador.

EL SEGUNDO CAZADOR.— La libertad sólo con el poder coexiste. Yo vivo y muero por Wallenstein.

EL PRIMER ARTILLERO.— El de Lorena se deja arrastrar por la corriente adonde haya alegría y buen humor.

EL DRAGÓN.— El irlandés sigue la estrella de la dicha.

EL SEGUNDO ARTILLERO.— El tirolés sólo sirve á su general.

EL PRIMER CORACERO.— Que cada regimiento, pues, ponga en limpio un memorial, diciendo que deseamos permanecer juntos, y que ni la fuerza ni la astucia nos separarán nunca del Duque, el padre del soldado. Se presentará á Piccolomini con el respeto debido, se entienda á Piccolomini el hijo, práctico en este linaje de asuntos, de gran favor con el Duque, y personaje también influyente con el Emperador y la Majestad Real.

EL SEGUNDO CAZADOR.— ¡Venid! No decid más. Conven-gamos todos. Piccolomini será nuestro abogado.

EL TROMPETA, EL DRAGÓN, EL PRIMER CAZADOR, EL SEGUNDO CORACERO, Y LOS ARCABUCCEROS. (A la vez.) — ¡Sí, Piccolomini será nuestro defensor! (Hacen ademán de irse.)

EL SARGENTO.— ¡Un vaso más, compañeros! (Bebe.) ¡A la salud de Piccolomini!

LA CANTINERA. (Trayendo una botella.)—Esta no se apunta. Doila de buen grado. Que el éxito sea completo, señores.

EL CORACERO—¡Viva la milicia!

AMBOS CAZADORES.—¡Paguen los trabajadores!

EL DRAGÓN Y LOS ARCAUCEROS.—A la prosperidad de ejército.

EL TROMPETA Y EL SARGENTO.—A su mando por el Duque.

EL SEGUNDO CAZADOR. (Cantando.)—«¡Arriba, compañeros; vé caballo, á caballo! Vayamos al campo, en pos de la libertad. En el campo vale el hombre alguna cosa, y su corazón pesa algo también. Nadie lo sustituye, y ¡ha de contar consigo solo.»

(Los soldados, mientras tanto, se adelantan desde el fondo, y forman el coro.)

EL CORO.—«Nadie le sustituye, y ha de contar consigo solo.»

EL DRAGÓN.—«La libertad ha huído de la tierra, y ya no hay en ella sino súbditos y señores. La mentira es la que impera; ya la astucia es la reina de la cobarde raza humana. Sólo el soldado es hombre libre, porque mira á la muerte cara á cara.»

EL CORO.—«Sólo el soldado es hombre libre, porque mira á la muerte cara á cara.»

EL PRIMER CAZADOR.—«Desprecia las penalidades de la vida, porque no teme ni debe. Cabalga veloz al encuentro del destino. Si hoy no lo alcanza, mañana será suyo; y si al cabo ha de ser su víctima, apuremos hoy lentamente los últimos instantes de un tiempo precioso.»

EL CORO.—«Y si al cabo ha de ser su víctima, apuremos hoy lentamente los últimos momentos de un tiempo precioso.»

(Lluevan de nuevo los vasos, chocan unos contra otros y beben.)

EL SARGENTO.—«Del cielo viene su ventura, y el trabajar no es su misión. El jornalero, que busca en el seno de la tierra, espera encontrar un tesoro. Cava y amontona tie-

»rra mientras vive, y cava siempre, hasta cavar al fin su
»sepultura.»

EL CORO.—«Cava y amontona tierra mientras vive, y cava
»siempre, hasta cavar al fin su sepultura.»

EL PRIMER CAZADOR.—«El jinete y su ligero caballo son
»huéspedes temidos. Cuando brillan en el castillo las antor-
»chas del himeneo, acuden á la fiesta sin ser invitados;
»y sin enamorar largo tiempo, sin mostrar oro alguno, ob-
»tiene en un instante el premio del amor.»

EL SEGUNDO CORACERO.—«¿Por qué llora la doncella, y la
»aflicción la devora? ¡Dejadlo volar, dejadlo correr! La tie-
»rra no le ofrece morada fija, y su amor no ha de ser fiel
»y constante. El destino rápido lo arrastra, y en ningún pa-
»raje es su huella duradera.»

EL CORO.—«El destino rápido lo arrastra, y en ningún
»paraje es su huella duradera.»

EL PRIMER CAZADOR. (Tomando las manos de los dos inmedia-
tos á él; los demas lo imitan; todos los que han hablado forman
un grande semicírculo.)—«Enjaezad, pues, compañeros, los
»corceles, y que el pecho se dilate en las batallas. La juven-
»tud hierva, la vida tasca el freno espumoso. ¡Alerta, pues,
»antes que el alma se vuele! Si no exponéis vuestra vida,
»nunca más la disfrutaréis.»

EL CORO.—«Si no exponéis vuestra vida, nunca más la
»disfrutaréis.»

(Cae el telón, antes que deje de cantar el coro.)

LOS PICCOLOMINI.

EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

- WALLENSTEIN, *Duque de Friedlandia, Generalísimo imperial en la guerra de treinta años.*
OCTAVIO PICCOLOMINI, *Teniente General.*
MAXIMILIANO PICCOLOMINI, *su hijo, Coronel de un regimiento de Coraceros.*
EL CONDE TERZKY, *cuñado de Wallestein, Jefe de varios regimientos.*
ILLO, *Feldmariscal, confidente de Wallestein.*
ISOLANI, *General de los Croatas.*
BUTLER, *Jefe de un regimiento de Dragones.*
TIEFENBACH, }
D. MARADAS, } *Generales á las órdenes de Wallestein.*
GÖTZ, }
COLALTO, }
EL CAPITÁN DE CABALLERÍA NEUMANN, *Ayudante de Terzky.*
QUESTENBERG, *Consejero supremo de la Guerra, enviado del Emperador.*
BAUTISTA SENI, *astrólogo.*
LA DUQUESA DE FRIEDLANDIA, *esposa de Wallestein.*
LA CONDESA TERZKY, *hermana de la Duquesa.*
UN CORNETA.
EL SUMILLER DEL CONDE TERZKY.
PAJES y SERVIDORES *del Duque de Friedlandia*
SERVIDORES y MÚSICOS *de Terzky.*
Muchos coroneles y generales.
-

ACTO PRIMERO.

Sala gótica antigua del ayuntamiento de Pilsen, decorada con banderas y otros trofeos bélicos.

ESCENA PRIMERA.

ILLO con BUTLER é ISOLANI.

ILLO.—Tarde llegáis... pero llegáis al fin. Tan largo camino, oh Conde Isolani, disculpa vuestra tardanza.

ISOLANI.— Pero no venimos con las manos vacías. Díjosenos en Donauworth que un convoy de provisiones sueco, compuesto de seiscientos carros, pasaba al mismo tiempo... Atacáronlo los croatas, y lo traemos.

ILLO.—A punto llega para proveer este ejército numeroso.

BUTLER.— Vida hay aquí sin duda; bien lo veo.

ISOLANI.— Sí, sí; hasta las iglesias están llenas de soldados. (Mirando alrededor.) Y hasta en el Ayuntamiento, según observo, os habéis cómodamente aposentado... ¡Ya, ya! El soldado se arregla y se ayuda como puede.

ILLO.— Se han reunido aquí los coroneles de treinta regimientos; encontraréis á Terzky, á Tiefenbach, á Colalto, á Götz, Maradas, Hinnersan, y además á Piccolomini padre é hijo... Podréis saludar á muchos amigos antiguos. Sólo nos faltan Gallas y Altringer.

BUTLER.— No esperéis á Gallas.

ILLO. (Sorprendido.) ¿Cómo así? Sabéis...

ISOLANI. (Interrumpiéndole.) — ¿Maximiliano Piccolomini aquí? ¡Oh! Llévame á verlo. Páreceme que ahora le contemplo, como diez años hace, cuando peleamos contra Mansfeld en Dessau, y se lanzó desde el puente con su caballo para socorrer á su padre en peligro, arrastrado por la corriente rápida del Elba. El bozo apenas daba sombra á su barba, y ahora, segun dice la fama, es ya un héroe perfecto.

ILLO. — Hoy lo veréis. Escolta desde la Carintia á la Duquesa de Friedlandia, y á la Princesa, y estarán aquí antes del mediodía.

BUTLER. — ¿Trae también el Duque á su esposa, y á su hija? Mucha gente quiere reunir, sin duda.

ISOLANI. — Tanto mejor. Yo esperaba no oír hablar más que de marchas, de baterías y de ataques, y he aquí que el mismo Duque se encarga de recrear nuestros ojos con cosas más agradables.

ILLO. (Pensativo, á Butler, al que lleva un poco aparte.) — ¿Cómo sabéis que el Conde Gallas permanecerá fuera?

BUTLER. (Con misterio.) Porque él mismo ha intentado retenerme junto á sí.

ILLO. (Con pasión.) — ¿Y mostrasteis firmeza en vuestro propósito? (Apretándole la mano.) ¡Valiente Butler!

BUTLER. — Después de los favores, que recientemente me ha dispensado el Príncipe...

ILLO. — ¡Sí, sí, General mayor! Os doy la enhorabuena.

ISOLANI. — Del regimiento que el Príncipe le ha concedido, ¿no es verdad? Y, según parece, es el mismo, en que sirvió como soldado. Seguramente, pues, ha de ser esto un estímulo para todo el cuerpo; un ejemplo loable que pruebe cómo puede hacer su carrera un antiguo y benemérito guerrero.

BUTLER.—Dudo si recibir ó no vuestras felicitaciones, faltando todavía la confirmación del Emperador.

ISOLANI.—¡Es cosa hecha; es cosa hecha! La mano que os ha colocado ya en ese puesto, es bastante fuerte para manteneros en él, á pesar del Emperador y de sus ministros.

ILLO.—¡Ojalá que todos nosotros reflexionáramos en esto! Nada debemos al Emperador; del Duque proviene cuanto esperamos, cuanto tenemos.

ISOLANI. (A Illo.)— ¡Os lo he contado ya, compañero? El Príncipe se propone contentar á mis acreedores, y en adelante ser él mismo mi cajero, hasta hacer de mí un hombre arreglado. ¡Y advertid que ya va por tres veces que este comportamiento, digno de un rey, me libra de una ruina cierta, y de una cierta deshonra!

ILLO.— ¡Y si pudiera hacer cuanto desea! Tierras y vasallos prodigaría gustoso á sus soldados. Pero lo sujetan en Viena, y siempre que es posible le cortan los vuelos... Si no, ahí están las nuevas y orondas exigencias que nos trae Questenberg ahora.

BUTLER.— Algo he oído yo también de estas pretensiones imperiales... espero, sin embargo, que no cederá el Duque ni una sola pulgada.

ILLO.—De su derecho, no, de seguro... pero quizás... su puesto.

BUTLER. (Sorprendido.)— ¡Sabéis alguna cosa? Me asustáis.

ISOLANI. (Bajando la voz.)— Nos veríamos todos arruinados.

ILLO.—¡Cortemos por lo sano!... Pero veo venir allí á nuestro hombre, con el teniente general Piccolomini.

BUTLER. (Moviendo la cabeza pensativo.)— Mucho me tamo que salgamos de aquí como vinimos.

ESCENA II.

Los mismos.—OCTAVIO PICCOLOMINI.
QUESTENBERG.

OCTAVIO. (Todavía desde lejos.)—¿Cómo? ¿Más huéspedes aún? ¡Confesadlo, pues, amigos! Sólo merced á esta guerra deplorable, se reúnen tantas cabezas famosas de innumerables héroes en el recinto estrecho de un campamento.

QUESTENBERG.—Que no venga al campamento de Friedlandia quien haya de pensar mal de la guerra. Casi hubiera olvidado yo sus consecuencias observando el talento superior que preside á este orden, con el cual se devasta el orbe, y la grandeza que resplandece en cuanto hace.

OCTAVIO.—Y ved aquí una valiente pareja, que cierra dignamente este círculo de héroes, el Conde Isolani y el coronel Butler... Ya tenemos á la vista todo el misterio del arte de la guerra. (Presentando á Butler é Isolani.) Esta es la fuerza, amigos, y la rapidez.

QUESTENBERG. (A Octavio.)—Y entre ambas cosas el consejo de la experiencia.

OCTAVIO. (Presentando Questenberg á aquéllos.)—El chambelán y consejero de guerra Questenberg, el encargado de ejecutar las órdenes del Emperador, el gran favorecedor y protector de los soldados, á quien honramos en la persona de este digno huésped. (Silencio general.)

ILLO. (Acercándose á Questenberg.)—No es esta la vez primera, señor Ministro, que nos honráis con vuestra presencia.

QUESTENBERG.—En otra ocasión me he visto delante de estas banderas.

ILLO.—¿Y sabéis en dónde fué? En Znaim, en la Moravia, á donde llegasteis de orden del Emperador, para rogar al Duque que se pusiese de nuevo al frente del regimiento.

QUESTENBERG.—¿Para rogarle, señor General? Ni fué tan allá mi comisión, que yo sepa, ni mi celo.

ILLO.—Para obligarlo, si os agrada. Lo recuerdo perfectamente. El Conde Tilly acababa de ser derrotado junto al Lech... Baviera quedaba abierta al enemigo... ningún obstáculo le impedía penetrar hasta el corazón del Austria. Entonces os presentasteis con Werdenberg ante nuestro General, asaltándolo con súplicas, y amenazándole que incurriría en la desgracia del Emperador, si no se condolía de tanta desdicha.

ISOLANI. (Interviniendo.)—¡Sí, sí! Es fácil de comprender, señor Ministro, por qué no queréis recordar aquella otra comisión, trayendo ahora ésta.

QUESTENBERG.—¿Por qué no? No hay entre ambas la menor contradicción. Tratábase entonces de arrancar la Bohemia de las manos del enemigo; hoy debo librarla de las de sus amigos y protectores.

ILLO.—¡Soberbio encargo! Despues que, á costa de nuestra sangre, expulsamos de esta Bohemia á los sajones, se intenta pagárnoslo arrojándonos también de su territorio.

QUESTENBERG.—A no trocar una desdicha por otra, este país desventurado ha de verse libre del azote de sus amigos y enemigos.

ILLO.—¡Cómo! El año ha sido bueno, y el labrador puede pagar ya con desahogo.

QUESTENBERG.—Seguramente, señor Feldmariscal, si habláis de ganados y de pastos...

ISOLANI.—La guerra alimenta á la guerra. Sí; si los labradores sucumben, en cambio gana el Emperador soldados.

QUESTENBERG.—Y á proporción se harán más escasos sus súbditos.

ISOLANI.—¡Qué diablo! Todos nosotros somos súbditos suyos.

QUESTENBERG.—Con una diferencia, señor Conde. Los unos, con ventaja, llenan sus bolsillos en virtud de su trabajo, y los otros sólo saben vaciarlos de lo lindo. La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede enriquecerlo de nuevo.

BUTLER.—No sería pobre el Emperador, si no hubiese tantas... sanguijuelas que chupasen la riqueza del país.

ISOLANI.—Aun no hemos llegado á ese extremo. Por lo que veo (Adelantándose y señalando al uniforme de Questenberg), falta mucho todavía para que todo el oro se convierta en moneda.

QUESTENBERG.—A Dios gracias, algo ha podido escapar... de las manos de los croatas.

ILLO.—Cuando Slawata y Martinitz, en los cuales el Emperador, con enojo de todos los buenos bohemios, acumula favores y gracias, se rellenan... robando á ciudadanos desterrados... engordan con el daño común, y sólo maduran con la universal desdicha..., y se burlan con su regia pompa de las plagas de la nación... ellos y sus iguales debieran pagar la guerra destructora, que ellos solos también encendieron.

BUTLER.—Y estos parásitos, que viven á costa del país, y cuyos pies están siempre bajo la mesa del Emperador, corriendo hambrientos detrás de todos los beneficios, escatimando el pan al soldado en presencia del enemigo, y poniendo reparos á las cuentas.

ISOLANI.—Toda mi vida me acordaré de la ocasión en que estuve en Viena, por la remonta para nuestro regimiento: hiciéronme rodar de antesala en antesala, dejándome largas horas entre los cortesanos, como si hubiera

ido á mendigar algún favor. Al fin... me enviaron un capuchino, creyendo yo que para confesarme de mis pecados. Pero no; era el personaje con quien debía yo tratar el asunto de los caballos. Me vine sin ultimarle, y el Príncipe, á los tres días, logró lo que en treinta no pude obtener en Viena.

QUESTENBERG.—¡Sí, sí! Consta seguramente en las cuentas, y sé que queda algo por pagar.

ILLO.—La guerra es un estado de fuerza y violencia. Nada se adelanta con la dulzura, ni es posible respetarlo todo. Si se conviniera en que la corte eligiese la menor desdicha entre veinticuatro, ¡largo tiempo esperaríamos!... Lo mejor es lanzarse sin miedo á la mar, y sea lo que Dios quiera... Los hombres, por lo general, se acomodan á las costuras y remiendos, y prefieren una necesidad odiosa á una elección amarga.

QUESTENBERG.—Sí, es cierto. El Príncipe nos ahorra la elección.

ILLO.—El Príncipe cuida como un padre de sus tropas, y ya vemos cómo piensa el Emperador de nosotros.

QUESTENBERG.—Su corazón es el mismo para todos, y no puede sacrificar unos á otros.

ISOLANI.—Por eso nos echa al desierto con los animales carniceros, para guardar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG. (Con sarcasmo.)—¡Señor Conde! La comparación es de usted... no mía.

ILLO.—Sin embargo, si fuésemos como nos juzgan en la corte, sería quizás peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG. (Con formalidad.)—Esa libertad se habrá tomado, no concedido, y lo que urge, por tanto, es refrenarla.

ILLO.—Acaso se tropezará con un caballo salvaje.

QUESTENBERG.— Lo domará mejor jinete.

ILLO.— Sólo sufre á quien lo ha domado.

QUESTENBERG. — Si está domado, seguirá también á un niño.

ILLO. — Ya, según sé, se ha encontrado á ese niño.

QUESTENBERG. — Cuidaos de cumplir vuestro deber, y no de cómo se llama.

BUTLER. (Que se adelanta, habiendo estado aparte hasta entonces con Piccolomini, aunque interesándose visiblemente en la conversacion.) ¡Señor Presidente! El Emperador tiene en Alemania un ejército importante; habrá acampados en este reino unos treinta mil hombres, y diez y seis mil en la Silesia; diez regimientos en el Weser, el Rhin y el Mein; y en la Suabia seis, y doce en la Baviera, hacen frente á los suecos. No hablo de las guarniciones, que pululan en las fronteras de las plazas fuertes. Todos obedecen á los generales del Duque. Quienes los mandan han estado en la misma escuela, han mamado la misma leche, y un mismo corazón late en sus pechos. Extranjeros en esta tierra, el servicio es su único hogar, su única patria. El amor á aquella no los inspira, porque miles como yo son de otros países. Tampoco los mueve la adhesión al Emperador, porque la mitad son fugitivos de naciones extrañas, y poco les importa pelear por el águila de dos cabezas, por el león, ó por las flores de lis. Uno solo los refrena con vigor, y por el amor y por el miedo, forma de ellos un verdadero pueblo. Y así como la chispa eléctrica del rayo corre segura y veloz por los hilos conductores, de la misma manera sus órdenes, desde los últimos puestos avanzados, que oyen mugir el Belt en las dunas, ó que contemplan los fértiles valles del Adige, circulan hasta los centinelas cuyas garitas se elevan junto al palacio del Emperador.

QUESTENBERG. — Y ¿cuál es el sentido, el compendio, de tan larga perorata?

BUTLER. — Que el respeto, el afecto y la confianza que

nos inclina á obedecer al Duque de Friedlandia, no se traspasa por encanto al primer recién venido, que nos envía la corte de Viena. Recordamos además perfectamente cómo vino al mando nuestro General. ¿Fué acaso la Majestad Imperial la que le confió un ejército, ya organizado, tomándose sólo el trabajo de poner un jefe á su frente?... Ni ejército había tampoco. El Duque hubo de formarlo, no recibió ninguno... y lo dió al Emperador. No fué éste quien nombró general á Wallenstein. ¿No fué así, no! De Wallenstein aceptamos por soberano al Emperador, y él, él solo es quien nos tiene reunidos bajo sus banderas.

OCTAVIO. (Adelantándose entre los dos.)— Tened presente, señor Consejero de la guerra, que os encontráis en un campamento y entre militares. La audacia y la libertad forman al soldado; y si ha de obrar con energía, ¿cómo no hablar lo mismo?... Una cosa es el efecto de la otra. La osadía de este digno oficial, (Señalando á Butler.) que se equivoca ahora de objeto, conservó para el Emperador, cuando sólo el atrevimiento era la prenda de salvación, la ciudad de Praga, amenazada de un formidable motín de su guarnición. (Óyese á lo lejos música guerrera.)

ILLO.—¿Ellas son! La guardia saluda.—Esta señal nos anuncia que llega la Princesa.

OCTAVIO. (A Questenberg.) — Mi hijo Maximiliano estará también de vuelta. Las ha traído y escoltado desde la Carintia.

ISOLANI. (A Illo.) ¿Vamos juntos á darles la bienvenida?

ILLO.—Bueno; vamos allá. ¿Venís, coronel Butler? (A Octavio.) Recordad que, antes del mediodía, nos reuniremos con este señor en el aposento del Príncipe.

ESCENA III.

OCTAVIO y QUESTENBERG, que se quedan en la escena.

QUESTENBERG. (Con gestos de sorpresa.) — ¿Qué cosas me he visto obligado á oír, señor teniente general? ¡Qué obstinación desenfrenada! ¡Qué ideas!... Si tal es el pensamiento general que reina aquí...

OCTAVIO. — Habéis oído á tres cuartas partes del ejército.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo encontrar otro ejército, para tener á raya á este? Ese... Illo, según sospecho, piensa mucho peor de lo que habla. El otro, Butler, no puede ocultar sus aviesos instintos.

OCTAVIO. — Susceptibilidad... orgullo irritado... ¡nada más! A este Butler no lo abandono yo todavía; conozco los medios de desterrar de su espíritu las malas inclinaciones.

QUESTENBERG. (Paseándose desasosegado.) — ¡No! Esto es peor, ¡oh! ¡mucho peor, amigo! de lo que habíamos soñado en Viena. Lo observábamos sólo con ojos de cortesanos, deslumbrados por el esplendor del trono, y aun no habíamos visto al General, omnipotente en su campamento, ¡Todo es aquí de otra manera! ¡Aquí no hay ya Emperador! ¡El Emperador es el Príncipe! El paseo, que he dado por aquí en vuestra compañía, ha desvanecido mis esperanzas.

OCTAVIO. — Así os habréis convencido de lo peligroso de la comisión, que me habéis confiado desde la corte... y cuán expuesto es el papel que he de representar aquí. La más leve sospecha del General me costaría la libertad y la vida, y apresuraría la ejecución de sus proyectos perversos.

QUESTENBERG. — ¿En qué estábamos pensando, al entregar una espada á un loco, y confiar en tales manos tanto poder? ¡La tentacion era demasiado fuerte para este corazón perverso! ¡Hasta hubiera sido peligroso para el hombre más leal! Rehusará, yo os lo aseguro, obedecer las órdenes del Emperador. Puede hacerlo, y lo hará... Su orgullo virgen revelará vergonzosamente nuestra debilidad.

OCTAVIO. — Y ¿creéis que, sin motivo, haya traído al campamento á su esposa y á su hija en el instante crítico, en que nos preparamos para la guerra? Arrancar esas últimas prendas de su fidelidad del territorio del Emperador, anuncia el próximo estallido de la rebelión.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo hacer frente á la tempestad, que se levanta amenazadora de todas partes? En las fronteras, el enemigo del Imperio, dueño ya del Danubio, avanzando siempre más y más... el campesino armado... todas las clases en conmoción... y el ejército, de quien esperábamos ayuda, corrompido, sin freno, sin cuidarse del Estado ni del Emperador, arrastrado en su extravío por un hombre en delirio, instrumento formidable, obedeciendo ciegamente en cuerpo y alma al más temerario de los generales.

OCTAVIO. — No renunciemos antes de tiempo á nuestros propósitos, amigo mío. La lengua se mueve siempre más que las manos; y algunos, dispuestos ahora en apariencia á los mayores excesos, llevados de su pasión imprudente, hallan de improviso un corazón en su pecho, si oyen llamar á su delito por su nombre. Por lo demás, no carecemos de defensores por completo. El Conde Altringer y Gallas, como sabéis, mantienen en el deber á su pequeño ejército, y aumentan su fuerza cada día. Él no puede sorprendernos, y sabéis que mis espías lo rodean por todas partes. Llegan á mí noticia sus acciones más insignificantes... y hasta me las revelan sus mismos labios.

QUESTENBERG.— Es de todo punto incomprendible que no advierta la proximidad del enemigo.

OCTAVIO.— No penséis, acaso, que yo, por medio de artificios engañosos ni de bajas complacencias, me haya atraído su favor, ni que con palabras hipócritas haya ganado su confianza. Son mis guías la prudencia y el deber, que me imponen mi patria y mi soberano, y así, oculto mi pensamiento. ¡Jamás le he engañado con mentiras!

QUESTENBERG.— Es una visible protección del cielo.

OCTAVIO.— No sé lo que tan poderosamente lo atrae y encadena á mi hijo y á mí. Siempre fuimos amigos y hermanos de armas; la costumbre de tratarnos, aventuras comunes nos unieron ya desde un principio... aunque puedo yo señalar el día, en que de repente se abrió para mí su corazón, aumentándose su confianza. Fué la mañana anterior á la batalla de Lützen. Un sueño importuno me obligó á buscarlo, y á ofrecerle otro caballo para la pelea. Lo hallé dormido, lejos de las tiendas, y á la sombra de un árbol. Cuando lo desperté y le conté mi propósito, me contempló admirado largo tiempo; luégo me abrazó mostrando una emoción que no merecía mi leve servicio. Desde ese día me persiguió su confianza en la misma proporción en que le retiré la mía.

QUESTENBERG.— ¿Pondréis también á vuestro hijo al corriente de vuestro secreto?

OCTAVIO.— ¡No!

QUESTENBERG.— ¿Cómo? ¿Y no le advertís siquiera en qué malas manos se encuentra?

OCTAVIO.— He de confiarlo á su propia inocencia. El disimulo es incompatible con un alma sincera, y sólo su ignorancia puede darle la libertad de espíritu indispensable para inspirar al Duque confianza.

QUESTENBERG. (Con recelo.) — ¡Mi digno amigo! Tengo del

coronel Piccolomini la opinión más favorable... pero... si... reflexionad que...

OCTAVIO.— Es menester aventurarse... pero ¡silencio! que viene.

ESCENA IV.

Los mismos y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO.— ¡Él sí, él mismo es! ¡Mi querido padre! (Lo abraza, y al volverse ve á Questenberg, y se retira con frialdad.) ¿Ocupado, según observo? No quiero importunaros.

OCTAVIO.— ¿Cómo así, Maximiliano? Mirad más atentamente á este huésped. Un antiguo amigo merece más atenciones, y más respeto un enviado de tu Emperador.

MAXIMILIANO. (Con sequedad.)— ¿Questenberg? Bien venido seáis, si traéis algo bueno á este cuartel general.

QUESTENBERG. (Tomando sus manos.)— ¡No retiréis vuestra mano, Conde Piccolomini! No la estrecho sólo por mí, y bastante digo con esto. (Apretándole las dos.) ¡Octavio... Maximiliano Piccolomini, nombres de buen agüero y salvadores! La dicha no huirá jamás de Austria mientras estos dos astros, secundos en bienes y propicios, brillen sobre sus ejércitos.

MAXIMILIANO.— Os apartáis de vuestro papel, señor Ministro, porque no habéis venido aquí para alabar; sé que vuestra misión es gruñir y censurar... No quiero preferencias en mi favor.

OCTAVIO. (A Maximiliano.)— Viene de la corte, no en todo tan contenta con el Duque como lo estamos nosotros.

MAXIMILIANO.— ¡Hay que hacerle acaso algún nuevo cargo? ¿Porque él solo resuelve lo que él solo comprende? ¡Sea en buen hora! Hace bien, y hará bien en continuar lo

mismo. No es su índole acomodarse y doblegarse servilmente á los demás, porque esto es contrario á su carácter é imposible para él. Tocóle en suerté un alma de Soberrano, y su cargo es también para mandar. ¡Fortuna es para nosotros que así sea! A pocos es dado el gobernar, y emplear su razón útilmente... Conviene á la generalidad que haya uno que sirva á miles de hombres de punto central y de sostén... que sea á modo de fuerte columna, en la cual puedan apoyarse con placer y seguridad. Ese es Wallenstein; y aunque hubiese otro preferible para la corte... no serviría para el ejército.

QUESTENBERG.—¿Para el ejército? Sí, sí, es verdad.

MAXIMILIANO.—Y regocija, sin duda, observar la animación, la energía, la vida que infunde en cuanto lo rodea, cómo cada fuerza se ostenta á su soplo, y á su contacto acrece cada facultad. Y al mismo tiempo que hace brotar las prendas más relevantes de cada uno, las naturales, y las engrandece, sin desfigurarlas, sino dejándolas tales cuales son, sólo se cuida de que ocupe cada uno su lugar correspondiente, y de este modo se apropia las virtudes de los demás.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el don de conocer á los hombres, y de sacar partido de ellos? Sólo que, mandado, se olvidó de servir, como si su dignidad fuese hija de nacimiento.

MAXIMILIANO.—¿Y no es acaso así? Tiene todas las cualidades naturales para lograrlo, y además la voluntad necesaria para dirigir esas cualidades al fin de desenvolver su talento para el mando, y ejercer su altísimo cargo.

QUESTENBERG.—En resumen, pues, sólo debemos á su generosidad cuanto somos y cuanto valemos.

MAXIMILIANO.—Los hombres extraordinarios necesitan confianza, también extraordinaria. Facilítadle los medios, y él mismo llegará al fin.

QUESTENBERG.—Pruebas de esto hay.

MAXIMILIANO.—¡Así son ellos! Les asusta todo lo profundo, y sólo lo superficial les agrada.

OCTAVIO. (A Questenberg.) — Mostraos condescendiente, amigo mio; no ha terminado todavía.

MAXIMILIANO.—Se acude á él cuando la necesidad apremia, y llena de miedo cuando se muestra tal cual es. Lo no común, lo más elevado ha de igualarse á lo vulgar. En campaña lo presente está siempre erizado de peligros... Menester es mandar en persona, verlo todo por sí mismo. El General necesita de toda su grandeza natural. Concédasele, pues, vivir rodeado de grandezas... Consulta el oráculo que palpita en su interior, no libros viejos, ni antiguas prescripciones, ni papeles mohosos.

OCTAVIO.—¡No despreciemos, hijo mio, las antiguas y rigurosas prescripciones! Son de valor precioso é inestimable, porque sujetan la imperiosa voluntad del hombre á la ley del deber; lo arbitrario es siempre peligroso, y la senda del orden, aunque á veces escabrosa, lleva derecha á su fin. En línea recta va el rayo, y la bala terrible del cañón; corren rápidos, por el camino más corto, se abren paso destruyendo, para destrozarse también al término de su carrera. ¡Oh hijo mio! El destino del hombre, el de la dicha, sigue el curso de los ríos, las desordenadas revueltas del valle, gira en torno de los sembrados y de las colinas cubiertas de viñedos, respetando los límites y señales de la propiedad particular... y así, aunque más tardío, llega también mas seguro á la meta.

QUESTENBERG.—¡Oh! Escuchad á vuestro padre; escuchadlo, porque si es un héroe, es también un hombre.

OCTAVIO.—En tí habla el hijo de la guerra, hijo mio. Una campaña de quince años te ha educado hasta ahora... ¡Tú no conoces la paz! Y vale, oh mi hijo, más que la guerra, y el objeto de ésta no es ella misma. Los hechos más gran-

diosos y deslumbradores de la fuerza, los sorprendentes milagros del momento, no son los que proporcionan la dicha, ni durable y tranquilo bienestar. Pronta y apresuradamente levanta el soldado su ligera ciudad de tiendas; bullicio y animación, un instante, reinan en ella; el mercado le da vida; caminos y ríos se ven cubiertos de los artículos más variados, y el tráfico se agita; pero llega un día en que las tiendas desaparecen de improviso, las hordas guerreras se alejan, y el campo se queda solitario, como un cementerio, y pisoteados los surcos, y perdida la cosecha.

MAXIMILIANO.—Dejad, oh padre, que haga la paz el Emperador. De buen grado daría yo todos los laureles de la guerra por la primera violeta que nos trae Marzo, perfumada prenda de la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te sucede? ¿Qué te conmueve ahora de repente?

MAXIMILIANO.—¿Que yo no he visto nunca la paz?... La he visto, anciano padre; vengo hace poco de verla. La vida, oh padre, tiene también sus encantos, que ignoramos... Hasta ahora sólo hemos recorrido las costas desiertas de la vida feliz, á modo de piratas errantes, que, encerrados en su estrecho y oscuro buque, habitan en las soledades de la mar, con sus costumbres feroces, sin conocer de la tierra inmensa más que las bahías, propicias á sus desembarcos fortuitos y á sus rapiñas. De lo más precioso que oculta en sus valles interiores... ¡oh! de esto, nada hemos visto en nuestra navegación desenfrenada.

OCTAVIO. (Mirándolo con atención.)—¿Acaso lo has visto en este viaje?

MAXIMILIANO.—Era el primer descanso de mi vida. Decidme: ¿cuál es el fin y la recompensa de mi trabajo, del penoso trabajo que consume mi juventud, que deja desierto mi corazón y sin goces á mi espíritu, desnudo de

toda gala? Porque el ruido atronador de este campamento, los relinchos de los caballos, los toques de la trompeta, la hora siempre uniforme del servicio, el ejercicio de las armas, las voces de mando... nada seductor ofrecen á mi corazón. No llegan hasta el alma estas ocupaciones sin sentimiento... Existe otra dicha y otras alegrías.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido en tan corto trayecto, oh hijo mio.

MAXIMILIANO.—Día bienaventurado será aquel en que al fin el soldado vuelva de nuevo á la vida, al seno de la humanidad; en que las banderas se desplieguen en plácida pompa, y la grata marcha de la paz nos lleve hacia nuestro hogar; cuando todos los cascos y uniformes se adornen con verde ramaje, último despojo de los campos. Las puertas de las ciudades se abrirán por sí mismas, y será inútil el petardo para hacerlas saltar; y llenas estarán las murallas de gente pacífica, que prorrumpen en alegres vítores... Y tocarán á vuelo las campanas de las torres, anunciando el ocaso del día sangriento. De aldeas y ciudades saldrá en tropel muchedumbre aclamadora, embrazando con afectuosa importunidad el paso de las tropas. El anciano, apretando las manos de su hijo, ya de vuelta, se alegrará de haber vivido hasta ese instante; y como un extraño entrará el ausente en su propiedad, largo tiempo abandonada; y, á su regreso, lo cubrirá con sus frondosas ramas la vara, que doblaba á su salida fácilmente. Doncella ya, saldrá vergonzosa á su encuentro la hermana que quedaba en brazos de su madre. ¡Oh! ¡Feliz aquel, para quien una puerta se abra, y más feliz aún si brazos delicados han de oprimirlo dulcemente!

QUESTENBERG. (Conmovido.)—¡Oh! ¡Que habléis de una época remota, y no de mañana, y no de hoy!

MAXIMILIANO. (Volviéndose hacia él con prontitud.)— ¡Quiénes, acaso, lo impiden, sino vosotros los que estáis en

Viena? ¡He de hablaros con franqueza, oh Questenberg! Cuando os vi aquí, el desagrado oprimió mi corazón con violencia... Vosotros, sí; vosotros sois quienes os oponéis á la paz. El guerrero ha de traerla por la fuerza. Vosotros acibaráis la vida del Príncipe, dificultáis todos sus proyectos; vosotros lo deslustráis... Y ¿por qué? Porque le es más cara la ventura de Europa, que unas cuantas aranzadas de tierra más ó menos, que ha de poseer el Austria... Lo tratáis como á un rebelde, y Dios sólo sabe lo que maquináis, porque perdona á los sajones, y porque se propone inspirar en el enemigo confianza, único medio de conseguir la paz. Si la guerra sucede á la guerra, ¿cómo podrá venir la paz?—¡Andad, pues, andad! Así como amo el bien, así también os aborrezco... Y aquí me obligo solemnemente á derramar por él mi sangre, por Wallenstein, la última gota de mi corazón, antes que os congratuléis de su caída. (Vase.)

ESCENA V.

QUESTENBERG.—OCTAVIO PICCOLOMINI.

QUESTENBERG.—¡Ah de vosotros! ¡Así estamos? (Insistiendo con impaciencia.) Y ¿lo dejamos ir en este error, y no le llamamos para abrirle aquí mismo los ojos?

OCTAVIO. (Saliendo de una meditación profunda.) — Él ha abierto los míos, y más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿Qué es eso, amigo?

OCTAVIO.—¡Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¿Cómo? ¿Por qué?

OCTAVIO.—¡Venid conmigo! Debo seguir esa huella des-

venturada, verla con mis mismos ojos... Venid... (Quiere llevarse.)

QUESTENBERG.—¿Qué hay, pues?... ¿Adónde?

OCTAVIO. (Empujándolo.)—¡Hacia ella!

QUESTENBERG.—Hacia...

OCTAVIO. (Reponiéndose.)—A ver al Duque. Vamos. ¡Oh! Todo me lo temo. Envuélvelo ya la red, y él no ha venido como se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan solo...

OCTAVIO.—Y ¿no podía yo haberlo previsto? ¿No debía haber evitado este viaje? ¿Por qué se lo oculté?... Teníais razón, debí advertírselo... y ya es tarde.

QUESTENBERG.—¿Por qué es tarde? Reflexionad, amigo mío, que me proponéis verdaderos enigmas.

OCTAVIO. (Más repuesto.)—Vamos á ver al Duque. Venid. Acércase la hora de la audiencia. Venid... ¡Maldito, tres veces maldito sea ese viaje! (Se lo lleva y cae el telón.)



ACTO II.

Salón en la casa del Duque de Friedlandia.

ESCENA PRIMERA.

CRIADOS colocan sillas y extienden alfombras. Aparecen al mismo tiempo el astrólogo **SENI**, de negro, como un doctor italiano, y vestido algo extrañamente. En medio del salón, y teniendo en la mano una varita blanca, señala con ella á diversos puntos del cielo.

UN CRIADO (Dando vueltas con un sahumador.)— ¡Tomadlo! Acabad pronto. El centinela llama á las armas. No tardarán en llegar.

OTRO CRIADO.— ¡Por qué, pues, se ha abandonado el aposento rojo con balcón, que es tan claro?

EL PRIMER CRIADO.— Pregúntalo al matemático. Dice que es aposento de mal agüero.

EL SEGUNDO CRIADO.— ¡Majaderías! Esto es burlarse de la gente. Una sala no es más que una sala. ¿Qué misterio ha de haber en un lugar cualquiera?

SENI. (Con gravedad.)— Hijo mío, nada es insignificante en el mundo. Lo primero y lo principal, en todos los negocios del orbe terrestre, es el lugar y la hora.

EL TERCER CRIADO.— Déjalo, Nathaniel. Nuestro mismo amo hace cuanto él quiere.

SENI. (Contando las sillas.)— ¡Once! ¡Número funesto! Po-

ned doce sillas. Doce signos tiene el Zodiaco, cinco y siete. Doce está compuesto de números sagrados.

SEGUNDO CRIADO.—¿Qué tenéis que censurar al once? Quisiera saberlo.

SENI.—Once son los pecados. Diez son los mandamientos.

SEGUNDO CRIADO.—¿Cómo? Y ¿por qué llamáis sagrado al número cinco?

SENI.—Cinco componen el alma humana. Como el alma humana es una mezcla de bueno y de malo, así el número cinco está formado del par y del impar.

PRIMER CRIADO.—¿Qué locura!

SEGUNDO CRIADO.—¡Vamos, déjalo! Óigolo con placer, porque sus palabras inducen á pensar en varias cosas.

TERCER CRIADO.—¡Fuera! ¡Ya llegan! Por aquí, por esta puerta de escape. (Vanse apresuradamente; Seni los sigue con calma.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN.—LA DUQUESA.

WALLENSTEIN.—Decidme ahora, Duquesa: ¿habéis estado en Viena, y habéis visto á la Reina de Hungría?

LA DUQUESA.—Y á la Emperatriz también. Se nos dispensó la honra de besar la mano á ambas majestades.

WALLENSTEIN.—¿Cómo piensan de la venida al campamento, en esta estación de invierno, de mi esposa y de mi hija?

LA DUQUESA.—Obedeciendo vuestras instrucciones, indiqué que teniais ciertos proyectos acerca de nuestra hija, y que deseabais presentarla á su futuro esposo antes de comenzar la campaña.

WALLENSTEIN.—Y ¿se presume quién pueda ser la persona, en quien ha recaído mi elección?

LA DUQUESA.—Tan solo se deseaba que no fuera ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Vuestra voluntad, según sabéis, ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN. (Después de un momento de silencio.)—Veamos ahora. Y ¿cómo os recibieron en la corte? (La Duquesa baja los ojos y se calla.) No me ocultéis nada... ¿Como os recibieron?

LA DUQUESA.—¡Oh, esposo mío!... No fué en todo como antes... Ha ocurrido una mudanza considerable.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿No os atendieron como la vez pasada?

LA DUQUESA.—No faltaron á las atenciones debidas. La acogida, que me hicieron, fué digna y llena de respeto... Pero, en vez de una familiaridad amistosa y confiada, sólo me mostraron una etiqueta formalista. ¡Ay de mí! Y hasta en la tierna afabilidad que se manifestaba, se descubría más lástima que favor. ¡No! La Princesa, esposa del Duque Alberto, la noble hija del Conde Harrach no... ¡no debía haber sido recibida de este modo!

WALLENSTEIN.—¿Se vitupera acaso mi reciente comportamiento?

LA DUQUESA.—¡Ojalá hubiera sido así!... Acostumbrada estoy largo tiempo hace á disculparos, á responder con dulzura, á apaciguar los ánimos irritados... No; nadie os censura... Parece que envuelve á todos un silencio tan abrumador como solemne. ¡Ay de mí! No se trata ahora de ninguna mala inteligencia ordinaria, de ninguna susceptibilidad pasajera... Algo, por desgracia irreparable, ha sucedido... La Reina de Hungría solía llamarme antes su amada prima, y abrazarme al despedirse.

WALLENSTEIN.—¿Y ahora no?

LA DUQUESA. (Enjugando sus lágrimas después de una pausa.) — Me abrazó sólo al despedirme; y cuando me dirigía hacia la puerta, se acercó á mí como si se acordara por casualidad de hacerlo, y me oprimió contra su pecho, movida más bien de tristeza que de cariño.

WALLENSTEIN. (Cogiéndole la mano.) — ¡Cobrad ánimo!... ¿Y Eggenber, y Lechtenstein, y los demás amigos?

LA DUQUESA. (Sacudiendo la cabeza.) — A ninguno vi.

WALLENSTEIN.—¿Y el Embajador, el Conde español, que antes hablaba tanto en mi favor?

LA DUQUESA.— Su lengua ha enmudecido por completo.

WALLENSTEIN.— Puesto que el sol no nos alumbra, ha de brillar en adelante nuestro propio fuego.

LA DUQUESA.—¿Y será cierto, por ventura; será cierto, querido Duque, que de lo mismo de que se habla en voz baja en la corte, se habla aquí á gritos?... lo que el Padre Lamormain indicó...

WALLENSTEIN. (Con precipitación.) — ¿Lamormain? ¿Qué dice?

LA DUQUESA.— Se dice que habéis abusado de los plenos poderes que os confirieron, y que no habéis hecho caso alguno de importantísimas órdenes imperiales. Los españoles, el orgulloso Duque de Baviera están furiosos... Os amenaza una tempestad, mucho más terrible que aquella otra que descargó sobre vos en Ratisbona. Se habla, dice... ¡ay de mí!... no me atrevo á...

WALLENSTEIN.— ¡Veamos!

LA DUQUESA.— De una segunda... (Se detiene.)

WALLENSTEIN.— Segunda...

LA DUQUESA.— Y más vergonzosa caída.

WALLENSTEIN.— ¿Eso se dice? (Paseándose agitado.) ¡Oh! Me obligan, me arrastran violentamente contra mi voluntad.

LA DUQUESA. (En ademán suplicante.) — ¡Oh! si es tiempo todavía, oh esposo mío; si es posible evitarla con sumisión y condescendencia... ceded... rechazad las sugerencias de vuestro orgulloso corazón, porque se trata de vuestro señor y Emperador. ¡Oh! No toleréis que la infame calumnia manche vuestros leales propósitos con sus alusiones envenenadas y odiosas. Con la fuerza victoriosa de la verdad confundid á los mentirosos y calumniadores. Pocos son nuestros amigos verdaderos, ¡bien lo sabéis! Nuestra rápida elevación ha concitado contra nosotros el odio de los hombres... ¿Qué somos si la gracia del Emperador nos abandona?

ESCENA III.

Los MISMOS. — LA CONDESA DE TERZKY, que trae á LA PRINCESA de la mano.

LA CONDESA. — ¿Cómo, hermana? ¿Ya tratando de negocios y, según observo, no gratos, antes de alegrarse con su hija? Los primeros instantes corresponden al placer. He aquí tu hija, Duque de Friedlaúdia. (Tecla se acerca á él vacilante, é intenta inclinarse sobre su mano, pero él la recibe en los brazos, y permanece algún tiempo contemplándola.)

WALLENSTEIN. — ¡Si! Risueñas son ahora mis esperanzas. Ella es ahora para mí prenda de mayor ventura.

LA DUQUESA. — Tierna niña era todavía cuando os separasteis de ella para organizar el grande ejército del Emperador. Después, cuando regresasteis de la campaña de Pomerania, estaba ya en el convento, en donde ha vivido hasta ahora.

WALLENSTEIN. — Mientras nosotros cuidábamos en los

campos de batalla de aumentar su grandeza, y de adquirir para ella la más alta dicha de la tierra, la próspera naturaleza ha trabajado en su favor en los tranquilos claustros del convento; y liberal con sus dones, la ha dotado de bienes celestiales, prodigándole la belleza para prepararla á un destino brillante y realizar mis deseos.

LA DUQUESA. (A la Princesa.) — ¿No habrías conocido á tu padre, hija mía? Apenas contabas ocho años cuando lo viste la última vez.

TECLA. — Sin embargo, mamá, según me parece en este instante, mi padre no ha envejecido... Su imagen, tal como yo la veía, está ahora presente á mis ojos sin la más leve alteración.

WALLENSTEIN. (A la Duquesa.) — ¡Linda niña! ¡Qué delicada y qué sensata en sus observaciones! ¡Mirad! Me encolerizaba contra mi suerte, por haberme rehusado un hijo, heredero de mi fortuna y de mi dicha, que, en orgullosa descendencia de principes, prolongase mi existencia, ¡ay de mí! demasiado breve. Pero yo era injusto con ella. Aquí, en estas sienes puras y juveniles quiero yo depositar mis bélicos laureles, y no los tendré por perdidos si los trueco algún día en regia diadema, para ceñir con sus lazos tan bella frente. (Estréchala entre sus brazos cuando entra Piccolomini.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — MAXIMILIANO PICCOLOMINI. — Poco después El CONDE TERZKY.

LA CONDESA. — Aquí viene el paladín que nos protegió.

WALLENSTEIN. — Te doy la bienvenida, Maximiliano. Siempre has sido tú para mí mensajero de alguna nueva plá-

cida; y, como lucero de buen agüero de la aurora, siempre me traes el sol de la vida.

MAXIMILIANO.—Mi General...

WALLENSTEIN.—Hasta ahora ha sido el Emperador quien te ha recompensado por mi mano; hoy es tu deudor un padre feliz, y el Duque de Friedlandia ha de pagar esta deuda.

MAXIMILIANO.—Mi Príncipe, os habéis apresurado á pagarla. Vengo lleno de vergüenza y aun de dolor, porque apenas acabo de llegar y entregaros á la madre y á su hija, cuando me enviáis de vuestra rica caballeriza un tren soberbio de caza para premiar mis servicios. Pero ¿se trata sólo de un trabajo, de un cargo obligatorio para mí? No; de un favor que acepté sin vacilar, y que agradezco con todo mi corazón... ¡No; nadie podría pensar que la comisión, que se me confiaba, sería mi más completa ventura! (Entra Terzky y entrega al Duque unas cartas, que éste abre con precipitación.)

LA CONDESA. (A Maximiliano.) — ¿Paga él vuestro trabajo? Os hace partícipe de su alegría. Bien está que penséis con tanta delicadeza; pero mi cuñado, por su parte, ha de mostrarse siempre magnánimo y como corresponde á su rango.

TECLA.—Yo hubiera debido también dudar de su amor, porque sus manos bondadosas me han adornado antes que me hablara su corazón paternal.

MAXIMILIANO. — Sí; su destino es dar siempre y hacer á todos felices. (Cogiendo la mano de la Duquesa, y con creciente entusiasmo.) ¿Qué no le debo yo?... ¿Cómo expresar tampoco lo que es y significa para mí este caro nombre de Friedlandia? Cautivo he de ser suyo, mientras viva... porque con él ha de madurar para mí todo bien y toda esperanza... El destino, como en mágica prisión, ha encadenado á este nombre mi suerte.

LA CONDESA. (Que ha observado al Duque, mientras tanto, y visto la impresión que le han hecho las cartas.) — Mi hermano quiere estar solo. Vámonos.

WALLENSTEIN. (Que se vuelve con prontitud, se repone y habla tranquilo á la Duquesa.) ¡Seáis de nuevo la bien venida á este campamento, oh Princesa! Sois la huésped de esta corte... Tú, Maximiliano, desempeña también ahora tu antiguo cargo, mientras yo ejerzo los de mi mando. (Maximilia no Piccolomini ofrece el brazo á la Duquesa, y la Condesa se lleva á la Princesa.)

TERZKY. (Hablando á Maximiliano.)—No dejéis de asistir á la junta.

ESCENA V.

WALLENSTEIN. TERZKY.

WALLENSTEIN. (Profundamente absorbido en sus pensamientos.) —Lo ha visto bien... Así es, y concuerda admirablemente con las demás noticias... Han tomado, pues, en Viena su última resolución, la de nombrarme un sucesor. Y es Fernando, el rey de Hungría, el hijo joven del Emperador, su salvador ahora, el nuevo astro que se levanta. Creen haber hecho ya bastante en mi favor, y hay quien nos herede como á un muerto. ¡No hay tiempo, pues, que perder! (Al volverse ve á Terzky, á quien da una carta.) El Conde Altringer se disculpa, y Gallas también... y esto no me agrada.

TERZKY.—Y mientras tú sigues vacilando, se van uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los pasos del Tirol, y he de enviarle uno, para que no deje salir á los españoles de

Milán... Ahora bien, Sesina, el antiguo confidente de nuestros asuntos, ha reaparecido de nuevo. ¿Qué nueva nos trae del Conde Thurn?

TERZKY.—El Conde te participa que ha visitado en Halberstadt al Canciller sueco, puesto que se había fijado esa ciudad para la entrevista; pero dice que está cansado, y que no quiere tratar contigo más.

WALLENSTEIN.—¿Cómo así?

TERZKY.—Que no eres formal en tus tratos; que intentas burlarte de los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y despacharlos al fin con una cantidad despreciable.

WALLENSTEIN.—¿Diantre! ¿Creerá acaso que hé de robar para él algún rico territorio alemán, y que nosotros, al fin, siendo los señores, no hemos de permanecer en nuestros propios dominios? ¡Fuera, fuera! No necesitamos tales vecinos.

TERZKY.—Y si se les concediera ese pedazo de tierra, ¿perderías quizá lo tuyo! ¿Qué te importa cuando, pague quien pague, tú ganas siempre en el juego?

WALLENSTEIN.—¡Fuera, fuera con ellos!... Tú no entiendes esto. No ha de decirse de mí que yo he desgarrado la Alemania, y vendídola al extranjero para conservar lo mío. El imperio ha de honrarme como á su protector; y mostrándome magnánimo como un príncipe, quiero tomar asiento dignamente entre los príncipes del Imperio. No se ha de creer que por mi causa eche raíces en este territorio ningún poder extranjero, y menos que otros esos godos, raza hambrienta, que contempla con ojos rapaces nuestra bienaventurada tierra alemana. Han de ayudarme en mis planes, y sin embargo, nada obtendrán por su parte.

TERZKY.—¿Pero intentas conducirte honrosamente con los sajones? Pierden ya la paciencia, porque siempre caminas por sendas torcidas... ¿Qué significan todos estos disfraces? ¡Habla!... Los amigos vacilan, y no saben qué

pensar de tus... Ni Oxenstiern, ni Arnheim, ni ninguno sabe cómo explicarse tus dilaciones. Al fin, yo paso por un farsante, porque todo se pone en mi conocimiento. Ni siquiera tengo cuatro letras de tu mano.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que á nadie entrego escrito alguno mío.

TERZKY.—Y ¿en qué se conoce tu formalidad, si las palabras no están de acuerdo con los hechos? Di tú mismo, desde que negocias con el enemigo, y haya sido cualquiera el resultado, se desprende otra consecuencia de tu conducta que la de haberte burlado de ellos.

WALLENSTEIN. (Después de una pausa, y mirándolo con insistencia.)—Y ¿de dónde sabes que yo no me haya propuesto otro fin que mofarme de ellos? ¿que no haya querido burlarme de todos vosotros? ¿Tan bien me conoces acaso? No tengo noticia de haberte revelado nunca cuál fuese mi pensamiento... El Emperador, es verdad, no me ha tratado bien... Si yo quisiera, podría hacerle mucho daño. Me alegra la idea de mi poder; y si deseara apelar á él, creo que ni tú ni ningún otro adivinará cuál sea mi propósito.

TERZKY.—¿De modo que no has hecho hasta ahora otra cosa que jugar con todos nosotros?

ESCENA VI.

LOS MISMOS, é ILLO.

WALLENSTEIN.—¿Cómo va eso? ¿Están ya preparados?

ILLO.—Los encontrarás dispuestos á complacerte. Conocen las pretensiones del Emperador y la ira los ahoga.

WALLENSTEIN.—¿Qué me dices de Isolani?

ILLO.—Tuyo es en cuerpo y alma, desde que te hiciste cargo de sus deudas.

WALLENSTEIN.—¿Y Colalto? ¿Tienes confianza en Deedati y Tiefenbach?

ILLO.—Lo que Piccolomini haga, harán ellos también.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú, pues, que puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Nunca me abandonarán.

TERZKY.—Quisiera yo, sin embargo, que no te fiasés mucho de ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—Enséñame tú á conocer los míos. Diez y seis veces he estado con el más viejo en campaña... y... además, he hecho sacar su horóscopo... Hemos nacido bajo el mismo signo... y en fin... (Misteriosamente.) Su suerte está unida á la mía. Si tú puedes decirme lo mismo de los otros...

ILLO.—Todos están unánimes en que no cedas el mando. Según he oído, han acordado enviarte una comisión.

WALLENSTEIN.—Si yo he de obligarme con ellos, es menester que ellos se obliguen conmigo.

ILLO.—Es natural.

WALLENSTEIN.—¿Me prometerán, bajo juramento y por escrito, obedecerme en todo sin condiciones?

ILLO.—¿Por qué no?

TERZKY.—¿Sin condiciones? El servicio del Emperador, los deberes para con la patria se sobrepondrán siempre á todo.

WALLENSTEIN (Sacudiendo la cabeza.) Ha de ser sin restricciones. Ha de ser sin reserva alguna.

ILLO.—Una idea se me ocurre... ¿No nos da un banquete esta noche el Conde Terzky?

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO. (A Wallenstein.)—Dime, ¿me das tus plenos poderes? Yo haré que los generales se obliguen como tú desear.

WALLENSTEIN.—Que se obliguen por escrito. El cómo queda á tu elección.

ILLO.—¿Y si te traigo, autorizado con su firma, el pacto de todos los jefes de seguirte ciegamente?... ¿Querrás al fin entonces decidirte, y asegurar la fortuna con resolución?

WALLENSTEIN.—Tráeme su promesa escrita.

ILLO.—¡Reflexiona en lo que haces! Tú no puedes acceder al deseo del Emperador... ni consentir que esos regimientos se junten con los españoles... único medio de que el poder se escape para siempre de tus manos. Tampoco puedes burlarte del Emperador y de sus órdenes formales, ni buscar evasivas y contempORIZACIONES, rompiendo abiertamente con la corte. ¡Decidete, pues! ¿Quieres anticiparte osado á los sucesos? ¿Quieres, vacilando, exponerte al mayor riesgo?

WALLENSTEIN.—No es tan fácil apelar al último extremo.

ILLO.—¡Oh! Aprovechate de la ocasión antes que se escape. El instante crítico y decisivo de la vida pocas veces se presenta. Cuando es preciso tomar una determinación, muchas circunstancias favorables se reúnen... y los hilos de la dicha se muestran después aislados y dispersos, así como las ocasiones, que sólo se conciertan en un punto imperceptible de la vida, formando rarísimo núcleo. Mira cuán perentorio y solemne es el momento presente... Los generales del ejército, los más distinguidos, junto á tí, su real Generalísimo, esperan una señal tuya... ¡Oh! ¡No consientas que se separen unos de otros! ¡Nunca jamás, en todo el curso de la guerra, los tendrás tan unánimes! Las más fuertes oleadas son las que arrastran desde la orilla al pesado bajel... y el ánimo acrece en particular á cada uno cuando la corriente de la muchedumbre se lo lleva. Tuyos son ahora, tuyos son aún. La guerra los dispersará pronto en las más opuestas direcciones. El espíritu, que anima á

la generalidad, se desvanece al soplo de las preocupaciones y de los intereses privados. Quien hoy, impulsado por irresistible fuerza, se olvida de sí mismo, al verse solitario, será más prudente, sentirá mejor su impotencia, y pronto volverá á la calle ancha y trillada del deber común, para buscar á su abrigo su salvación.

WALLENSTEIN.—Todavía no ha sonado la hora.

TERZKY.—Así dices siempre. ¿Cuándo llegará esa hora?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡Oh! Mientras esperas la hora de las estrellas, pasa la de la tierra. Créeme, en tu pecho giran los astros de tu dicha. Fiáte de tí mismo; la resolución es tu astro benéfico. El maléfico, el único que te perjudica, es la duda.

WALLENSTEIN —Tú hablas á tu manera. ¡Cuántas veces no te lo he dicho!—A la hora de tu nacimiento, Júpiter, el planeta lleno de luz, estaba en su ocaso, y no te es dado penetrar ciertos misterios. Sólo á la tierra puedes tu mirar ciego, sólo su oscuridad, sólo lo subterráneo, y así son los colores y la apariencia pálida de la vida que columbras. Tú puedes ver lo terrestre y lo más común, y enlazar entre sí las cosas próximas con más ó menos discreción; y, en cuanto se refiere á ellas, te creo, y me inspiras confianza. Pero lo más importante, lo misterioso, se mueve y se desarrolla en lo más profundo de la naturaleza. La serie de los espíritus, que desde el polvo de este mundo ascienden en mil formas hasta los astros, esa serie en torno de la cual giran subiendo y bajando los poderes celestiales, derramando su influencia... los círculos encerrados en los círculos, que dan vueltas más ó menos cerca del sol central... sólo los ven los ojos, sólo los ven los claros ojos de los hijos de Júpiter, de los tranquilos hijos de la luz. (Después de pasearse por la escena, se detiene y prosigue.) Los astros del cielo no dan sólo nacimiento al día y á la

noche, á la primavera y al estío... ni indican sólo al labrador la época de la siembra y de la recolección. También los actos humanos son una semilla de los sucesos, esparcida en el terreno oscuro de lo porvenir, entregada, llena de esperanzas, al poder del azar. Necesario es, por tanto, conocer cuándo llega el período de la sementera, y la hora crítica señalada por los astros, inquirirla en los signos del Zodiaco, para que el enemigo de su prosperidad y desarrollo no se oculte en sus rincones. Dejadme, pues, el tiempo. Vosotros haced lo que os corresponde. Aun no puedo decir ahora lo que intento; pero no cederé. No; yo no. Tampoco llegarán hasta el extremo de depen-
nerme,.. Tened, por tanto, confianza...

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—Los señores generales.

WALLENSTEIN.—Que entren.

TERZKY.—¿Quieres que todos pasen?

WALLENSTEIN.—No es indispensable. Los dos Piccolomini, Maradas, Butler, Forgatsch, Deodato, Caraffa é Isolani pueden entrar. (Sale Terzky con el ayuda de cámara.)

WALLENSTEIN. (A Illo.)—¿Has hecho espíar á Quenstenberg? ¿No ha hablado con ninguno en secreto?

ILLO.—Lo he observado sin descanso. No ha hablado mas que con Octavio.

ESCENA VII.

Los mismos.—**QUESTENBERG**, los dos **PICCOLOMINI**, **BUTLER**, **ISOLANI**, **MARADAS**, y otros tres generales que entran. A una señal de Wallenstein, Questenberg toma asiento enfrente de él, y los otros después, según su categoría. Por un instante reina profundo silencio.

WALLENSTEIN.—A la verdad, he oído ya el objeto de vuestra misión, oh Questenberg, y he meditado acerca de ella. Mi resolución está tomada, y no pienso mudarla. Conviene, sin embargo, que los generales escuchen de vuestros labios cuál es la voluntad del Emperador. Dignaos, por consiguiente, exponerla ante estos nobles jefes.

QUESTENBERG.—Pronto estoy; pero os suplico que tengáis en cuenta que no es mi osadía la que habla, sino el poder soberano y la dignidad imperial.

WALLENSTEIN.—Suprimid el exordio.

QUESTENBERG.—Cuando S. M. el Emperador nombró generalísimo de su valeroso ejército al Duque de Friedlandia, coronado de gloria y peritísimo en el arte de la guerra, lo hizo en la deseada seguridad de que la fortuna de las armas se trocara rápida y favorablemente. Todo ocurrió al principio conforme á sus deseos, porque Bohemia se vió libre de sajones, sin miedo ya á las victorias de los suecos... y estos países respiraron con holgura, cuando el Duque obligó á las tropas enemigas, dispersas en toda la Alemania, á reunirse en un solo punto, y al Ringrave, Bernardo Barner, Oxenstiern y hasta al mismo Rey, nunca vencido, á decidir la contienda en la terrible y sangrienta batalla de Nuremberg.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os parece.

QUESTENBERG.—El nuevo Generalísimo infundió en todo nuevo espíritu. No ya la ira ciega peleaba con otra ira aun más ciega, porque en lid, no confusa, se observó que la firmeza se oponía á la osadía, y que la prudencia causaba á la bravura. En vano se le provocaba á la pelea; él se fortificaba más y más en sus posiciones, como si hubiese de permanecer en ellas perpetuamente. Al fin, desesperado el Rey, quiso dar el asalto, y arrastró á sus huestes á la batalla, diezmadas por el hambre y por la peste, y muriendo lentamente en un campamento lleno de cadáveres. Rompiendo por las trincheras, detrás de las cuales millares de cañones vomitan la muerte, intenta el Invencible abrirse paso á la fuerza. Entonces hubo un ataque y una defensa como jamás vieron los hombres. Al cabo, el Rey se llevó sus tropas destrozadas del teatro de la lucha, sin haber ganado un palmo de terreno, después de sacrificar tantas víctimas.

WALLENSTEIN.—Omitid, si os place, esas narraciones de gaceta, puesto que nosotros asistimos horrorizados á los hechos que contáis.

QUESTENBERG.—El objeto de mi misión, el motivo en que se funda, es la censura, pero mi corazón se regocija dilatándose en larga alabanza. En el campamento de Nuremberg dejó el Monarca sueco su gloria, y su vida en las llanuras de Lützen. Pero ¿quién no sorprende que el Duque de Friedlandia, después de jornada tan famosa, huyese como vencido hacia Bohemia, desapareciendo del teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar penetraba sin resistencia en la Franconia, abriéndose paso hasta el Danubio, y presentándose de improviso en Ratisbona con grande horror de todos los buenos católicos? Entonces el benemérito Príncipe de Baviera, en el más amargo trance, pide pronta ayuda, y envía el Emperador

al Duque siete correos á caballo, rogándole que lo socorra, cuando podía ordenárselo como su soberano; ¡siempre inútilmente! El Duque, en tan supremo instante, obedece tan solo á su rencor y antiguo odio, y sacrifica el bien común al placer de vengarse de un inveterado enemigo. ¡Y por esta causa sucumbe Ratisbona!

WALLENSTEIN.—¿De qué tiempo se habla, Maximiliano? Yo no me acuerdo de esto.

MAXIMILIANO.—Alude á la época en que estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ya, ya sé! Y ¿qué nos proponíamos hacer allí?

MAXIMILIANO.—Expulsar á sajones y suecos.

WALLENSTEIN.—¡Es verdad! Olvidaba toda la guerra al escuchar esa relación. (A Questenberg.) Podéis continuar.

QUESTENBERG.—Quizás se hubiese podido obtener á orillas del Oder lo que tan vergonzosamente se había perdido en las del Danubio. Esperábanse maravillas por esta parte, puesto que mandaba allí en persona el Duque de Friedlandia, el único rival de Gustavo... habiendo de pelear con un Thurn y con un Arnheim. Y, en efecto, acercáronse uno á otro pero como amigos, como huéspedes. La Alemania entera suspiraba bajo el peso de la guerra, pero la paz reinaba en el campamento del Duque.

WALLENSTEIN.—Algunas batallas sangrientas no han tenido otro objeto, que adornar con los laureles de la victoria á un general joven. La ventaja que tiene á su favor un capitán veterano, es la de no estar obligado á pelear para probar al mundo que sabe el arte de vencer á su enemigo. De poco me servía emplear mi buena fortuna contra un Arnheim. Mi moderación era mucho más útil á Alemania, si hubiese logrado, como deseaba, romper la perjudicial alianza de sajones y suecos.

QUESTENBERG.—Pero no lo conseguisteis, y de aquí que

comenzara de nuevo la encarnizada pelea. Entonces justificó otra vez el Príncipe su antiguo renombre. El ejército sueco hubo de deponer las armas en Steinau, vencido sin batallar... Y entonces, entre otros, la justicia de Dios nos entregó al antiguo promovedor de esta contienda, á la antorcha maldita del cielo de esta guerra, á Matías Thurn, para que sufriera el castigo merecido... Pero cayó en manos generosas, recibió premio en vez de pena, y el Príncipe despidió, cargado de dones, al enemigo mortal de su Emperador.

WALLENSTEIN. (Sonriéndose.)—Sé, sé... que en Viena se habían alquilado ventanas y balcones para verle pasar en la carreta de los condenados á muerte... Podría haber perdido vergonzosamente la batalla, pero no se me perdona en Viena el haberla privado de este espectáculo.

QUESTENBERG.—Libre estaba la Silesia, y todo llamaba al Duque á la oprimida Baviera. Púsose, en efecto, en marcha... y con el mayor sosiego atravesó la Bohemia por el camino más largo. Sin embargo, antes de haber encontrado al enemigo, se vuelve rápidamente, toma sus cuarteles de invierno, y agobia con el ejército del Emperador el territorio imperial.

WALLENSTEIN.—Encontrábase el ejército en la situación más deplorable, víctima de todas las necesidades y de todos los males... y el invierno se acercaba. ¿Qué idea se ha formado el Emperador de sus tropas? ¿No somos hombres nosotros? ¿No sentimos el frío y la humedad, y estamos sujetos, como mortales, á todas las flaquezas humanas? ¡Triste suerte la del soldado! Si se acerca, se huye de él; si se retira, se le maldice. Ha de tomarlo todo por sí; nada se le da, y obligado cada día á agenciarse lo que necesita, sólo sirve de espantajo. Pero aquí están mis generales Caraffa, Conde Deodati, Butler, decidle cuántas pagas se adeudan á las tropas.

BUTLER.—Hace un año que no nos pagan.

WALLENSTEIN.—Es preciso dar su sueldo al soldado, porque así lo dice su nombre.

QUESTENBERG.—Muy distinto es esto de lo que el Príncipe decía hace ocho ó nueve años.

WALLENSTEIN.—Sí, mía es la culpa, lo sé bien, porque he enseñado malas costumbres al Emperador. ¡Indudablemente! Nueve años hace, cuando la guerra con los daneses, que organicé para el servicio de S. M. un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres, que no le costaban nada de su tesoro... La furia de la guerra se desencadenó en el círculo de Sajonia, y llevó hasta las márgenes del Belt el nombre del Emperador. ¡Pero aquel tiempo era otro! En todos los estados del Imperio, ningún nombre tan honrado y celebrado como el mío, y Alberto Wallenstein era la tercera joya de la corona imperial. Pero en la Dieta de los Príncipes, en Ratisbona, todo esto desapareció. Entonces se hizo público y notorio de qué bolsa había yo sacado el dinero. Y ¿cuál fué mi recompensa, cuando yo, fiel servidor de los Príncipes, cargué sobre mí con la maldición de los pueblos... y los Príncipes hubieron de pagar esta guerra, que sólo había engrandecido al Emperador? ¿Cuál? Yo fui sacrificado á sus quejas... y al fin depuesto.

QUESTENBERG.—Vucencia sabe perfectamente cuánta libertad hubo de faltarle en esa Dieta desdichada.

WALLENSTEIN.—¡Muerte y condenación! Yo disponía de medios suficientes para darle esa libertad... No, señor; desde que tan mal me fué por haber servido al trono á costa del Imperio, he cambiado de opinión en cuanto al último. Indudablemente me ha dado el Emperador este bastón de mando. Lo llevo como general del Imperio en beneficio de todos, para procurar el bien común, no ya para la ventaja de uno solo. Al grano, pues. ¿Qué es lo que se pretende de mí?

QUESTENBERG.—Le primero que desea S. M., es que el ejército deje á Bohemia sin tardanza.

WALLENSTEIN.—¿En la presente estación del año? Y ¿á dónde se quiere que vayamos?

QUESTENBERG.—En busca del enemigo. S. M. desea también que, antes de Pascuas, Ratisbona se vea libre de sus invasores, para que en su catedral no prediquen los luteranos; que los murmullos de la herejía no manchen el lustre de fiesta tan solemne.

WALLENSTEIN.—¿Es esto posible, generales?

ILLO.—¡Imposible!

BUTLER.—No puede ser.

QUESTENBERG.—El Emperador ha dado orden al coronel Suiz de marchar hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—Y ¿qué ha hecho Suiz?

QUESTENBERG.—Su deber, marchar.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? Y ¿yo, su jefe, le ordené expresamente no moverse de las posiciones que ocupaba? ¿No depende de mí? ¿Tal es la obediencia que se me debe, y sin la cual no hay que pensar en la guerra? ¿Sed vosotros jueces, mis generales! ¿Qué pena merece el oficial que, faltando á su juramento, quebranta las órdenes de sus superiores?

ILLO.—¡La muerte!

WALLENSTEIN. (Levantando la voz, al observar que los demás callan pensativos.)—¿Qué merece, conde Piccolomini?

MAXIMILIANO. (Después de una larga pausa.)—Con arreglo á la letra de la Ordenanza, la muerte.

ISOLANI.—¡La muerte!

BUTLER.—La muerte, según el derecho militar.

(Questenberg se levanta, luégo Wallenstein, y después todos los demás.)

WALLENSTEIN.—¡La ley lo condena, pues, no yo! Y si yo le perdono, es por la consideración debida á mi Emperador.

QUESTENBERG.—Siendo así, nada más tengo que decir.

WALLENSTEIN.—Yo acepté el mando sólo con ciertas condiciones. La primera, que nadie, ni aun el mismo Emperador, podría mandar en el ejército con perjuicio mío. Si yo aventuré en este cargo mi honor y mi cabeza, yo debo ser dueño de mis acciones. ¿Cuál es la causa de que ese Gustavo haya sido irresistible y siempre victorioso? El ser rey en su ejército. Un rey, por tanto, un rey, que lo es efectivamente, sólo por otro rey, igual suyo, puede ser vencido... Sin embargo, al asunto. Lo mejor falta todavía.

QUESTENBERG.—El cardenal Infante saldrá en la primavera de Milán, y con un ejército español atravesará la Alemania hacia los Países-Bajos. Y, para que camine seguro, quiere S. M. que le acompañen ocho regimientos de caballería de estas tropas.

WALLENSTEIN.—Pienso, pienso .. Ocho regimientos... ¡Bien, bien discurrido, Padre Lamormain! Si esta idea no revelase la peor intención, se inclinaría cualquiera á creer que había de calificarse de estúpida. ¡Ocho mil caballos! Sí, sí! está bien; ya lo veo venir.

QUESTENBERG.—Ningún misterio hay en eso escondido. Lo aconseja la prudencia, la necesidad lo exige.

WALLENSTEIN.—¿Cómo, señor enviado? ¿No he de comprender que están ya hartos de ver en mis manos el poder y su afilada cuchilla, que se aprovecha con ánsia este pretexto, y se utiliza el nombre español para disminuir mis tropas, y para introducir en el Imperio otros elementos de fuerza que no me obedecen? Soy todavía demasiado poderoso para que se prescindiera de mí por completo. Mi contrato reza que han de estar bajo mis órdenes todos los ejércitos imperiales, en todo el territorio en que se hable el alemán. Nada expresa relativo á tropas españolas é infantes, que han de viajar por él como huéspedes... Así, en silencio, y olvidando tales compromisos, se me debilita

poco á poco, después se me reduce á la impotencia, hasta formarme un proceso más breve... ¿Para qué tantos rodeos, señor Ministro? Lo mejor es el camino derecho. Fatiga ya al Emperador el pacto celebrado conmigo. Le agradecería que yo lo quebrantase. Quiero, pues, complacerlo; era negocio resuelto antes que vinieseis. (Nótase un movimiento entre los generales, que va siempre creciendo.) Lo siento por mis jefes. No sé cómo se reintegrarán de los gastos ya hechos, ni cómo obtendrán su merecida recompensa. Un nuevo generalísimo trae hombres también nuevos, y los servicios antiguos envejecen pronto. Hay en el ejército muchos extranjeros, porque yo no pregunto su genealogía al valiente y al experto. Tampoco le pregunto cuál es su catecismo. ¡No será así en adelante! Pero... esto no me importa. (Se sienta.)

MAXIMILIANO.—¡Librenos Dios de llegar á ese extremo!.. El ejército entero, al saberlo, se levantará lleno de ira... Se abusa del emperador, pero eso es imposible.

ISOLANI.—No puede ser, porque todo se vendría abajo hecho pedazos.

WALLENSTEIN.—Así será, fiel Isolani. El edificio construido por nosotros con tanto cuidado, se convertirá en un montón de ruinas. Sin embargo, no faltará otro general ni otro ejército en favor del Emperador, cuando el tambor suene.

MAXIMILIANO. (Preocupado, yendo apasionadamente de uno á otro, é intentando aplacarlos.) ¡Escuchadme, mi general! ¡Oídme, capitanes! Aplacaos por Dios, digno Príncipe! No resolved nada hasta que celebremos un consejo, y expongamos todos nuestra opinión... Venid, amigos míos. Espero que todavía es tiempo de arreglar esto.

TERZKY.—¡Venid, venid! En la antesala encontraremos á los demás. (Vanse.)

BUTLER. (A Questenberg.)—Si aceptáis un buen consejo,

evitad mostraros en público en estos instantes, porque vuestra llave de oro no os salvaría de algún tropiezo.

(Óyese fuera bullicio.)

WALLENSTEIN.—El consejo es bueno... Octavio, tú te encargas de la seguridad de nuestro huésped. Adiós, señor de Questenberg... (Este intenta hablar.) Nada, nada de tan odioso asunto. Habéis cumplido vuestro deber. Sé distinguir al hombre de su cargo.

(Cuando Questenberg intenta salir con Octavio, entran Gots. Tiefenbach y Colalto, seguidos de otros comandantes.)

GÖTZ.—¿En dónde está el que á nuestro General...

TIEFENBACH. (Al mismo tiempo.) Lo que hemos de sufrir nosotros, tú antes...

COLALTO.—¡Viviremos con él y con él moriremos!

WALLENSTEIN. (Señalando á Illo con respeto.)—El Feldmarsiscal conoce perfectamente cuál es mi voluntad.

ACTO III.

Un aposento.

ESCENA PRIMERA.

ILLO Y TERZKY.

TERZKY.—¡Vamos! Decidme: ¿qué pensáis hacer con los capitanes en el banquete de esta noche?

ILLO.—¡Atended bien á lo que os digo! Escribimos una obligación, en virtud de la cual prometemos todos al Duque ser suyos en cuerpo y alma, y derramar por él hasta la última gota de sangre, sin perjuicio del juramento de fidelidad que debemos al Emperador. Observad que esto último ha de consignarse en una cláusula separada, para satisfacción de la conciencia. El escrito así redactado se les presenta antes de celebrar el banquete, para que ninguno se oponga... Pero después, cuando los vapores del vino hayan oscurecido la inteligencia y adormido los ojos, se les ofrece, para que la suscriban, otro papel sin la cláusula indicada.

TERZKY.—¿Cómo? ¿Y pensáis que han de creerse obligados por un juramento, habiendo sido astutamente engañados?

ILLO.—Siempre los tendremos presos en el lazo... Que clamen cuanto quieran contra esta superchería. En la

corte harán sus firmas más fe que sus más fervientes protestas. Si aparecen como traidores, habrán de serlo en realidad, y harán de necesidad virtud.

TERZKY.—En fin, bueno es cualquier medio, si el resultado es lisonjero y al fin salimos de dudas.

ILLO.—Y al cabo... no tanto nos importa lo que hagan los generales, cuanto convencer á quien nos manda de que son suyos... obrará entonces con decisión, como si lo fueran, y lo serán y los arrastrará consigo.

TERZKY.—Hay ocasiones en que no puedo entenderlo. Da oídos al enemigo; me obliga á escribir á Thurn, y á Arnheim; habla de Sesina con la mayor libertad; me entretiene horas enteras con sus planes, y ya lo tengo por mío... cuando se me escapa de repente, y parece que su único objeto es quedarse con los brazos cruzados.

ILLO.—¿Renunciar á sus planes? Os digo que durmiendo y despierto no piensa en otra cosa; que por esto consulta á los planetas cada día...

TERZKY.—¡Ciertamente! ¿Y sabéis que la noche próxima se ha de encerrar con el doctor en el Observatorio, y consultará con él los astros? Esa noche, según he oído, será muy importante, y en el cielo ha de suceder algo extraño, y largo tiempo esperado.

ILLO.—¡Ojalá aconteciera lo mismo aquí abajo! Los generales están ahora excitados en su favor, y serán capaces de todo por no perder su jefe. Notad que se nos viene á la mano la ocasión más favorable para formar una estrecha alianza contra la corte. El pretexto no puede ser más sencillo: que lo dejen simplemente en su puesto. Pero sabéis bien que, una vez en la pendiente, pronto se pierde de vista el punto de partida. Pienso que, si el Príncipe los encuentra predispuestos, prontos á probar fortuna, no desaprovechará la coyuntura. Dado el primer paso importante, que jamás le perdonarán en Viena, la fuerza misma de

los sucesos lo arrastrará más y más lejos. Lo que más trabajo le cuesta es resolverse; pero cuando la necesidad lo aprieta, recobra en seguida su energía y su claro entendimiento.

TERZKY.— Esto es también lo que aguarda el enemigo para traernos un ejército.

ILLO.— ¡Venid! Menester es que adelantemos más mañana en nuestra obra, que lo hemos hecho años enteros... Y si todo prospera aquí en la tierra, ¡no tengáis cuidado! que nos favorecerán también los astros. ¡Veamos á los jefes! Hay que machacar el hierro cuando arde.

TERZKY.— ¡Id vos, Illo! Yo espero aquí á la Condesa Terzky. Tened en cuenta que, por mi parte, no permaneceré ocioso... Si una cuerda se rompe, otra hay siempre preparada.

ILLO.— Sí, vuestra esposa se sonreía con misterio. ¿De qué se trata?

TERZKY.— ¡Es un secreto! ¡Silencio, que ya llega!
(Vase Illo.)

ESCENA II.

EL CONDE, y LA CONDESA TERZKY, que sale de un gabinete; después **UN CRIADO,** y luégo **ILLO.**

TERZKY.— ¿Viene ella? No puedo detenerlo más tiempo.

LA CONDESA.— Viene en seguida. Despachadlo tan sólo.

TERZKY.— No sé, á la verdad, si nos lo agradecerá nuestro General. Ya sabes que, sobre este punto, nada ha dicho. Tú me has convencido, y debes saber hasta dónde ha de llegarse.

LA CONDESA.— Eso queda á mi cargo. (Aparte.) No hay

necesidad de plenos poderes para esto... (Alto.) Sin hablar, oh hermano, nos entendemos... ¿No sé yo acaso por qué ha sido traída aquí su hija, y por qué fué él el elegido para escoltarla? Ese casamiento con un novio á quien nadie conoce podrá engañar á otros... Comprendo tu propósito... No está bien, sin embargo, que tú intervengas en tales asuntos. ¡No, no! A mi discreción queda eso encomendado... ¡Bueno!... Ya verás cómo no te has engañado al juzgar á tu hermana.

EL CRIADO. (Que entra.) — ¡Los generales! (Vase.)

TERZKY. (A la Condesa.) — Cuida tú sólo de excitarlo, de darle en qué pensar... Si viene al banquete, que no vacile en firmar.

LA CONDESA. — ¡Tú, á tus convidados! Véte y envíamelo.

TERZKY. — Lo más importante es que firme.

LA CONDESA. — ¡Véte con tus convidados, véte!

ILLO. (Volviendo.) — ¿Qué os detiene, Terzky? Todos están allí esperándoos.

TERZKY. — ¡En seguida, en seguida voy! (A la Condesa.) Y que no se quede aquí mucho tiempo... Quizás su padre sospechará algo...

LA CONDESA. — ¡Cuidado inútil! (Vanse Terzky é Illo.)

ESCENA III.

LA CONDESA TERZKY, MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Mirando con timidez.) — ¡Tía Terzky! Podré... (Entra hasta el centro de la escena, y mira á su alrededor con inquietud.) No está aquí. ¿En dónde está?

LA CONDESA. — Mirad hácia aquel ángulo; quizás esté escondida detrás de aquel abrigo.

MAXIMILIANO.—Sus guantes están aquí. (Quiere cogerlos apresuradamente, pero la Condesa se los quita.) ¡Tía maligna! Me váis á negar... No tenéis otro placer que atormentarme.

LA CONDESA.—¡Qué agradecimiento á mi trabajo!

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¡Haceos cargo del estado de mi ánimo... Desde que llegamos aquí... ¡Guardar tanta reserva en miradas y palabras! No estoy acostumbrado á esto.

LA CONDESA.—A algunas otras cosas habréis de acostumbraros, excelente amigo. Ha de insistir en esta prueba de vuestra docilidad; solamente con esta condición puedo yo intervenir en tal asunto.

MAXIMILIANO.—Pero ¿en dónde está? ¿Por qué no viene?

LA CONDESA.—Preciso es que encomendéis este asunto á mi cuidado. ¿Quién será más benévolo con vos? Ningún hombre, ni aun vuestro padre, ha de saberlo.

MAXIMILIANO.—No hay necesidad alguna de hacerme este encargo. No hay aquí un sólo rostro, al cual me atreva yo á confiar lo que pasa en mi alma exaltada... ¡Oh, tía Terzky! ¿Es que aquí ha variado todo, ó que yo no soy ya quien era? Parece que estoy entre personas extrañas. No encuentro ni el más leve vestigio de mis deseos y alegrías anteriores. ¿Adónde fueron, pues? Y, sin embargo, en otro tiempo estaba yo gozoso en este mundo, que ahora me rodea. ¡Qué insípido me parece, qué vulgar! No puedo sufrir á mis compañeros. A mi mismo padre no sé qué decir. El servicio, las armas son para mí un juego vano. Así habla de suceder á un alma bienaventurada, que desde las mansiones de la eterna alegría tornase á sus recreos y ocupaciones infantiles, á sus inclinaciones y amistades, y á toda esta humanidad miserable.

LA CONDESA.—He de rogaros, no obstante, que os dignéis echar algunas miradas á este mundo vulgar, en donde ocurre ahora algo grave.

MAXIMILIANO.—Algo nuevo ocurre aquí á mi alrededor, y

lo indica la actividad insólita que reina. Cuando todo haya concluído, llegará también á mí. ¿En dónde creeréis que he estado, tía? ¡No os burléis, por Dios! Angustiábame el bullicio del campamento, la oleada de fastidiosos conocidos, las bromas sin sustancia, la frívola charla. Sentíame oprimido, y me alejé buscando el silencio para este corazón demasiado lleno, y un lugar más puro para mi dicha. ¡No os riáis, Condesa! Fui á la iglesia. Hay aquí un convento, y al llegar á las puertas del santuario, me ví solo. Delante del altar hay una Virgen, cuadro nada bueno, en verdad, aunque caro á mi corazón, porque era lo que buscaba en este instante. ¡Cuán frecuentemente he observado á la Virgen en todo su esplendor, y el celo de sus adoradores!... Y nunca me sentí conmovido, y ahora comprendí por vez primera la devoción, como había comprendido el amor.

LA CONDESA.—Gozad de vuestra dicha, y olvidaos del mundo que os rodea. La amistad, vigilante mientras tanto, cuidará y obrará por vos.

MAXIMILIANO.—Pero, ¿en dónde está ella? ¡Oh viaje feliz, edad de oro, durante la cual nos reunía la salida del sol, y sólo la fría noche nos separaba! El reloj de arena no marcaba el tiempo, ni sonaba la campana. Parecía que las horas habían suspendido su curso en loor de este bienaventurado. ¡Oh! Como caído del cielo es quien ha de pensar en la carrera del tiempo. No hay horas para los seres felices.

LA CONDESA.—¿Cuánto hace ya que le manifestasteis vuestros sentimientos?

MAXIMILIANO.—Hoy por la mañana le dije la primera palabra.

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Hoy, después de veinte días?

MAXIMILIANO.—Sí, en ese castillo de caza, entre Nepomuce y donde estamos, y en cuyo paraje nos encontrasteis... la última estación de nuestro viaje. Estábamos ambos en una ventana, mirando á lo lejos los campos desiertos, y ca-

balgando ante nosotros los dragones que había enviado el Duque para escoltarnos. La idea de nuestra separación llenaba mi pecho de inquietud y de angustia, hasta que temblando, aventuré yo al fin estas palabras: «Todo esto me dice, señorita, que desde hoy, debo renunciar á mi dicha. Dentro de pocas horas veréis á vuestro padre, y os rodearan nuevos amigos... Yo seré entonces un extraño, perdido en esta multitud de gente...—Hablad con mi tía Terzky,» contestóme ella con voz vacilante, mientras el rubor teñía sus mejillas, y sus ojos, separándose lentamente de la tierra, tropezaron con los míos... No pude dominarme más... mis brazos la rodearon atrevidos, y mi boca oprimió la suya... Sonó entonces ruido en la habitación inmediata, y nos apartamos uno de otro... Erais vos, y ya sabéis lo demás.

LA CONDESA. (Después de una pausa, mirando á Tecla á hurtadillas.)—¿Y sois tan discreto ó sentís tan escasa curiosidad, que nada me preguntáis de mi secreto?

MAXIMILIANO.—¿Vuestro secreto?

LA CONDESA.—¡Sí, de mi secreto! Cuando yo entré en la habitación buscándoos, y hallé en ella á mi sobrina, en ese primer momento de sorpresa de su corazón...

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—¿Qué?

ESCENA IV.

Los mismos.—TECLA, que entra prontamente.

TECLA.—¡Ahorráos ese trabajo, tía! Mejor será que lo oiga de mis labios.

MAXIMILIANO. (Retrocediendo.)—¡Señorita!... ¿Qué me habéis hecho decir, tía Terzky?

TECLA. (A la Condesa.)—¿Hace mucho que viao aquí?

LA CONDESA.—Sí, y el tiempo ha pasado para él con rapidez. ¿En dónde habéis estado mientras tanto?

TECLA.—Mi madre había vuelto á llorar. Veo que sufre... y, sin embargo, no puedo evitar que ye sea feliz.

MAXIMILIANO. (Mirándola apasionado.)—Otra vez tengo valor para contemplaros. Antes no podía. El brillo de las piedras preciosas que os adornaban ocultaban á mi amada.

TECLA.—Mirábanme, pues, vuestros ojos, no vuestro corazón.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Esta mañana, cuando os veía rodeada de los vuestros, y os encontraba en los brazos de vuestro padre, considerándome como un extraño en esta reunión, ¡cuán grande no era mi deseo de arrojarme á su cuello y de llamarle padre! Pero su mirada grave imponía silencio á mis sentimientos sobrexcitados, y me asustaban los diamantes, que os rodeaban como una corona de estrellas. ¿Por qué, pues, al recibiros vuestro padre, trazaba á vuestro rededor un círculo infranqueable, adornándoos como á un ángel destinado al sacrificio, envolviendo vuestro sensible corazón en la triste carga de vuestro rango? El amor se atreve á conquistar el amor, pero sólo un rey osaría acercarse á tanta magnificencia.

TECLA.—¡Oh! ¡Guardemos silencio acerca de estos disfraces! Ya veis cuán prontamente me he despojado de ese fardo. (A la Condesa.) No está tranquilo. ¿Por qué? ¿Será mi tia quien ha perturbado su sosiego? Era muy otro durante nuestro viaje. ¡Tan pacífico y tan expansivo; tan alegre y tan animado! Yo quisiera veros siempre así, y nunca de otra manera.

MAXIMILIANO.—Os hallabais en los brazos de vuestro padre, en un mundo desconocido, que os rendía homenaje, que fascinaba vuestros ojos, sin duda por lo nuevo.

TECLA.—¡Sí! No negaré que muchas cosas me fascina

aquí; este teatro de la guerra, tan variado, que bajo diversa forma, me recuerda una imagen querida. Lo que antes era para mí visión deleitosa, se trueca aquí en vida real y verdadera.

MAXIMILIANO.—Y convierte mi dicha, también verdadera, en un sueño. Estos últimos días vivía yo como en una isla del firmamento; y desde allí, he caído en la tierra, y el puente que me ha traído á la realidad, me ha apartado también de mi cielo.

TECLA.—Las alternativas de nuestra existencia nos dejan nuestra tranquilidad, cuando llevamos en nuestro corazón un tesoro más seguro. En cuanto á mí, cuando lo considero, vuelvo más alegre á mi bien más querido... (Interrumpiéndose y con un tono ligero.) ¡Cuántas cosas nuevas é inesperadas no he visto yo en tan corto tiempo! Y todo esto, sin embargo, no será comparable con los encantos que ha de encerrar este castillo misterioso.

LA CONDESA. (Reflexionando.)—¡Qué será esto? Yo conozco perfectamente hasta los ángulos más recónditos de esta casa.

TECLA. (Sonriendo.)—Defendido por duendes está el camino que lleva allá, porque dos ancianos hacen centinela á la puerta.

LA CONDESA. (Riéndose.)—¡Ah! ¡Ya! ¡La torre astrológica! Y cómo ese santuario, siempre guardado con tanto rigor, se ha abierto para ti tan pronto?

TECLA.—Un anciano pequeño, de blancos cabellos, y de fisonomía benévola, me ha demostrado al punto su buena voluntad, y me ha abierto la puerta.

MAXIMILIANO.— Es el astrólogo del Duque, es 'Sentí.

TECLA.— Preguntóme muchas cosas; cuándo nací, en dónde, en qué mes, en qué fecha, si era de noche ó de día.

LA CONDESA.—Porque se proponía trazar vuestro horóscopo.

TECLA.—Examinó también mis manos, y movió pensativo su cabeza, sin duda porque las líneas no le agradaban.

LA CONDESA.—¿Qué os pareció esta sala? Sólo la he visto de paso.

TECLA.—Sorprendiéndome sobremanera cuando entré en ella de improviso, dejando la claridad, y rodeándome una oscuridad profunda, débilmente mitigada por una luz extraña. Seis ó siete estatuas grandes de reyes me cercaban en semicírculo, con sus cetros, y cada uno con una estrella en la cabeza, y toda la luz de la habitación parecía salir de esas estrellas. Según me dijo mi gafa, «eran los planetas, los que presidían al destino, por lo cual se les representaba como reyes.» El que más se separa de ellos, un anciano sombrío y de mal talante con una estrella de amarillo pálido, era Saturno; el de luz rojiza, enfrente del primero, de aspecto guerrero, era Marte, y los dos poco favorables á los hombres. A su lado había una bella estatua de mujer, con una estrella de delicado brillo, que era Venus, el astro de la alegría. A su izquierda estaba Mercurio con alas. En medio resplandecía con una luz argentada un hombre sereno, con trazas de rey, que era Júpiter, el planeta de mi padre, y la luna y el sol á uno y otro lado.

MAXIMILIANO.—¡Oh! nunca he querido reconvenirle por su fe en los astros y en el poder de los espíritus. No es sólo el orgullo del hombre quien llena el espacio de genios y de poderes misteriosos; que para un corazón enamorado, la naturaleza es demasiado estrecha, reinando más profundidad para mí en los cuentos de mi niñez que en la misma verdad de la vida. El mundo sereno de los portentos es el único que satisface á los corazones apasionados, el que descubre más vastos espacios, el que nos presenta mil ramas lozanas, en las cuales el espíritu embriagado se mece venturoso. El amor vive en el mundo

de las ficciones, habitando de buen grado entre hadas y talismanes, y creyendo en las divinidades, porque él es también algo divino. Ya no existen los dioses antiguos de la fábula, y los héroes, que tan grande encanto ofrecían han desaparecido; y, sin embargo, el corazón necesita tener también su lenguaje, y los nombres antiguos reaparecen al impulso de las causas que los crearon, habiéndose refugiado entre los astros, los que en otro tiempo peregrinaron en la tierra, alegrando la vida. Desde allí se ponen con los hombres en contacto, y ahora todavía Júpiter nos concede la grandeza, y Venus la hermosura.

TECLA.—Si en esto consiste la astrología, confieso que me agrada aceptar creencias tan gratas. Idea risueña y simpática es la de pensar que, en esas alturas infinitas, se formaba ya, al nacer nosotros, la guirnalda de estrellas brillantes de nuestro amor.

LA CONDESA.—No sólo rosas, que también el cielo tiene espinas. Feliz tú, si no lastiman tu corona. Si Venus acuerda algo, como productora de la felicidad, puede desvanecerlo en breve Marte, el astro de la desgracia.

MAXIMILIANO.—¡Pronto terminará su funesto imperio! Bendito sea ese celo, digno del Príncipe, porque entrelazará con el laurel la rama de oliva, y dará la paz al mundo agradecido. Ya ha hecho bastante por su fama, y puede vivir en paz para sí y para los suyos. Se retirará en sus dominios; en Gitschin posee una bella residencia, y Reichenberg y el castillo de Friedlandia son lugares tranquilos, y hasta el pie de Riesengebirge se extienden sus selvas, abundantes en caza. Allí, como conviene á un Príncipe, puede vivir libre y sin sujeción alguna, proteger las artes, y dar estímulo á todo lo digno y elevado... Puede edificar, hacer plantaciones, observar los astros... Y, si su audacia y su energía no lo dejan descansar, también puede luchar con los elementos; variar el curso de los rios, hacer volar

las rocas y abrir al tráfico caminos más fáciles. Después, en las largas noches de invierno, se contarán episodios de nuestras campañas...

LA CONDESA.— Os aconsejaría, no obstante, sobrino, que no abandonéis tan pronto las armas. Porque una esposa como ésta merece ganarse, sin duda, con la punta de la espada.

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¡Si hubiera de ganarse de este modo!

LA CONDESA.—¿Qué es esto? ¿No oís nada?... Me parece que de la sala del banquete llega hasta aquí el bullicio de disputas acaloradas. (Vase).

ESCENA V.

TECLA y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

TECLA. (En cuanto se va la Condesa, á Maximiliano, rápidamente y con misterio.)—No os fiéis de ellos. No piensan como obran.

MAXIMILIANO.—¿Sería posible que...

TECLA.—No os fiéis de nadie más que de mí. Sí, estoy ya convencida de que tienen un plan.

MAXIMILIANO.—¿Un plan? ¿cuál? ¿Qué pudieran esperar de que alimentáramos...

TECLA.—No sé. Pero creedme, no tratan formalmente de unirnos, de hacer nuestra dicha.

MAXIMILIANO.—Y ¿para qué también esta Terzky... ¿No tenemos á tu madre? Seguramente merece su bondad que se lo confiemos todo con sencillez.

TECLA.—Te ama, te prefiere á todos; pero, á pesar de esto, nunca osará ocultar este secreto á mi padre. Por amor á su tranquilidad hemos de ser reservados.

MAXIMILIANO.—Pero ¿á qué este perpetuo misterio? ¿Sabes lo que pienso hacer? Me arrojo á los pies de tu padre, para que decida de mi ventura; es amante de la verdad, franco, y detesta los caminos tortuosos; es tan bueno, tan noble...

TECLA.—Tú sí lo eres.

MAXIMILIANO.—Tú lo conoces sólo desde hoy. Yo vivo á su vista hace ya diez años. ¿Será esta la vez primera que hace lo raro y lo inesperado? Es suyo el sorprender como un Dios; siempre ha de arrebatarse y llenar de admiración. ¿Quién sabe si en este instante aguarda sólo mi confesión y la tuya para unirnos?... ¿Callas? ¿Me miras dudosa? ¿Qué tienes que decir contra tu padre?

TECLA.—¿Yo? Nada... Sólo que lo encuentro ocupado en demasía, para disponer del tiempo y lugar necesarios para pensar en nuestra dicha. (Tomándole la mano con ternura.) ¡Sígueme! No tengamos en los hombres gran confianza. Hemos de agradecer á los condes de Terzky el favor que nos dispensan; pero no hay que confiar en ellos más de lo que merecen, y en lo demás... sólo de nuestro corazón fiarnos.

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¿Nunca, pues, seremos felices?

TECLA.—¿No lo somos ya? ¿No eres tú mío? ¿No soy yo tuya?... Noble valor hay en mi alma, hijo del amor... Debiera ser yo menos franca, disfrazarte más mis sentimientos, y así lo quiere la costumbre. Pero ¿en dónde habrá verdad para tí, si no la hay en mis labios? Ya que nos hemos encontrado en nuestro camino, mantengámonos unidos firme y perpetuamente. Créeme, esto es mucho más de lo que han querido. Guardémoslo, por tanto, en lo más recóndito de nuestro corazón como un robo sagrado. Desde las alturas del cielo ha caído sobre nosotros, y sólo al cielo hemos de agradecerérselo. Puede hacer un milagro en favor nuestro.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, y la CONDESA TERZKY.

LA CONDESA. (Con precipitación.)—Mi esposo me envía aquí... Ha llegado el instante supremo. Es ese el festín, en donde... (No cuidándose de lo que dice, se interpone entre ambos.) ¡Separaos!

TECLA.—¡Todavía no! Apenas hace un momento...

LA CONDESA.—Pronto pasa el tiempo para vos, mi sobrina la Princesa.

MAXIMILIANO.—No hay prisa ninguna, tía.

LA CONDESA.—¡Fuera, fuera! Se nota vuestra falta. Vuestro padre lo ha dicho ya dos veces.

TECLA.—Sí, pero su padre...

LA CONDESA.—Ya lo comprendéis, sobrina.

TECLA.—¿Qué tiene que hacer con esa sociedad? No debe estar allí. Serán, sin duda, hombres dignos y beneméritos, pero es demasiado joven para ellos y no les sirve para nada.

LA CONDESA.—¿Preferiríais, pues, retenerlo aquí?

TECLA. (Con pasión.)—Justamente. Tal es mi propósito. Así, dejadlo aquí, y digan esos señores lo que quieran...

LA CONDESA.—¿Estáis loca, sobrina?—Conde, ya sabéis las condiciones.

MAXIMILIANO.—Debo obedecer, señorita. ¡Adios! (Al volverse Tecla con rapidez.) ¿Qué decís?

TECLA. (Sin mirarlo.)—¡Nada! Andad con Dios.

MAXIMILIANO.—¿Puedo hacerlo, si os incomodáis conmigo... (Acércase á ella, y sus ojos se encuentran; ella permanece en silencio un instante, después se arroja en sus brazos y él la oprime contra su pecho.)

LA CONDESA.—¡Alejaos! Si alguien viniera... Oigo ruido...
 VOCES EXTRAÑAS SE ACERCAN. (Maximiliano se arranca de los
 brazos de Tecla, y se va, acompañado de la Condesa. Tecla le
 sigue al principio con la vista, se pasea inquieta por la sala, y
 parece luego absorbida en sus pensamientos. Coge un laúd que
 hay sobre una mesa, y, preludiando melancólicamente, canta al
 fin de esta manera.)

ESCENA VII.

TECLA, sola.

TECLA. (Tocando y cantando.)—«Resuena la selva, corren
 las nubes, y la doncella camina por la verde orilla, mien-
 tras las olas se estrellan con fuerza, y canta en la oscura
 noche, llenos de lágrimas sus ojos.

«Muerto está mi corazón, el mundo vacío, y no me ins-
 pira ya deseo alguno. ¡Dios santo, llama de nuevo á tu
 hija, porque he gustado la dicha terrenal, he vivido y he
 amado!»

ESCENA VIII.

TECLA y LA CONDESA, que vuelve.

LA CONDESA.—¿Qué ha sido esto, señora sobrina? ¡Vaya!
 Os arrojáis á su cuello. Debierais, sin embargo, según creo,
 venderos algo más cara.

TECLA. (Levantándose.)—¿Qué decís, tía?

LA CONDESA.—No debéis olvidar quién sois y quién es él.
 Seguramente no habéis pensado hasta ahora en eso.

TECLA.—¿En qué?

LA CONDESA.—En que sois hija del Príncipe de Friedlandia.

TECLA.—Bien; y ¿qué?

LA CONDESA.—¿Y qué? ¡Vaya una pregunta!

TECLA.—Lo que hemos llegado á ser, lo era él desde que nació. Es hijo de una princesa, de un antiguo linaje lombardo.

LA CONDESA.—¿Qué visiones! En verdad que será menester suplicarle cortésmente que haga feliz á la princesa más rica de Europa, dándole su mano.

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Sí, será lo mejor no exponerse á ello.

TECLA.—Su padre lo ama; el conde Octavio nada podrá decir en contra.

LA CONDESA.—¿Su padre? ¿El suyo? ¿Y el vuestro, sobrina?

TECLA. ¡Ya! Me parece como si temierais á su padre, y quizá por eso ante él, ante su padre, os mostráis tan reservada.

LA CONDESA. (Mirándola con aire inquisitorial.)—Sobrina, no decís la verdad.

TECLA.—¿Sois sensible, tía! ¡Oh, sed buena!

LA CONDESA.—¿Creéis haber ganado ya la partida?... No os alegréis tan prematuramente.

TECLA.—¡Sed sólo buena!

LA CONDESA.—Todavía no hemos llegado tan lejos.

TECLA.—Demasiado lo sé.

LA CONDESA.—¿Pensáis, acaso, que ha empleado su vida importante en la guerra, renunciado á toda dicha terrestre pacífica, desterrado el sueño de su lecho, y abandonado su noble cabeza á los cuidados, sólo para hacer de vosotros dos una pareja venturosa? ¿Para sacarte, al fin, de tu convento, y traerte en triunfo al hombre que te agrada?... Sin tanto trabajo lo hubiese logrado. Esta semilla no se

sembró para que tú troncharas su flor con tu mano infantil, y la llevaras en tu pecho de frívolo adorno.

TECLA.—Pero lo que no se ha sembrado para mí podría ofrecirme, sin embargo, y espontáneamente, suave fruto. Y si mi grato y benévolo destino, de su existencia, horriblemente monstruosa, quiere preparar para mí la alegría de mi vida...

LA CONDESA.—Discurres como una joven enamorada. Mira á tu rededor. Reflexiona en dónde estás... No has entrado en la mansión de la alegría, ni te hallas en ningún himeneo, colgadas las paredes, y con guirnaldas de flores los convidados. Aquí no hay más brillo que el de las armas. ¿Te imaginas, por ventura, que estos miles de hombres se han reunido para celebrar tus nupcias? Observa la frente pensativa de tu padre, las lágrimas que llenan los ojos de tu madre, y te dirán que está en peligro el destino de nuestra casa. ¡Renuncia, pues, á los sentimientos pueriles de la juventud, á deseos mezquinos! ¡Prueba que eres la hija de un hombre extraordinario! La mujer no es dueña de sí misma, sino depende del destino ajeno. La mejor es, por tanto, la que elige ese sér extraño, y lo lleva en su corazón, y lo cuida con amor ferviente.

TECLA.—Eso mismo me decían en el convento. Yo no sentía deseo alguno, y sólo me miraba como su hija, como la hija de un hombre poderoso; y su fama, que también llegaba hasta mí, no me sugería ningún otro sentimiento que el de considerarme destinada á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Y tal es tu destino. Síguelo, pues. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—La casualidad me ha traído la persona, por quien me debo sacrificar; lo seguiré, por tanto, llena de alegría.

LA CONDESA.—Tu corazón, hija mía, no la casualidad.

TECLA.—El impulso del corazón es la voz del destino. Yo soy suya. Presente sólo suyo es esta nueva vida, que ahora

siento en mí. Él tiene sus derechos sobre su obra. ¿Qué era yo, antes que su dulce amor me animase? No quiero pensar de mí de otra manera que él mismo piensa. No, no puede ser un alma vulgar, quien posee riquezas tan inapreciables. Siento que la dicha me ha inspirado igual energía. La vida es algo serio y grave para un alma grave y formal. Ahora sé que soy dueña de mí misma, y he aprendido á conocer la firme voluntad, la voluntad incontrastable que hay en mi pecho, y puedo poner cuanto poseo al servicio de fin tan elevado.

LA CONDESA.—¿Querrías, pues, oponerte á tu padre, si resolviera otra cosa?... ¿Piensas tú acaso disuadirlo de su propósito? Sabe, hija, que se llama Friedlandia.

TECLA.—También yo me llamo así. Verá que yo soy hija suya.

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Su Soberano, su Emperador no lo domina, y tú, hija suya, osarás luchar con él?

TECLA.—A lo que nadie se atreve se atreverá su hija.

LA CONDESA.—Sí, sin duda no se halla dispuesto á tales cosas. ¿Y habrá vencido tantos obstáculos, y encontrará una nueva batalla en la voluntad de su propia hija? ¡Niña, niña! Hasta ahora sólo has visto las sonrisas de tu padre, no la cólera pintada en sus ojos. ¿Se aventurará la voz de tu oposición, temblando de miedo, á hacerse oír frente á frente? Podrás formar magníficos proyectos cuando estás sola, imaginar frases elocuentes, é inspirar el valor de un león en tu alma de paloma. ¡Prueba, sin embargo! Te presentarás ante él, y, al mirarte fijamente, quedarás muda. Te sucederá lo que á la hoja de flor delicada ante la mirada de fuego del sol... No intento asustarte, querida niña, porque espero que no llegaremos á ese extremo... Ignoro también cuál sea su propósito. Quizás esté de acuerdo con tus deseos. Pero nunca será que tú, hija orgullosa de su buena fortuna, obres como cualquiera jovencuela enamo-

rada, y te abandones al hombre que, aun en el caso de estar destinado á recibir tan preciada recompensa, ha de merecerla, haciendo el más costoso sacrificio, que el amor exige. (Vase.)

ESCENA IX.

TECLA, sola.

TECLA.—¡Agradézcote tu advertencia! Convierte en hecho indudable mi triste presunción. Así, ¿es, pues, verdad esto? Aquí no tenemos ni un amigo, ni un corazón fiel... no tenemos á nadie más que á nosotros mismos. Duras batallas nos amenazan. Danos tú, oh amor divino, la fuerza necesaria. ¡Oh! ¡Dice la verdad! No son de buen agüero las señales que dan su luz á esta unión de nuestros corazones. La esperanza no encuentra aquí lugar alguno de descanso. Sólo se oye aquí el confuso ruido de las armas, y hasta el amor... como cubierto con coraza, y armado para morir peleando, se ofrece aquí á nuestras miradas. Un espíritu malévolo se respira en nuestra casa, y hasta la suerte parece apresurarse á acabar con nosotros. Me han arrancado de mi tranquila residencia, en donde vivía libre, y un encanto seductor me deslumbra. Atráeme su figura celestial, y la veo acercarse á mí más y más. Su poder sobrehumano me arrastra hacia el abismo, y no puedo resistirlo. (Se oye á lo léjos la música del banquete.) ¡Oh! Cuando una casa ha de ser consumida por el fuego, las nubes se acumulan sobre ella, el rayo cae desde la altura; llamas despiden los abismos subterráneos, y hasta el Dios del placer, ciego de ira, cerca con sus hogueras al edificio incendiado. (Vase.)

ACTO IV.

La escena representa un salón magníficamente alumbrado, y en el centro y en el fondo una mesa de lujo, á la cual están sentados ocho generales, y entre ellos Octavio Piccolomini, Terzky y Maradas. A su derecha y á su izquierda, y más en el fondo, hay otras dos mesas, en cada una de las cuales hay seis convidados. Delante está el bufet, y toda la parte anterior del teatro queda libre para los pajes y servidores. Todo está en movimiento; músicos del Regimiento de Terzky se hallan en la escena alrededor de las mesas. Antes de retirarse todos, se presenta Maximiliano Piccolomini, saliéndolo á recibir Terzky con un papel, é Isolani con una copa.

ESCENA PRIMERA.

TERZKY, ISOLANI y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

ISOLANI.—¡Gracias á Dios, señor camarada! Pero ¿en dónde diablos estabais escondido? ¡Pronto á ocupar tu sitio! Terzky nos ha honrado con sus vinos más añejos y exquisitos. Esto parece el castillo de Heidelberg. El mejor se ha bebido ya. Se han repartido aquí, sobre la mesa, principados; y los bienes de Eggenberg, Slawata, Lichtenstein y Sternberg, se han distribuido con todos los grandes feudos de la Bohemia. Si os dais prisa, algo os tocará todavía. ¡Vamos! ¡Sentaos!

COLALTO Y GÖTZ. (Desde la segunda mesa.)—¡Conde Piccolomini!

TERZKY.—¡Pronto será vuestro!... Lee esta fórmula de

juramento, á ver si su redacción te agrada. Todos la han leído por su orden, y todos la han firmado.

MAXIMILIANO. (Leyendo.)—«*Ingratis servire nefas.*»

ISOLANI.—Esto parece una sentencia latina... Compañero, ¿cómo se dice esto en alemán?

TERZKY.—Ningún hombre de bien debe servir á los desagradecidos.

MAXIMILIANO.—«Puesto que nuestro muy poderoso general, S. A. el Príncipe de Friedlandia, á consecuencia de diversos desaires, se propone dejar el servicio del Emperador, y, accediendo á nuestros ruegos unánimes, ha consentido en permanecer al frente del ejército, y en no separarse de nosotros sin nuestra aprobación; nos obligamos todos juntos, y cada uno en particular, en virtud de juramento personal, á honrarlo y serle fieles, á no separarnos de él por ningún motivo, garantizándolo con cuanto poseemos, y estando prontos á derramar por él hasta la última gota de nuestra sangre, *sin perjuicio del juramento que hemos prestado al Emperador.*» (Las palabras subrayadas son repetidas por Isolani.) «Y si alguno de nosotros, faltando á este convenio, se apartase de la obligación común, lo declaramos desde ahora traidor, y lo castigaremos, y nos vengaremos en su fortuna y bienes, en su cuerpo y en su vida. Y así lo atestiguamos, firmandolo con nuestros nombres.»

TERZKY.—¿Estás conforme en firmarlo?

ISOLANI.—¿Por qué no? Todo oficial honrado puede... y debe... ¡Tinta y pluma!

TERZKY.—Esperad hasta la conclusión del banquete.

ISOLANI. (Arrastrando á Maximiliano.) ¡Venid, venid! (Ambos se acercan á la mesa.)

ESCENA II.

TERZKY, NEUMANN.

TERZKY. (Haciendo una señal á Neumann, que aguarda junto al bufet, y que se adelanta hacia él.) ¿Traes el documento, Neumann? ¡Dámelo! ¿Está escrito de tal modo, que se puede trocar por el otro fácilmente?

NEUMANN.—Todo lo he copiado palabra por palabra, excepto lo relativo al juramento del Emperador, que lo he borrado, con arreglo á las órdenes de V. E.

TERZKY.—¡Bien! Pongo allí, y echa éste al fuego de seguida. Ha cumplido su misión.

(Neumann deja la copia en la mesa, y vuelve al bufet.)

ESCENA III.

ILLO, que sale de la segunda sala.—TERZKY.

ILLO.—¿Qué ocurre con Piccolomini?

TERZKY.—Nada adverso, á lo que creo. No ha hecho objeción alguna.

ILLO.—Es el único, que no me inspira confianza; ni él ni su padre... No perdedlos de vista.

TERZKY.—¿Y los de vuestra mesa? Espero que los tendréis preparados.

ILLO.—Sus corazones están perfectamente dispuestos. Creo que son nuestros. Y como os anuncié... ya no se trata sólo de honrar al Duque. Si hay unanimidad de sen-

timientos, ha indicado Montecuculi, se impondrán condiciones al Emperador hasta en su misma Viena. Tened entendido que, á no ser por estos Piccolomini, no tendríamos necesidad de apelar al engaño.

TERZKY.—¿Qué quiere ahora Butler? Callad.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y BUTLER.

BUTLER. (Viniendo de la segunda mesa.) — ¡Quieto, quieto! Os he entendido bien, mi feldmariscal. ¡Que el plan tenga el mejor éxito! y por lo que á mí toca (Con misterio.) contad conmigo.

ILLO. (Con animación.)—¿Podemos contar con vuestra cooperación?

BUTLER.—¿Con cláusula ó sin ella! Me es igual. Pero comprended bien lo que digo. El Príncipe puede poner á prueba mi fidelidad, y decidlo así. Soy oficial del Emperador, mientras él quiera ser su general; yo sirvo al Duque de Friedlandia, en cuanto le plazca ser su propio señor.

TERZKY.— Hacéis una conversión útil. No es un hombre mezquino, no es un Fernando el jefe á quien serviréis.

BUTLER. (Con formalidad.)—Yo no vendo mi lealtad, conde Terzky, y en vano me hubierais exhortado, medio año hace, á dar el paso que doy ahora voluntariamente. Así, pues, mi regimiento y yo somos del Duque, y, según creo, el ejemplo mío no dejará de traer sus consecuencias.

ILLO.—¿Quién ignora que el coronel Butler es el espejo, en que ha de mirarse todo el ejército?

BUTLER.—¿Lo creéis así, mi feldmariscal? Entonces, no me arrepiento de haber aguardado cuarenta años, si mi buena

fama, á tanta costa adquirida, me ofrece á los sesenta completa venganza. No os admiréis de lo que os digo, señores. Que os importe poco la causa que me hace vuestro, y no juzguéis que me engaña vuestro juego... ni que la irresolución y la ligereza, ó un motivo leve aparten á un hombre ya anciano de la senda del honor, que siempre ha seguido. ¡Venid! No por eso estoy menos resuelto, por que conozco con toda evidencia el impulso á que obedezco.

ILLO.—Decidnos sin rodeos por quién hemos de teneros...

BUTLER.—¡Por un amigo! Tomad mi mano, y con todo lo que poseo, soy vuestro. El Príncipe no necesita sólo hombres, sino también dinero. Yo le presto cuanto he ganado á su servicio, y si me sobrevive, y conforme está arreglado tiempo hace, él es mi heredero. Soy solo en el mundo, y desconozco los sentimientos que puede inspirar una esposa querida y unos hijos adorados, y mi nombre muere conmigo, y mi existencia no va más allá.

ILLO.—No hay necesidad de vuestro dinero... un corazón como el vuestro vale toneladas de oro y millones.

BUTLER.—Yo vine de Irlanda á Praga, pobre criado de un caballero, á quien enterré. De los servicios más bajos de la caballeriza subí, por mi habilidad en la guerra, hasta el rango y cargo que ocupo, convertido en juguete de una fortuna caprichosa. Wallenstein es también un hijo de la suerte, y me agrada su camino, igual al mío.

ILLO.—Todas las almas enérgicas se parecen.

BUTLER.—Momento crítico es este, propicio á los valientes y resueltos, porque como moneda corriente que pasa de mano en mano, así también ciudades y castillos abandonan á sus poseedores pasajeros. Emigran los descendientes de los linajes más antiguos, y les suceden nuevos blasones y nuevos nombres: un pueblo del Norte, mal recibido, se aventura en el territorio alemán deseando ha-

cerlo suyo. El Príncipe de Weimar se prepara por la fuerza á fundar en el Mein un estado poderoso. Así á Mansfeld como á Halberstadt, sólo ha hecho falta una vida más larga para proporcionarse por su valor, y con el filo de su espada, una propiedad territorial. Pero ¿quién, entre ellos, llega á nuestro Friedlandia? Nada hay tan elevado que el hombre superior no alcance, sin emplear la escala.

TERZKY.—Así hablan los hombres.

BUTLER.—Aseguraos de los españoles y de los italianos, que yo me encargo del escocés Lessly. ¡Vamos á reunirnos con los demás, vamos!

TERZKY.—¿En donde está el sumiller? Que se sirva cuanto haya, los mejores vinos. Hoy es la ocasión de hacerlo. Nuestros asuntos van bien. (Vase cada uno á su mesa.)

ESCENA V.

EL SUMILLER, con NEUMANN, adelantándose.—CRÍADOS van y vienen.

EL SUMILLER.—¡El vino más exquisito! Si su señora madre, mi antigua ama, presenciara este despilfarro, volvería de nuevo á su tumba... ¡Sí, sí, señor oficial! ¡Esta noble casa decae!... ¡Ni moderación, ni término! Y la poderosa unión con este Duque no nos es favorable.

NEUMANN.—¡Que Dios os proteja! Ahora lucirá su flor más preciada.

EL SUMILLER.—¡Lo creéis así? Hay mucho que hablar sobre esto.

UN CRIADO. (Que llega.)—¡Borgoña para la cuarta mesa!

EL SUMILLER.—Setenta botellas con esta, señor teniente.

EL CRIADO.—Es para Tiefenbach, para aquel señor alemán, que está sentado allí abajo. (Vase.)

EL SUMILLER. (Continuando con Neumann.)—Desean subir demasiado alto. En la pompa quieren igualarse á electores palatinos y reyes, y lo que hace el Príncipe, intenta imitarlo el Conde, mi respetable amo. (A los criados.) ¿Cómo estáis escuchando? Piernas es lo que necesitáis. Vigilad las mesas, cuidad de las botellas. ¡Hola, mirad! El vaso del Conde Pally está vacío.

EL SEGUNDO CRIADO. (Que llega.)—Piden la copa grande, sumiller; la más rica, la de oro, la de las armas de Bohemia; ya sabéis cuál es, según dice el señor.

EL SUMILLER.—¿La labrada por el maestro Guillermo para la coronación de Federico, el despojo más opimo del botín de Praga?

EL SEGUNDO CRIADO.—¡Sí, esa! Quieren beber con ella á la redonda.

EL SUMILLER. (Sacudiendo la cabeza, mientras saca la copa y la limpia.)—Esto dará que hablar en Viena.

NEUMANN.—¡A ver! ¡Magnífica copa! Su peso en oro es grande, y con arte inimitable se han cincelado en ella asuntos curiosos. Veamos en un momento el primer escudillo; dejádmelo examinar una sola vez. Una amazona orgullosa á caballo, sobre un báculo y una mitra episcopal, con un sombrero en la punta de una lanza, y una bandera, en la cual hay un cáliz. ¿Podréis decirme qué significa todo esto?

EL SUMILLER.—La mujer, que veis á caballo, es la libre elección de la corona de Bohemia, y así lo indican su sombrero redondo y el caballo brioso, que la lleva. El sombrero es el adorno del hombre, porque quien no puede ponerse ante emperadores y reyes, no es libre.

NEUMANN.—¿Y el cáliz de la bandera?

EL SUMILLER.—El cáliz representa la libertad de la Iglesia de Bohemia, tal cual existía en tiempo de nuestros padres. Nuestros abuelos, en la guerra de los husitas, conquistaron del Papa este insigne privilegio, puesto que el

uso del cáliz á ningún seglar se permite. Nada estiman tanto los utroquistas como el cáliz, y es alhaja preciosa, cuya posesión ha costado á Bohemia mucha sangre, derramada en diversas batallas.

NEUMANN.—¿Y ese rollo de papel, que se ve allá abajo?

EL SUMILLER.—Simboliza la Carta de S. M., que arrancamos al emperador Rudolfo, rico é inestimable privilegio que asegura á la nueva secta, como á la antigua, libre culto y cántico libre. Pero desde que nos manda Gratz, se acabó esto; y después de la batalla de Praga, en que el Conde Palatino Federico perdió corona y vida, perdieron también nuestros hermanos su cátedra y su altar, y han abandonado su patria, y el mismo Emperador ha cortado con sus tijeras esa Carta suya.

NEUMANN.—¿Todo esto sabéis? Bien instruído estáis en la crónica de vuestro país, sumiller.

EL SUMILLER.—Porque mis antepasados eran taboritas, y sirvieron á las órdenes de Procopio y de Ziska. ¡Haya paz para sus cenizas! Combatían por una buena causa... ¡Llevaos eso!

NEUMANN.—Pero dejadme ver el segundo escudo. Representa, al parecer, el acto en que Martinitz y Slawata, consejeros del Emperador, fueron precipitados de cabeza desde el castillo de Praga. ¡Justamente! He aquí al Conde Thurn, que lo ordenó. (Un criado se lleva la copa.)

EL SUMILLER.—No hablemos de ese día. Fué el 23 de Mayo de 1618. Paréceme que es hoy, y con ese día nefasto comienzan las grandes desdichas del país. Desde entonces, hace ya diez y seis años, la paz ha huido de la tierra... (Se oye gritar en la segunda mesa. ¡A la salud del Principe de Weimar!) (En la tercera y cuarta mesa. ¡Viva el Duque Bernardo!)

(La música se calla.)

EL PRIMER CRIADO.—¿Oís este tumulto?

EL SEGUNDO CRIADO. (Que llega corriendo.) —¿Habéis oído? Aclaman al Príncipe de Weimar.

EL TERCER CRIADO. —¡El enemigo de Austria!

EL PRIMER CRIADO. —¡El luterano!

EL SEGUNDO CRIADO. —Antes, cuando brindó Deodatí por el Emperador, hubo un silencio sepulcral.

EL SUMILLER. —Efectos de la bebida. El criado prudente ha de ser sordo en tales casos.

EL TERCER CRIADO. (Aparte al cuarto.) —¡Atiende bien, Juan! muchas cosas contaremos al padre Quiroga, que nos dará en cambio sendas indulgencias.

EL CUARTO CRIADO. —Yo me acercaré al asiento de Illo, en cuanto pueda, para lograr nuestro propósito. Oirás cosas bien singulares. (Vanse á las mesas.)

EL SUMILLER. —¿Quién será ese señor, vestido de negro, con una cruz, que habla tan familiarmente con el Conde Palfy?

NEUMANN. —Es uno de los que inspiran más confianza. Se llama Maradas, y es español.

EL SUMILLER. —Nada quiero con los españoles, os digo. Los extranjeros son gente del todo inútil.

NEUMANN. —¡Cómo, cómo! No debíais de hablar así, sumiller. Sus generales son justamente los que inspiran al Duque más confianza.

(Llega Terzky, teniendo en la mano un papel; los convidados se ponen de pie.)

EL SUMILLER. (A los criados.) — El teniente general se levanta. ¡Atención! Se acabó esto ya. Vamos, llevaos las sillas.

(Los criados se retiran hacia el fondo apresuradamente. Parte de los convidados se adelanta.)

ESCENA VI.

OCTAVIO PICCOLOMINI habla con **MARADAS**, y ambos se sitúan en un lado del proscenio. Por el opuesto se ve á **MAXIMILIANO PICCOLOMINI**, solo, pensativo y sin reparar en nada. El espacio comprendido entre ambos, aunque algunos pasos retirados hacia el fondo, está ocupado por **BUTLER**, **ISOLANI**, **GÖTZ**, **TIEFENBACH**, **COLALTO**, y poco después por el Conde **TERZKY**.

ISOLANI. (Mientras los demás se adelantan.)—¡Buenas noches, buenas noches, Colalto!... Mi teniente general, ¡buenas noches! Debía decir buenos días.

GÖTZ. (A Tiefenbach.)—¡Compañero, buen provecho!

TIEFENBACH.—¡Banquete regio, en verdad!

GÖTZ.—Sí; la señora Condesa lo entiende. Lo ha aprendido de su suegra, que santa gloria haya. ¡Era una dueña de casa incomparable!

ISOLANI. (Queriendo irse.)—¡Luz, luz!

TERZKY. (Acercándose con el papel á Isolani.)—¡Compañero! Dos minutos no más. Hay que firmar aquí todavía.

ISOLANI.—¡Firmar? ¡Cuanto queráis! Ahorradme sólo el trabajo de leer.

TERZKI.—No quiero molestaros. Es el juramento, que ya conocéis. Únicamente algunos rasgos de pluma. (Cuan to Isolani presenta el papel á Octavio.) De cualquier modo. Como caiga. No es cuestión de etiqueta.

(Octavio lee el papel con indiferencia aparente. Terzky le observa desde lejos.)

GÖTZ. (A Terzky.)—¡Señor Conde! Permitidme que me retire.

TERZKY.—No os apresuréis tanto... La última copa. ¡Hola!
(A los criados.)

GÖTZ.—No puedo.

TERZKY.—¡Vamos, un poco!

GÖTZ.—¡Perdóname!

TIEFENBACH. (Se sienta.)—Disimulad, señores. El estar en pie no me agrada.

TERZKY.—¡Como os plazca, señor Gran Maestro!

TIEFENBACH.—La cabeza fresca, el estómago sano, pero las piernas no quieren sostenerme.

ISOLANI. (Aludiendo á su corpulencia.)—Habéis hecho *étu* carga pesada en demasia.

(Octavio firma y da el papel á Terzky, que lo entrega á Isolani.
Este se acerca á la mesa para firmarlo.)

TIEFENBACH.—La culpa la tiene la guerra de Pomerania, porque vivíamos sobre la nieve y el hielo, y ya, mientras exista, permaneceré en este estado.

GÖTZ.—Sí, sí; los suecos no se cuidaban del tiempo.

(Terzky presenta el papel á Maradas, que se acerca á la mesa para firmarlo.)

OCTAVIO. (Aproximándose á Butler.)—He observado, señor coronel, que no os agradan mucho las fiestas de Baco, y que preferiríais, según creo, el estrépito de una batalla al bullicio de un banquete.

BUTLER.—Debo confesar que no se amoldan á mi carácter.

OCTAVIO. (Acercándosele con más confianza.)—Ni tampoco al mío, puedo asegurároslo, congratulándome, coronel Butler, de que opinemos lo mismo. Media docena, á lo más, de buenos amigos, alrededor de una mesa pequeña y redonda; un vaso de Tokay, un corazón franco y una conversación comedida... es lo que me place.

BUTLER.—Seguramente que, si fuera posible, yo me atendería sólo á ellas.

(El papel llega á Butler, que se acerca á la mesa para firmar. El proscenio se queda vacío, de suerte que los dos Piccolomini, cada uno en un extremo, permanecen solos de pie.)

OCTAVIO. (Después de observar un rato á su hijo en silencio, se aproxima á él poco á poco.) — Has tardado mucho, amigo.

MAXIMILIANO. (Volviéndose con prontitud, como turbado.) Yo... me han retenido negocios urgentes.

OCTAVIO. — Y, según veo, aun piensas en ellos.

MAXIMILIANO. — Ya sabes que el bullicio me inspira taciturnidad.

OCTAVIO. (Acercándose más.) — ¿Podré saber cuál ha sido la causa de tu tardanza?... (Con intención.) Y Terzky lo sabe.

MAXIMILIANO. — ¿Qué sabe Terzky?

OCTAVIO. (Con misterio.) — Era el único que no te echaba de menos.

ISOLANI. (Que ya libre, se acerca á ellos.) — ¡Bien, anciano padre! ¡Ahora es la vuestra! ¡Arrestadlo! No ha obrado bien.

TERZKY. (Con el papel.) — ¿Ninguno falta? ¿Han firmado todos?

OCTAVIO. — Todos.

TERZKY. (En voz alta.) — ¿Es así? ¿Falta alguno?

BUTLER. (A Terzky.) — Contad. Ha de haber treinta nombres.

TERZKY. — Aquí hay una cruz.

TIEFENBACH. — Yo soy el de la cruz.

ISOLANI. — No sabe escribir, pero su cruz basta, y será aceptada por judíos y cristianos.

OCTAVIO. (A Maximiliano con inquietud.) — Vámonos juntos, señor coronel, que es tarde.

TERZKY. — Uno solo de los Piccolomini ha firmado.

ISOLANI. (Señalando a Maximiliano.) — Advertid que, quien

falta, es este convidado de piedra, del cual en toda la noche no hemos sacado partido alguno.

(Maximiliano recibe el papel de manos de Terzky, y permanece distraído mirándolo.)

ESCENA VII.

Los mismos.—**ILLO** viene del aposento del fondo; trae en la mano la copa de oro, y parece muy excitado con el vino; síguenle **GÖTZ** y **BUTLER**, intentando contenerlo.

ILLO.—¿Qué queréis? ¡Dejadme!

GÖTZ y **BUTLER.**—¡No bebáis más, Illo!

ILLO. (Se acerca á Octavio, y bebiendo lo abraza.)—¡Para tí traigo esto, Octavio! ¡Ahoga toda tu enemistad en esta copa fraternal! Bien sé que nunca me has estimado... ¡Y que Dios me castigue, si yo te he querido bien por mi parte! ¡Olvida lo pasado! Yo te aprecio sobremanera. (Abrazándolo muchas veces.) Yo soy tu mejor amigo, y tened entendido que, quien diga que es falso como un gato, se las habrá conmigo!

TERZKY. (Llamándolo aparte.)—¿Estás en tu juicio? ¡Reflexiona en qué lugar te hallas, Illo!

ILLO. (Con franqueza.)—¿Qué queréis? Todos son indudablemente buenos amigos. (Mirando alrededor con satisfacción.) Me alegra que no haya ningún bribon entre nosotros.

TERZKY. (A Butler con ahínco.)—¡Lleváoslo! Os lo suplico, Butler. (Butler se lo lleva hacia el bufet.)

ISOLANI. (A Maximiliano, que ha estado mirando maquinalmente el papel.) ¡Acabaréis pronto, compañero? ¡Lo habéis estudiado ya bien?

MAXIMILIANO. (Como despertando de un sueño.)—¿Qué tengo que hacer?

TERZKY á ISOLANI. (A un tiempo.)—Escribir vuestro nombre entre los demás. (Octavio inquieto fija en él sus miradas.)

MAXIMILIANO. (Devolviéndolo.)—Dejadme en paz hasta mañana. Se trata de algún negocio. No estoy dispuesto ahora á estudiarlo. Enviádmelo mañana.

TERZKY.—Reflexionad, sin embargo...

ISOLANI.—¡Firmad pronto! ¿Cómo? ¡Es el más joven de todos los que estamos alrededor de esta mesa, y pretende ser él sólo más prudente que todos nosotros juntos! ¡Que tenga, que tenga entendido que su padre ha firmado, y todos nosotros también.

TERZKY. (A Octavio.)—Interponed vuestra mediación, que él respetará. ¡Decídselo!

OCTAVIO.—Mi hijo es mayor de edad.

ILLO. (Después de dejar en el bufet la copa de oro.)—¿De qué se trata?

TERZKY.—Rehusa firmar el papel.

MAXIMILIANO.—He dicho que lo dejen para mañana.

ILLO.—No puede ser. Todos hemos firmado, y menester es que tú lo firmes también.

MAXIMILIANO.—Buenas noches, Illo.

ILLO.—No, tú no te escaparás. Es preciso que sepa el Príncipe quiénes son sus amigos.

(Todos los convidados se reúnen alrededor de los dos.)

MAXIMILIANO.—El Príncipe conoce bien cuáles son mis sentimientos respecto de él; todos lo saben, y no hay necesidad de apelar á estas pruebas hipócritas.

ILLO.—¡Este es el pago que el Príncipe recibe de su constante predilección por los italianos!

TERZKY. (A los generales, que se revuelven con más viva quietud.)—Es el vino el que habla por él. No le hagáis caso, yo os lo suplico.

ISOLANI. (Riendo.)—El vino no inventa; lo que hace es hablar sin cautela.

ILLO.—Quien no está conmigo, está contra mí. ¡Qué conciencias tan escrupulosas! Por no encontrar una puerta de escape, una cláusula...

TERZKY. (Interrumpiéndolo con prontitud.)—Ha perdido la cabeza por completo; no hagáis caso de él.

ILLO. (Gritando.)—Con la cláusula podrán salvarse. ¡Qué cláusula? Llévase el demonio la cláusula...

MAXIMILIANO. (Con atención, y leyendo de nuevo el papel.)—¿Qué hay, pues, aquí tan peligroso? Excitáis mi curiosidad á examinarlo con detenimiento.

TERZKY. (Aparte á Illo.)—¿Qué haces, Illo? Tú nos pierdes.

TIEFENBACH. (A Colalto.)—Ya había yo observado que antes de comer, nos leyeron otra cosa.

GÖTZ.—Lo mismo noté yo.

ISOLANI.—Pero ¿qué me importa? En donde hay otros nombres, bien puede estar el mío.

TIEFENBACH.—Antes del banquete se fijaba cierta condición, y había una cláusula acerca del servicio del Emperador.

BUTLER. (A uno de los comandantes.)—¿Qué vergüenza, señores! Pensad hasta dónde hemos llegado. La cuestión es ahora de si hemos de conservar nuestro general ó no. No hay, pues, que examinar las cosas tanto, ni por tanto tiempo.

ISOLANI. (A uno de los generales.)—Cuando el Príncipe te dió tu regimiento ¿te puso también alguna cláusula?

TERZKY. (A Gotz.)—¿Y cuando os dió esa provisión, que os ha producido mil pistolas al año?

ILLO.—¡Infames los que nos califiquen por esto de bribones! ¡Quien no esté satisfecho que lo diga! ¡Aquí estoy yo!

TIEFENBACH.—¡Vamos, vamos! Esto es hablar por hablar.

MAXIMILIANO. (Que devuelve el papel, después de leerlo.)—
¡Hasta mañana, pues!

ILLO. (Que, ciego de cólera, y ya no dueño de sí mismo, le presenta el papel con una mano, y la espada en la otra.)—¡Firma, Judas!

ISOLANI.—¡Qué haces, Illo?

OCTAVIO, TERZKY, BUTLER. (A la vez.)—¡Fuera la espada!

MAXIMILIANO. (Que le acomete de improviso y lo desarma, al Conde Terzky.)—¡Llévalo á dormir! (Vase.)

(Illo, gruñendo y maldiciendo, es sujetado por algunos comandantes. Mientras dura el tumulto consiguiente, cae el telón.)

ACTO V.

**El lugar de la escena, un aposento en la casa de Piccolomini.
Es de noche.**

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO PICCOLOMINI. Un criado le alumbrá.—Poco después **MAXIMILIANO PICCOLOMINI.**

OCTAVIO.—En cuanto llegue mi hijo, que pase... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Dejad aquí la luz... Yo no me acuesto ya... andad á dormir.

(Vase el criado. Octavio se pasea pensativo. Maximiliano Piccolomini entra sin que lo note Octavio, y lo observa un rato en silencio.)

MAXIMILIANO.—¿Te has enfadado conmigo, Octavio? Dios sabe que no he sido el culpable de esa odiosa contienda... Bien ví que tú habías también firmado... Lo aprobado por tí, debiera haberlo sido por mí... Sin embargo... ya sabes... que, en asuntos de esta naturaleza, ha de seguirse la propia, no la ajena inspiración.

OCTAVIO. (Acercándosele á él, y abrazándolo.)—¡Síguela siempre después, hijo mío querido! Ha sido más leal contigo que el ejemplo de tu padre.

MAXIMILIANO.—Explicaos más claramente.

OCTAVIO.—Me explicaré. Después de lo que ha sucedido esta noche, no debe haber secreto entre nosotros. (Siéntanse los dos.)—Dime, Maximiliano, ¿qué opinas tú del juramento, cuya firma se nos ha arrancado?

MAXIMILIANO.—Para mí no tiene nada de capcioso, aunque no apruebe su redacción.

OCTAVIO.—¿Y no te ha guiado otro motivo alguno para no firmarlo?

MAXIMILIANO.—Era un negocio serio... yo estaba distraído... y, á la verdad, no lo estimaba tan urgente.

OCTAVIO.—Sé franco, Maximiliano. ¿No abrigabas sospecha alguna?

MAXIMILIANO.—¿Sospecha sobre esto? Ni la más leve.

OCTAVIO.—Agradécelo á tu buen ángel, Piccolomini. Sin saberlo tú, te ha alejado del abismo.

MAXIMILIANO.—Ignoro lo que piensas.

OCTAVIO.—Te lo diré. Has de autorizar con tu nombre una infamia, y con un rasgo de pluma renunciar á tu deber y á tu juramento.

MAXIMILIANO. (Levantándose.)—¿Octavio!

OCTAVIO.—Permanece sentado. Muchas cosas has de oír todavía de mis labios, amigo, porque has vivido años enteros en la ceguedad más incomprensible. La más negra trama se ha urdido ante tus ojos, y un poder infernal ha oscurecido la clara luz de tus facultades... No me atrevo á callar por más tiempo, y debo arrancar la venda de tus ojos.

MAXIMILIANO.—Antes de hablar, piénsalo bien. Si se trata de simples conjeturas... y me temo mucho que no sean otra cosa... suprimelas. No me hallo ahora dispuesto á escucharlas tranquilo.

OCTAVIO.—Por graves que sean tus razones para huir de la luz, más lo son las mías para manifestártela. Podía aban-

donarte, confiado á tu inocencia y á tu propio juicio; pero veo que la red está ahora preparada para corromper tu corazón... El secreto (Mirándolo inquisitorialmente.) que tu me ocultas, me obliga á revelarte el mío. (Maximiliano intenta responder, pero se detiene, y mira al suelo confuso.) Ten, pues, entendido, que te tienden asechanzas... que se burlan de un modo vergonzoso de tí y de todos nosotros. El Duque finge que quiere abandonar el ejército; y á estas horas se trabaja... en robar sus tropas al Emperador y entregarlas al enemigo.

MAXIMILIANO.—Conozco esos cuentos de gentes de sotana, pero no esperaba oírlos de tus labios.

OCTAVIO.—El oírlos ahora de mi boca te prueba que no son cuentos de curas.

MAXIMILIANO.—¿Tan loco suponen al Duque? ¿Podría acaso figurarse que treinta mil soldados veteranos, hombres de honor, entre los cuales se cuentan más de mil nobles, habían de renunciar á su juramento, á su deber y á su honor, y unirse para cometer una infamia?

OCTAVIO.—Él no pide que se cometa... Lo que quiere de nosotros lleva un nombre más inocente. No aparenta otra cosa que dar la paz al imperio; y porque el Emperador la detesta, se propone... ¿forzarlo á que la acepte! Intenta complacer á todos, y, en pago de este servicio, quedarse con la Bohemia, á la que ahora ocupa.

MAXIMILIANO.—¿Ha merecido de nosotros, Octavio, que tan indignamente lo juzguemos?

OCTAVIO.—No se discute ahora nuestra opinión. La cosa habla por sí, y evidéntísimas son las pruebas de su existencia. ¡Hijo mío! No ignoras cuán mal estamos ahora con la corte... pero no tienes noticia alguna de las intrigas y artificios que se ponen en juego, para que estalle la sedición en el campamento. Disueltos están los lazos que unen á los oficiales con su Emperador, á los soldados con los pai-

sanos. Desoyendo la voz del deber y de la ley, se revuelve contra el Estado, á quien debiera proteger, y hasta amenaza sacar su espada contra él. Tan lejos ha ido en ese camino, que, en este momento, el Emperador tiembla ante su propio ejército... en su misma capital teme el puñal de los traidores, y los teme hasta en su castillo; proponiéndose nada menos que alejar sus queridos nietos, no ya de los suecos ni de los luteranos... ¡nó! ¡sino de sus mismas tropas!

MAXIMILIANO.—¡Deteneos! Me angustias y me conmueves. Cónstame que se tiene miedo á fantasmas, aunque esos extravíos sean presagio de seguras desdichas.

OCTAVIO.—No son ilusiones. Arde la guerra civil, la más desnaturalizada de todas las guerras, si no corremos presurosos á sofocarla. Largo tiempo hace que están ganados los coroneles; los subalternos vacilan; vacilan ya regimientos enteros, guarniciones completas. Las plazas fuertes están guardadas por extranjeros, y Schafgotsch, sospechoso tiene á sus órdenes á los soldados de la Silesia, Terzky cinco regimientos de caballería y de infantería, y las tropas mejor equipadas en poder de Illo, Kinsky, Butler é Isolani.

MAXIMILIANO.—Y también en poder de nosotros dos.

OCTAVIO.—Porque nos creen de su partido, y piensan seducirnos con brillantes promesas. Por esto me concede los principados de Glatz y de Lagan, y bien veo yo el anzuelo con que cuentan atraparte.

MAXIMILIANO.—¡No, no, no, te digo!

OCTAVIO.—¡Oh! ¡Abre, pues, los ojos! ¿Qué motivo, á tu juicio, nos ha traído á Pilsen? ¿Para consultarnos acaso? ¿Cuándo ha necesitado Friedlandía de nuestros consejos? Hemos sido llamados para vendernos á él, y si nos oponemos... para quedar en rehenes... Por esto no ha venido el Conde Gallas... Y no verías aquí á tu padre, si no lo encadenaran más sagrados deberes.

MAXIMILIANO.—Él no oculta que nos reunimos aquí por su causa... y confiesa que necesita de nuestra ayuda para conservarse en su puesto. Ha hecho tanto por nosotros, que parece justo que le correspondamos.

OCTAVIO.—¿Y sabes tú lo que debemos hacer por él? La embriaguez iracunda de Illo te lo ha dicho. Reflexiona, pues, en lo que has visto y oído. El papel primitivo, el que se retiró, ¿no prueba que la cláusula suprimida era decisiva, y que lo que se pretende de nosotros no puede ser justo?

MAXIMILIANO.—Lo sucedido anoche con ese documento no es para mí otra cosa que una jugada engañosa, imputable sólo á Illo. Este linaje de farsantes aspira siempre á ponerse al frente de todo. Conocen que el Duque está mal con la corte, y creen servirlo si ensanchan la herida hasta hacerla incurable. A mi parecer, el Duque lo ignora todo.

OCTAVIO.—Me duele desvanecer tu buena opinión, tu juicio perfectamente fundado acerca de nuestro General. Sin embargo, no es esta ocasión de escrúpulos... y debes tomar tus medidas con rapidez, y obrar prontamente... Quiero sólo confesarte que todo cuanto te digo, y que tan inverosímil te parece, yo lo he oído... de los labios mismos del Príncipe.

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—¡Nunca!

OCTAVIO.—Él mismo me dijo... lo que yo sabía por otro conducto: que quería pasarse á los suecos, y, á la cabeza del ejército confederado, obligar al Emperador...

MAXIMILIANO.—Es irascible, y la corte lo ha ofendido en lo más vivo; quizás en un momento de mal humor habrá acaso olvidado los consejos de la prudencia.

OCTAVIO.—Tranquilo estaba cuando me lo dijo; y traduciendo por miedo mi sorpresa, me enseñó cartas de suecos y sajones, que le daban esperanzas de obtener seguro auxilio.

MAXIMILIANO.—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¡no puede

ser! ¡Ya ves que esto no puede ser! Tú le hubieras manifestado tu horror, y él hubiera cedido, ó tú... no estarías vivo ahora junto á mí.

OCTAVIO.—Le he expuesto mi opinión, he querido disuadirlo con vivas instancias, con el mayor empeño... aunque haya disimulado profundamente mi horror hacia su conducta, mi verdadera opinión.

MAXIMILIANO.—¿Será posible en tí tanta falsedad? ¡Esto es indigno de mi padre! No te creía cuando hablabas mal de él, y menos ahora, en que á tí mismo te calumnias.

OCTAVIO.—Yo no me proponía conocer todo su secreto.

MAXIMILIANO.—Lealtad exigía su confianza.

OCTAVIO.—Ya no merecía mi sinceridad.

MAXIMILIANO.—Menos digna de tí era la mentira.

OCTAVIO.—No siempre es posible, hijo mío querido, mostrar tanta candidez en la vida, y decir sin ambages lo que sentimos. En lucha continua contra la astucia, la sinceridad acaba al fin por desaparecer... La perversidad, entre otros males, produce el de no engendrar nada bueno. Yo no sutilizo, sólo cumplo mi deber, y mi conducta me ha sido trazada por el Emperador. Acaso fuera mejor seguir en todo los impulsos del corazón, pero entonces sería inútil la prosecución de ciertos fines loables. Lo que importa ahora, hijo mío, es servir bien al Emperador, diga la conciencia lo que le plazca.

MAXIMILIANO.—Yo no debo conocer ni presumir lo que deseas. El Príncipe, según dices tú mismo, te abrió francamente su corazón respecto á un propósito censurable, y tú lo engañaste con buen fin. Calla, te lo ruego... ¡Me arrebatas un amigo!... ¡no me hagas perder un padre!

OCTAVIO. (Reprimiendo sus sentimientos.)—¡Aun no lo sabes todo, hijo mío! Algo más tengo que revelarte. (Pausa.) El Duque de Friedlandia ha hecho sus preparativos. Confía en su estrella. Piensa que nos cogerá desprevenidos... cree

que se apoderará sin obstáculo de la corona de oro. Se equivoca... Nosotros tampoco nos desconfiamos. Lo que le espera, es un fin malhadado y misterioso.

MAXIMILIANO.—¡Que no os precipitéis, oh padre! ¡Os conjuro por cuanto amáis! ¡Nada de aturdimiento!

OCTAVIO.—En silencio recorre él su funesto camino, y silenciosa y astuta lo persigue la venganza. Invisible y espiada está á su lado, y, sólo con dar un paso más, lo alcanzará de un modo horrible... Ya has visto conmigo á Quertenberg, pero no conoces más que su misión pública... Tiene además otra secreta, sólo para mí.

MAXIMILIANO.—¿Puedo saberla?

OCTAVIO.—¡Maximiliano!... La suerte del imperio depende de una sola palabra, y la vida de tu padre queda en tus manos... Amas á Wallenstein, únete á él apretado lazo, y lo respetas desde tus primeros años... Tú acaricias el deseo... ¡Oh! Déjame que prevenga tu vacilante confesión... Tú abrigas la esperanza de unirte á él más estrechamente.

MAXIMILIANO.—¡Padre!

OCTAVIO.—Yo me fío de tu corazón; pero ¿tengo la seguridad de que podrás dominarte? ¿Podrás reprimirte, hasta el punto de presentarte sereno delante de ese hombre, si te declaro cuál es la suerte que le está reservada?

MAXIMILIANO.—¿Cuando ya me has revelado todo su delito! (Octavio toma un papel de una cajita, y se lo entrega.) ¿Qué es? ¿Cómo? ¿Una carta del Emperador?

OCTAVIO.—Léela.

MAXIMILIANO. (Después de pasar la vista por ella.)—¡El Príncipe condenado y proscrito!

OCTAVIO.—Así es.

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¡Esto ha ido ya demasiado lejos! ¡Error deplorable!

OCTAVIO.—¡Lee más! ¡Reanimate!

MAXIMILIANO. (Después de leer un poco, mirando sorprendido á su padre.)—¿Cómo? ¿Es posible? ¿Tú? ¿Tú eres...

OCTAVIO.—Sólo por el momento... y hasta que el Rey de Hungría se presente al ejército, se me encarga del mando...

MAXIMILIANO.—Y ¿crees que se lo arrancarás? No hay que pensarlo. ¡Triste misión la tuya, padre, padre, padre! Este papel... este papel, ¿podrá valer aquí algo? ¿Desarmar á un hombre todopoderoso, en medio de su ejército, rodeado de tantos miles de partidarios? ¿Eres perdido... sí, todos lo somos!

OCTAVIO.—Bien sé á lo que me expongo. Estoy en las manos del Señor, que amparará con su égida á la casa piadosa del Emperador y deshará esa infernal trama. Quédanle aún fieles servidores, y hasta en el campamento hay hombres leales, que se sacrificarán por la buena causa. Los fieles viven vigilantes, y observan á los demás. Aguardo sólo el primer paso, y en seguida...

MAXIMILIANO.—¿Ha de bastarte sólo una sospecha, para obrar con esa precipitación?

OCTAVIO.—Las acciones tiránicas son incompatibles con el Emperador. No quiere castigar la intención, sino los actos. El Príncipe tiene todavía el destino en sus manos... Si no lleva á cabo su crimen, se le despojará del mando sin ruido, y se le entregará al hijo de su Emperador. Un destierro honroso en sus dominios será para él un bien, no un mal. Sin embargo, el primer paso sensible...

MAXIMILIANO.—¿Qué quieres decir con eso? Nunca lo dará. Podrías tú acaso... lo has hecho ya... interpretar como criminal lo más inocente.

OCTAVIO.—Por punibles que sean los propósitos del Príncipe, sus actos públicos pueden calificarse hasta ahora con benevolencia. Yo no pienso hacer uso de este rescripto hasta que pruebe algún hecho su alta traición, de un modo incontrovertible, y que sin apelación lo condene.

MAXIMILIANO.—Y ¿quién ha de ser el juez?

OCTAVIO.—Tú mismo.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Entonces es inútil esta carta, puesto que me has dado tu palabra de que nada harás hasta que yo mismo me convenza.

OCTAVIO.—¿Es posible? ¿Todavía... después de todo lo que sabes, crearás en su inocencia?

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—Tu juicio puede equivocarse, no mi corazón. (Prosiguiendo más moderado.)—Los genios no han de medirse como los demás mortales. Así como él hace depender su suerte de los astros, así su carrera es maravillosa, llena de misterio, y perpetuamente incomprendible. Créeme, se le juzga con injusticia. Todo se aclarará. Le veremos salir inmaculado de tan negras sospechas.

OCTAVIO.—Esperaré.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—**EL AYUDA DE CÁMARA**, y, poco después,
UN CORREO.

OCTAVIO.—¿Qué hay?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Un correo espera á la puerta.

OCTAVIO.—¿Tan temprano! ¿Quién es? ¿De dónde viene?

EL AYUDA DE CÁMARA.—No ha querido decirme lo.

OCTAVIO.—Que éntre. Que nadie se entere. (Vase el Ayuda de cámara, y entra un Corneta.) ¿Eres tú, Corneta? ¿Vienes de parte del Conde Gallas? Dáme la carta.

EL CORNETA.—Mi comisión es verbal. El General no se fiaba...

OCTAVIO.—¿Cuál es?

EL CORNETA.—Os dice... pero ¿puedo hablar con libertad?

OCTAVIO.—Mi hijo lo sabe todo.

EL CORNETA.—;Ya es nuestro!

OCTAVIO.—¿Quién?

EL CORNETA.—Sesina, el negociador.

OCTAVIO. (Con rapidez.)—¿Está en nuestro poder?

EL CORNETA.—En el bosque de Bohemia lo apresó el capitán Mohrbrand anteayer, cuando caminaba hacia Ratisbona en busca de los suecos para llevarles despachos.

OCTAVIO.—;Y los despachos...

EL CORNETA.—El General los ha enviado á Viena con el negociador.

OCTAVIO.—;Al fin, al fin! ¡Gran noticia! Este hombre es un verdadero hallazgo, y por él sabremos cosas importantes... ¿Se encontraron muchos despachos?

EL CORNETA.—Seis paquetes, con las armas del Conde Terzky.

OCTAVIO.—¿Ningún escrito del Príncipe?

EL CORNETA.—No, que yo sepa.

OCTAVIO.—¿Y Sesina?

EL CORNETA.—Se intimidó sobremanera, cuando se le dijo que iría á Viena. El Conde Altringer le ha consolado y prometídole benevolencia, si llega á confesarlo todo.

OCTAVIO.—¿Está Altringer con vuestro General? Me habían dicho que se hallaba en Linz enfermo.

EL CORNETA.—Seis días hace ya que está en Frauenberg con el General. Han reunido sesenta banderas de tropas escogidas, y os participan que sólo esperan vuestras órdenes.

OCTAVIO.— Muchas cosas pueden suceder en pocos días. ¿Cuándo os marcháis.

EL CORNETA.— Estoy á vuestra disposición.

OCTAVIO.— Quedaos hasta la noche.

EL CORNETA.— Bien. (Hace ademán de irse.)

OCTAVIO. — ¡Nadie te ha visto?

EL CORNETA. — Nadie. Los capuchinos, como siempre, me introdujeron por el póstigo del convento.

OCTAVIO. — Márchate, descansa y mantente oculto. Cree que podré despacharte antes que llegue la noche. Los negocios caminan á su desenlace, y antes de transcurrir el día fatal, que ahora rompe, ha de decidirse la suerte.

(Vase el Corneta.)

ESCENA III.

Los dos PICCOLOMINI.

OCTAVIO. — ¡Y ahora, hijo mío! Pronto veremos claro... porque todo, según me consta, pasaba por las manos de Sesina.

MAXIMILIANO. (Que, durante toda esta escena, ha sido presa de una lucha interior violenta, con resolución.) — Yo veré la luz por el camino más corto. ¡Adiós!

OCTAVIO. — ¡Adónde vas? Quédate aquí.

MAXIMILIANO. — Voy á buscar al Príncipe.

OCTAVIO. (Asustado.) — ¡Cómo?

MAXIMILIANO. (Volviendo.) — Si has creído que yo representaría un papel en tu juego, te has equivocado. Mi camino es completamente recto. No puedo decir verdad con la lengua, y engañar con el corazón... ni tolerar que nadie se fie de mí como de un amigo, y cargar así mi conciencia, diciéndome que obra á sus riesgos y peligros, y que mi boca no le engaña. Yo me vendo por lo que soy. Hoy lo provocaré á sincerarse ante el mundo, y á romper tu artificiosa trama con un golpe decisivo.

OCTAVIO. — Quisieras tú...

MAXIMILIANO. — Lo quiero, sin duda alguna.

OCTAVIO. — Sí, seguramente; yo he errado al juzgarte. Te conceptuaba un hijo sensato, que bendeciría la mano benéfica; que había de salvarte del abismo... y descubro que estás ciego, que tus ojos te extravían; y que, oscurecidos por la pasión, ni aun ven la clara luz del mediodía. Vé, pues; pregúntale. Sé insensato hasta el extremo de revelarle el secreto de tu padre y de tu Emperador. Oblígame á romper antes de tiempo. Y ahora, ya que por obra del cielo se ha guardado mi secreto, y ha dormido la mirada penetrante de la sospecha, que viva yo lo bastante para presenciar el espectáculo de ver á mi hijo, imprevisor y arrebatado, destruyendo los planes trabajosos de la política.

MAXIMILIANO. — ¡Oh! ¡cuánto maldigo esa política! Lo excitaréis por ella á precipitarse... Si; podéis hacerlo culpable, puesto que deseáis que lo sea. ¡Oh! Esto no puede acabar bien... y decidase como quiera, presiento que ha de ser funesto el desenlace... Este Rey, si sucumbe, arrastrará un mundo entero en su caída, y como un bajel, que se incendia en medio de la mar, revienta y arrastra consigo á toda la tripulación, lanzándola entre las olas y el cielo, así también todos nosotros, unidos á su fortuna, le seguiremos también en el abismo. Haz lo que quieras, pero deja que yo te imite. No ha de haber celaje alguno entre él y yo, y antes de espirar este día, he de saber si he perdido un amigo ó un padre. (Al salir, cae el telón.)

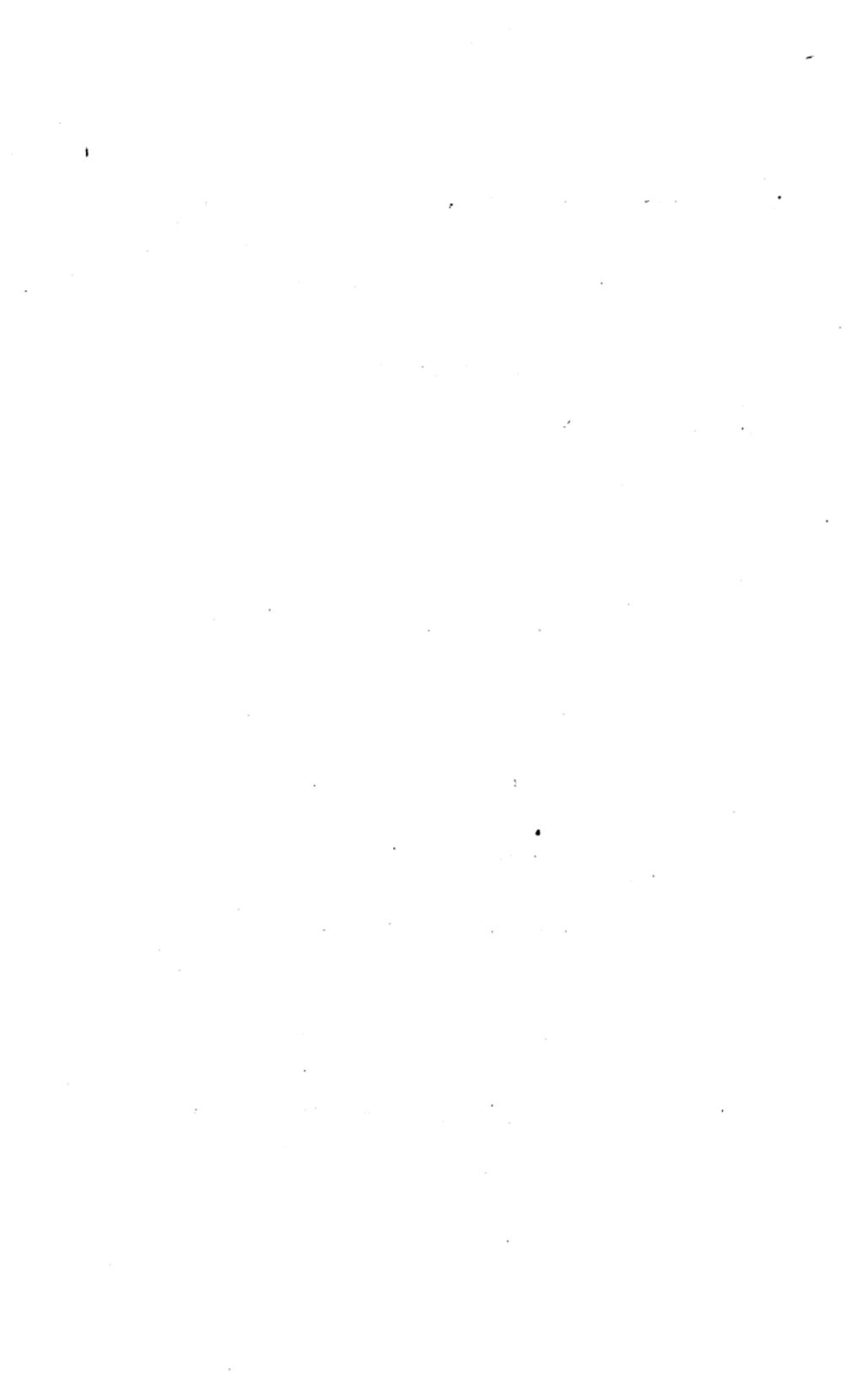
LA MUERTE DE WALLENSTEIN.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

WALLENSTEIN.
OCTAVIO PICCOLOMINI.
MAXIMILIANO PICCOLOMINI.
TERZKY.
ILLO.
ISOLANI.
BUTLER.
EL CAPITÁN NEUMANN.
EL CORONEL WRANGEL. *enviado sueco.*
GORDON, *Comandante de Egra.*
EL MAYOR GERALDIN.
DEVEREUX, } *Capitanes del ejército de Wallenstein.*
MACDONALD, }
UN CAPITÁN SUECO.
UNA DIPUTACIÓN DE CORACEROS.
EL BURGOMAESTRE DE EGRA.
SENI.
LA DUQUESA DE FRIEDLANDIA.
LA CONDESA TERZKY.
TECLA.
LA SEÑORITA DE NEUBRUNN, *dama de la Princesa.*
ROSENBERG, *Escudero de la Princesa.*
Dragones, Criados, Pajes, pueblo.

En los tres primeros actos la escena es en Pilsen, y en los dos últimos en Egra.



ACTO PRIMERO.

Habitación preparada para trabajos astrológicos, con esferas, mapas, cuadrantes y otros instrumentos de astronomía. La cortina de una rotonda está levantada, viéndose las imágenes de los siete planetas, cada una en un nicho, alumbradas con luz incierta y extraña. Seni observa las estrellas, y Wallenstein está delante de una mesa, en la cual se halla trazado el curso de los mismos planetas.

ESCENA PRIMERA.

WALLENSTEIN.—SENI.

WALLENSTEIN.—Basta ya, Seni. ¡Baja! El día viene, y Marte reina ahora. No conviene trabajar más. ¡Ven! Bastante sabemos ya.

SENI.—Déjeme V. A. observar sólo á Venus. Ahora mismo sale. Como un sol brilla en el Oriente.

WALLENSTEIN.—Sí, ahora se halla en su perigeo, é influye en la tierra con todo su poder. (Examinando las figuras de la mesa.) ¡Afortunado aspecto! Así se forma el misterioso triángulo, y los dos planetas favorables, Júpiter y Venus, refrenan en su centro á Marte, maléfico y adverso, obligando á servirme á ese fautor de desdichas. Largo tiempo me ha sido contrario; y ya con sus rayos rectos ú oblicuos, ya en cuadratura, ya por duplicado, lanzaba sus rojizos destellos contra mis astros, y anulaba sus virtudes benéficas. Ya

han vencido á mi antiguo enemigo, y lo tienen encadenado en el cielo.

SENI.— Y los dos grandes luminares están libres de todo maleficio. Saturno, incapaz de dañar, y sin poder, *in cadente domo*.

WALLENSTEIN. — Ha pasado el imperio de Saturno, el que influye en el nacimiento de las cosas en el seno de la tierra, y en las profundidades del alma, y en cuanto teme á la luz. Ya no es tiempo de pensar y de reflexionar, porque Júpiter, brillante, domina y arrastra violentamente al reino de la luz todos los trabajos preparados en las tinieblas... Menester es ahora obrar con rapidez, ántes que la dicha huya otra vez de mi cabeza, porque no hay estabilidad alguna en las cosas del cielo. (Llaman á la puerta.) Llaman. Mira quién es.

TERZKY. (Desde fuera.) — ¡Abrid!

WALLENSTEIN. — ¿Terzky? ¿Es algo urgente? Estamos ocupados.

TERZKY. (Desde fuera.) — Abandonadlo todo, yo os lo suplico. No es posible esperar.

WALLENSTEIN. — ¡Abre, Seni! (Mientras abre Seni, corre la cortina Wallenstein.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN y el CONDE TERZKY.

TERZKY. (Entrando.) — ¿Lo sabes ya? Ha sido hecho prisionero, y entregado por Gallas al Emperador.

WALLENSTEIN. (A Terzky.) — ¿Quién ha sido hecho prisionero? ¿Quién ha sido entregado?

TERZKY. — Quien conoce nuestro secreto en toda su ex-

tensión, nuestros tratos con suecos y sajones, aquel por cuyas manos ha pasado todo...

WALLENSTEIN. (Retrocediendo.) — ¿No será Sesina? ¡Dime que no, yo te lo ruego!

TERZKY. — Los agentes de Gallas lo apresaron en su camino directo á Ratisbona, á buscar á los suecos, después de haberlo acechado largo tiempo. ¡Llevaba consigo un paquete de despachos míos á Kinsky, Matías Thurn, Oxenstern y Arnheim! Todo ha caído en su poder, y ahora sabrán cuanto se ha hecho.

ESCENA III.

Los NISMOS. — ILLO.

ILLO. (A Terzky.) — ¿Lo sabe ya?

TERZKY. — Lo sabe.

ILLO. (A Wallenstein.) — ¿Esperas todavía hacer las paces con el Emperador y recobrar su confianza? Si fuese así, renunciarías á tus proyectos de buen grado. Pero ya los conocen. Es preciso, pues, seguir hacia adelante, no retroceder.

TERZKY. — Tienen entre sus manos documentos fehacientes contra nosotros.

WALLENSTEIN. — No escritos por mí. Te los atribuiré, y te acusaré de impostor.

ILLO. — ¿Cómo? ¿Crees acaso que lo negociado por éste, por tu cuñado, y en tu nombre, no lo cargarán á tu cuenta? ¿Para los suecos valen sus tratos como tuyos, y no valdrán para tus enemigos de Viena?

TERZKY. — Nada hay escrito por tí... pero recuerda hasta dónde has llegado en tus conversaciones con Sesina. ¿Se

callará? Si puede salvarse revelando tus secretos, ¿no lo hará?

ILLO. — ¿No se te ocurre lo mismo? Y puesto que averiguarán ahora hasta dónde has llegado, díme: ¿qué esperas? Tu mando no puedes conservarlo, y, si lo dejas, eres hombre perdido.

WALLENSTEIN. — El ejército es mi garantía. El ejército no me abandona. Sepan cuanto quieran, la fuerza está de mi parte, y han de ceder... y si protesto de mi fidelidad, se darán por satisfechos.

ILLO. — El ejército es tuyo; es tuyo ahora por el momento, es tuyo; pero tú teme el influjo lento y silencioso del tiempo. La adhesión de las tropas te protegerá hoy y mañana de toda violencia; pero si dejas pasar los días, insensiblemente llegarán á pensar bien, como tú ahora, y con astucia te serán arrebatados uno á uno... hasta que sobrevenga el gran cataclismo, que derribe ese edificio frágil y engañoso.

WALLENSTEIN. — ¡Es una eventualidad infausta!

ILLO. — ¡Oh! fausta la llamaría yo, si, como debe ser, influye en tí lo bastante para excitarte á obrar con actividad... El coronel sueco...

WALLENSTEIN. — ¿Ha llegado? ¿A qué viene?

ILLO. — Sólo á tí lo dirá.

WALLENSTEIN. — ¡Funesta, funesta casualidad!... Sí; sin duda alguna Sesina sabe demasiado para callar.

TERZKY. — Es un desertor bohemio y un rebelde, y condenado á muerte, y si puede salvarse á tu costa, no tendrá escrúpulo en hacerlo. ¿Y si lo someten á la tortura, él, co-barde, podrá resistirla?

WALLENSTEIN. (Abismado en sus reflexiones.) — Es imposible recobrar la confianza perdida, y haga yo lo que quiera, seré siempre para ellos un traidor á la patria. Si vuelve honradamente á cumplir mi deber, tampoco adelantaré nada...

ILLO.—Esto te perdería. No á tu lealtad, se atribuiría á tu impotencia.

WALLENSTEIN. (Paseándose inquieto á uno y otro lado.)—¿Cómo? ¿He de realizar ahora formalmente, lo que sirvió de juguete á mis pensamientos? ¡Maldito sea el que juega con el diablo!

ILLO.—Si ha sido sólo un juego para tí, créeme, habrás de expiarlo seriamente.

WALLENSTEIN.—¿Y ha de ser preciso realizarlo ahora, y ha de suceder ahora, cuando el poder es mío?

ILLO.—Lo más pronto posible, antes que resuene el golpe en Viena, y te prevengan...

WALLENSTEIN. (Examinando el papel firmado.)—Tengo por escrito las promesas de los generales... Maximiliano Piccolomini no está aquí. ¿Por qué no?

TERZKY.—Era... creía...

ILLO.—¡Pura extravagancia! Esto no es necesario entre tú y él.

WALLENSTEIN.—No es necesario, es verdad; tenía razón sobrada... Los regimientos no quieren marchar á Flandes, y me han enviado una solicitud oponiéndose abiertamente á su salida. El primer paso para la sedición está ya dado.

ILLO.—Créeme; más fácil te será llevarlos al enemigo, que ponerlos á las órdenes del español.

WALLENSTEIN.—Quiero oír, sin embargo, lo que ha de decir el sueco.

ILLO. (Con precipitación.)—¿Queréis llamarlo, Terzky? Está ahí fuera.

WALLENSTEIN.—Espera un poco. Me han sorprendido... Esto sobreviene promaturamente... No estoy acostumbrado á que la casualidad me domine, y á que me arrastre consigo ciega.

ILLO.—Escúchalo primero, y reflexiona después. (Vanse.)

ESCENA IV.

VALLENSTEIN, hablando consigo mismo.

¿Será posible? ¿Ya no puedo hacer lo que quería? ¿Ni retroceder, si me agrada? ¿He de ejecutar un hecho, sólo por haberlo pensado, por no haber rechazado la tentación... y porque á mi corazón ha servido este sueño de alimento, por allegar los medios inciertos de realizarlo, simplemente por tener abierto ese camino? ¡Oh gran Dios del cielo! No era un propósito formal; nunca fué cosa resuelta. Agradábame sólo pensarlo; la libertad y el poder me encantaban. ¿Era acaso injusto que mi fantasía se regocijase con la esperanza de reinar? ¿Mi voluntad no era libre en mi pecho, y no tenía á mi alcance la buena senda, siempre pronta para la vuelta? ¿Adónde me veo llevado de improviso? Detrás de mí no hay salida, y lo veda una muralla levantada por mí, cuyo recinto me impide el regreso. (Quédase profundamente pensativo.) Parezco culpable; y, por más que me empeñe, no puedo arrojar de mí esa culpa, porque me acusa la doblez de mi vida... y hasta la pureza de las acciones más inofensivas se convertirán en sospecha ponzoñosa. Si yo fuese traidor, como aparento serlo, hubiese cuidado de no parecerlo, me hubiera rodeado de un velo, y jamás expresara mi descontento. Sabía que era inocente, y mi voluntad recta, y daba libre vuelo á mis caprichos y á mi pasión... La palabra era atrevida porque no lo eran mis hechos. Lo que ha sucedido al acaso lo convertirán en algo mal intencionado, efecto de un plan preconcebido, y las palabras, hijas de la cólera y de la libertad de que disfrutaba, pronunciadas en la superabundancia de

mi corazón, serán interpretadas como una urdimbre bien tejida, en la cual querrán envolverme, sirviendo de terrible acusación, que me hará enmudecer. Así me rodea una red preparada por mí mismo para mi ruina, de la cual sólo puede librarme la violencia. (Nueva pausa.) Y ¡cómo ha de ser de otra manera! Mi ánimo me arrastra por sí á todo lo audaz, la necesidad me obliga con su imperio, y mi propia conservación lo exige. El aspecto de la necesidad es formidable sin duda. No sin temblar penetra la mano del hombre en la urna misteriosa del destino. En mi pecho, mis acciones eran mías; pero fuera ya del seguro asilo del corazón, su natural asiento, y entregadas al suelo ingrato de la vida, son del dominio de esos poderes maléficos, contra los cuales nada puede la humana industria. (Paséase á grandes pasos, y se queda luego pensativo.) Y ¡cuál es tu propósito? ¡Lo has examinado y puedes expresarlo? Quieres derribar un poder, pacífico, seguro en su trono, fundado en la tradición y en posesión sacrosanta y antiquísima, y arraigado con mil tiernas raíces en la cándida y piadosa fe de los pueblos. No se trata ahora del choque de dos fuerzas, que no temo. Yo puedo aventurarme contra un enemigo cualquiera, siempre que mis ojos encuentren los suyos, y cuyo valor, sea el que fuere, inflama el mío. Invisible es el adversario, á quien tengo miedo, que combate contra mí en el pecho de los hombres, y que me infunde sólo timidez invencible. No; no es peligroso ni formidable lo lleno de fuerza y de vida, sino lo vulgar, lo de ayer, y siempre de ayer, lo que era siempre y siempre vuelve, y mañana vale porque vale hoy. La costumbre hace al hombre, la costumbre lo amamanta. ¡Ay de aquel que conmueve su antiguo y sagrado hogar, la herencia amada de sus abuelos! Los años lo sacrifican todo. Lo respetable para la ancianidad es divino para el hombre. El que posee, tiene el derecho de su parte, y la muchedumbre lo defenderá como

sagrado. (Al paje, que entra.) ¡El coronel sueco? ¿Está ahí? Si lo está, que éntre. (Vase el paje, Wallenstein clava en la puerta su mirada pensativa.) ¡Aun no se ha profanado... aun no! El crimen no ha traspasado sus umbrales... ¡Tan estrecho es el límite que separa á las dos sendas de la vida!

ESCENA V.

WALLENSTEIN y WRANGEL.

WALLENSTEIN. (Después de echar sobre el coronel una mirada penetrante.) ¿Os llamáis Wrangel?

WRANGEL.—Gustavo Wrangel, coronel del regimiento de Sudermania.

WALLENSTEIN.—Un Wrangel fué el que me hizo mucho daño delante de Stralsund, y cuya tenaz resistencia impidió que la ciudad se me rindiera.

WRANGEL.—Obra fué de los elementos, señor Duque, no de mi mérito. El Belt, con su tempestad violenta, defendía la libertad de la ciudad, y la mar y la tierra no obedecían á un mismo señor.

WALLENSTEIN.—Me arrebató de la cabeza el sombrero de almirante.

WRANGEL.—Vengo á poner en ella una corona.

WALLENSTEIN. (Sentándose, y haciéndole señal de que se siente.)—Vuestras credenciales. ¿Tenéis plenos poderes?

WRANGEL. (Vacilando.)—Hay que resolver algunas dudas...

WALLENSTEIN. (Después de leer la credencial.)—La carta tiene todos los requisitos necesarios. Es hombre sagaz é inteligente vuestro superior, señor Wrangel. El Canciller escribe que sólo se propone realizar el proyecto del Rey difunto, al ayudarme á alcanzar la corona de Bohemia.

WRANGEL.—Y dice la verdad. El bienaventurado Monarca

estimaba en sumo grado el talento sobresaliente y las prendas militares de V. A., y acostumbraba decir que debía ser rey quien sabía mandar así.

WALLENSTEIN. — Podía decirlo como pocos. (Tomando su mano con familiaridad.) A la verdad, señor Wrangel, también en el fondo de mi corazón fui siempre buen sueco... y lo habéis observado en Silesia y Nuremberg. Os he tenido en mis manos con frecuencia, y siempre os dejaba una salida para escapar. Esto es lo que no me perdonan en Viena, y lo que me obliga ahora á dar este paso... Y puesto que nuestros intereses son los mismos, tengamos unos con otros plena confianza.

WRANGEL.— Ya vendrá la confianza, cuando haya por ambas partes suficientes garantías.

WALLENSTEIN.—El Canciller, según me parece, no se fía completamente de mí. Sí, lo confieso... El juego no me favorece demasiado. Cree S. E. que, cuando yo hago esto con el Emperador, á quien sirvo, bien puedo hacer lo mismo con el enemigo, y esta traición sería más perdonable que aquella. ¿No opináis así también, señor Wrangel?

WRANGEL.—Yo desempeño tan sólo un cargo, y no me compete formular ninguna opinión.

WALLENSTEIN.—El Emperador me ha impulsado á llegar á este extremo. Ya no puedo servirle lealmente. Por mi propia conservación, movido por la necesidad, doy yo este paso trabajoso, que reprueba mi conciencia.

WRANGEL.—Lo creo. Nadie va tan lejos sin verse obligado á ello. (Pausa.) A nosotros no nos corresponde interpretar ni juzgar vuestra conducta con vuestro Emperador y dueño. Los suecos pelean por su buena causa, con su buena espada y su conciencia. Las circunstancias, la ocasión es favorable á nosotros; las aprovechamos sin escrúpulo, si se presentan, porque así ha de hacerse en tiempo de guerra; y si todo se muestra propicio...

WALLENSTEIN.—¿De qué, pues, se recela? ¿De mi voluntad? ¿De mis recursos? He prometido al Canciller, que si me confia diez y seis mil hombres, y los reuno con otros diez y ocho mil del Emperador...

WRANGEL.—Se mira á V. A. como á un guerrero de primer orden, como á un segundo Atila ó un segundo Pirro. Todavía se habla con estupor de que V. A., hace años, contra la opinión común, organizara un ejército de la nada. Y sin embargo...

WALLENSTEIN.—¿Sin embargo?

WRANGEL.—Su Excelencia opina que es más fácil crear de la nada un ejército de diez y seis mil hombres, que arrastrar la sexagésima parte de... (Se detiene.)

WALLENSTEIN.— ¡Á qué? ¡Hablad sin rebozo!

WRANGEL.— Á ese perjurio.

WALLENSTEIN.— ¡Lo cree así? Piensa á lo sueco y á lo protestante. Vosotros, luteranos, peleáis por vuestra Biblia, y os preocupáis de vuestra causa. Seguíis de todo corazón vuestras banderas... Quien se pasara, pues, al enemigo, infringiría un doble deber. De nada de esto hay que hablar entre nosotros...

WRANGEL.— ¡Santo Dios! ¿No hay, pues, aquí en este país, ni patria, ni hogar, ni fe?

WALLENSTEIN.— Os diré lo que sucede... Sí; el austriaco tiene patria, y la ama, y tiene razón para amarla; pero este ejército, que se llama imperial, y acampa aquí, en Bohemia, no la tiene. Está formado de la hez extranjera, del deshecho del pueblo, y nada más posee que la luz del sol. Y esta tierra de Bohemia, por la cual peleamos, no es afecta á su Monarca, y lo obedece por la fuerza, no por su libre elección. Murmurando sufre la tiranía religiosa, y la violencia la ha sometido por el miedo, pero no le ha dado la paz. Se recuerdan con rabia y sed de venganza los horrores que se han cometido en su territorio. ¿Cómo ha de olvidar

un hijo que se ha llevado á misa á su padre, azuzándole perros? Temible es el pueblo, que ha sufrido esto, ya se venga, ya tolere estos tormentos.

WRANGEL.—Pero, ¿y la nobleza y los oficiales? Semejante apostasía, felonía de esta índole, señor Duque, no encuentra ejemplo en la historia.

WALLENSTEIN.—Son míos incondicionalmente. No os fiéis de mí, sino de vuestros propios ojos. (Dale el papel del juramento. Wrangel lo lee, y después lo deja callado en la mesa.) ¿Qué os parece? ¿Lo comprendéis ahora?

WRANGEL.—¿Que lo entienda quien pueda entenderlo! Señor Príncipe, caiga ya mi máscara... ¡Sí! Tengo plenos poderes para resolverlo todo. El Ringrave dista sólo de aquí cuatro jornadas con quince mil hombres, y espera la orden de unirse á vuestro ejército. Yo la extiendo, si convenimos.

WALLENSTEIN.—¿Cuál es la pretensión del Canciller?

WRANGEL. (Con solemnidad.)—Se trata de doce regimientos suecos, y responde mi cabeza. Todo esto podría no ser al fin más que un falso juego...

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndole.)—¿Señor sueco!

WRANGEL. (Continuando tranquilo.)—Y es indispensable que el Duque de Friedlandia rompa formalmente con el Emperador, y no le sea posible retroceder, aunque quiera, porque de otro modo no se le confiará ni un soldado sueco.

WALLENSTEIN.—Pero, ¿qué exige? decidlo pronto, sin rodeos.

WRANGEL.—Que se desarmen los regimientos españoles afectos al Emperador, que sea ocupada Praga, y que esta ciudad y la fortaleza de Egra sean entregadas á los suecos.

WALLENSTEIN.—¿Mucho pide! ¡Praga! Valga por Egra; pero Praga? No proseguid. Os doy todas las garantías razonables que exijáis; pero Praga... la Bohemia, puedo yo mismo defenderla.

WRANGEL. — No se duda. Ni aun nos ouidamos nosotros de hacerlo. No nos agrada haber perdido inútilmente tantos hombres y tanto dinero.

WALLENSTEIN. — Justo parece.

WRANGEL. — Y mientras no seamos indemnizados, Praga nos servirá de garantía.

WALLENSTEIN. — ¿Tan poca confianza os inspiramos?

WRANGEL. (Levantándose.) — Los suecos se han de precaver de los alemanes. Se nos ha llamado del otro lado del Báltico, y hemos salvado al imperio de su ruina... con nuestra sangre hemos sellado la libertad de conciencia, la santa enseñanza del Evangelio. Pero ya ahora nadie se acuerda del beneficio recibido; sólo pesa la carga, y se mira de mal ojo al extranjero que ocupa el territorio, y de buen grado nos enviarían á nuestros bosques dándonos un puñado de oro. ¡No! ¡No hemos dejado á nuestro rey en el campo de batalla por el salario de Judas, por el oro ni por la plata, viles metales! ¡La noble sangre de tantos suecos no ha corrido por el oro ni por la plata! No queremos devolver nuestras banderas á la patria, adornadas sólo de laureles. Queremos quedarnos como ciudadanos de un suelo, conquistado por la muerte de nuestro Rey.

WALLENSTEIN. — Ayudadme á derribar al enemigo común, y no os faltarán bellas fronteras.

WRANGEL. — Y cuando el enemigo común yazga por tierra, ¿quién reanudará esta alianza? Sabemos, señor Príncipe... aunque los suecos nada tengan que decir á esto... que V. A. negocia secretamente con los sajones. ¿Quién nos garantiza de no ser las víctimas propiciatorias de tratos, que se juzga útil ocultar?

WALLENSTEIN. — Bien elige el Canciller sus servidores, porque fuera difícil encontrar otro más tenaz. (Levantándose.) Ofreced otras cláusulas más aceptables, y no hablemos más de Praga.

WRANGEL.—Mis plenos poderes se limitan á esto.

WALLENSTEIN.—¡Entregaros mi capital! Prefiero volver de nuevo... á mi Emperador.

WRANGEL.—Si es tiempo,

WALLENSTEIN.—Puedo hacerlo ahora todavía, siempre que quiera.

WRANGEL.—Quizás hace poco días, hoy no... Ya no, estando prisionero Sesina. (Wallenstein se calla sorprendido.) Creemos, señor Príncipe, que V. A. obra lealmente; desde ayer estamos seguros... Y puesto que este documento nos sirve de garantía respecto á las tropas, no hay ya obstáculo para que no sea completa nuestra confianza. Praga no debe, pues, desunirnos. El Canciller, mi señor, se contenta con la Ciudad Vieja, y os deja el Ratschín y el barrio pequeño. Pero Egra, sobre todo, ha de ser nuestra, y sin esta condición precisa no hay que hablar de juntarnos.

WALLENSTEIN.—¿Yó debo, pues, fiarme de vosotros, y vosotros no fiaros de mí? Reflexionaré sobre lo que me proponéis.

WRANGEL.—Pero no largo tiempo, os ruego. Dos años hace ya que duran estas negociaciones; y si no dan ahora resultado, el Canciller está resuelto á romperlas para siempre.

WALLENSTEIN.—Mucha prisa me dais. Digno de meditación es, sin duda, este paso.

WRANGEL.—Rápida actividad, no largas meditaciones, es la mejor garantía del buen éxito. (Vase.)

ESCENA VI.

WALLENSTEIN, TERZKY é ILLO, que vuelven.

ILLO.—¿Se acabó?

TERZKY.—¿Os habéis convenido?

ILLO.—Este sueco ha salido muy satisfecho. Si, ya os habéis puesto de acuerdo.

WALLENSTEIN.—¡Oídme! Nada hay resuelto, y... bien considerado, será preferible no hacer nada.

TERZKY.—¿Cómo? ¿Qué dices?

WALLENSTEIN.—¿Vivir por gracia de estos suecos, de estos suecos tan fatuos? No puedo sufrirlo.

ILLO.—¿Eres algun fugitivo para ellos, que mendiga su protección? Les das más de lo que recibes.

WALLENSTEIN.—¿Qué sucedió á aquel gran condestable de Borbón, que fué traidor á su patria, y enemigo de ella, y la hirió como un parricida? La deshonra fué su recompensa, y su acción desnaturalizada y criminal sólo excitó en todos horror.

ILLO.—¿Te encuentras tú en su caso?

WALLENSTEIN.—La lealtad, os digo, es para todo hombre como su más próximo pariente, y todos se creen nacidos para vengarla. La enemistad de las sectas, el odio de los partidos, la envidia inveterada, la rivalidad pueden reconciliarse algún día; cuanto rabia en el mundo por destruirse, se apacigua, se concierta en hacer la guerra al enemigo común de la humanidad, á perseguirlo como á una bestia feroz, que fuerza el recinto seguro, en donde el hombre se mantiene oculto... puesto que la prudencia individual no basta por sí sola á protegerlo. Sólo en la

frente ha dado la naturaleza luz á los ojos, y la lealtad y la confianza son las únicas égidas que lo amparan por la espalda.

TERZKY.—No pienses de tí mismo peor que piensan tus enemigos, que te alargan la mano con alegría. No opinaba tan rígidamente aquel Carlos, tío y abuelo de esta casa imperial, que recibió al condestable de Borbón con los brazos abiertos, porque la propia conveniencia es soberana del mundo.

ESCENA VII.

Los mismos y la condesa TERZKY.

WALLENSTEIN.—¿Quién os llama? Las señoras nada tienen que hacer aquí.

LA CONDESA.—Vengo á ofrecer mi felicitación. ¿Me he adelantado acaso? No lo espero.

WALLENSTEIN.—Influye tú, Terzky. Mándale que se vaya.

LA CONDESA.—Ya he dado un rey á Bohemia.

WALLENSTEIN.—Más tarde.

LA CONDESA. (A los demás.)—Pero ¿qué hay? Hablad.

TERZKY.—El Duque no quiere.

LA CONDESA.—¿No quiere lo que debe querer?

ILLO.—Probad, intentadlo; en cuanto á mí, terminó mi misión, porque ahora se me habla de lealtad y de conciencia.

LA CONDESA.—¿Cómo? Cuando todo estaba lejos, y se presentaba á tu vista una senda infinita, tenías resolución y valor... y ahora, cuando el sueño se trueca en realidad, cuando tan próximo está su cumplimiento, y el éxito es seguro, ¿comienzas á vacilar? ¿Sólo eres audaz para trazar

planes, y cobarde para ejecutarlos? ¡Bien! Da la razón á tus enemigos. Aquí es justamente en donde te esperan. Darán crédito de buen grado á tu proyecto, y puedes estar seguro de que te acusarán tus cartas y tu sello. Sin embargo, ninguno cree en la posibilidad del hecho, puesto que entonces te temerían y te atenderían. ¿Es esto posible? Cuando tanto has andado, cuando se sabe lo peor, ya te imputan el hecho como si lo hubieras consumado, ¿quieres retroceder y perder su fruto? Proyectarlo es una acción vulgar, aunque punible; realizarlo, inmortal empresa. Y si el éxito lo corona, todo se perdonará, porque juicio de Dios es la buena fortuna.

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—El coronel Piccolomini.

LA CONDESA. (Con viveza.)—Que espere.

WALLENSTEIN.—Ahora no puedo recibirlo. Otra vez será.

EL AYUDA DE CÁMARA.—Sólo pretende hablaros un instante. Dice que un asunto urgente...

WALLENSTEIN.—¿Quién sabe lo que nos dirá? Quiero oírlo.

LA CONDESA. (Sonriendo.)—Bien urgente puede ser para él. Tú puedes esperar.

WALLENSTEIN.—¿Qué es?

LA CONDESA.—Después lo sabrás. Ocupate ahora en despachar á Wrangel. (Vase el ayuda de Cámara.)

WALLENSTEIN.—Si hubiéese todavía algún medio... la más estrecha salida... la acogería de buen grado, y evitaría apelar al último extremo.

LA CONDESA.—No lo desees, porque existe. Desahucia á ese Wrangel. Renuncia á tus antiguas esperanzas; no te acuerdes más de tu vida anterior, y decidete á comenzar otra nueva. También la virtud tiene sus héroes, como la fama y la fortuna. Vé á Viena á arrojarte á los pies del Emperador; lleva contigo dinero en abundancia, y declara

que sólo has intentado poner á prueba la fidelidad de sus servidores, y burlarte de los suecos.

ILLO. — Tarde es ya también para esto. Se sabe demasiado. Equivaldría á poner su cabeza bajo el hacha del verdugo.

LA CONDESA. — No lo creo. Faltan pruebas para condenarlo legalmente, y no apelarán á lo arbitrario. Se dejará que el Duque se retire tranquilo. Veo bien todo lo que sucederá. Se presentará el rey de Hungría, y se irá el Duque sin más explicaciones. El Rey tomará el juramento á las tropas, y todo entrará en orden. El Duque desaparece una mañana. Después pasará la vida en sus castillos, que se animarán con su presencia. Se cazará, se edificará, habrá en ellos yeguas, se formará una corte; repartirá llaves de gentil-hombre, dará grandes y suntuosos banquetes; en una palabra, será un gran rey... en pequeño. Y por su conducta prudente, reducido ya á no valer nada, ni significar nada, se le dejará brillar cuanto quiera, y será un gran príncipe hasta su muerte. De todas maneras, la verdad es que el Duque es un advenedizo, elevado hasta las nubes por la guerra, un favorito improvisado por la corte, que así hace barones como príncipes.

WALLENSTEIN. (Levantándose muy conmovido.) — ¡Muéstrame, oh Dios misericordioso, un camino salvador en este trance! ¡Muéstrame una senda, que yo pueda seguir!... No me es dado, como á héroe fanfarrón, ó virtuoso charlatán, cobrar bríos en mi voluntad y en mis pensamientos... No puedo decir á la Fortuna, que me vuelve las espaldas, fingiendo magnanimidad: «¡Véte! ¡No te necesito!» Si no me pongo en movimiento, estoy perdido. No temo los sacrificios ni los peligros, que me impidan dar el último, el más decisivo paso. ¡Caiga yo antes en la nada; hágame tan pequeño, habiendo sido tan grande; confúndame el mundo con esos miserables, que nacen y mueren en un día, y que

los presentes y la posteridad pronuncien mi nombre con horror, y que mi título de duque de Friedlandia sea la personificación de todo hecho punible!

LA CONDESA.—¿Qué hay, pues, en esto de contrario á la naturaleza? Yo no lo encuentro; dímelo... ¡Oh! ¡que el espectro sombrío de la superstición no asuste tu clara inteligencia! Te han acusado del crimen de alta traición, sea ó no con justicia, porque no se trata ahora de discutirlo. Tú eres hombre perdido, si no usas sin tardanza del poder que ahora ejerces... Y, siendo así, ¿cuál es el sér más pacífico del mundo, que no defiende su vida con todas sus fuerzas? ¿La necesidad no justifica, pues, la audacia, por grande que ésta sea?

WALLENSTEIN.—Hubo un tiempo, en que Fernando fué conmigo muy obsequioso, en que me amaba, me estimaba y me ponía lo más cerca posible de su corazón. ¿A qué príncipe ha honrado como á mí?... ¡Y acabar de este modo!

LA CONDESA.—¿Tan fielmente recuerdas hasta los más pequeños favores, y hasta tal punto olvidas las ofensas? ¿He de refrescar tu memoria, contándote cómo pagaron tus buenos servicios en Ratisbona? Te enajenaste las simpatías de todas las clases del Imperio, y, por engrandecerlo, cargaste con el odio y la maldición de todos. No tenías un solo amigo en toda Alemania por servir con fidelidad al Emperador. En la tempestad, que se suscitó entonces en Ratisbona, tú solo no le desamparaste... ¡y te dejó él sucumbir! ¡Te ofreció en sacrificio al orgulloso Bávaro! No digas que, al devolvarte tu dignidad, borró su primera y grave injusticia. No fué esto obra de su benevolencia, que la implacable necesidad te colocó en el puesto que de buen grado se rehusaran.

WALLENSTEIN.—Verdad es que no debo mi mando ni á su benevolencia, ni á su afecto. Si abuso, mi abuso no es de confianza.

LA CONDESA.—¿Afecto, confianza? ¡Tenían necesidad de tí! La necesidad, ese tirano exigente, que no se contenta con palabras huecas, ni con farsantes, que quiere obras, no apariencias, busca siempre el más grande y el mejor para confiarle el timón de la nave, aunque haya de elegirlo del populacho... Esa te confió este cargo, y extendió por escrito tu nombramiento, puesto que largo tiempo, tan largo tiempo como le fué posible, se sirvió esa raza de almas de esclavos venales y de máquinas llenas de artificios... Pero cuando las cosas llegan al extremo, y es inútil la farsa, todo cae en las robustas manos de la naturaleza y de estos gigantes de la inteligencia, que sólo á sí mismos obedecen, que con nada transigen, y no admiten más imposiciones que las suyas, jamás las ajenas.

WALLENSTEIN.—¡Verdad es! Siempre me han visto como soy realmente; nunca los he engañado en mi trato con ellos, y nunca estimé como meritorio ocultarles la audacia sin límites de mi carácter.

LA CONDESA.—Al contrario... siempre te has mostrado temible. Así, tú no, que has sido consecuente, ellos han sido los injustos, porque temiéndote, te confiaban el poder. Razón tiene todo carácter, igual siempre á sí mismo, y nada hay más insensato que la contradicción. ¿Fuiste otro ocho años hace, cuando recorriste la Alemania llevándolo todo á sangre y fuego, cuando eras el azote de todas sus provincias, burlándote de todas las leyes del Imperio, sin ejercer otro derecho que el formidable de la fuerza, y derribando cuanto se elevaba en el país para extender el dominio de tu sultán? Ocasión fué aquella de contrarrestar tu orgullosa voluntad y llamarte al orden. No obstante, agradábase al Emperador tu conducta porque le convenía, y autorizaba callado, con su sello imperial, estas violencias. Lo que entonces era justo, porque tú lo hacías en su ventaja, ¿hoy no lo es porque le perjudica?

WALLENSTEIN. (Levantándose.)—Jamás miré yo la cuestión bajo este punto de vista... ¡Sí, verdad es lo que dices! El Emperador, siendo yo el instrumento, hizo cosas en el Imperio contrarias al orden. Y hasta el manto de príncipe que llevo, es debido á mis servicios, que son crímenes.

LA CONDESA.—Confiesa, pues, que entre vosotros no hay que hablar de derecho y de deber, sólo de fuerza y de ocasión. Ha llegado el instante, en que has de hacer la suma total de tu vida; los signos están á tu favor; los planetas te miran benévolos, y te dicen: ¡ya llegó el tiempo de hacerlo! ¿Has medido, pues, vanamente toda tu vida el curso de los astros, manejado cuadrantes y círculos, trazado en estas paredes el zodiaco y la bóveda celeste, y colocado á tu rededor los siete árbitros de la suerte en muda, pero misteriosa posición, sólo por vano juego? ¿Y son ociosos estos preparativos, y ocioso este arte aparente, puesto que no te sirve para nada, y no influye en tí lo más mínimo en los más críticos momentos?

WALLENSTEIN. (Que, mientras tanto, profundamente excitado, se pasea inquieto, y se detiene de improviso, interrumpiendo á la Condesa.)—¡Que venga Wrangel, y que estén tres correos con los caballos ensillados.

ILLO.—¡Al fin! ¡Alabado sea Dios! (Vase precipitadamente.)

WALLENSTEIN.—Es su ángel malo y el mío. Castígalo por mi mano, instrumento de su ambición; y yo presiento que el puñal de la venganza, que se apresta para mi pecho, está aïllado ya. Que no aguarde alegre cosecha el que siembre dientes de dragón. Toda acción punible trae consigo su demonio vengador, la mala esperanza que se abriga en su corazón.

Ya no puede fiarse de mí... y yo no puedo retroceder. Suceda, pues, lo que quiera. La suerte manda, y el corazón es en nosotros el imperioso ejecutor de sus órdenes. (A Terzky.) Que Wrangel éntre en mi gabinete; yo mismo

veré á los correos. Que venga Octavio. (A la Condesa, triunfante.) ¡No te regocijes! porque son envidiosas las deidades, que presiden al destino. Vítores prematuros las ofenden. En sus manos ponemos la semilla, y el éxito sólo decide de nuestra dicha ó de nuestra desventura. (Al salir cae el telón.)



ACTO II.

Un aposento.

ESCENA PRIMERA.

WALLENSTEIN, OCTAVIO PICCOLOMINI, y poco después, MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

WALLENSTEIN.—Desde Linz me dice que está enfermo; pero sé con certeza que se halla oculto en Frauenberg, en casa del Conde Gallas. Asegura á los dos, y mándamelos acá. Encárgate de los regimientos españoles; haz siempre preparativos, y jamás acaba; y si te instan á obrar contra mí, dí que sí, y prosigue como antes. Me consta que te toca en suerte un servicio, que se reduce á estar ocioso. Salva las apariencias en cuanto puedas, porque tu especialidad no son las resoluciones supremas, y por esto te he elegido para desempeñar esta misión. Tus vacilaciones me aprovecharán sobremanera en este caso... Si mientras tanto se declara en mi favor la fortuna, ya sabes lo que has de hacer. (Entra Maximiliano Piccolomini.) Anda, pues, ahora, anciano; véte esta misma noche. Toma mi propio caballo... Éste (A su hijo.) se queda conmigo... Que tu ausencia sea corta. Nos veremos de nuevo, según pienso, alegres y felices.

OCTAVIO. (A su hijo.)—Tenemos que hablar. (Vase.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN, MAXIMILIANO PICCOMOLINI.

MAXIMILIANO. (Acercándose á él.)—Mi General...

WALLENSTEIN.—No lo soy ya tuyo, si te llamas oficial del Emperador.

MAXIMILIANO.—¿Persistes, pues, en abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—He dejado el servicio de S. M. imperial.

MAXIMILIANO.—¿Y quieres dejar también sus soldados?

WALLENSTEIN.—Espero, al contrario, que los vínculos, que á ellos me unen, sean más fuertes y apretados. (Sientase.) Sí, Maximiliano. Nada he querido descubrirte hasta que ha sonado la hora de la acción. La juventud de corazón sano comprende lo justo fácilmente, y es una alegría aplicar el propio juicio, cuando el ejemplo que se ofrece es bueno. Sin embargo, cuando hay que elegir entre dos males ciertos, y el alma lucha con el deber, no gana demasiado; es una ventaja no verse en la obligación de elegir, y la necesidad es un favor... Está presente. No mires atrás. De nada te serviría. Dirige hacia adelante tu vista. No juzgues. ¡Prepárate á obrar!—La corte ha decretado mi ruina, y me obliga á anticiparme á sus resoluciones... Nos juntaremos con los suecos; son valientes y buenos amigos. (Detiénese esperando la contestación de Piccolomini.) Mis palabras te sorprenden. No me respondas. Quiero darte tiempo para que te tranquilices. (Levántase, y se dirige hacia el fondo; Maximiliano se queda inmóvil largo tiempo, sumido en profundo dolor; al moverse, vuelve Wallenstein, y se coloca frente á él.)

MAXIMILIANO. —¡Mi General!... Hoy me declaras mayor de edad. Hasta ahora me había excusado de buscar por mí mi camino, y seguir mi propio impulso. Te acompañaba sin condiciones. Bastábame mirarte, y estaba seguro de encontrar la senda recta. Por vez primera me devuelves hoy á mí mismo, y me fuerzas á elegir entre tú y mis sentimientos.

WALLENSTEIN. —El destino te ha tratado hasta ahora plácidamente, y podías, como jugando, llenar tus deberes, satisfacer tus nobles inclinaciones, y obrar siempre con sinceridad. Acabóse esto ya. Rumbos opuestos se te ofrecen. Los deberes luchan con los deberes. En la guerra que ahora se enciende entre tu amigo y tu Emperador, es menester que te decidas.

MAXIMILIANO. —¡La guerra! ¿Así se llama? Terrible cosa es la guerra, plaga enviada por Dios, pero conveniente, atendiendo á la causa que la produce. ¿Lo será la que preparas contra el Emperador, con su propio ejército? ¡Santo cielo! ¡qué mudanza! ¿Debo hablarte yo de este modo, cuando tú, mi estrella fija del polo, has sido la norma, á que he ajustado mi vida? ¡Oh! ¡Cómo has desgarrado mis entrañas! ¡He de separar de tu nombre mi antiguo respeto, de hondas raíces, y el sacrosanto hábito de la obediencia? No; no escondas tu rostro. Semejante al de una divinidad fué siempre para mí, y no es fácil que pierda de repente su poder. Los sentidos siguen unidos á tí en estrecho lazo, y sólo mi alma, llena de dolor, se ha arrancado de ellos.

WALLENSTEIN. —Escúchame, Maximiliano.

MAXIMILIANO. —¡Oh! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! Las facciones de tu rostro, nobles y puras, nada saben aún de este proyecto malaventurado. Sólo mancharon tu imaginación, y la inocencia se resiste á abandonar tu frente inmaculada. Arroja, pues, lejos de tí esa negra mancha, ese enemigo. Ha sido sólo un mal sueño, estímulo de toda

segura virtud. La humanidad está expuesta á ese peligro, de cuyas asechanzas debe triunfar todo sano corazón. No; ¡tú no acabarás así! Esto equivaldría á desautorizar entre los hombres á las naturalezas superiores y á las facultades más poderosas, y á justificar el vulgar error que no se fía de los grandes caracteres cuando son libres, y sí sólo de su debilidad.

WALLENSTEIN.—Espero que el mundo me juzgará desfavorablemente. Ya me he dicho cuanto me puedes decir tú. ¿Quién no evita apelar á estos recursos extremos, si puede hacerlo? Pero aquí no hay libertad de elección, y he de ser víctima de la violencia, ó emplearla á mi vez... El caso es este. No me queda otro recurso.

MAXIMILIANO.—¡Sea así, pues! Sostente en tu puesto á la fuerza; resiste al Emperador, y, si no hay otro medio, declárate en rebelión. No podré alabarle, aunque pudiera perdonarlo, y aunque no lo apruebe, me decidiré en tu favor... Mas... no seas traidor... ya lo he dicho. No seas traidor. Esto no es un extravío, no una falta producida por la pasión y el valor. ¡Ob! Es otra cosa muy distinta... ¡Negra, negra como el Averno!

WALLENSTEIN. (Con ceño, pero con moderación.)—La juventud no mide el alcance de sus palabras, cuchilla afilada de peligroso manejo, y con su ardiente fantasía juzga de las cosas que existen por sí mismas. Lo vergonzoso ó lo digno, lo malo ó lo bueno toman en sus labios pronta forma... y cuanto, en su acaloramiento, atribuye arbitrariamente á estas voces oscuras, otro tanto aplica á las cosas y á los hombres. Estrecho es el mundo y vasta la inteligencia. Los pensamientos se coordinan en el cerebro con facilidad, pero los objetos se entrechocan unos con otros en el espacio. El lugar ocupado por uno, es ocupado por otro, y el que no quiera ser desalojado ha de desalojar á otros. La lucha siempre subsiste, y sólo la fuerza vence...

Sí; quien vegeta sin ambición, puede renunciar á muchos propósitos, vivir ileso entre llamas, como la salamandra, y mantenerse inmaculado en un elemento puro. La naturaleza me ha hecho de un barro más grosero, y mis deseos me arrastran hacia la tierra, y ésta pertenece al ángel del mal, no al del bien. Lo que el cielo nos envía de arriba son sólo goces generales; su luz agrada, pero no enriquece, y en su imperio ninguna posesión se adquiere. Las piedras preciosas y el codiciado oro han de arrancarse á las falsas deidades, que dominan malévolas debajo de la corteza terrestre. No sin sacrificios se nos hacen favorables, y nadie, que las adore, se conserva en estado de pureza.

MAXIMILIANO.—(Con intención.)—¡Oh! ¡Teme, teme esas falsas deidades! ¡No cumplen sus promesas! Son espíritus engañosos, que te arrastran y precipitan en el abismo! Yo te lo digo... ¡cumple tu deber! Si; puedes hacerlo. Enviá-me á Viena. Sigue mi consejo. Deja, deja á mi cuidado reconciliarte con el Emperador. Él no te conoce; yo sí; te verá con mis ojos, siempre benévolos, y yo te devolveré su confianza.

WALLENSTEIN.—Es ya demasiado tarde. Tú ignoras lo que ha sucedido.

MAXIMILIANO.—Y si fuera demasiado tarde... si se ha llegado ya á tal extremo que sólo un crimen puede salvarte en tu caída... cae, cae dignamente, como has sido hasta ahora digno. Abandona el mando. Deja el teatro, en que vives. Puedes hacerlo con brillo; hazlo con inocencia... Para muchos has existido hasta aquí; concéntrate ya en tí mismo, y yo te acompañaré; que mi suerte sea igual á la tuya.

WALLENSTEIN.—¡Es ya demasiado tarde! Mientras tú hablas inútilmente, los mensajeros, que llevan mis órdenes á Praga y á Egra, devoran el espacio... Sé de los nuestros.

Hacemos lo que debemos. Ya que la necesidad nos obliga, seamos dignos y fuertes... ¿Es más censurable mi conducta que la de aquel César, cuya fama ha sido hasta hoy tan grande en el mundo? Contra Roma llevó á las legiones, que Roma le confió para defenderla. Si hubiera desistido de su proyecto, su ruina era segura, como lo será ahora la mía, si me quedo desarmado. En mí noto algo de su genio. Denme su fortuna, y yo me encargo de lo demás. (Maximiliano, en dolorosa lucha, se va con rapidez. Wallenstein lo mira atónito y conmovido, y se queda meditando.)

ESCENA III.

WALLENSTEIN, TERZKY, y poco después ILLO.

TERZKY.—Maximiliano Piccolomini, ¿te ha dejado ahora?

WALLENSTEIN.—¿En dónde está Wrangel?

TERZKY.—Se fué ya.

WALLENSTEIN.—¿Tan pronto?

TERZKY.—Parece que se lo ha tragado la tierra. Apenas se separó de tí, lo busqué, porque tenía que decirle algo, pero se había marchado ya, y nadie me dió razón de su paradero. Creo que ha sido el mismo diablo en persona, porque ningún hombre puede desaparecer tan rápidamente.

ILLO. (Que llega.)—¿Es verdad que has despachado con una comisión al viejo?

TERZKY.—¿Cómo? ¿A Octavio? ¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Va á Fauenberg, á ponerse al frente de los regimientos españoles é italianos.

TERZKY.—¿Quiera Dios que no lo hagas!

ILLO.—¿Vas á confiar tropas á ese general sospechoso? ¿A perderlo de vista ahora, en estos instantes supremos?

TERZKY.—¡No lo harás! ¡No, por todo el oro del mundo!

WALLENSTEIN.—Sois personajes singulares.

ILLO.—¡Oh! ¡Esta vez, por lo menos, accede á nuestros deseos! ¡Que no se vaya!

WALLENSTEIN.—¿Y por qué no he de fiarme de él en esta ocasión, cuando siempre lo he hecho? ¿Qué ha sucedido de nuevo, para que pierda la buena opinión, que tengo formada de su lealtad? ¿Por vuestro capricho, no por el mío, he de modificar mi juicio, confirmado antes por una larga experiencia? No vayáis á creer que soy yo alguna mujer. Por haberme fiado de él hasta hoy, quiero hacerlo ahora también.

TERZKY.—¿Pero por qué ha de ser éste precisamente? Envía á otro.

WALLENSTEIN.—Ha de ser el elegido por mí. Le he confiado esa comisión, porque sirve para desempeñarla.

ILLO.—Te sirve porque es italiano.

WALLENSTEIN.—Sé bien que no los amáis, porque yo los aprecio, los quiero y los prefiero, porque lo merecen, á vosotros y á los demás, y por esto son una espina en vuestros ojos. ¿Qué hay de común entre vuestra envidia y mi servicio? Vuestro odio no les perjudica en mi concepto. Amaos ó aborreceos, como os plazca, puesto que nada tengo que ver con los sentimientos ó las inclinaciones ajenas, aunque sepa perfectamente lo que cada uno de vosotros vale en mi opinión.

ILLO.—¡No irá, aunque haya yo de romper las ruedas de su carruaje!

WALLENSTEIN.—¡Modérate, Illo!

TERZKY.—En todo el tiempo que ha estado aquí Questenberg, no se ha separado de él ni un instante.

WALLENSTEIN.—Hacíalo sabiéndolo yo y permitiéndolo.

TERZKY.—Y yo sé también que recibía con frecuencia mensajeros secretos de Gallas.

WALLENSTEIN.—No es verdad.

ILLO.—Tus ojos perspicaces son ciegos á veces.

WALLENSTEIN.—Mi fe no vacilará por eso, porque se funda en la ciencia más sublime. Si él me engaña, engaños también la ciencia de la astrología; porque habéis de saber que el destino me ha dado una prenda, de que es el más fiel de mis amigos.

ILLO.—¿Y en qué te apoyas, para creer que esa prenda no te engaña?

WALLENSTEIN.— Hay momentos en la vida humana, en que el espíritu del mundo está más próximo que en otros, y es lícito consultar al destino libremente. Uno de estos instantes fué aquel, la noche anterior á la batalla de Lützen, en que yo, pensativo, miraba á la llanura bajo un árbol. Los fuegos del campamento brillaban poco á causa de la niebla; el ruido sordo de las armas, el alerta monótono de los centinelas interrumpían sólo el silencio. Toda mi vida, la pasada y la presente, se me representaba entonces en lo interior; y mi alma, llena de presentimientos, enlazaba con el destino del día siguiente el porvenir más remoto. Decíame yo entonces á mí mismo: Cuantos están bajo tu mando siguen tu estrella; y como á un solo número han puesto cuanto tienen sobre tu cabeza, y se han embarcado contigo en el bajel de tu fortuna. Pero vendrá el día, en que la suerte separará á los unos de los otros, y quedarán pocos que te sean fieles. Quisiera yo, pues, saber cuál, entre los que encierra este campamento, será el más leal conmigo. Significámelo, ¡oh Destino! Que sea aquel que, en la mañana próxima, me salga al encuentro, y me demuestre su amistad. Y pensando en esto me quedé dormido. Y creí, soñando, que asistía á la batalla. Peleábase con furor; una bala me mató mi caballo; caí y pasa-

ban sobre mí con la mayor indiferencia caballos y jinetes, y yo yacía allí sofocado, moribundo y destrozado por los cascos. De improviso vino en mi ayuda una mano. Era la de Octavio... y entonces desperté, y era ya de día, y Octavio estaba realmente en mi presencia. «Hermano, me dijo, no montes hoy el caballo pío, como acostumbras. Prefiere éste, más seguro, que te traigo. Compláceme, que me lo ha ordenado un sueño.» Y la ligereza de este animal me salvó de los dragones de Banier, que me perseguían. Mi primo montó el caballo pío el mismo día, y no volví á ver jamás ni al caballero ni al caballo.

ILLO.—¡Pura casualidad!

WALLENSTEIN. (Pensativo.) — No hay casualidad; y lo que apellidamos mero azar, viene en derechura de las fuentes más profundas. Es, por tanto, indudable para mí, y sobre esto no admito dudas, que él es mi buen ángel. Ni una palabra más. (Vase.)

TERZKY.—Sólo me consuela que Maximiliano se queda entre nosotros en rehenes.

ILLO.—Y no saldrá vivo de aquí.

WALLENSTEIN. (Que se detiene y se vuelve.) — No imitéis á las mujeres, que repiten lo dicho ya continuamente, aunque se les hable en razón horas enteras... Sabed que los pensamientos y acciones de los hombres no se mueven ciegamente, como las olas de la mar. Su mundo interior, su pequeño mundo es hondo pozo de donde brotan aquellos sin cesar. Son fatales como el fruto del árbol, y la casualidad con sus intrigas no puede desnaturalizarlo. He investigado su germen, y conozco también sus deseos y sus obras.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Piccolomini.

OCTAVIO PICCOLOMINI, preparado para el viaje, y
UN AYUDANTE.

OCTAVIO.—Están ahí los soldados que pedí?

EL AYUDANTE.—Esperan abajo.

OCTAVIO.—¿Son seguros, Ayudante? ¿A qué regimiento pertenecen?

EL AYUDANTE.—Al de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Es un regimiento fiel. Que aguarden tranquilos en el patio de detrás, y que nadie se deje ver hasta que yo dé la señal; entonces se cerrará la casa, y se vigilará con mucho cuidado, y todo el que éntre quedará prisionero. (Vase el Ayudante.) Creo, en verdad, que no habrá necesidad de sus servicios, porque estoy convencido de que no me engañan mis cálculos. Pero se trata de asuntos del Emperador; el juego es peligroso, y vale más pecar de precavido que de negligente.

ESCENA V.

OCTAVIO PICCOLOMINI, e ISOLANI que entra.

ISOLANI.—Aquí estoy... Pero ¿quién vendrá de los otros?

OCTAVIO. (Con misterio.) — Escuchad antes una palabra, Conde Isolani.

ISOLANI. (También con misterio.)—¿Todo va bien? ¿Quiere el Príncipe emprender algo? Tened en mí confianza. Haced la prueba.

OCTAVIO.—Podrá suceder que la haga.

ISOLANI.—Compañero, yo no soy de los que hablan mucho, y, cuando llega el momento de obrar, se esquivan vergonzosamente. El Duque ha sido un amigo para mí. Dios sabe que es así. Todo se lo debo, y puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Se verá.

ISOLANI.—Tened en cuenta, sin embargo, que no todos piensan así. Muchos hay todavía partidarios de la corte, y opinan que sus firmas, estampadas con engaño no ha mucho, á nada los obliga.

OCTAVIO.—¿Es posible? ¿Podréis decir quiénes sean?

ISOLANI.—¡Diablo! Todos los alemanes lo dan á entender. Esterhazy, Kamintz y Deodati dicen también ahora que es preciso obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¿Os alegráis?

OCTAVIO.—De que el Emperador tenga aún buenos amigos y valientes servidores.

ISOLANI.—No os chanceéis. No son hombres despreciables.

OCTAVIO.—No, seguramente. Libreme Dios de chancearme. Me regocija sobremanera que tenga la buena causa tanta fuerza.

ISOLANI.—¿Qué diantre! ¿Cómo así?... ¿No sois, pues, de los nuestros?... ¿A qué he venido yo aquí?

OCTAVIO. (Con gravedad.)—Para que declaréis rotunda y categóricamente, si os habéis de llamar amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI. (Con orgullo.)—Lo declararé á quien tenga derecho para preguntármelo.

OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ó no facultades para ello.

ISOLANI.—¿Co... cómo? Está escrito por el Emperador, y lleva su sello. (Lee.) «Todos los jefes de nuestro ejército, á nuestro amado y fiel capitán general Piccolomini, como á Nos mismo»... ¡Ah!... ¡sí!... ¡bien!... ¡sí, sí! ¡Yo... os felicito, mi capitán general!

OCTAVIO.—¿Obedecéis esta orden?

ISOLANI.—Yo... pero me sorprendéis de manera... Se me dará tiempo para pensarlo... lo espero.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—El caso es, ¡Dios mfo!...

OCTAVIO.—Clara y sencillamente. Habéis de declarar si queréis hacer traición á vuestro señor, ó serle fiel.

ISOLANI.—Traición. ¡Santo Dios!... ¿quién habla de traición?

OCTAVIO.—El caso es este. El Príncipe es un traidor, y quiere pasarse con el ejército al enemigo. Declaraos breve y categóricamente. ¿Optáis por perjuraros contra el Emperador? ¿Por venderos al enemigo? ¿Qué decís?

ISOLANI.—¿Qué pensáis, pues? ¿Perjurar me yo, faltando á la Majestad Imperial? ¿Lo he dicho yo? ¿Cuándo lo he dicho?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, nada todavía. Esperaba, por tanto, que lo dijerais.

ISOLANI.—Tened en cuenta, y esto me place, que habéis confesado vos mismo, que yo nada de eso he dicho.

OCTAVIO.—¿Declaráis, por consiguiente, que os separáis del Príncipe?

ISOLANI.—Si maquina traiciones... la traición disuelve todos los vínculos.

OCTAVIO.—¿Y estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Débole beneficios... sin embargo, si es un traidor, ¡que Dios lo castigue! la cuenta está pagada.

OCTAVIO.—Me place que sigáis la buena senda. Esta noche os ponéis en marcha sigilosamente con todas las tropas ligeras. Hay que aparentar que la orden dimana del mismo Duque. Frauenberg es el punto de reunión, y ya allí, recibiréis órdenes de Gallas.

ISOLANI.—Así se hará. Decid al Emperador cuáles han sido mis buenos propósitos.

OCTAVIO.—Los alabaré. (Al irse Isolani entra un criado.) ¡El coronel Butler? ¡Bien!

ISOLANI. (Que vuelve.)—Perdonadme, anciano compañero, mi natural rudeza. ¡Dios mío! ¡Cómo había yo de adivinar que me encontraba delante de tan gran personaje?

OCTAVIO.—Está bien.

ISOLANI.—Soy de genio alegre, á pesar de mis años, y, aunque se me haya escapado alguna palabra ligera sobre la corte, debida á la influencia de Baco, ha sido, como sabéis, sin mala intención. (Vase.)

OCTAVIO.—No tengáis cuidado... Por aquí vamos bien. Ojalá nos suceda lo mismo con el otro.

ESCENA VI.

OCTAVIO PICCOLOMINI, BUTLER.

BUTLER.—A vuestras órdenes, general.

OCTAVIO.—Bienvenido seáis, como huésped y apreciable amigo.

BUTLER.—Honor demasiado grande para mí.

OCTAVIO. (Después de sentarse los dos.)—No habéis hecho caso de la indicación que os hice ayer, calificándola acaso de vana fórmula; pero aquel deseo era cordial, y os lo expresaba con toda seriedad, porque esta es ocasión, en que deben juntarse todos los buenos.

BUTLER.—Sólo los que opinan lo mismo deben reunirse.

OCTAVIO.—Y yo creo que todos los buenos piensan así. Para mí, en tanto tienen valor los actos humanos, en cuanto son efecto pacífico de su carácter, porque el ciego poder del error aparta al bueno á menudo del camino recto. ¿Habéis pasado por Frauenberg? ¿Nada os ha confiado el Conde Gallas? Decídmelo. Es amigo mío.

BUTLER.—Sólo me ha hablado algunas palabras perdidas.

OCTAVIO.—Lo oigo con pena, porque su consejo era sano. Yo os lo hubiera dado también.

BUTLER.—Excusaos esa molestia... y á mí el compromiso de mostrarme indigno de favor tan apreciable.

OCTAVIO.—La ocasión es crítica, y debemos hablar sin ambages. Ya sabéis cuál es aquí el estado de las cosas. El Duque maquina una traición, y hasta puedo deciros que la ha realizado; la alianza con el enemigo se ha concluido pocas horas hace. Sus correos galopan ya hacia Egra y Praga, y mañana nos llevará á reunirnos al enemigo. Pero se engaña, porque la prudencia lo vigila, y el Emperador cuenta aquí con leales servidores, y su invisible poder es fuerte. Este manifiesto lo proscribire, absuelve al ejército de la obediencia que le debe, y exhorta á todos los fieles á acatar sus órdenes. Decidíos, pues, á defender con nosotros la buena causa, ó á participar de los males de la desleal.

BUTLER. (Levantándose.)—Su suerte es la mía.

OCTAVIO.—¿Es esta vuestra última resolución?

BUTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Reflexionad, coronel Butler. Todavía tenéis tiempo para hacerlo. En mi pecho leal quedarán sepultadas vuestras palabras ligeras. Retroceded. Elegid mejor partido. El bueno no es el vuestro.

BUTLER.—¿Tenéis algo que mandarme, mi general?

OCTAVIO.—Recordad que tenéis los cabellos blancos. Retroceded.

BUTLER.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? Desenvainaréis vuestra valiente espada para tomar parte en tal contienda? ¿Querréis trocar en maldiciones la gratitud que merecéis al Austria, después de cuarenta años de servicios?

BUTLER. (Sonriendo con amargura.)—¿Gratitud de la casa de Austria? (Hace ademán de irse.)

OCTAVIO. (Que lo deja ir hasta la puerta, y después lo llama.) ¡Butler!

BUTLER.—¿Qué deseáis?

OCTAVIO.—¿Qué sucedió con el negocio del condado?

BUTLER.—¿El condado? ¿Qué condado?

OCTAVIO.—Aludo al título de conde.

BUTLER.—(Colérico.)—¡El infierno me confunda!

OCTAVIO. (Con frialdad.)—Lo pretendisteis. Os lo han negado.

BUTLER.—No me avergonzaréis impunemente. ¡Sacad la espada!

OCTAVIO.—¡Envainadla! Decidme con tranquilidad cómo ha sido esto. Después no rehusaré la satisfacción que me pedís.

BUTLER.—¿Todo el mundo ha de tener noticia de una debilidad, que jamás podré perdonarme?—Sí, mi General. Soy ambicioso, y nunca he podido sufrir que se me trate con desprecio. Dólfame que el nacimiento y los títulos valiesen más en el ejército que los servicios. No quería ser de peor condición que mis iguales, y en una hora infausta me dejé arrastrar á ese paso... ¡Era una locura! Pero no merecía que me tratasen tan despiadadamente. Bastaba que me lo hubieran rehusado... ¿Por qué, pues, á esa negación había de acompañar tan ofensivo desprecio, tratándose de un anciano, de un fiel servidor, humillándolo con fría crueldad, y mofándose tan groseramente de su baja alcurnia, sólo por haberla olvidado en una hora fa-

tal? La naturaleza, sin embargo, ha dado al insecto su aguijón para castigar al que se burla de él en su orgullo...

OCTAVIO.—Sin duda os han calumniado. ¿Podréis imaginar quién os ha prestado tan grato servicio?

BUTLER.—¿Sea quienquiera! Algún bajo personaje, algún cortesano, un español, quizás el hijo de alguna familia ilustre, á quien haya yo ofendido, algún envidioso, á quien atormentaba mi cargo, ganado sólo por mi propio mérito.

OCTAVIO.—Decidme: ¿el Duque aprobó vuestra pretensión?

BUTLER.—Él mismo me excitó á hacerla, y se interesó por mí con tanta nobleza como ardiente amistad.

OCTAVIO.—¿Qué decís? ¿Estáis seguro?

BUTLER.—Yo mismo leí la carta.

OCTAVIO. (Con intención.)—Yo también... pero era muy al revés de lo que afirmáis. (Butler se queda atónito.) Ha llegado á mis manos por casualidad, y podéis leerla.

(Entrégale la carta.)

BUTLER.—¡Ah! ¿Qué es esto?

OCTAVIO.—Mucho me temo, coronel Butler, que se han burlado ignominiosamente de vos. ¿El Duque, según decís, os excitó á que dieseis este paso? En esta carta habla con mofa de vuestra persona, y aconseja al Ministro que castigue vuestra presunción, como él la llama. (Después de leer la carta, tiemblan las rodillas de Butler; coge una silla, y se sienta.) Ningún enemigo os persigue. Nadie os quiere mal. Imputad sólo al Duque la afrenta que recibís. Claro es su objeto. Quería apartaros del servicio de nuestro Emperador... Esperaba conseguir de vuestro desec de vengaros lo que no hubiese logrado nunca de vuestra lealtad, en el tranquilo uso de vuestra razón. Intentaba convertiros en ciego instrumento suyo, en cómplice digno de desprecio, de

sus punibles proyectos. Lo ha conseguido, sin duda. Más allá de lo que creía os ha alejado de la buena senda, que habíais recorrido durante cuarenta años.

BUTLER. (Con voz temblorosa.)—¿S. M. el Emperador puede perdonarme?

OCTAVIO.—Hace más. Borra la ofensa inferida sin razón á un hombre respetable. Libremente os concede la gracia, que con tan censurable propósito pidió el Príncipe para vos. El regimiento que mandáis es vuestro. (Butler intenta levantarse, y no puede. Su emoción es tan grande, que quiere hablar y queda mudo. Por último, desenvaina su espada, y la presenta á Piccolomini.)

OCTAVIO.—¿Qué pretendéis? Sosegaos.

BUTLER.—¡Tomad!

OCTAVIO.—¿Para qué? Pensad lo que hacéis.

BUTLER.—¡Tomadla! No soy digno de llevarla.

OCTAVIO.—Recíbidla de nuevo de mi mano, y manejadla siempre en defensa de la justicia.

BUTLER.—He sido desleal con tan clemente Emperador.

OCTAVIO.—Enmendaos. Separaos pronto del Duque.

BUTLER.—¿Separarme de él?

OCTAVIO.—¿Cómo? ¿Qué meditáis?

BUTLER. (Con tono amenazador.)—¿Sólo separarme de él? ¡Oh! ¡Ha de morir!

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, en donde se reúnen todos los buenos, con Gallas y Altringer. Otros muchos han vuelto por mi causa á la senda del deber, y esta misma noche huyen de Pilsen.

BUTLER. (Que se pasea iracundo, y se acerca á Octavio con expresión resuelta.)—¿Conde Piccolomini! El hombre que ha sido traidor, ¿puede hablaros de honra?

OCTAVIO.—Puede hacerlo quien tan de corazón se arrojante.

BUTLER.—Dejadme, pues, aquí, bajo mi palabra de honor.

OCTAVIO. —¿Qué pensáis hacer?

BUTLER. —Permitid que me quede en Pilsen con mi regimiento.

OCTAVIO. —Tengo en vos confianza. Decidme, sin embargo, cuáles son vuestros proyectos.

BUTLER. —Los hechos lo dirán. No me preguntéis más. Fiáos de mí. Podéis hacerlo, ¡por Dios Santo! No lo dejáis aquí en manos de su buen ángel. Adiós.

UN CRIADO. (Con un billete.) —Lo ha traído uno, á quien no conozco, que desapareció en seguida. Los caballos del Príncipe están abajo ya. (Vase.)

OCTAVIO. (Leyendo.) —«Partid sin tardanza. —Vuestro fiel **ISOLANI.**» Ojalá que esta ciudad estuviera ya lejos de mí. Tan cerca del puerto, ¿había de naufragar? ¡Vámonos, vámonos! Ya no hay aquí seguridad para mí. Pero ¿en dónde está mi hijo?

ESCENA VII.

Los dos PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Que se acerca profundamente agitado; sus miradas son feroces, incierto su paso; parece como que no repara en su padre, que lo mira desde lejos con lástima. Recorre el aposento dando grandes pasos, hasta que se pára y se arroja en una silla, distraído y con la vista fija.)

OCTAVIO. (Acercándose á él.) —Yo parto, hijo mío. (No recibiendo respuesta alguna, le toma una mano.) Hijo mío, ¡adiós!

MAXIMILIANO. —¡Adiós!

OCTAVIO. —¿Me seguirás sin tardanza?

MAXIMILIANO. (Sin mirarlo.) ¿Yo á tí? Tu senda es torcida, la mía no. (Octavio suelta su mano y retrocede.) ¡Oh! si tú hubieras sido verdadero y probo, no hubiésemos llegado á

este punto, y las cosas irían de otra manera. Él no hubiese apelado á tan terrible extremo; los buenos lo hubieran contenido, y no cayera en las redes de los perversos. ¿Por qué, espíandolo en secreto y con doblez, te has deslizado junto á él como te hubiera hecho un malhechor, ó un cómplice de malhechores? ¡Malaventurada falsedad, madre de todo mal! Tú no trazes más que desdichas, no acarreas más que ruina. La franqueza, sin disfraces de ningún género, dominadora del mundo, nos hubiera salvado á todos. No puedo, no puedo disculparte, oh padre. El Duque me ha engañado horriblemente, y tú no me has tratado mejor.

OCTAVIO.—Yo perdono, hijo mío, tu dolor.

MAXIMILIANO. (Que se levanta y lo contempla con desconfianza.)—¿Será posible, oh padre? ¿Será, oh padre, posible, que deliberadamente hayas llegado á tal extremo? Su caída es tu pedestal. Esto no me agrada, oh padre.

OCTAVIO.—¿Dios del cielo!

MAXIMILIANO.—¡Ay de mí! El orden natural no existe ya para mí, sino sólo el caos. ¿Cómo no ha de deslizarse la sospecha en mi alma virgen? La confianza, la fe, la esperanza no existen ya para mí, porque me ha engañado lo que más estimaba. ¡No, no! ¡Todo no! Ella vive para mí todavía, y es sincera y pura como el cielo. En rededor mío veo tan sólo el engaño, la hipocresía, el asesinato, el veneno, la envidia y la traición. Sólo nuestro amor es puro; él sólo no ha sido profanado aún.

OCTAVIO.—Maximiliano; sigue voluntariamente. Esto será lo mejor.

MAXIMILIANO.—¿Cómo? ¿Antes de despedirme de ella? ¿De darle el último adiós?... ¡Jamás!

OCTAVIO.—Evita los tormentos de esa separación, de todo punto necesaria. ¡Ven conmigo! ¡Ven, hijo mío! (Quiere llevarse.)

MAXIMILIANO.—No, tan verdad como Dios existe.

OCTAVIO. (Instándole vivamente.)—¡Ven conmigo! ¡Yo, tu padre, te lo mando!

MAXIMILIANO.—Mándame lo que el hombre pueda hacer. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme, Maximiliano; yo te lo mando en nombre del Emperador.

MAXIMILIANO.—El Emperador no manda en mi corazón. ¿Querrás tú arrebatarme también su compasión, único bien que me deja mi desventura? ¿Lo que es horrible en sí, ha de agravarse aún más? ¿Mi resolución inexorable ha de trocarse en baja? ¿He de separarme de ella en secreto, y huyendo cobardemente, como un hombre indigno? Ha de conocer mis sufrimientos, mi dolor; oír los ayes de mi alma desgarrada, y derramar lágrimas por mí... ¡Oh! los hombres son crueles, ella un ángel. Librará á mi pecho de rabiosa y horrible desesperación, y, misericordiosa, aliviará mi mortal agonía con palabras de consuelo.

OCTAVIO.—No te separarás de ella, no podrás hacerlo. ¡Vente, hijo mío, vente y salva tu virtud!

MAXIMILIANO.—No proferas palabras inútiles. Sigo los impulsos de mi corazón, porque sólo de él me fío.

OCTAVIO. (Fuera de sí y temblando.)—¡Maximiliano, Maximiliano! Si me asalta la horrible calamidad de que tú... mi hijo... mi propia sangre... ¡no me atrevo á pensarlo!... cometas tal infamia, y deslustres la limpia fama de nuestra casa, el mundo contemplará nefando espectáculo, y en lucha pavorosa la sangre del padre correrá bajo la espada del hijo.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Si hubieses pensado mejor de los hombres, hubiera sido tu conducta más loable. ¡Maldita sospecha! ¡Duda lamentable! Nada hay para ella estable ni firme; todo vacila, si la fe falta.

OCTAVIO.—Y si yo me fío de tu corazón, ¿estará en tu mano obedecerlo siempre?

MAXIMILIANO.—Tú no has logrado doblegarlo, y tampoco podrá el Duque conseguirlo.

OCTAVIO.—¡Oh Maximiliano! Ya no te veré más.

MAXIMILIANO.—Indigno de tí, ¡nunca!

OCTAVIO.—Yo voy á Frauenberg, y dejo aquí, para protegerte, los soldados de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach. Te aman y son fieles, y preferirán morir peleando, á separarse de su jefe y de la senda del honor.

MAXIMILIANO.—Descansa, pues; ó dejo aquí la vida combatiendo, ó lo saco de Pilsen.

OCTAVIO. (Haciendo ademán de marchar.)—¡Adiós, hijo mío!

MAXIMILIANO.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? ¡Ni una mirada afectuosa, ni estrechar mi mano al despedirnos? Sangrienta será la guerra que nos amenaza, y su término oscuro é incierto. Así no nos separábamos antes. ¡Es, pues, verdad que yo no tengo ya hijo? (Maximiliano se arroja en sus brazos; ambos se abrazan estrechamente en silencio, y después se alejan en dirección opuesta.)



ACTO III.

Sala de la casa de la Duquesa de Friedlandia.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA TERZKY, TECLA, y la señorita de NEUBRUNN, estas dos últimas ocupadas en labores de su sexo.

LA CONDESA.—¿Nada tenéis que preguntarme, oh Tecla? ¿Nada enteramente? Largo tiempo hace que espero oír tu voz. ¿Podéis tolerar que trascurren tantas horas, sin que se pronuncie su nombre? ¿Cómo? ¿Soy yo acaso inútil, ó disponéis de otros conductos para entenderos con él? Decidme, sobrina, ¿lo habéis visto?

TECLA.—Ni hoy ni ayer lo he visto.

LA CONDESA.—¿Nada sabéis de él? No me lo ocultéis.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—Y ¿estáis tan tranquila?

TECLA.—Lo estoy.

LA CONDESA.—Dejadnos solas, Neubrunn. (Vase la señorita de Neubrunn.)

ESCENA II.

LA CONDESA.—TECLA.

LA CONDESA.—No me lisonjea demasiado, que, ahora justamente, permanezca tan silencioso.

TECLA.—¿Ahora justamente?

LA CONDESA.—Cuando ya lo sabe todo. Esta es la ocasión más oportuna para declararse.

TECLA.—Hablad de otra manera, si queréis que os comprenda.

LA CONDESA.—Con tal propósito he ordenado que nos dejen solas. Ya no sois ninguna niña. Tecla, vuestro corazón es mayor de edad, porque amáis, y la osadía acompaña al amor. Ya lo habéis probado. En vuestra conducta os parecéis más á vuestro padre que á vuestra madre. Podéis oír, pues, lo que ella no podría tolerar.

TECLA.—Os ruego que omitáis el exordio. Sea lo que fuere. ¡decidlo pronto! Nada me atormenta más que este preámbulo. ¿Qué tenéis que decirme? Sed breve.

LA CONDESA.—No debéis acostaros...

TECLA.—Decidlo ya, os ruego.

LA CONDESA.—En vuestra mano está prestar un gran servicio á vuestro padre...

TECLA.—¿En mi mano? ¿Qué puedo...?

LA CONDESA.—Maximiliano Piccolomini os ama. Podéis unirlo indisolublemente á vuestro padre.

TECLA.—¿Qué necesidad hay de mi intervención? ¿No lo está ya?

LA CONDESA.—Lo estaba.

TECLA.—Y ¿por qué no lo está, y lo estará siempre?

LA CONDESA.—Es también partidario del Emperador.

TECLA.—Sólo en cuanto se lo mandan el deber y el honor.

LA CONDESA.—Es menester que dé pruebas de su amor, no de su honor... ¡El deber y el honor! Palabras ambiguas de muchos sentidos, que debéis explicarle, para que su amor aclare su honor.

TECLA.—¿Cómo?

LA CONDESA.—O renuncia á vuestro amor, ó al servicio del Emperador.

TECLA.—Seguirá de buen grado á mi padre en la vida privada. Habéis oído de sus labios que anhela abandonar la milicia.

LA CONDESA.—No debe deponer las armas. Lo que quiero decir es, al contrario, que ha de emplearlas en favor de tu padre.

TECLA.—Con alegría prodigaré su sangre y su vida por mi padre, si lo tratan sin tener en cuenta la equidad.

LA CONDESA.—No queréis comprenderme... Pero escuchadme atenta. El Duque ha sido depuesto por el Emperador, y proyecta pasarse al enemigo con todo su ejército...

TECLA.—¡Madre, madre mía!

LA CONDESA.—El ejército no se dejará arrastrar á este paso sin algún brillante ejemplo. Los Piccolomini tienen mucho crédito entre los soldados; su opinión será la predominante, y su resolución previa decisiva, y la conducta del hijo nos garantiza la del padre... Vuestra influencia es, pues, de la mayor importancia.

TECLA.—¡Oh madre mía desventurada! ¡Qué trance mortal te aguarda!... ¡No podrá resistirlo!

LA CONDESA.—La necesidad lo manda. Yo la conozco bien... lo remoto, lo futuro angustia á un corazón tímido; lo inevitable y lo real lo soporta con resignación.

TECLA.—¡Oh corazón mio leal!... Ahora... ahora veo cla-

ramente esa mano horrible y fría, que desvanece espantosa mis risueñas esperanzas. Lo sabía demasiado... Poco ha, al entrar aquí, un vago presentimiento me anunció que astros maléficos presidían á mi destino actual... Pero ¿á qué pensar en mí primero?... ¡Oh madre mía! ¡Oh madre mía!

LA CONDESA.—Sosegaos. No prorrumpáis en vapos ayes. Conservad un amigo á vuestro padre, un amante para vos, y todo prosperará á medida de vuestros deseos.

TECLA.—¡Todo mejorará! ¿Qué? ¡Separados nos veremos siempre! ¡Ay de mí! Ocioso es hablar ya de esto.

LA CONDESA.—¡El no os abandonará! El no puede abandonaros.

TECLA.—¡Oh desventurado!

LA CONDESA.—Si os ama verdaderamente, su decisión será rápida.

TECLA.—No dudéis que lo será. ¡Su resolución! ¡Cabe en esto resolución?

LA CONDESA.—¡Tranquilizaos! Me parece que viene vuestra madre.

TECLA.—¿Cómo podré verla ahora?

LA CONDESA.—Disimulad.

ESCENA III.

Los mismos y LA DUQUESA.

LA DUQUESA. (A la Condesa.) ¿Quién estaba aquí, hermana? Oí hablar con pasión.

LA CONDESA.—Nadie más habla.

LA DUQUESA.—Tengo mucho miedo. Cualquiera ruido es para mí el paso de mensajeros de desdichas. ¿Puedes de-

cieme, oh hermana, lo que pasa? ¿Obedecerá al Emperador, y enviará al Cardenal de caballerie? Decid, ¿dijo á Questenberg, al marcharse, respuesta favorable?

LA CONDESA.—No, no lo ha hecho así.

LA DUQUESA.—Entonces todo se perdió. ¡Preveo males terribles. Lo depondrán del mando, y todo volverá al mismo estado en que nos encontramos en Ratisbona.

LA CONDESA.—No será así. Ahora no. Sosegues, pues. (Tecla, profundamente conmovida, se arroja al cuello de su madre, y la abraza llorando.)

LA DUQUESA.—¡Hombre inflexible y feroz! ¿Qué no habrás yo visto y sufrido en este matrimonio fatal? Escadenada a una rueda de fuego, siempre en desordenado, perpetuo é incesante movimiento, mi vida ha sido una serie de desdichas, é inclinada siempre en el borde escarpado del abismo, me ha arrastrado en sus girones, aturdiéndome y amenazándome con el precipicio... No, no llores, hija mía. Que mis penas no sean de mal agüero para tí, porque tu suerte futura no ha de ser como la mía. No es posible que haya otro Duque de Friedlandia; que no te llene de temor, oh hija mía, la suerte de tu madre.

TECLA.—¡Huyamos, huyamos, oh madre querida! ¡Pronto! ¡pronto! Aquí no hay lugar para nosotras. Cada hora que pasa, trae consigo algún espectro nuevo y espantoso.

LA DUQUESA.—¡Tu suerte será más plácida!... Nosotros también, tu padre y yo, vimos días más felices, y todavía recuerdo con placer los primeros años de nuestra unión. Él era entonces alegre y activo, y su ambición fuego inofensivo y grato, no llama rápida y devastadora. El Emperador lo amaba, tenía en él confianza, y lo consultaba en sus proyectos. Pero desde el día funesto que, en Ratisbona, cayó de toda su altura, ha surgido en su alma un afán inquieto, insociable, receloso y sombrío. La tranquilidad lo abandonó, y no fiándose ya de su antigua fortuna,

de su propia energía, se entregó melancólico al cultivo de artes oscuras, que han causado la desventura de cuantos las estudian.

LA CONDESA.—Tal es vuestra opinión particular... Pero ¿es este el lenguaje que debe oír á su llegada? Porque sabéis que ha de venir al punto. ¿Es regular esperar así?

LA DUQUESA.—Ven, hija mía, y enjuga tus lágrimas. Muestra á tu padre un rostro placentero... Mira; tus rizos están en desorden, y es menester arreglar tu peinado. Ven, seca tus lágrimas, que oscurecen el brillo de tus hermosos ojos... ¿Qué quería yo decir? Sí; este Piccolomini es, sin embargo, un noble caballero, lleno de mérito.

LA CONDESA.—Así es, hermana mía.

TECLA. (A la Condesa, inquieta.)—¿Queréis disculparme, ¿no? (Hace ademán de irse.)

LA CONDESA.—¿Adónde vas ahora? Tu padre viene.

TECLA.—No puedo verlo ahora.

LA CONDESA.—Notará vuestra ausencia, y os hará venir.

LA DUQUESA.—¿Por qué se va?

TECLA.—Me es imposible verlo ahora.

LA CONDESA. (A la Duquesa.)—No se siente bien.

LA DUQUESA. (Con cariño.) ¿Qué aflige á mi querida niña? (Siguenla ambas, y se empeñan en que vuelva, cuando aparece Wallenstein, hablando con Illo.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—WALLENSTEIN é ILLO.

WALLENSTEIN.—¿Está tranquilo aún el campamento?

ILLO.—Todo está tranquilo.

WALLENSTEIN.—Dentro de pocas horas recibiremos de Praga la noticia de que esta capital es nuestra. Entonces

podremos quitarnos ya la máscara, y dar á conocer á las tropas estacionadas aquí la decisión que hemos tomado, y sus naturales consecuencias. El ejemplo lo hace todo en tales casos. El hombre es una criatura, á quien domina el espíritu de imitación, y el primero que rompe las filas arrastrará á todo el rebaño. Las tropas de Praga no saben otra cosa, sino que los soldados de Pilsen nos obedecen, y aquí, en Pilsen, nos seguirán por haberlo hecho así los de Praga. —¿Dices tú que Butler se ha declarado ya?

ILLO.—Por su propia voluntad, sin excitarlo nadie, ha venido á ofrecernos su regimiento.

WALLENSTEIN.—Yo creo que no debemos escuchar todas las voces que se dejan oír en nuestro corazón. El espíritu de la mentira, para extraviarnos, finge con frecuencia el acento de la verdad, y pronuncia oráculos engañosos. Así, yo pido en secreto perdón á este digno y bravo Butler de mi injusticia, porque cierto presentimiento, que no he podido dominar, pero al cual tampoco me atrevo á llamar miedo, se ha deslizado horrible en mi alma al acercarse á mí, y refrenado la benévola expresión de mi afecto. Y este hombre leal, contra quien yo estaba prevenido, es para mí la primera prenda de mi buena fortuna.

ILLO.—Y su ejemplo importante, no lo dudes, atraerá á los mejores del ejército.

WALLENSTEIN.—Véte ahora, y envíame aquí á Isolani, á quien he favorecido hace muy poco. Quiero empezar por él. ¡Anda! (Vase Illo; mientras tanto se aproximan á él las damas.) He aquí á la madre con mi hija querida. Dejemos ahora los negocios... ¡Venid! Ansiaba consagrar una hora de descanso á solazarme en el círculo amado de los míos.

LA CONDESA.—Largo tiempo hacía, oh hermano, que no nos encontrábamos reunidos de este modo.

WALLENSTEIN. (Aparte á la Condesa).—¿Puede ella oírlo? ¿Está ya preparada?

LA CONDESA.—Todavía no.

WALLENSTEIN.—Ven aquí, hija mía. Siéntate junto á mí. En tus labios hay un ángel bueno. Tu madre me ha celebrado tu habilidad, y tú tienes un acento tierno y armonioso, que encanta el alma. Yo necesito escucharlo ahora para ahuyentar el espíritu infernal, que regita sus negres alas sobre mi cabeza.

LA DUQUESA.—¿En dónde está tu flaut, Tecla? Ven. Dará tu padre una prueba de tu talento musical.

TECLA.—¡Madre mía! ¡Santo Dios!

LA DUQUESA. Ven, Tecla, y alegría á tu padre.

TECLA.—No puedo ahora, madre...

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Qué es esto, sobrina?

TECLA. (A la Condesa.)—Perdonadme... ¡cantar ahora, con esta opresión, que agobia mi alma... cantar en su presencia... cuando arroja á mi madre en la tumba!

LA DUQUESA.—¿Qué capricho, Tecla! ¿No satisface al hijo ese expresado por tu buen padre?

LA CONDESA.—Aquí está ya el flaut.

TECLA.—¡Oh, Dios mío!... ¿Cómo podré yo...? (Coge el flaut con mano temblorosa, en lucha su alma con vivos afectos, y, en el instante en que va á cantar, se estremece, arroja lejos de sí el instrumento, y huye precipitadamente.)

LA DUQUESA.—¡Hija mía!... ¡Oh, está enferma!

WALLENSTEIN.—¿Qué sucede á esta niña? ¿Está así á menudo?

LA CONDESA.—Ahora bien: ya que ella se desahora de esta manera, no callaré yo más tiempo.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

LA CONDESA.—Ella lo ama.

WALLENSTEIN.—¿Que lo ama? ¿A quién?

LA CONDESA.—A Piccolomini. ¿No lo has notado? ¿Ni mi hermana tampoco?

LA DUQUESA.—¿Es ese el motivo que hace latir su cora-

zón? ¡Dios te bendiga, hija mía! No hay razón para que los avergüences de tu propósito.

LA CONDESA.—Ese viaje... Si así no lo habéis deseado, la culpa es vuestra. Debíais haber escogido otro acompañante.

WALLENSTEIN.—¿Lo sabe él?

LA CONDESA.—Cree que ha de ser suya.

WALLENSTEIN.—¿Cree que ha de ser suya?... ¿Está loco ese joven?

LA CONDESA.—¿Que lo diga ella misma?

WALLENSTEIN.—¿Piensa llevarse á la hija del Duque de Friedland? ¡Vaya, vaya! ¡Me place la idea! ¡No pone baja su mira!

LA CONDESA.—Como tú lo has distinguido siempre tanto, de aquí...

WALLENSTEIN.—.....vamos; quiere al fin heredarme; ¡Está bien! Lo amo y lo estimo; pero ¿qué tiene esto que ver con la mano de mi hija? ¿Demostramos, acaso, nuestra benevolencia por medio de nuestras hijas, de nuestra única hija?

LA DUQUESA.—La nobleza de sus sentimientos y sus modales...

WALLENSTEIN.—Le han ganado mi corazón; pero no mi hija.

LA DUQUESA.—Su posición y su alcurnia...

WALLENSTEIN.—¿Su alcurnia? ¿Cómo? Es súbdito, y yo quiero elegir mi yerno entre los soberanos de Europa.

LA DUQUESA.—¡Oh, querido Duque! No intentemos subir tan alto, que caigamos de más altura.

WALLENSTEIN.—¿He trabajado yo tanto para llegar á esta posición, y elevarme sobre el vulgo de los hombres; para terminar mi gloriosa carrera uniendo la suerte de mi familia á un cualquiera? ¿He osado yo para esto...? (Se detiene de repente y se sosiega.) Ella es mi única heredera; sobre

su cabeza he de colocar una corona, ó muero. ¿Cómo? Todo... todo lo arriesgo por engrandecerla... y en el momento mismo en que hablo... Se queda pensativo.) ¿Y debo yo ahora, como un padre débil, porque ella se ha dejado dominar de su capricho y amar, consentir en este enlace ordinario? Y ¿ahora, en estos momentos, ahora, cuando doy fin y remate á mi obra? ¡No! Ella es para mí una joya querida, la moneda más preciada, la última de mi tesoro; y sólo la trocaré, para no rebajarla, por el cetro de un rey.

LA DUQUESA.—¡Oh, esposo mío! Siempre, siempre levantando edificios hasta las nubes, siempre construyendo palacios, sin reflexionar que es estrecho el cimiento, y que no podrá sostener obra tan frágil é insegura.

WALLENSTEIN. (A la Condesa).—¿Le has dicho ya cuál es mi pensamiento sobre su futura residencia?

LA CONDESA.—Todavía no. Hazlo tú mismo.

LA DUQUESA.—¿Cómo? ¿No volvemos á Carintia?

WALLENSTEIN.—No.

LA DUQUESA.—¿Ni á ninguna otra de tus posesiones?

WALLENSTEIN.—En ninguna estaréis seguras.

LA DUQUESA.—¿En los dominios del Emperador, y bajo su imperial protección?

WALLENSTEIN.—La esposa del Duque de Friedlandia no podrá encontrar esa seguridad en ellas.

LA DUQUESA.—¡Dios mío! ¿Hasta ese extremo has llevado ya las cosas?

WALLENSTEIN.—En Holanda estaréis al abrigo de todo temor.

LA DUQUESA.—¿Qué dices? ¿Tratas de enviarnos á un pueblo de luterano?

WALLENSTEIN.—El Duque Francisco de Lauenburgo os acompañará allí.

LA DUQUESA.—¿El duque de Lauenburgo? ¿El aliado de los suecos? ¿El enemigo del Emperador?

WALLENSTEIN.—Los enemigos del Emperador no lo son
ellos.

LA DUQUESA.—(Mirando horrorizada al Duque y á la Condesa.)
¿Es verdad lo que decís? ¿Lo es? ¿Os ha abandonado la
gracia del Emperador? ¿Os han retirado el mando? ¡Oh
Dios del cielo!

LA CONDESA. (Aparte al Duque.)—Dejémosla en su error.
Ya ves que no puede soportar la verdad.

ESCENA V.

Los mismos y el conde TERZKY.

LA CONDESA.—Terzky, ¿qué tenéis? ¡Pareces la imagen del
espanto, como si hubieras visto un espectro!

TERZKY. (Aparte á Wallenstein con misterio.)—¿Se ha dado
la orden de marchar á los croatas?

WALLENSTEIN.—Lo ignoro por completo.

TERZKY.—¡Estamos vendidos!

WALLENSTEIN.—¿Qué dices?

TERZKY.—¡Se han marchado esta noche, y los cazadores
también! Todas las aldeas próximas se ven libres de sol-
dados.

WALLENSTEIN.—¿En donde está Isolani?

TERZKY.—Tú lo has mandado salir.

WALLENSTEIN.—¿Yo?

TERZKY.—¿Que nó? ¿No lo has mandado tú? ¿Ni tampoco
á Decolati? Ambos han desaparecido.

ESCENA VI

LOS MISMOS é ILLO.

ILLO.—¿Te ha dicho Terzky...?

TERZKY.—Todo lo sabe.

ILLO.—¿\ que Maradas, Esterhazy, Götz, Colalto y Kaintz te han abandonado?

TERZKY.—¡Diablo!

WALLENSTEIN. (Haciendo una seña.)—¡Silencio!

LA CONDESA. (Que, habiendo observado este coloquio, llena de angustia, se acerca á ellos.)—¿Terzky! ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¿qué hay?

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndola.)—¡Nada! ¡Vámonos!

TERZKY. (Queriendo seguirlo.)—¡No es nada! Teresa!

LA CONDESA. (Deteniéndolo.)—¿Nada? ¡No veo yo que la sangre ha desaparecido de vuestras mejillas, pálidas como las de la muerte, y que hasta mi cuidado finge severidad á duras penas!

UN PAJE. (Que entra.)—Un ayudante pregunta por el señor Conde Terzky. (Vase con Terzky.)

WALLENSTEIN.—Oye lo que quieres... (A Illo.) Sin sedición no podría ocurrir esto, por secreto que se tuviera... ¿Quién guarda las puertas?

ILLO.—Tiefenbach.

WALLENSTEIN.—Que el regimiento de Tiefenbach sea relevado inmediatamente por los granaderos de Terzky... ¡Escucha! ¿Sabes de Butler?

ILLO.—Acabo de verlo. No tardará en estar aquí. Sigue adicto. Vase Illo. Wallenstein intenta seguirlo.)

LA CONDESA.—¡No lo dejes salir, hermana! ¡Detenlo!... Es una desgracia...

LA DUQUESA. — ¡Gran Dios!... ¿Qué sucede? (Detiene al Duque.)

WALLENSTEIN. (Separándose de ella.) — ¡Tranquilízate! ¡Dejadme! ¡Hermana, esposa querida! Estamos en un campamento. No puede suceder de otra manera. El sol y las tempestades se suceden. Dificiles de gobernar son estos caracteres violentos, y no hay descanso alguno para su general... Puesto que yo debo permanecer aquí, dejadme salir. Mal se acuerdan los lamentos de las mujeres con la actividad de los hombres. (Quiere irse. Terzky vuelve.)

TERZKY. — ¡Quédate aquí! Desde esta ventana lo verás todo.

WALLENSTEIN (A la Condesa.) ¡Venid, hermanas!

LA CONDESA.—¡Jamás!

WALLENSTEIN.—Yo lo mando.

TERZKY (Aparte, y señalando á la Duquesa.) — ¡Teresa!

LA DUQUESA.—Ven, hermana, que él lo ordena. (Vanse.)

ESCENA VII.

WALLENSTEIN Y EL CONDE TERZKY.

WALLENSTEIN. (Asomándose á la ventana.) — ¿Qué hay?

TERZKY.— Todas las tropas se hallan en constante bullicio y movimiento. Nadie sabe el motivo. Todos los regimientos, en sombrío silencio y con misterio, están formados bajo sus banderas; los de Tiefenbach parecen mal dispuestos, y sólo los walones permanecen aislados en su campamento, y no dejan entrar á nadie, y, como de ordinario, están tranquilos.

WALLENSTEIN. — ¡Hállase entre ellos Piccolomini?

TERZKY. — Lo buscan, y en ninguna parte lo encuentran.

WALLENSTEIN. — ¡Qué ha dicho el ayudante?

TERZKY. — Viene en nombre de mis soldados para asegurarte de su fidelidad, y para decirte que, llenos de ardor bélico, sólo esperan la señal del combate.

WALLENSTEIN. — ¡Pero cómo se ha suscitado este tumulto en el campamento? Convendría haber tenido el ejército tranquilo, hasta que la fortuna se hubiera declarado á nuestro favor en Praga.

TERZKY. — ¡Ojalá que me hubieses creído! Aun ayer noche te conjuramos que no dejases salir á Octavio, á esa víbora, de las puertas de la ciudad, y le diste tu mismo caballo para que se escapara.

WALLENSTEIN. — ¡La canción de siempre! Por última vez os digo que no me habléis más de tan locas sospechas.

TERZKY. — También te fiaste de Isolani, y es el primero que nos abandona.

WALLENSTEIN. — Ayer mismo lo saqué de la miseria. ¡Vaya con Dios! La gratitud no ha entrado nunca en mis cálculos.

TERZKY. — Así son todos, sin que haya entre ellos diferencia.

WALLENSTEIN. — Y, al dejarme, ¿falta á la razón? Rinde culto al dios, á quien ha honrado toda su vida en la mesa del juego. Su compromiso era con mi fortuna, y la abandona, no á mí. ¿Qué era yo para él, y él para mí? Yo era sólo el bajel, en donde había embarcado sus esperanzas, y en el cual navegaba alegre por el vasto mar; lo ve ahora cerca de los escollos, en peligro inminente, y ligero pone en salvo sus mercancías. Ágil como el ave, deja la rama en que hizo su nido, y que le es ya inútil, y sin embargo ningún lazo humano nos unía. ¡Sí, merece ser engañado quien busca corazón en hombres irreflexivos! Las imáge-

nes de la vida están escritas en su tersa frente con rasgos fugitivos; nada se arraiga en el fondo tranquilo de su pecho; la frivolidad agita sólo sus movibles humores, y carece de alma que dé calor á sus entrañas.

TERZKY. — No obstante, de mejor grado me fiaría yo de esas frentes lisas que de las surcadas de profundas arrugas.

ESCENA VIII.

WALLENSTEIN, TERZKY e ILLO, que llega furioso.

ILLO. — ¡Traición y motín!

TERZKY. — ¡Ah! ¿qué otra cosa hay?

ILLO. — Los soldados de Tiefenbach, al darles yo la orden de desalojar el puesto... ¡bribones sin disciplina!...

TERZKY. — ¿Qué?

WALLENSTEIN. — ¿Qué hay, pues?

ILLO. — Han rehusado obedecerme.

TERZKY. — ¡Que tiren contra ellos! ¡Oh! Mándalo así.

WALLENSTEIN. — ¡Prudencia! ¿Qué han dicho?

ILLO. — Que sólo han de obedecer al teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN. — ¿Cómo?... ¿Qué es eso?

ILLO. — Que les ha dejado esta orden, y que se la enseñó antes, de la mano misma del Emperador.

TERZKY. — Del Emperador... ¿Oyes, Príncipe?

ILLO. — Por instigación suya se marcharon ayer los coroneles.

TERZKY. — ¿Lo oyes?

ILLO. — También faltan Montecúculi, Caraffa y otros seis generales, á quienes persuadió que lo siguieran. Largo

tiempo hace que guardaba esa orden, escrita por el Empe-
rador, y últimamente se ha puesto de acuerdo con Ques-
tenberg. (Wallenstein se deja caer en una silla, y se tapa el
rostro con las manos.)

TERZKY.—¡Ojalá me hubieses creído!

ESCENA IX.

Los mismos.—LA CONDESA.

LA CONDESA.—No puedo... no puedo sufrir más tiempo
esta angustia. Decidme, por Dios, qué ha sucedido.

ILLO. — Los regimientos se separan de nosotros. El
Conde Piccolomini es un traidor.

LA CONDESA.— ¡Ay! ¡Cómo me lo daba el corazón! (Vase
precipitadamente.)

TERZKY.—¡Si se me hubiese dado crédito! Ya ves cómo
mienten las estrellas.

WALLENSTEIN. (Levantándose.) Las estrellas no mienten,
sino que esto es contrario al curso de los astros y al des-
tino. El arte es verdadero; pero ese falso corazón ha lle-
vado el engaño y la mentira al cielo de la verdad. Toda
profecía se funda en la certeza; pero cuando la natura-
leza se aparta de sus leyes, toda ciencia se equivoca. Si
fuese superstición lo que me indujera á deshonorar á la
naturaleza humana con tales dudas, ¡oh, nunca me avergonza-
ría de esta debilidad! Hasta en los instintos de los irracio-
nales hay una especie de religión, y el salvaje no bebe con
la víctima, cuyo pecho ha de atravesar. ¡Tu acción no es
sin disputa heroica, oh Octavio! No es tu prudencia la que
ha vencido á la mía, sino tu perverso corazón ha triun-
fado vergonzosamente del hourado mío. Ningún escudo

me ha resguardado de tu puñal asesino, sino que lo asestaste sin pudor contra mi pecho indefenso: soy sólo un niño contra tales armas.

ESCENA X.

Los mismos y BUTLER.

TERZKY.—¡Oh! ¡Ved á Butler! Este amigo nos queda.

WALLENSTEIN. (Que sale á su encuentro con los brazos abiertos, y lo abraza cordialmente.) — ¡Vén contra mi corazón, antiguo hermano de armas! Los rayos del sol en la primavera no son tan benéficos como el rostro de un amigo en hora tan aciaga.

BUTLER.—Vengo... mi General...

WALLENSTEIN. (Apoyado en sus hombros.)—¿Lo sabes ya? El viejo Piccolomini me ha vendido al Emperador. ¿Qué dices? Durante treinta años hemos vivido juntos, hemos descansado en el mismo lecho, apurado la misma copa y comido iguales manjares. Me apoyaba en él como ahora en tus hombros leales, y en el momento en que, rebosando amistad mi corazón, me confiaba en el suyo, aprovecha la ocasión favorable, y con perfidia y en asechanza me hunde lentamente en el pecho su puñal. (Oculta su rostro en el pecho de Butler.)

BUTLER.—¡Olvidad á ese traidor! Decidme, ¿qué queréis hacer?

WALLENSTEIN.—¡Bien, bien dicho! ¡Vaya con Dios! Todavía me quedan bastantes amigos, ¿no es verdad? La suerte me es propicia aún, porque ahora, ahora justamente, cuando el traidor ha dejado su disfraz, llega á mí un hombre leal. No hablemos de él más. No creáis que me duele

su pérdida. ¡Oh! sólo su engaño me lastima. Amaba y estimaba á los dos, y Maximiliano me quería verdaderamente, y no me ha engañado, ¡no!... Basta, basta ya de esto. ¡Ahora, rápida actividad! El mensajero que el Conde Kinsky me enviará de Praga, ha de llegar de un momento á otro. Sea cual fuere su mensaje, conviene que no caiga en manos de los sediciosos. Así, ordena que salga á su encuentro una persona de confianza, que me lo traiga secretamente. (Illo hace ademán de irse.)

BUTLER. (Deteniéndolo.)—Mi General, ¿a quién esperáis?

WALLENSTEIN.—A un correo, portador de la noticia de lo sucedido en Praga.

BUTLER —¡Hum!

WALLENSTEIN.—¿Qué tenéis?

BUTLER.—¿Ignoráis, pues...?

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—¿Cómo ha estallado esa sedición en el campamento?

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

BUTLER.—Ese mensajero...

WALLENSTEIN. (Lleno de zozobra.)—¡Bueno!

BUTLER.—Está aquí.

TERZKY é ILLO.—¿Que está aquí?

WALLENSTEIN.—¿El que yo espero?

BUTLER.—Hace muchas horas.

WALLENSTEIN.—¿Y yo no lo sé?

BUTLER.—El centinela lo detuvo.

ILLO. (Dando con el pie en el suelo.)—¿Condenación!

BUTLER.—La carta ha sido abierta, y ha corrido todo el campamento...

WALLENSTEIN. (Con viva curiosidad.)—¿Sabéis lo que dice?

BUTLER. (Vacilando.)—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡Oh!... ¡Ay de nosotros, Illo! ¡Todo está perdido!

WALLENSTEIN.—No me lo ocultéis. Estoy dispuesto á oír las nuevas más funestas. ¡Praga se ha perdido! ¿Es esto? Confesadlo sin temor.

BUTLER.—¡Sí, se ha perdido! Todas las tropas, que estaban en Budweis, Tabor, Braunau, Königgratz, Brünn y Znaym os han abandonado, han prestado al Emperador nuevo homenaje, y vos mismo, Kinsky, Terzky é Illo, estáis proscritos. (Terzky é Illo manifiestan su horror y su ira, Wallenstein permanece firme y tranquilo.)

WALLENSTEIN. (Después de una pausa.)—A lo hecho ¿qué remedio?... ¡Bueno está!... Pronto me veo libre de los tormentos de la incertidumbre; mi corazón late ya con sosiego, mi inteligencia ha recobrado su claridad. De noche es cuando brillan los astros propicios de Friedlandia. Con indecisión y vacilaciones he desenvainado mi espada, no sin lucha y oposición de mi parte, mientras me veía obligado á elegir mi senda. Ahora manda la necesidad, la duda desaparece, y ahora he de defender mi cabeza y mi vida. (Vase: los demás lo siguen.)

ESCENA XI.

LA CONDESA TERZKY, que viene de los aposentos laterales.

¡No!... ¡No puedo sufrirlo más largo tiempo!... ¿En dónde están? Todo desierto. Me dejan sola... sola en tan terrible angustia... Debo fingir delante de mi hermana, para tranquilizarla, y ocultar todas las torturas de mi pecho desgarrado... y no puedo hacerlo... Si nuestro proyecto se desbarata; si ha de refugiarse entre los suecos con las manos vacías, como un fugitivo, no como aliado poderoso.

y con la fuerza de un ejército adicto... Si nosotros, de pueblo en pueblo, como el palatino, hemos de vagar errantes, deplorable testimonio de la perdida grandeza... ¡no! ¡yo no quiero presenciario! Aunque él pueda soportarlo y contemplarse así, yo no, yo no me resigno á verlo en la desgracia.

ESCENA XII.

LA CONDESA, LA DUQUESA, TECLA.

TECLA. (Queriendo contener á la Duquesa.)—¡Oh, madre mía! ¡quedaos aquí!

LA DUQUESA.—¡No! aquí hay un misterio horrible, que me ocultan... ¿Por qué huye de mí mi hermana? ¿Por qué la observo, andando de acá para allá, llena de angustia? ¿Qué significan estas mudas señales que os hacéis á hurtadillas?

TECLA.—No es nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¿De qué sirve guardar más tiempo este secreto? ¿Se puede ocultar? Más pronto ó más tarde ha de conocerlo, y sufrir sus consecuencias. No es esta la ocasión de ceder á flaquezas, sino de hacer alarde de valor y de energía, y de emplear todo nuestro poder para resistirlo. Mejor es, por tanto, que su suerte se decida con una palabra... ¡Os engañan, hermana! Crees que el Duque ha sido depuesto de su mando... el Duque no ha sido depuesto... ha sido...

TECLA. (Acercándose á la Condesa.)—¿Queréis matarla?

LA CONDESA.—El Duque...

TECLA. (Abrazando á su madre.)—¡Animo, oh madre mía!

LA CONDESA.—El Duque se ha rebelado contra el Empe-

rador, ha querido pasarse al enemigo, el ejército le abandona, y le han hecho traición. (La Duquesa, al oírlo, vacila, y cae desmayada en los brazos de su hija.)

La escena cambia: un salón espacioso en la casa del duque de Friedlandia.

ESCENA XIII.

WALLENSTEIN.

(Con su armadura.)—¡Lograste tu propósito, Octavio!... Casi me veo tan abandonado como me vi un día en la Dieta de Ratisbona. No contaba entonces más que conmigo mismo... pero ya sabéis lo que vale un hombre solo... Habéis despojado al tronco de sus galas, y heme aquí sin hojas que me adornen. Pero allá en el fondo de mi alma subsiste la fuerza creadora, que de sí misma hace brotar un mundo. Yo solo, en otra ocasión, valí tanto como un ejército; vuestras tropas se habían desvanecido ante los suecos, y Tilly había sucumbido en el Lech, Tilly, vuestro último sostén. Gustavo, como río que se sale de madre, inundó la Baviera, y el Emperador temblaba, refugiado en su palacio de Viena. No se encontraban soldados, porque el vulgo sigue los caprichos de la fortuna... Entonces se dirigieron las miradas hacia mí, como á su salvador en trance tan amargo. El orgullo del Emperador se humilló ante aquel que había sido antes ofendido en lo más vivo. Hube, pues, de presentarme para pronunciar la palabra decisiva, que había de resolver el conflicto, y reunir hom-

bres en los campamentos vacíos. Y lo hice. Sonó el tambor. Mi nombre, como el del Dios de la guerra, resonó en todas partes. Fueron abandonados los campos y talleres, y la muchedumbre acudió bajo las banderas, pródidas en esperanzas, y ya de antiguo conocidas... Ahora veo que soy el mismo que era entonces. El alma es quien se forma su cuerpo, y el Duque de Friedlandia llenará de tropas su campamento. Atreveos á traer contra mí miles de soldados, que saben vencer al enemigo, no á mí... Cuando la cabeza y los miembros se separen, se demostrará en dónde reside el alma. (Illo y Terzky entran.) ¡Animo, amigos, ánimo! Aun no estamos en tierra. Los cinco regimientos de Terzky son nuestros, y los valientes soldados de Butler... Mañana se junta con nosotros un ejército de diez y seis mil suecos. No era yo más poderoso cuando, hace nueve años, emprendí la conquista de Alemania para el Emperador.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS y NEUMANN, hablando aparte con el conde
TERZKY.

TERZKY. (A Neumann.)—¿Qué pretenden?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim quieren hablar en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN. (A Neumann con prontitud.)—Que entren. (Vase Neumann.) Algo espero de esto. Advertid que dudan, y que conviene ganarlos.

ESCENA XV.

WALLENSTEIN, TERZKY e ILLO.—DIEZ CORACEROS, con su SUBALTERNO al frente, se presentan marchando, se colocan en fila ante el Duque á la voz de mando, y le saludan militarmente.

WALLENSTEIN. (Después de contemplarlos un rato, al Subalterno.)—Te conozco bien. Tú eres de Brujas en Flandes, y tu nombre es Mercy.

EL SUBALTERNO.—Me llamo Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Tú fuiste cortado en una marcha, rodeado de tropas de Hesse, y te abriste paso entre miles de hombres sólo con ciento ochenta.

EL SUBALTERNO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—¿Qué premio dieron á este rasgo de valor?

EL SUBALTERNO.—Lo que solicité, mi General, el honor de servir entre los coraceros.

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á otro.)—Tú estabas entre los voluntarios, que yo hice salir de Altenberg para apoderarse de la batería sueca.

EL SEGUNDO CORACERO.—Así fué, mi General.

WALLENSTEIN.—No me olvido de ninguno con quien hablo. Decid lo que pretendéis.

EL SUBALTERNO. (Mandando.)—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN. (Dirigiéndose á un tercero.)—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL TERCER CORACERO.—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Tú trajiste prisionero al campamento de Nurenberg al coronel sueco Dübald.

EL TERCER CORACERO.—Yo no, mi General.

WALLENSTEIN.—Tienes razón. Fué tu hermano mayor el que lo hizo... Tú tenías otro hermano menor; ¿en dónde está?

EL TERCER CORACERO.—Está en Olmutz, en el ejército del Emperador.

WALLENSTEIN. (Al Subalterno.)—¡Ahora, hablad!

EL SUBALTERNO.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que á nosotros...

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndolo.)—¿Quién os ha elegido?

EL SUBALTERNO.—Cada escuadrón ha elegido por suerte á un representante.

WALLENSTEIN.—Ahora, pues, ¡al grano!

EL SUBALTERNO.—Llegó á nuestras manos una carta del Emperador, en que se nos ordena que no te obedezcamos, porque eres un traidor y enemigo de tu patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL SUBALTERNO.—Nuestros compañeros de Braunau, Budweis, Praga y Olmutz han obedecido ya, y han seguido su ejemplo los regimientos de Tiefenbach y de Toscana... Pero nosotros no creemos que tú seas enemigo de tu patria y traidor, y para nosotros es mentira, é insigne engaño, é invención española. (De corazón.) Tú mismo nos dirás cuál es tu proyecto, porque siempre nos has hablado con sinceridad, nos inspiras la mayor confianza, y ninguna lengua extraña debe interponerse entre un buen general y sus leales soldados.

WALLENSTEIN.—Ya reconozco en vuestra conducta que sois mis bravos hombres de Pappenheim.

EL SUBALTERNO.—Tu regimiento te suplica, pues, que si tu objeto es tan solo conservar este bastón de mando, que te pertenece, que te ha confiado el Emperador, y ser un general fiel al Austria, á tu lado estaremos para protegerte y defender tus derechos contra cualquiera... Y ame-

que te abandonen todos los demás regimientos, solos te seremos leales, y por tí daremos nuestras vidas. Tal es nuestro deber de caballeros, y sucumbir más bien que consentir tu deposición. Pero si es cierto lo que dice la carta del Emperador: si es verdad que tu intentas llevarnos traidoramente al enemigo, de lo cual Dios nos guarde, sí, te abandonaremos y obedeceremos la carta.

WALLENSTEIN.—¡Oid, hijos míos!

EL SUBALTERNO.—Pocas palabras. Dí sí ó no, y quedaremos satisfechos.

WALLENSTEIN.—Escuchadme. Yo sé que sois inteligentes, que discurrís y juzgáis por vosotros mismos, y no seguís á los demás. Por esta razón, como sabéis, os he honrado y distinguido siempre entre todos. La mirada rápida del general sólo cuenta las banderas; no hace caso de las personas; manda con rigor, y sus órdenes son ciegas é inflexibles, y el hombre aquí nada vale para el hombre... Nunca ha sido esta, como os consta, la conducta que he observado con vosotros; tenéis conciencia de lo que valéis en vuestra áspera profesión; en vuestra frente brilla para mí la humana inteligencia, y siempre os he tratado como á hombres libres, y os he dejado el derecho de formular vuestras opiniones...

EL SUBALTERNO.—Sí; siempre nos has tratado con decoro, mi General, nos has honrado con tu confianza, y favorecido más que á los otros regimientos. No seguimos, pues, como observas, el ejemplo de las demás tropas, y queremos serle fieles. Habla sólo una palabra, una sola nos basta; que no hay traición, que no piensas en ella, y que no intentas llevarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡A mí, á mí es á quien venden! El Emperador me ha sacrificado á mis enemigos, y mi caída es segura, si mis valientes soldados no me amparan. De vosotros quiero fiarme... ¡Sea vuestro corazón mi escudo! ¡Mirad!

¡Los tiros van dirigidos contra este pecho, contra esta cabeza blanca!... ¡Esta es la gratitud española, esta, por las sangrientas batallas en las antiguas fortalezas, y en los llanos de Lützen! Para lograr esto hemos ofrecido nuestros pechos á las alabardas, y la tierra cubierta de hielo y las duras piedras nos han servido de lecho y de almohada. Ningún río, por rápida que fuese su corriente; ninguna selva, ni la más impenetrable, nos detenía, y así seguíamos sin descanso á Mansfeld en su tortuosa huida, y nuestra existencia era una marcha continua, y como los remolinos del viento, sin hogar ni patria, recorriamos la tierra asolada por la guerra. Y ahora, cuando hemos prestado estos servicios, ingratos, difíciles y malditos, y que nuestro infatigable brazo ha aliviado el peso de la guerra, ese niño imperial vendrá á concluir una paz fácil, y á adornar sus blondos y juveniles cabellos con la oliva que debe adornar los nuestros.

EL SUBALTERNO.—Esto no debe ser, mientras nosotros podamos impedirlo. Nadie más que tú, que has sostenido con gloria esta guerra terrible, debe terminarla. Tú nos guiaste á los campos ensangrentados de la muerte, y tú, y no otro alguno, ha de guiarnos alegremente á los valles risueños de la paz, y á compartir con nosotros los frutos de tantos y tan largos trabajos...

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿Pensáis quizás que, al fin, en vuestra tardía vejez podréis gozar de esos frutos? No lo creáis. ¡Jamás veréis el término de esta pelea! Esta guerra nos devorará á todos. Austria no quiere la paz; justamente he de caer yo porque la deseo. ¿Qué importa á Austria que una larga lucha acabe con el ejército, y devaste al mundo? Sólo intenta crecer siempre, y adquirir más territorio. ¿Os conmovéis?... En vuestros rasgos guerreros relampaguea una noble cólera. ¡Ojalá que mi alma pueda animaros de nuevo y llevaros osados, como en otro tiempo, á las bata-

llas. Anheláis ayudarme, anheláis defender mis derechos con las armas... ¡propósito generoso! Pero no penséis que lo habréis de conseguir, siendo tan pocos. En vano os sacrificaríais por vuestro General. (Con confianza.) ¡No! Caminemos seguros, busquemos amigos; los suecos prometen ayudarnos; dejad que nos sirvan en la apariencia, hasta que nosotros nos hagamos temibles; y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, demos al orbe, lleno de júbilo, desde nuestro mismo campamento, la paz coronada de oliva.

EL SUBALTERNO.—¿Sólo, pues, en apariencia andas en tratos con los suecos? ¿No te propones hacer traición al Emperador, ni pasarte á ellos? He aquí lo único, que pretendíamos saber de tí.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan á mí los suecos? Los detesto, como al infierno, y con la ayuda de Dios, espero arrojarlos pronto á la otra orilla del mar Báltico. Pero los necesito para ejecutar mi plan. ¡Mirad! Yo tengo también corazón, y me conduelo de los ayes de este pueblo alemán. Vosotros sois tan sólo soldados; pero pensad que valéis mucho para mí, que os distingo entre todos, para hablaros con franqueza sobre estas cuestiones... Recordad que la antorcha de la guerra arde hace quince años, y que la tranquilidad codiciada no ha llegado todavía. ¡Suecos y alemanes! ¡Papistas y luteranos! ¡Ninguno cede! ¡Los unos están contra los otros! Todos son partes, ninguno juez. Decidme, ¿cómo acabará esto? ¿Quién podrá desenredar este nudo, que se complica sin cesar?... Es menester cortar. Sí; conozco que soy el hombre, á quien la suerte ha predestinado para lograrla, y espero hacerlo con vuestro auxilio.

ESCENA XVI.

Los mismos y BUTLER.

BUTLER. (Con calor.)—¡No está bien eso, mi General!

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTLER.—Nos perjudicará con los adictos á nuestra causa.

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué?

BUTLER.—Equivale á declararse públicamente en rebelión.

WALLENSTEIN.—Pero otra vez, ¿qué sucede?

BUTLER.—El regimiento del Conde Terzky se arranca las águilas de sus banderas, y pone en su lugar vuestras armas.

EL SUBALTERNO. (A los Coraceros.)—¡Media vuelta á la derecha!

WALLENSTEIN.—¡Maldita idea, y más maldito aún el que la ha sugerido! (A los Coraceros, que se disponen á marchar.) ¡Deteneos, hijos míos!... ¡Es un error!... ¡oidme!... Y yo lo castigaré con el mayor rigor... ¡Escuchadme, sin embargo! ¡Quedaos aquí! Nada oyen. (A Mo.) Vete tras ellos, convénceles, tráelos de nuevo, cueste lo que cueste. (Vase Mo apresuradamente.) ¡Esto nos pierde!... ¡Butler, Butler! ¡Sois mi mal ángel! ¡Por qué decirlo así delante de ellos?... Todo iba bien... estaban ya casi convencidos... ¡Los locos, con su celo imprudente!... La fortuna cruel se burla de mí. Me hace sucumbir, no el odio de mis enemigos, sino el celo de mis amigos

ESCENA XVII.

Los mismos.—**LA DUQUESA**, que entra precipitadamente en la habitación, seguida de **TECLA** y de **LA CONDESA**.

LA DUQUESA.—¡Oh Alberto! ¿Qué has hecho?

WALLENSTEIN.—Esto faltaba.

LA CONDESA.—¡Perdóname, hermano! No pude más. Todo lo sabe.

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho?

LA CONDESA. (A Terzky.)—¡No hay ya remedio? ¿Todo se ha perdido?

TERZKY.—Todo. Praga está en poder de los partidarios del Emperador, y las tropas le han renovado su obediencia.

LA CONDESA.—¡Pérfido Octavio!... ¿También ha desaparecido el Conde Maximiliano?

TERZKY.—¿En dónde podrá estar? Con su padre se habrá pasado al Emperador. (Tecla cae en los brazos de su madre, y oculta el rostro en su seno.)

LA DUQUESA. (Estrechándola en sus brazos.)—¡Desdichada hija! ¡Madre, aún más desdichada!

WALLENSTEIN. (Aparte á Terzky.) Prepara pronto en el patio último un carruaje para llevarlas. (Señalando á las mujeres.) Scherfenberg puede acompañarlas; nos es adicto, y las dejará en Egra, á donde les seguiremos. (A Illo, que vuelve.) ¿No los traes?

ILLO.—¿No oyes á los amotinados? Todo el cuerpo de Pappenheim está en abierta rebelión. Piden que se les devuelva á Maximiliano, su coronel, porque dicen que está aquí en el castillo, que tú lo retienes por la fuerza, y que, si no lo sueltas, lo libertarán con sus espadas.

(Todos se quedan atónitos.)

TERZKY.—¿Qué hacer?

WALLESTEIN.—¿No lo decía yo? ¡Oh corazón mío leal! Está aquí todavía. No me ha hecho traición, no ha podido hacérmela... Nunca he dudado de él.

LA CONDESA.—¡Oh! ¡Si está aquí todavía, todo va bien, porque yo sé lo que lo retendrá perpetuamente! (Abrazando á Tecla.)

TERZKY.—No puede ser. Reflexionad que su padre nos ha vendido, y pasádose al Emperador; ¿cómo se aventurará el hijo á quedarse aquí?

ILLO. (A Wallenstein.)—Pocas horas hace que lo ví llevar por la plaza el tren de caza, que le regalaste recientemente.

LA CONDESA.—¡Oh sobrina mía! Entonces no está lejos.

TECLA. (Que mira hacia la puerta.)—¡Vedlo ahí!

ESCENA XVIII

LOS MISMOS Y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Adelantándose hasta el centro de la escena.)—
¡Sí, sí; aquí está! No puedo ya dar vueltas alrededor de esta casa furtivamente, y acechar la ocasión favorable... ¡Esta incertidumbre, esta angustia son superiores á mis fuerzas! (Dirigiéndose á Tecla, que se ha arrojado en los brazos de su madre.) ¡Mírame! ¡No apartes de mí tus ojos, ángel divino! Confésalo libremente delante de todos. A nadie temas. Sepan todos que nos amamos. ¿A qué ocultarlo? El misterio es para los afortunados; la desdicha sin esperanza no usa disfraz alguno, y puede mostrarse á la faz de millares de soles. (Observa á la Condesa, que mira á Tecla con alegría.) ¡No, tía Terzky, nada espero ni nada me sonrío;

no vengo para quedarme aquí, vengo sólo á despedirme... ¡No hay remedio! Yo debo, yo debo, oh Tecla, abandonarte... yo lo debo. Pero no quiero llevar conmigo tu odio. Concédeme sólo una mirada de compasión; dí que no me aborreces. ¡Dímelo, Tecla! (Coge su mano, profundamente conmovido.) ¡Oh Dios, Dios mío! No puedo abandonar este lugar. Yo no puedo... no puedo soltar esta mano. Dime, Tecla, que me compadesces, que tú misma estás convencida de que no puedo obrar sino como lo hago. (Tecla, esquivando sus miradas, señala con la mano á su padre; él se vuelve hacia el Duque, á quien ve entonces.) ¡Tú aquí?... No es á tí, á quien yo busco. Mis ojos no debían verte más. Sólo á ella me dirijo. Sólo esperaba que su corazón me declarase libre, puesto que nada me importan los demás.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú que yo seré bastante loco para dejarte marchar, y que representaré contigo una farsa de generosidad? Tu padre ha sido un pérfido, y tú no eres ya más que su hijo, y no en vano has caído en mi poder. No imagines que he de tener en cuenta nuestra antigua amistad, hollada por él tan indignamente. Los tiempos de dulces afectos pasaron ya, los de las consideraciones y deferencias, y ahora reinan tan sólo el odio y la sed de venganza. Yo puedo ser tan inhumano como él.

MAXIMILIANO.—Puedes tratarme como te plazca. Bien sabes, sin embargo, que ni me burlo de tu ira, ni la temo. El lazo que aquí me detiene, ¿sabes cuál es? (Cogiendo la mano de Tecla.) ¡Escúchame! ¡Todo, todo quería yo debértelo agradecido! Yo quería recibir mi ventura de tu mano paternal. Tú la has destruido, aunque poco te importe. Indiferente huellas en el polvo la ventura de los tuyos, porque el Dios, á quien tú adoras, no es el Dios de la gracia. Como á elemento desenfrenado, ciego y formidable, sigues tú tan sólo el impulso feroz de tu corazón. ¡Ay de los que en tí confiaron! ¡ay de los que te eligieron por ci-

miento de su dicha, atraídos por tu rostro benévolo! En el momento más inesperado, en el silencio solemne de la noche, se los traga en un instante engañosa sirena de fuego, y con atronadora violencia el rápido torrente devasta las obras del hombre, y las condena á horrible destrucción.

WALLENSTEIN.—Pintas el corazón de tu padre. Como tú lo describes, así son sus entrañas, así es la negra hipoeresia de su alma. ¡Oh! ¡una trama infernal me ha engañado! El Averno me envió el más pérfido de sus demonios, el más engañoso, y lo puso á mi lado como amigo. ¿Quién puede resistir el poder del infierno? Amamanté á mis pechos un basilisco; lo alimenté con mi sangre, y se llenó con los jugos de mi cariño. Nunca sospeché de él; le abrí de par en par las puertas de mi pecho, y le entregué las llaves de la sabia prudencia. Entre los astros, en el vasto firmamento buscaban mis ojos á mi enemigo, ¡y lo guardaba en lo más recóndito de mi corazón! ¡Si yo hubiese sido para Fernando lo que Octavio ha sido para mí...! Jamás le hubiera declarado la guerra... jamás hubiera podido hacerlo. Era sólo mi iracundo señor, no mi amigo. El Emperador no se fiaba de mi lealtad. La guerra se había ya encendido entre nosotros, cuando puso en mis manos el bastón de mando, porque la guerra existe siempre entre la astucia y el recelo, y sólo reina la paz entre la fe y la confianza. El que emponzoña la fidelidad, mata en el seno de su madre á todos sus hijos.

MAXIMILIANO.—No quiero defender á mi padre. ¡Ay de mí! no puedo tampoco defenderlo. Sucesos infaustos han sobrevenido, y los crímenes, en espesa cadena, se estabonan con los crímenes. Pero ¿cómo nosotros, inocentes, hemos caído en este abismo de infortunio y de perversidad? ¿Contra quién hemos sido perjuros? ¿Por qué razón la doblez y los hechos punibles de nuestros padres nos han de entrelazar como serpientes mortíferas? ¿Por qué el odio

irreconciliable de nuestros padres ha de desgarrarnos á nosotros, que nos amamos? (Abraza á Tecla, presa del más vivo dolor.)

WALLENSTEIN. (Después de observarlo en silencio, y acercándose á él.)—¡Quédate á mi lado, Maximiliano...! ¡No te separes de mí, Maximiliano! Recuerda cuando en Praga, en cuarteles de invierno, te trajeron á mi tienda: eras un niño delicado, no endurecido por los hielos de Alemania; tus manos yertas estaban adheridas á la pesada bandera, sin quererla soltar. Yo te abrigué entonces, cubriéndote con mi capa; yo mismo te asistí, sin avergonzarme de servirte de madre; yo cuidé de tí con solicitud maternal, hasta que tú, a mi calor, recobraste gozoso tu vigor juvenil. Desde entonces, ¿no he sido siempre el mismo para tí? He hecho ricos á millares de hombres, les he dado tierras, los he llenado de honores... á tí sólo ha amado mi corazón, á tí sólo se ha entregado todo mi sér. Todos ellos eran gente extraña; tú, hijo de mi casa... Maximiliano, ¡tú no puedes abandonarme! No, no puede ser; ni puedo, ni quiero creer que Maximiliano haya de abandonarme.

MAXIMILIANO.—¡Oh Dios!

WALLENSTEIN.—Tu sostén y tu guía he sido yo desde tu niñez... ¿Qué ha hecho tu padre por tí, que yo no haya hecho con exceso? Te he envuelto en una red de cariño; desgárrala, si te atreves... únete á mí los lazos más tiernos, que encadenan las almas, los vínculos naturales más santos, que estrechan á los hombres entre sí. Véte, pues; abandóname; sirve á tu Emperador; que te premie con una cadenilla dorada, con su toisón de oro, ya que nada vale en tu estimación tu amigo, el padre de tu juventud, ni los más sagrados sentimientos.

MAXIMILIANO. (Presa de lucha violenta.) —¡Oh Dios! ¿Qué otra cosa he de hacer? ¿No debo hacerlo...? Mi juramento... el deber...

WALLENSTEIN. — ¿Deber? ¿Hacia quién? ¿Quién eres tú? Si yo soy injusto con el Emperador, mía es la injusticia, no tuya. ¿Eres tú dueño de tí mismo? ¿Mandas en tí, eres libre en el mundo, como yo, de suerte que seas único responsable de tus acciones? Tú descansas en mí; yo soy tú Emperador, y ser mío, obedecerme, es tu honor, tu ley natural. Y si el planeta, en que vives y habitas cae de su órbita, y ardiendo se precipita en el planeta más cercano, y lo abrasa, no puedes decidir si habrás ó no de seguirme, sino que te arrastrará con la fuerza de su caída, con su círculo y todos sus satélites. Leve duda es la tuya en esta contienda, y las gentes no criticarán, sino, al contrario, alabarán que la amistad haya en tí vencido.

ESCENA XIX.

Los mismos y NEUMANN.

WALLENSTEIN. — ¿Qué hay?

NEUMANN. — Los soldados de Pappenheim se han desmontado, y pie en tierra están resueltos á asaltar esta casa á viva fuerza, para libertar al Conde.

WALLENSTEIN. (A Terzky.) — Que se suelten las cadenas, y se prepare la artillería. Quiero que la metralla los reciba, (Vase Terzky.) ¡Imponerme la ley á mano armada! Anda, Neumann, que se retiren al momento; tal es mi orden, y que aguarden en silencio mi determinación. (Vase Neumann. Illo se asoma á la ventana.)

LA CONDESA. — ¡Dejadle que se vaya! Dejadle, por Dios, que se vaya.

ILLO. (En la ventana.) — ¡Muerte y condenación!

WALLENSTEIN. — ¿Qué ocurre?

ILLO.—Asaltan el Ayuntamiento, arranean el techo, y apuntan sus cañones hacia aquí...

MAXIMILIANO.—¡Qué locura!

ILLO.—Se aprestan á tirar ..

LA DUQUESA y LA CONDESA.—¡Dios del cielo!

MAXIMILIANO. (A Wallenstein.) — Déjame bajar para indicarles...

WALLENSTEIN.— ¡No des un solo paso!

MAXIMILIANO. (Señalando á Tecla y á la Duquesa.) — ¡Pero sus vidas! ¡La tuya!

WALLENSTEIN.— ¡Qué nuevas traes, Terzky?

ESCENA XX.

Los mismos, y TERZKY, que vuelve.

TERZKY.— Nuevas de nuestros fieles regimientos. No pueden refrenar su ardor, y piden permiso para combatir contra ellos; son dueños de las puertas de Praga y de Mühl; y si tú lo ordenas, atacarán por la espalda al enemigo, lo encerrarán en la ciudad, y lo vencerán sin trabajo en las calles.

ILLO.— ¡Oh, ven! ¡Que no se enfríe su entusiasmo! Los soldados de Butler nos son fieles; somos más en número; los venceremos, y aquí, en Pilsen, terminará la sedición.

WALLENSTEIN.— ¡Se ha de convertir esta ciudad en campo de batalla, y una lucha fratricida, rebosando fuego por los ojos, ha de ensordecer sus calles desenfrenada? ¡Ha de encomendarse la terminación de esta pelea á la rabia ciega, que desatiende la voz de mando? Aquí no hay espacio para combatir, sino para degollar. La ira, en su furia formidable, no escuchará á ningún general. ¡Pero, en fin, sea así!

Largo tiempo hace que he pensado, que esto sólo puede acabar de una manera rápida y sangrienta (Volviéndose hacia Maximiliano.) ¿Qué resolvemos? ¿Quieres tentar conmigo el vado? Libre eres de partir. Ponte frente á mí. Guíalos á la batalla. Tú entiendes el arte de la guerra, que has aprendido de mí; no debo avergonzarme de mi adversario, y no encontrarás en tu vida mejor ocasión que ésta para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA.— ¿A este punto hemos llegado? ¡Sobrino, sobrino! ¿Podrás resistir esto?

MAXIMILIANO.— Yo he prometido llevar otra vez al Emperador los regimientos leales, que se me han confiado, y lo cumpliré ó moriré. Es sólo lo que exige mi deber. No pelearé contra tí mientras pueda evitarlo, porque tu cabeza, aun proscrita, es sagrada para mí. (Suenan dos tiros. Illo y Terzky corren á la ventana.)

WALLENSTEIN.— ¿Qué tiros son esos?

TERZKY.— ¡Cayó!

WALLENSTEIN.— ¡Cayó! ¿Quién?

ILLO.— Los de Tiefenbach dispararon.

WALLENSTEIN.— ¿Contra quién?

ILLO.— Contra ese Neumann, á quien enviaste...

WALLENSTEIN. (Con viveza.) — ¡Muerte y condenación! Entonces quiero yo... (Haciendo ademán de salir.)

TERZKY.— ¡Y desafiar su ciego furor!

LA DUQUESA y LA CONDESA.— ¡No, por Dios!

ILLO.— Ahora no, mi General.

LA CONDESA.— ¡Detenedlo, detenedlo!

WALLENSTEIN.— Dejadme.

MAXIMILIANO.— No, ahora no. Este acto irreflexivo y sanguinario ha aumentado su ira; espera que se arrepientan...

WALLENSTEIN.— ¡Lejos de aquí! Harto he tardado ya en salir. Han osado cometer ese crimen, por no haber visto mi rostro... Es necesario que me vean, que oigan mi voz...

¿No son mis tropas? ¿No soy yo su general, y su temido señor? Dejad que me contemplen, á ver si desconocen al que era su sol en la oscuridad de las batallas. No hay necesidad del empleo de las armas. Yo me mostraré desde este balcón al ejército amotinado, y se refrenarán en seguida, no lo dudéis, y su ánimo excitado volverá á someterse á la antigua obediencia. (Vase, y con él Illo, Terzky y Butler.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA, LA DUQUESA, MAXIMILIANO y
TECLA.

LA CONDESA. (A la Duquesa.) — Cuando lo vean... hay aún esperanza, hermana.

LA DUQUESA. — ¡Esperanza! Ya no la tengo.

MAXIMILIANO. (Que lejos, en violenta lucha consigo mismo durante la escena anterior, se acerca á ellas.) — ¡Yo no puedo sufrir esto! Vine aquí firme é irrevocablemente resuelto, creyendo obrar bien y sin reproche, y parezco odioso, feroz é inhumano, maldito y motivo de horror para todos aquellos á quienes amo, cuando puedo volverles la felicidad, siendo tan caros á mi corazón y viéndolos tan indignamente afligidos, con pronunciar sólo una palabra... Sublévaseme el corazón; en mi pecho resuenan dos voces contradictorias; nada veo, é ignoro en dónde esté la justicia. ¡Oh, bien y con verdad lo dijiste, oh padre, que yo me fiaba en demasía de mi corazón, porque ahora vacilo é ignoro lo que debo hacer!

LA CONDESA. — ¡Que lo ignoráis? ¡Nada os dice vuestra propia conciencia? Pues yo os lo diré. Vuestro padre ha cometido contra nosotros un acto de la más negra trai-

ción; ha puesto en peligro la cabeza del Príncipe; nos ha llenado de vergüenza, y claro es, por tanto, lo que debe hacer su hijo: reponer lo que con su acción criminal ha derribado, dar un ejemplo de lealtad y de compasión, y que el nombre de Piccolomini no sea un signo de oprobio, una perpetua maldición en la familia de Walenstein.

MAXIMILIANO.—¿En dónde está la voz de la verdad, que yo he de seguir? Muévenos á todos el deseo y la pasión. ¡Ojalá que descendiera un ángel del cielo, y que hiciera brotar la justicia, clara y evidente, indicándome con su pura diestra la pura luz de donde emana! (Sus ojos se fijan en Tecla.) ¿Pero qué, todavía busco yo este ángel? ¿Espero acaso encontrar otro? (Acércase á ella y la abraza.) Aquí, en este corazón infalible, santo y puro, descansaré, interrogaré tu amor, que sólo puede dar la dicha, y alejarse del culpable desventurado. ¿Puedes amarme todavía, si yo me quedé aquí? Dime que sí, y soy vuestro.

LA CONDESA. (Con intención.)—Reflexionad...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No reflexionad nada. Decid sólo cuál sea vuestro sentimiento.

LA CONDESA.—Pensad en vuestro padre...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola de nuevo.)—¡No pregunto yo á la hija del Duque de Friedlandia, sino á tí, amor mío! La cuestión no versa sobre ganar una corona, en cuyo caso sería útil mostrarse prudente, sino sobre la paz de tu amigo, sobre la ventura de millares de heroicos y bravos corazones, que seguirán el ejemplo del primero. ¿Debo ser perjuro é infiel con el Emperador? ¿Debo disparar contra el campamento de Octavio el arma parricida? Porque hecho el disparo, no es la bala un instrumento ciego, sino vivo, porque la anima un espíritu funesto, el de las furias vengadoras del crimen, que la impulsan hábilmente hacia el blanco más sensible.

TECLA.—Oh, Maximiliano...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No te apresures. Yo te conozco. El corazón noble podría considerar como deber más sagrado al más doloroso. Que no se cumpla el más grande, sino el más humano. Recuerda cuanto ha hecho por mí el Príncipe desde un principio. Recuerda también cuál ha sido la conducta de mi padre. ¡Oh! También los dulces y libres afectos de la amistad, del piadoso culto del corazón, constituyen una religión aparte, y la naturaleza se venga del bárbaro, que los viola cruelmente. Pongo todo, ponlo todo en la balanza, y que tu corazón decida y hable.

TECLA.—¡Oh! El tuyo lo ha resuelto ya hace largo tiempo. Sigue tu primer impulso...

LA CONDESA.—¡Desventurada!

TECLA.—¿Cómo podría dejar de ser el más justo el acuerdo primero de alma tan leal y tierna? Véte y cumple tu deber. Siempre te amaré. Sea cualquiera tu elección, siempre serás digno, y tu conducta digna de tí. El arrepentimiento no ha de contristar tu ánimo y tu dulce paz.

MAXIMILIANO.—¡He de abandonarle, pues! ¡He de separarme de tí!

TECLA.—Si eres leal contigo mismo, lo serás también conmigo, y si la suerte nos separa, nuestros corazones permanecerán unidos. Odio sanguinario dividirá siempre á las familias de Piccolomini y de Friedlandia, pero nosotros dos no pertenecemos á ellas... ¡Véte! ¡Corre, corre! ¡Divorcias tu buena causa de la nuestra desventurada! La maldición divina ha caído sobre nuestra cabeza, consagrada á la muerte. La falta de mi padre me arrastrará también al abismo. No deploras mi suerte, que el destino habrá de decidirla en breve. (Maximiliano, profundamente conmovido, la estrecha entre sus brazos. Se oyen detrás de la escena gritos feroces, que resuenan largo tiempo, de ¡viva Fernando!, con acompañamiento de música militar. Maximiliano y Tecla se mantienen estrechamente abrazados.)

ESCENA XXII.

Los mismos y TERZKY.

LA CONDESA. (Saliendo á su encuentro.)—¿Qué era eso? ¿Qué significaban esas voces?

TERZKY.—¿Todo inútil! ¿Todo se ha perdido!

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Y su presencia no hizo efecto en ellos?

TERZKY.—Ninguno. ¡Pena inútil!

LA DUQUESA.—¿Prorrumpieron en vítores...?

TERZKY.—Al Emperador.

LA CONDESA.—¡Oh, cuán olvidadizos de sus deberes!

TERZKY.—Ni lo dejaron hablar siquiera. Cuando comenzó, lo hicieron callar con gritos de guerra... Aquí viene.

ESCENA XXIII.

Los mismos.—WALLENSTEIN, acompañado de ILLO y BUTLER, y después CORACEROS.

WALLENSTEIN. (Al entrar.)—¿Terzky!

TERZKY.—¿Mi Príncipe!

WALLENSTEIN.—Que se preparen nuestros regimientos á marchar hoy, porque abandonaremos á Pilsen antes de la noche. (Vase Terzky.) ¡Butler!

BUTLER.—¿Mi General!

WALLENSTEIN.—El comandante de Egra es vuestro amigo y compatriota. Escribidle inmediatamente, y enviadle un

correo, para que se prepare á recibirnos mañana en la fortaleza. Nos seguiréis con vuestro regimiento.

BUTLER. — Así se hará, mi General.

WALLENSTEIN. (Interponiéndose entre Maximiliano y Tecla, que durante este tiempo continúan abrazados.) ¡Separaos!

MAXIMILIANO. — ¡Oh Dios! (Coraceros con las armas en la mano entran en la escena, y se reúnen en el fondo. Oyese debajo una marcha alegre de los soldados de Pappenheim, como si llamasen á Maximiliano.)

WALLENSTEIN. (A los Coraceros.) — Aquí está. Es libre. Yo no lo detengo ya. (Colócase de tal modo en la escena, que Maximiliano no puede acercarse á él ni á su hija.)

MAXIMILIANO. — Me odias y te separas colérico de mí. Roto está el vínculo de nuestra antigua amistad, violenta, no dulcemente, y, siendo doloroso ese rompimiento, exacerbas aún más mi dolor. Sabes que no he aprendido todavía á vivir sin tí... El desierto se presenta delante de mí, y cuanto me es caro en el mundo se queda aquí. ¡Oh, no apartes de mí tus ojos! ¡Déjame por última vez ver tu rostro amado y respetable! No me rechaces... (Quiere coger su mano, y Wallenstein la retira. Vuélvese entonces hacia la Condesa.) ¡No hay aquí mirada alguna de compasión hacia mí?... Tía Terzky... (Ella se aleja de él; vuélvese hacia la Duquesa.) Madre venerable...

LA DUQUESA. — Andad, Conde, á donde el deber os llama... Así podréis ser algún día para nosotros cerca del Emperador un fiel amigo, nuestro buen ángel.

MAXIMILIANO. — Me dejáis alguna esperanza, y no queréis desesperarme del todo. ¡Oh, no me engañéis con vanas ilusiones! Cierta es mi desventura, y gracias al cielo que me ofrece un medio de terminarla. (Comienza de nuevo la música guerrera. La escena se llena más y más de soldados armados. Ve entre ellos á Butler.) ¡Estais también aquí, coronel Butler?... ¡Y no queréis seguirme?... ¡Bien! Sed más fiel á

vuestro nuevo señor de lo que lo habéis sido al antiguo. ¡Venid! Prometedme, dadme vuestra mano como prenda de que defenderéis su vida y la conservaréis ilesa. (Butler se la rehusa.) La proscripción del Emperador pesa sobre él; y su noble cabeza queda á merced de cualquiera vulgar asesino, que quiera ganar una vil recompensa por su crimen. Ahora, pues, necesita más que nunca de la solicitud piadosa del amigo, de la mirada vigilante del afecto... y los que observo á su rededor al separarme... (Mirando con recelo á Illo y Butler.)

ILLO.—Buscad traidores en el campamento de Gallas y de vuestro padre. Aquí no hay más que uno. Marchaos y libradnos de vuestra presencia odiosa. ¡Andad! (Maximiliano intenta acercarse otra vez á Tecla, y Wallenstein lo impide. Permanece indeciso y lleno de afición: la escena se llena de soldados más y más, y las trompetas suenan más y más, llamándole, y con intervalos más breves.)

MAXIMILIANO.—¡Tocad, tocad!... Ojalá fuesen las trompetas suecas, y de aquí fuera yo á los campos de la muerte, y todas las espadas, que están aquí desnudas, atravesaran á un tiempo mi pecho. ¿Qué queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Oh! ¡No me desesperéis! ¡No lo hagáis! Quizás os pesaría. (La sala se llena completamente de hombres armados.) ¡Todavía más? Los soldados se unen á los soldados, y su muchedumbre me arrastra consigo. Reflexionad en lo que hacéis. No está bien que elijáis por jefe á un desesperado. Me priváis de mi ventura. ¡Bien! Yo consagro vuestras almas á la Diosa de la venganza. Me habéis escogido para causar vuestra propia ruina, y sabed que quien me acompaña ha de estar pronto á morir! (Mientras se vuelve hacia el fondo, los coraceros se mueven con rapidez, lo cercan y acompañan con grande algazara. Wallenstein permanece inmóvil, y Tecla se desmaya en los brazos de su madre. Caen el telón.)

ACTO IV.

Casa del burgomaestre en Egra.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER, que llega.

Dentro está. Su destino lo trae. El puente levadizo ha caído detrás de él, y puesto que por él ha entrado y cayó ya, no le queda medio alguno de salvación. Hasta aquí, Friedlandia, y no más allá, dice la Diosa del destino. Tu brillante meteoro se elevó desde la tierra de Bohemia, dejó en el cielo refulgente huella, y se pondrá aquí también en la Bohemia... ¡Tú has sido perjuro con tus antiguas banderas, y confías ciego, sin embargo, en tu antigua fortuna! Armas tu mano criminal para llevar la guerra á los dominios del Emperador, y devastar el santo hogar de los lares domésticos. ¡Vive alerta! El espíritu de la venganza te deslumbra... ¡que la venganza no te pierda!

ESCENA II.

BUTLER y **GORDON**.

GORDON.—¿Sois vos? ¡Oh! cuanto deseaba oiros. ¡El Duque un traidor? ¡Oh, Dios mío! ¡Y fugitivo! ¡Y su noble cabeza proscrita! Suplícoos, mi General, que me contéis prolijamente cómo ha sucedido todo esto en Pilsen.

BULTER.—¿Habéis recibido la carta que os remití por un correo?

GORDÓN.—Y he hecho con puntualidad cuanto se me mandaba; le he abierto la fortaleza sin el menor reparo, puesto que una orden del Emperador me mandaba que os obedeciera en todo ciegamente. ¡Perdonad, sin embargo! Cuando ví al mismo Príncipe, comencé á dudar de nuevo. A la verdad, el Duque de Friedlandia no entró en esta ciudad como un proscrito. En su frente, como en otro tiempo, brillaba la majestad de un potentado, que exigía la sumisión, y tranquilo, como en sus mejores días, me pidió cuenta de mis funciones. El infortunio, la conciencia de la culpa, acostumbra adular al hombre más bajo, y el orgullo, después de la caída, se doblega con facilidad y se humilla; pero el Príncipe, lacónico y con dignidad en todas sus palabras, aprobó mi conducta, como lo hace el dueño con su servidor, cuando ha cumplido su deber.

BUTLER.—Todo ha sucedido conforme os escribí. El Príncipe ha vendido el ejército al enemigo, y quiere entregarle á Praga y Egra. Al circular este rumor, le han abandonado todas las tropas, menos los cinco regimientos de Terzky, que lo han seguido aquí. Se le ha proscrito, pues, y se ordena á todo súbdito leal que lo entregue muerto ó vivo.

GORDÓN.—¡Traidor al Emperador!... ¡tan gran señor! ¡tan ric! ¡Oh vanidad humana! Yo decía con frecuencia: ¡esto no puede acabar bien! Para su ruina servirán tanta grandeza, tanto poder, y su sombría y vacilante violencia, porque el hombre se perjudica á sí mismo, y nunca ha de confiar en su propia moderación. Sólo lo contiene en los límites debidos una ley clara, y el aguijón profundo del hábito. Pero el poder militar de este general era extraordinario y contra la naturaleza; casi lo igualaba al Emperador, y su carácter orgulloso había olvidado ya la costumbre de obedecer. ¡Es lástima que un hombre como él!... Ninguno,

en mi opinión, se mantendría en el puesto, desde el cual cae.

BUTLER.—Reservad vuestras lamentaciones para cuando necesite de vuestra compasión, porque ahora es todavía poderoso y temible. Los suecos marchan hacia Egra, y si nosotros no nos decidimos á oponernos á su unión, no tardarán en juntarse. Pero ¡esto no sucederá! El Príncipe no debe salir libre de esta ciudad, porque me he obligado á ello con mi vida y mi honor, y á hacerlo prisionero, contando con vuestra ayuda.

GORDON.—¡Oh! ¡No quisiera haber visto este día! De sus manos recibí yo mi cargo; él mismo me confió la guarda de este castillo, que he de convertir en su prisión. Nosotros los subalternos no tenemos voluntad; sólo el hombre libre, el poderoso, obedece á sus inclinaciones varoniles. Nosotros somos sólo los esbirros de la ley y de sus rigores: la obediencia es nuestra virtud, y la única que aprovecha al humilde.

BUTLER.—No deploréis lo limitado de vuestras facultades. La excesiva libertad es madre de muchos errores, y la senda del deber, cuanto más estrecha, más segura.

GORDON.—¿Decís, pues, que todos lo han abandonado? Él ha hecho la fortuna de miles de personas, porque su carácter era el de un rey, y siempre su mano estaba abierta para todos... (Mirando á Butler de reojo.) Del polvo de la nada ha levantado á muchos, llenándolos de honores y dignidades, y, apesar de esto, no tiene ningún amigo, no ha podido conservar ninguno, que se le mantuviese fiel en la desgracia.

BUTLER.—Uno tiene aquí, de quien menos esperaba.

GORDON.—No le debo favor alguno. Casi sospecho que, en su grandeza, no se habrá siquiera acordado del amigo de su juventud... Porque el servicio me ha mantenido siempre lejos de él, y su vista me perdió en las murallas

de esta fortaleza, en donde yo, fuera del alcance de su gracia, he guardado en silencio un corazón fiel. Cuando me colocó en este castillo, cuidaba atento de cumplir sus deberes y no faltar á su confianza; sí, leal, defendiendo este puesto, que encomendó á mi fidelidad.

BUTLER.—Decidme, pues: ¿quereis llevar á efecto la pena, á que se le ha condenado, y prestarme vuestra ayuda para aprisionarlo?

GORDON. (Después de reflexionar un rato en silencio, y afigido.) Si todo ha sucedido como contáis... si ha hecho traición al Emperador, su señor, vendido el ejército, é intentado entregar al enemigo del Imperio las fortalezas de esta nación... si no hay salvación posible para él... Sin embargo, es penoso que la suerte me haya elegido entre todos para ser instrumento de su ruina, porque ambos fuimos pajes en Burgau, al mismo tiempo, si bien yo era de más edad.

BUTLER.—Lo sé.

GORDON.—Hará de esto unos treinta años. Revelaba ya una audacia sin límites este joven de veinte años. Era ya más serio de lo que exigía su juventud, y su ánimo varonil sólo grandezas soñaba. Silencioso pasaba entre nosotros, y no buscaba otra compañía que la de sus pensamientos; los placeres ordinarios de los mancebos no le llamaban la atención; pero de repente brillaba en él como un rayo maravilloso, que parecía brotar de las profundidades de su alma, deslumbrador y diáfano, que nos llenaba de asombro, no sabiendo si era un rasgo de locura ó una voz divina.

BUTLER.—Allí fué en donde cayó de un segundo piso, habiéndose dormido en el hueco de una ventana, y se levantó en seguida ileso. Desde entonces, según cuentan, se notaron en él síntomas de locura.

GORDON.—Es verdad; hizose más meditabundo, y se convirtió al catolicismo. Maravilloso fué el efecto de su mara-

villosa salvación. Se consideró como un sér favorecido y privilegiado; y ligero, como si no hubiera nunca de tropezar, corrió por la cuerda vacilante de la vida. La suerte nos separó luégo más y más; él emprendió á paso rápido la peligrosa senda, que lleva á la cúspide de la grandeza, y yo lo contemplé caminando, presa de un vértigo, y fué conde y príncipe, duque y dictador, y ahora todo es demasiado estrecho para él, y alarga su mano para apoderarse de una corona, y se precipita en un abismo sin fin.

BUTLER.—Callaos, que viene aquí.

ESCENA III.

Los mismos, y WALLENSTEIN, hablando con EL BURGOMAESTRE de Egra.

WALLENSTEIN.—¿Que vuestra ciudad era libre antes? Veo que en vuestras armas sólo lleváis media águila. ¿Por qué sólo la mitad?

EL BURGOMAESTRE.—Era independiente del Imperio; pero, desde dos siglos hace, ha sido dada en garantía á la corona de Bohemia. ¡Tal es la causa de que sólo llevemos media águila! La otra mitad está cancelada, hasta que el Imperio nos la devuelva.

WALLENSTEIN.—Sois dignos de la libertad. Que vuestra conducta sea loable. No deis oídos á proyectos sediciosos. ¿Cuánto importan vuestros impuestos?

EL BURGOMAESTRE. (Encogiéndose de hombros.)—Apenas podemos calcularlo. La guarnición vive á nuestra costa.

WALLENSTEIN.—Se aligerará vuestra carga. Decidme, ¿hay todavía protestantes en la ciudad? (El Burgomaestre vacila.) Sí, sí, lo sé. Muchos se ocultan dentro de estas murallas...

si, confesadlo sin miedo... Vos mismo... ¿no es verdad? (Mírale fijamente; el Burgomaestre se espanta.) Nada temáis. Yo odio á los jesuitas... Si de mí dependiera, no los habría ya en todo el Imperio... El misal ó la Biblia, ¿qué más me da?... Bien lo he probado al mundo... En el mismo Glogau he construído una iglesia para los evangelistas... Oid, Burgomaestre, ¿cómo os llamáis?

EL BURGOMAESTRE.—Pachhãlbel, serenísimo Príncipe.

WALLENSTEIN.—Escuchad... pero á nadie digáis lo que voy a confiaros. (Poniéndole la mano en los hombros con cierta solemnidad.) Ha llegado el tiempo en que se cumpla lo prometido. Se alzarán los muladares, y se bajarán los adarves... Reservadlo en vuestro pecho. La influencia falaz española camina á su ocaso, y un nuevo orden de cosas ha de sucederle... ¿No habéis visto hace poco tres lunas en el cielo?

EL BURGOMAESTRE.—Con horror las he visto.

WALLENSTEIN.—Dos se transformaron en ensangrentados puñales. Sólo la del medio conservó su claridad.

EL BURGOMAESTRE.—Crefmos que aludían á los turcos.

WALLENSTEIN.—¿A los turcos? ¿Qué? Dos imperios, os digo, sucumbirán en Oriente y Occidente, envueltos en sangre, y sólo la comunión luterana permanecerá impasible. (Observando á los otros dos.) Esta tarde, cuando caminábamos hacia aquí, se oía hacia la izquierda un nutrido tiroteo. ¿Se oyó también en esta fortaleza?

GORDON.—Bien lo oímos, mi General. El viento nos traía el ruido del Sur.

BUTLER.—Parecía venir de Neustadt, ó de Weiden.

WALLENSTEIN.—Es el camino que han de traer los suecos. ¿A qué fuerza asciende la guarnición?

GORDON.—Ochocientos hombres útiles, y el resto inválidos.

WALLENSTEIN.—Y ¿cuántos hay en Ioquinsthal?

GORDON.—He enviado doscientos arcabuceros para defender ese puesto contra los suecos.

WALLENSTEIN.—Alabo vuestra previsión. Se ha trabajado también en las murallas. Lo he notado al pasar.

GORDON.—Como el Rhingrave nos apretaba de cerca, hice levantar con rapidez dos baluartes.

WALLENSTEIN.—Sois celoso en servir al Emperador. Estoy contento de vos, señor comandante superior. (A Butler.) Los hombres apostados en Ioquinsthal han de retirarse, con cuantos puedan oponerse al enemigo. (A Gordon.) A vuestra lealtad, oh comandante, dejo confiadas mi esposa, mi hija y mi hermana. Yo no puedo detenerme aquí; espero sólo ciertas cartas, para dejar en seguida esta fortaleza con todos los regimientos que me acompañan.

ESCENA IV.

Los mismos y el conde TERZKY.

TERZKY.—¡Mensaje feliz! ¡Alegre nueva!

WALLENSTEIN.—¿Qué noticias traes?

TERZKY.—En Neustadt se ha dado una batalla, y los suecos han conseguido la victoria.

WALLENSTEIN.—¿Qué dices? ¿Quién te ha traído esa noticia?

TERZKY.—Un campesino la ha traído de Tirschenrent. La batalla comenzó á la puesta del sol; tropas imperiales de Tachau invadieron el campamento sueco; dos horas ha durado la pelea, y mil imperiales y su jefe han perecido. No ha sabido decir más.

WALLENSTEIN.—Y ¿cómo han llegado á Neustadt los soldados imperiales? Altringer... debiera haber tenido alas...

estando ayer á la distancia de catorce millas. Los de Gallas se reunen en Frauenberg, y aun faltan algunos. ¿Se habría aventurado Suys tanto? No puede ser. (Illo se presenta.)

TERZKY.—Pronto lo sabremos. Aquí viene Illo corriendo, lleno de alegría.

ESCENA V.

Los MISMOS é ILLO.

ILLO. (A Wallenstein.)—Ahí está un jinete que quiere hablarte.

TERZKY.—¿Se ha confirmado la nueva de la victoria? ¡Hablad!

WALLENSTEIN.—¿Qué trae? ¿De dónde viene?

ILLO.—De parte del Rbingrave. Él mismo te dirá lo que desea. Los suecos están sólo á cinco millas de aquí. Piccolomini, con su caballería, los ha atacado en Neustadt; han reñido terrible batalla, venciendo al cabo el mayor número, y todos los soldados de Pappenheim, y Maximiliano, que los mandaba, han sucumbido.

WALLENSTEIN.—¿En dónde está el mensajero? Llévame á su encuentro. (Quiere irse. La señorita de Neubrunn entra precipitadamente, seguida de algunos servidores, que corren en todas direcciones.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Socorro, socorro!

ILLO Y TERZKY.—¿Qué sucede?

NEUBRUNN.—La princesa...

WALLENSTEIN Y TERZKY.—¿Lo sabe?

NEUBRUNN.—¡Quiere morir! (Vase corriendo, y detrás de ella Illo, Terzky y Wallenstein.)

ESCENA VI.

BUTLER y GORDON.

GORDON. (Atónito.)—Decidme, ¿qué significa esto?

BUTLER.—Ha perdido al hombre á quien amaba, á ese Piccolomini, que ha sucumbido.

GORDON.—¡Desventurada joven!

BUTLER.—Ya habéis oído á Illo. Los suecos, victoriosos, se acercan.

GORDON.—Bien lo he oído.

BUTLER.—Traen doce regimientos, y el Duque tiene además cinco para defenderlo, y los soldados de guarnición en esta fortaleza no llegan á doscientos.

GORDON.—Así es.

BUTLER.—No es posible, con tan escasa fuerza, guardar un prisionero de Estado de tal importancia.

GORDON.—Ya lo veo.

BUTLER.— La muchedumbre de enemigos desarmará pronto este pequeño destacamento, y lo pondrá en libertad.

GORDON.—Es de temer.

BUTLER. (Después de una pausa.) — ¿Sabeis que yo respondo del buen éxito de mi empresa, y mi cabeza de la suya? He de cumplir mi palabra de cualquier modo, y si no puedo guardarlo vivo, entonces no hay otro remedio que guardarlo muerto.

GORDON.— ¡No quisiera comprenderos! ¡Justo Dios! Podrísais...

BUTLER.—Es imposible que viva.

GORDON.—¿Seríais capaz?...

BUTLER.—Vos ó yo. Hoy es su último día.

GORDON.—¿Intentáis asesinarlo?

BUTLER.—Tal es mi propósito.

GORDON.—¿Confiado en vuestra lealtad!

BUTLER.—¿Su destino funesto!

GORDON.—La sagrada persona del general en jefe...

BUTLER.—¿Lo era antes!

GORDON.—¿Oh, lo que era, ningún crimen puede borrarlo!
¿Y sin la formalidad de un juicio?

BUTLER.—La ejecución de la sentencia hará sus veces.

GORDON.—Eso sería asesinato y no justicia, porque hasta al reo más criminal ha de oírse.

BUTLER.—El delito es evidente; el Emperador ha sentenciado, y á nosotros sólo toca cumplir su voluntad.

GORDON.—Ninguna sentencia capital ha de ejecutarse con precipitación, porque las palabras pueden retractarse, no la muerte.

BUTLER.—A los reyes agrada el pronto servicio.

GORDON.—Ningún hombre noble se transformá en verdugo.

BUTLER.—Ningún valiente retrocede ante un rasgo de audacia.

GORDON.—El valor arriesga la vida, no la conciencia.

BUTLER.—¿Cómo? ¿Hemos de dejarlo en libertad, para encender de nuevo el fuego inextinguible de la guerra?

GORDON.—Hacedlo prisionero, pero no lo matéis, á fin de no prevenir, derramando su sangre, al ángel de la misericordia.

BUTLER.—Si el ejército imperial no hubiese sido derrotado, podría conservar su vida.

GORDON.—¿Dics mio! ¿Por qué lo habré yo acogido en esta fortaleza?

BUTLER.—No el lugar, el destino es la causa de su muerte.

GORDON.—¿Hubiera yo sucumbido en estas murallas

honrosamente, defendiendo un castillo del Emperador!

BUTLER.—¡Y también valientes á millares!

GORDON.—Cumpliendo su deber, lo cual ennoblece y sublima al hombre; pero asesinando traidoramente, ¡oh!, lo llena de oprobio.

BUTLER. (Sacando un papel.) — He aquí la orden, que nos manda apoderarnos de él. Os obliga como á mí. ¿Queréis exponeros á las consecuencias de que se pase al enemigo por vuestra culpa?

GORDON.—¡Yo, ¡Dios mío!, que nada valgo!

BUTLER.—¡Tomad á vuestro cargo la responsabilidad del hecho! No os quejeis luego de lo que ocurra. En fin, suceda lo que quiera, vuestra es la cuenta.

GORDON.—¡Oh Dios del cielo!

BUTLER.—¿Imagináis algún otro medio de ejecutar la sentencia del Emperador? ¡Hablad! Yo quiero inutilizarlo, no destruirlo.

GORDON.—¡Oh Dios! Lo que ha de ser lo veo tan claro como vos, pero mis sentimientos lo rechazan.

BUTLER.—Y ni ese Illo ni ese Terzky han de vivir, si el Duque muere.

GORDON.—¡Oh! No son ellos los que me inspiran compasión. Impúsalos su mala voluntad, no el rigor del destino. Ellos son los que han sembrado en su tranquilo pecho la semilla de las pasiones aviesas, los que han cultivado en él, con nefanda solicitud, el árbol de su desdicha... ¡Dios quiera que reciban pronto el funesto pago de sus infames servicios!

BUTLER.—Por esto su muerte ha de preceder á la del Duque. Esta tarde, en medio de la alegría de un banquete, los apresaremos vivos, y los guardaremos en el castillo. Es lo más breve. Voy en seguida á dar las órdenes necesarias.

ESCENA VII.

Los mismos, ILLO y TERZKY.

TERZKY.—¡Ahora, pronto se conocerá el cambio! Mañana entran los suecos, valientes guerreros, en número de doce mil hombres. Después, ¡a Viena en línea recta! ¡Hola! ¡Alegraos, viejo compañero! No tengáis ese rostro patibulario, ante nuevas tan gratas.

ILLO.—Tócanos ahora prescribir leyes, y vengarnos de los perversos é infames que nos abandonan. Uno de ellos, Piccolomini; ha expiado ya su falta. Así suceda á todos los que nos son malévolos. ¡Terrible golpe es este para las canas de su padre! Toda su vida ha sido un perpetuo tormento para erigir en principado su casa condal, y ahora entierra á su único hijo.

BUTLER.—A lástima mueve la muerte de tan heroico joven, y hasta al mismo Duque, según se ve.

ILLO.—Escuchad, mi anciano amigo: lo que nunca me ha agradado en nuestro gèneral, llenándome, al contrario, de ira, es la preferencia que ha mostrado á los italianos. Ahora mismo, ¡lo juro por la salud de mi alma! nos dejaría morir á todos diez veces, si pudiera devolver la vida á su amigo.

TERZKY.—¡Callad, callad! No hablemos más de esto. Dejemos en paz á los muertos. Hoy se trata sólo de entregarnos á los placeres de Baco, puesto que vuestro regimiento quiere festejarnos. Pasaremos una noche de Carnaval deliciosa; y, cuando llegue el día, recibiremos con las copas llenas á la vanguardia sueca.

ILLO.—Sí; gocemos hoy de la vida, porque se nos prepa-

ran otros tiempos sombríos. Esta espada mía no ha de descansar hasta que se tiña en sangre austriaca.

GORDON.—Pero, ¿qué decís, señor Feld-mariscal? ¿Por qué esa ira contra nuestro Emperador...?

BUTLER.—No esperéis mucho de esta primera victoria. La rueda de la fortuna se vuelve con presteza, y el Emperador es siempre muy poderoso.

ILLO.—El Emperador tiene soldados, pero no general alguno, puesto que ese Fernando, rey de Hungría, no entiende una palabra del arte de la guerra. ¿Quizá Gallas? Es desgraciado, si los hay, y siempre ha sido el azote y ruina de las tropas. Y ese Octavio, esa serpiente, podrá herir á Friedlandia por la espalda y á traición, pero no resistirlo en campo abierto.

TERZKY.—No seremos desgraciados, creedme. La buena suerte no abandona al Duque; sabido es ya de sobra que Austria sólo vence con Wallenstein.

ILLO.—Pronto reunirá el Príncipe un ejército formidable, y todos se apresurarán corriendo á alistarse bajo sus banderas, ya tan famosas. Se renovará el tiempo pasado, y será tan grande como antes. ¿Cómo se desesperarán los insensatos que lo han abandonado! Dará tierras á sus amigos, y premiará egregiamente á sus fieles servidores. Nosotros somos los primeros en su favor. (A Gordon.) También se acordará de vos, y os sacará de este nido, para que brilléis en puestos más elevados.

GORDON.—Yo estoy contento, y no ansío subir muy alto, porque la caída es entonces más peligrosa.

ILLO.—Nada tendréis que hacer ya aquí, porque mañana entran los suecos en la fortaleza. Venid acá, Terzky. Ya es hora de cenar. ¿En qué pensáis? Que la ciudad se ilumine en honor de los suecos, y el que desobedezca, sea declarado español y traidor.

TERZKY.—Dejaos de eso. No sería del agrado del Duque.

ILLO.—¿Cómo? Somos aquí los dueños, y no ha de haber partidarios del Emperador en donde nosotros mandemos... Buenas noches, Gordon. Por última vez os recomiendo la plaza; que la recorran patrullas, y hasta se debe mudar la palabra de orden, para estar más seguros. Al dar las diez, llevad en persona las llaves al Duque, y os veréis ya libre de toda responsabilidad, porque mañana ocuparán los suecos la fortaleza.

TERZKY. (A Butler al salir.)—¿Vendréis también al castillo?

BUTLER.—Llegaré á tiempo.

ESCENA VIII.

BUTLER y GORDON.

GORDON. (Siguiéndolos con la vista.)—¡Desdichados! En su ciega embriaguez del triunfo, ¡cuán inconsideradamente se precipitan en la red mortífera, que les espera!... No puedo compadecerlos. ¡Este Illo, malvado, insolente y cínico, que se quiere bañar en la sangre de su Emperador!

BUTLER.—Haced cuanto os han mandado. Enviad patrullas, cuidad de la guarda de la fortaleza. En cuanto estén arriba, yo cerraré el castillo, para que en la ciudad no se sepa nada de lo que allí suceda.

GORDON. (Inquieto.)—¡Oh! No os deis prisa. Decidme primero...

BUTLER.—¿No lo habéis oído? Mañana es el día en que llegan los suecos. Sólo esta noche para nosotros; si ellos marchan con rapidez, nosotros debemos adelantarnos... Adiós.

GORDON.—¡Ah! Nada bueno me dicen vuestras miradas. Prométedme...

BUTLER.—El sol se ha puesto ya, y le sucede la noche, llena de misterios. Su obscuridad nos ampara. Su mala estrella los abandona sin defensa en nuestras manos, y, en medio de su loca orgía, el afilado acero les arrancará la vida. Gran calculador ha sido siempre el Príncipe, y lo sujetaba todo á sus combinaciones, y á los hombres, como en un tablero de ajedrez, los ponía y separaba á medida de su deseo, sin cuidarse para nada del honor, de la dignidad y del buen nombre ajeno, sino mezclándolos y jugando con ellos. No ha cesado nunca de calcular, y al fin resulta falsa su cuenta, porque habrá imaginado vivir, cuando está á punto de fenecer.

GORDON.—No pensad ahora en sus faltas. Recordad su grandeza de alma, su dulzura, la afabilidad de su carácter, todas las nobles prendas que lo han distinguido, y que vuestra cuchilla, levantada sobre su cabeza, caiga como si un ángel de paz os guiara.

BUTLER.—Es ya tarde en demasía. No siento por él compasión alguna. Mis pensamientos son sólo sanguinarios. (Cogiendo la mano de Gordon.) ¡Gordon! No es el odio el que me impulsa... No amo al Duque, y no tengo motivos para amarlo... Pero no es mi aborrecimiento el que me obliga á matarlo. Es su fatal destino. La desgracia me fuerza, un conjunto funesto de circunstancias. Vanamente cree el hombre que obra con libertad. Sólo es el juguete de un poder ciego, de la temible necesidad, que lo aparta con prontitud de su albedrío. ¿De qué serviría al Duque que en mi corazón hablase algo en favor suyo?... A pesar de todo, debo matarlo sin remedio.

GORDON.—Si algo os dice vuestro corazón, oid su voz. El corazón es la voz de Dios, y los cálculos de la prudencia, obra del hombre. ¿Qué ventura podéis obtener de un

acto sangriento? La sangre nada bueno trae. ¿Os elevaréis más por este medio? ¡Oh! ¡No lo creáis! Podrá el asesinato agradar á veces á los reyes, nunca el asesino.

BUTLER.—No sabéis... pero no preguntad. ¿Por qué los suecos habrán vencido, y se acercarán tan rápidamente? Yo no quiero derramar su sangre. ¡No! ¡Podría vivir! Pero yo debo cumplir con honor mi palabra, y ha de morir, ó... Quedo deshonrado, si el Príncipe se escapa.

GORDON.—¡Oh! El salvar á tal hombre...

BUTLER. (Con animación.) ¿Qué?

GORDON.—Merece algún sacrificio... Sed generoso. El corazón, no la opinión de las gentes, es lo que honra al hombre.

BUTLER. (Fria y orgullosamente.)—Es un gran señor, un príncipe... Yo soy sólo un cualquiera; ¿no es esto lo que queréis decir? ¿Qué importa, pues, al mundo, pensáis, que el de humilde nacimiento se comporte honrosa ó vilmente, si el noble se salva?... Cada uno sabe bien lo que vale. Sólo es cuenta mía fijar la altura, á que he de colocarme. Por elevada que sea la posición de otro, no me considero indigno de figurar á su lado. La voluntad sola engrandece ó empequeñece al hombre, y para que yo sea consecuente con la mía, debe morir.

GORDON.—¡Oh! ¡Inútil es que me empeñe en mover un peñasco! No pertenecéis á la raza humana. No puedo impedirlo, y, á no ser Dios, nadie podrá salvarlo de vuestras manos terribles. (Vanse.)

ESCENA IX.

Habitación en casa de la Duquesa.

TECLA, en una silla, pálida y con los ojos cerrados. La DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, asistiéndola. WALLENSTEIN y la CONDESA, hablando.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parecía como que adivinaba esta desgracia. Asustóla el rumor de haberse dado una batalla, en la cual había sucumbido un coronel imperial. Comprendí al momento lo que sucedería. Corrió al encuentro del correo sueco, y en seguida arrancóle con sus preguntas el triste secreto. Tarde notamos su ausencia, y fuimos en su busca, y cayó desmayada en sus brazos.

WALLENSTEIN.—¡Y cuán desprevenida ha recibido este golpe! ¡Pobre niña!... ¿Cómo está? ¿Recobra el uso de sus sentidos? (Volviéndose hacia la Duquesa.)

LA DUQUESA.—Abre los ojos.

LA CONDESA.—¡Vive!

TECLA. (Mirando alrededor.)—¿En dónde estoy?

WALLENSTEIN. (Acercándose á ella, y tendiéndole los brazos.)— ¡Vuelve en tí, Tecla! ¡Sé mi valerosa hija! Mira el rostro cariñoso de tu madre, y á tu padre, que te tiene en sus brazos.

TECLA. (Levantándose.)—¿En dónde está? ¿No está aquí ya?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—El que trajo tan triste nueva...

LA DUQUESA.—¡Oh! ¡No pienses más en ella, hija mía. Aparta tu pensamiento de esas imágenes.

WALLENSTEIN.—¡Dejadla desahogar su dolor! ¡dejadla que se queje! Confundid con las suyas vuestras lágrimas. Ha sufrido un golpe terrible; pero se hará superior á él, porque el corazón de mi Tecla es tan incontrastable como el de su padre.

TECLA.—No me siento mal. Tengo fuerza para sostenerme. ¡Por qué llora mi madre? ¿La he asustado acaso? Ya pasó: ya he recobrado mi razón. (Se levanta y busca algo con los ojos.) ¡En dónde está? Que no me lo oculten. Tengo bastante ánimo; quiero oirlo.

LA DUQUESA.—¡No, Tecla! Ese mensajero de desdicha no se presentará más á tu vista.

TECLA.—¡Padre mío!...

WALLENSTEIN.—¡Querida hija!

TECLA.—No estoy débil. Pronto me repondré. Acceded á una súplica mía.

WALLENSTEIN.—Oigámosla.

TECLA.—Dejad que llamen á ese extranjero, y que yo sola lo reciba y pregunte.

LA DUQUESA.—¡Jamás!

LA CONDESA.—¡No! ¡No hay que pensarlo! ¡No lo consentas!

WALLENSTEIN.—¿Para qué deseas hablarle, hija mía?

TECLA.—Me aliviaré, si lo sé todo. Que no me engañen. Mi madre ansía sólo que me consuele, y yo no quiero consolarme. Ya conozco lo más horrible, y no puedo oír nada que lo exceda.

LA CONDESA Y LA DUQUESA. (A Wallenstein.)—¡No lo consentas!

TECLA.—Mi mismo espanto me encontró desprevenida; mi corazón me vendió delante de ese desconocido, testigo de mi debilidad, y hasta caí desmayada en sus brazos... esto me llenó de vergüenza. Debo, pues, hacer lo posible para que su opinión me sea más favorable, y necesito ha-

blarle, y que, como extranjero, forme de mí mejor idea.

WALLENSTEIN.—Me parece que tiene razón... y me inclino á complacerla. Que lo llamen. (La señorita de Neubrunn sale.)

LA DUQUESA.—Yo, tu madre, quiero acompañarte.

TECLA.—Preferiría hablarle á solas. Me será más fácil contenerme.

WALLENSTEIN. (A la Duquesa.)—Déjala. Que hable con él á solas. Hay penas, cuyo influjo sólo puede resistirlo quien las sufre, y el corazón esforzado sólo cuenta con su propia energía. En su mismo ánimo, no en los ajenos, ha de encontrar el vigor indispensable para contrarrestar este golpe. Es mi varonil hija, y no se portará como una mujer vulgar, sino como una heroína. (Hace ademán de irse.)

LA CONDESA. (Deteniéndolo.)—¿Adónde vas? He oído decir á Terzky, que mañana temprano piensas marcharte de aquí y dejarnos.

WALLENSTEIN.—Sí; vosotras quedáis bajo la custodia de valientes defensores.

LA CONDESA.—¡Llévanos contigo, oh hermano! No nos abandones en esta sombría soledad, para esperar los sucesos con viva inquietud. La desdicha presente se sufre sin tanto trabajo; pero la incertidumbre la aumenta horriblemente, y la esperanza es un tormento, cuando se trata de algo remoto.

WALLENSTEIN.—¿Quién habla de desdichas? Que tus palabras sean menos lúgubres. Mis cálculos son muy diversos.

LA CONDESA.—¡Llévanos! ¡Oh! No nos dejes en este lugar de siniestro agüero, porque la angustia oprime mi corazón en estas murallas, y me parece que respiro en una mansión de muerte. No puedo decir cuánto me repugna este paraje. ¡Oh! ¡Llévanos de aquí! Ven, hermana, ruégaselo también. Ven á mi auxilio, querida sobrina.

WALLENSTEIN.—Yo trocaré en bueno el mal agüero de este lugar, porque será el que guarde lo que más amo.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. (Volviendo.) El caballero sueco.

WALLENSTEIN.—Dejadla á solas con él. (Vase.)

LA DUQUESA. (A Tecla.) ¡Qué pálida te pones! Niña, es imposible que puedas hablar con él. Ven con tu madre.

TECLA.—La señorita de Neubrunn puede quedarse cerca. (Vanse la Duquesa y la Condesa.)

ESCENA X.

TECLA.—**EL CAPITÁN SUECO.**—La señorita de NEUBRUNN.

EL CAPITÁN. (Acercándose con respeto.) Perdonadme, Princesa... mis palabras irreflexivas y ligeras... ¿cómo podía yo...?

TECLA. (Con nobleza.) Me habéis visto dominada por el dolor. Una fatal casualidad os trasformó de repente en familiar mío, siendo extranjero.

EL CAPITÁN.—Temo que aborrezcáis mi presencia, porque mis labios pronunciaron tristes palabras.

TECLA.—La culpa es mía. Yo misma os obligué á preferirlas, y eran sólo el acento de mi destino. Mi horror suspendió la narración comenzada. Os ruego, pues, que la terminéis.

EL CAPITÁN. (Con temor.)—Renovaré vuestro dolor, oh Princesa.

TECLA.—Estoy preparada ahora... quiero estarlo. ¿Cómo comenzó esa pelea? Decídmelo.

EL CAPITÁN.—No temiendo sorpresa alguna, estábamos en Neustadt, débilmente fortificados, cuando hacia la no

che salió del bosque una nube de polvo, y nuestros puestos avanzados se refugiaron, huyendo, en el campamento, gritando que el enemigo nos acometía. Apenas habíamos tenido tiempo para montar á caballo, cuando los soldados de Pappenheim, á todo escape, atravesaron la primera línea; sus escuadrones impetuosos pasaron en un instante el foso que nos defendía; pero en su ardor se habían adelantado irreflexivamente, y quedaban detrás los infantes, habiendo seguido los jinetes á su atrevido jefe... (Tecla hace un movimiento; el Capitán se detiene un instante, hasta que Tecla le hace señal de que prosiga.) Por el frente, y por los flancos, los cercamos con nuestra caballería, y los hicimos retroceder al foso, en donde nuestra infantería, prontamente formada, los recibía con su muralla de picas. No podían adelantarse ni retroceder, encerrados en formidable estrechura. El Rhingrave dijo entonces á su coronel, que se rindiese con honor, porque la batalla estaba ganada por su parte, pero el coronel Piccolomini... (Tecla, vacilante, se apodera de una silla.) Lo distinguían de los demás su casco y sus largos cabellos, que se habían soltado con la rapidez de la carrera... Señaló al foso, saltó en él el primero, y lo hizo pasar á su noble corcel; siguióle en tropel su regimiento... y ¡todo se acabó! Su caballo, atravesado por una alabarda, se encabrita furioso, despidiendo lejos al jinete, y sobre él pasan los escuadrones, no obedeciendo los caballos á sus dueños. (Tecla, que escucha las últimas palabras dando señales de la mayor angustia, tiembla visiblemente, y casi cae al suelo; la señorita de Neubrunn acude corriendo, y la recibe en sus brazos.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Mi amada Princesa...

EL CAPITÁN. (Conmovido.)—Yo me voy.

TECLA.—Ya pasó... terminad, si gustáis.

EL CAPITÁN.—Horrible y rabiosa desesperación sintieron sus soldados, al verlo caer, y ninguno se acordó ya de sal-

varse. Pelearon como tigres, y su obstinada resistencia exasperó á los nuestros, y la pelea no se acabó hasta no sucumbir el último imperial.

TECLA. (Con voz temblorosa.)—Y ¿en dónde... en dónde está él? No me lo habéis dicho todo.

EL CAPITÁN. (Después de una pausa.)—Lo sepultamos hoy por la mañana. Lleváronlo doce jóvenes de las familias más nobles, y todo el ejército acompañó su féretro. Una corona de laurel adornaba á éste, y el Rhingrave, en persona, colocó encima su espada victoriosa. Ni faltaron lágrimas que deploraran su suerte, porque entre nosotros hay muchos que habían tenido ocasiones de apreciar su generosidad y la dulzura de su trato, y porque á todos infundió lástima su destino. De buen grado lo salvara el Rhingrave, pero él mismo se dió la muerte; se decía que estaba resuelto á morir.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. (Muy conmovida á Tecla, que se ha cubierto el rostro.)—¡Mi querida Princesa!... ¡Princesa mía! ¡Abrid los ojos! ¡Dios mío! ¿Por qué asistir á esta entrevista?

TECLA.—¿En dónde está su sepulcro?

EL CAPITÁN.—En un convento de Neustadt, hasta tanto que su padre lo sepa.

TECLA.—¿Qué convento es ese?

EL CAPITÁN.—El de Santa Catalina.

TECLA.—¿Está muy lejos?

EL CAPITÁN.—Unas siete millas.

TECLA.—¿Por dónde se va á él?

EL CAPITÁN.—Por Tirschenrent y Falkenberg, atravesando nuestros primeros puestos avanzados.

TECLA.—¿Quién los manda?

EL CAPITÁN.—El coronel Seckendorf.

TECLA. (Que se acerca á la mesa, y saca una sortija de un cofrecito de alhajas.)—Habéis sido testigo de mi dolor, y os

habeis mostrado humano... Aceptad esto. (Entregandole la sortija.) Un recuerdo de esta entrevista... Podéis marcharos.

EL CAPITÁN. (De rodillas.) — Princesa... (Tecla le hace señal de que se vaya, y lo deja. El Capitán vacila, y quiere hablar. La señorita de Neubrunn le repite la misma indicación de retirarse: vase el Capitán.)

ESCENA XI.

TECLA.—La señorita de NEUBRUNN.

TECLA. (Echándose al cuello de la señorita de Neubrunn.)— Ahora, mi querida Neubrunn, pruébame tu afecto, el que siempre me has profesado. Que tu conducta sea la de mi fiel amiga y compañera... Esta misma noche nos pondremos en camino.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Esta noche! ¿Y adónde?

TECLA.—¿Adónde? ¡Al único lugar que hay para mí en el mundo! Adonde él yace, á su sepulcro.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Pero qué intentáis hacer allí, querida Princesa?

TECLA.—¿Qué he de hacer allí, desdichada? No lo preguntarias, si alguna vez hubieses amado. Allí, allí sólo existe lo que de él queda, el único paraje que hay para mí en el orbe entero. ¡Oh, no me detengas! Anda y haz los preparativos de nuestra marcha. Discurramos el medio de huir.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿No teméis la cólera de vuestro padre?

TECLA.—Ya no me acobarda la ira de ningún hombre.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y las burlas del mundo? ¿La acerada lengua de la maledicencia?

TECLA.—Busco sólo á uno, que ya no existe. ¡Quiero yo, pues, correr á los brazos... ¡oh Dios mío! ó á la tumba de mi amante!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y solas, dos débiles doncellas, sin defensor alguno?

TECLA.—Iremos armadas; mi brazo te protegerá.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿En las tinieblas de la noche?

TECLA.—La noche nos ocultará mejor.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Esta noche tan tempestuosa?

TECLA.—¿Tan cómodamente descansaba él bajo los cascos de los caballos?

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Oh Dios! Y además, los muchos puestos enemigos. No nos dejarán pasar.

TECLA.—¡Al fin son hombres! La desdicha discurre libremente por todo el orbe.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Tan larga caminata...

TECLA.—¿Cuenta las millas el peregrino, cuando se dirige al lejano santuario?

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Será posible salir de esta plaza?

TECLA.—El oro nos abrirá sus puertas. Probemos, probemos, y lo verás.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Y si nos conocen?

TECLA.—Nadie creerá que una fugitiva desesperada sea la hija del Duque de Friedlandia.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿En dónde encontraremos caballos para nuestra huida?

TECLA.—Mi escudero me los proporcionará. Vé y llámalo.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¿Se atreverá á hacerlo, sin conocimiento de su señor?

TECLA.—Sí. Pero anda; no vaciles.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Ay de mí! ¿Y qué será de vuestra madre, cuando hayáis desaparecido?

TECLA. (Reflexionando, con los ojos fijos, y afigida.) — ¡Oh madre mía!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. — ¡Tan bondadosa madre, y, después de tanto sufrir, este nuevo golpe!

TECLA. — No puedo evitarlo... ¡Pero vé, anda!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. — Pensad, pensad bien lo que intentáis.

TECLA. — De sobra tengo pensado cuanto debo pensar.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. — Y después de estar allí, ¿cuál es vuestro propósito?

TECLA. — Ya allí, Dios me inspirará.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. — Lleno de zozobra está ahora vuestro corazón, y ese no es el mejor medio de tranquilizarlo, oh Princesa amada.

TECLA. — Sí; la absoluta tranquilidad, que él ha encontrado también... ¡Oh, apresúrate, vé! No hables una palabra más. ¡El me atrae con una fuerza misteriosa é irresistible hacia su tumba! Allí, al momento me aliviaré de este peso que me oprime. Este dogal, que sofoca mi corazón con un dolor insoportable, desaparecerá... Correrán mis lágrimas. ¡Oh! anda, pues; hace ya largo tiempo que debíamos caminar. No me sosegaré hasta abandonar estas murallas... Me parece que han de desplomarse sobre mí... Un poder misterioso y sombrío me obliga á dejar este paraje... ¿Qué es lo que yo siento aquí? Figúraseme que todo el espacio, ocupado por esta casa, está lleno de pálidos y descarnados espectros... que no me dejan lugar... ¡Siempre nuevos fantasmal ¡Su horrenda muchedumbre, á mí, á cuantos viven, expulsan sin cesar de estos aposentos!

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN. — Me angustiáis y espantáis de tal modo, oh princesa, que yo misma no me atrevo á quedarme aquí. Me voy á llamar á Rosenberg. (Vase.)

ESCENA XII.

TECLA.

Es su espíritu el que me llama. Es la multitud de fieles soldados que se han sacrificado por vengarlo. Acúsanme de mi indigna tardanza. Ni aun quieren separarse del muerto, que fué en vida su jefe... Esto han hecho esos corazones rudos, ¿y yo debo vivir?... ¡No! Para mí era también esa corona de laurel que ha adornado su féretro. La vida sin los resplandores del amor ¿qué es? Yo la rechazo, porque ha perdido su valor. Sí; cuando yo te conocí, oh amado mío, la vida era algo para mí. Un nuevo día, un día brillante como el oro se me ofrecía, y yo soñé por espacio de dos horas que me hallaba en el cielo.

Tú estabas delante de mí al entrar yo en el mundo, al hollarlo yo con timidez monja, y mil soles lo alumbraban; y tú me pareciste mi ángel guardián, que venías á acompañarme en el rápido paso de los días fantásticos de la niñez á la cúspide de la vida. Mi primer sentimiento fué una dicha celestial, y tu corazón el primer objeto que vieron mis ojos... (Quédase pensativa, y despues da señales de terror.) viene luego el destino... cruel é impasible se apodera de mi seductor amigo, y lo arroja bajo los pies de los caballos... ¡Tal es en este mundo la suerte de lo bello!

ESCENA XIII.

TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN y ROSENBERG.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—Aquí está ya, y dispuesto á compláceros.

TECLA.—¿Quieres proporcionarnos caballos, Rosenberg?

EL ESCUDERO.—Con mucho gusto.

TECLA.—¿Nos acompañarás también?

EL ESCUDERO.—Sí, serenísima Princesa, hasta el fin del mundo.

TECLA.—Será posible que no vuelvas más á ver al Duque.

EL ESCUDERO.—Me quedaré á vuestro servicio.

TECLA.—Te recompensaré, y te recomendaré á otro dueño: ¿Podrás sacarnos de la fortaleza ocultamente?

EL ESCUDERO.—Puedo.

TECLA.—¿Cuándo saldré?

EL ESCUDERO.—Ahora mismo... ¿Adónde es el viaje?

TECLA.—A... díselo, Neubrunn.

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—A Neustadt.

EL ESCUDERO.—Bien. Voy á prepararlo. (Vase.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Dios mío! ahí viene vuestra madre.

TECLA.—¡Ay de mí!

ESCENA XIV.

TECLA, LA SEÑORITA DE NEUBRUNN y la DUQUESA.

LA DUQUESA. — Ya se fué. Te encuentro más serena.

TECLA. — Lo estoy, mamá... Dejádme descansar ahora en seguida, y que Neubrunn me acompañe. Necesito dormir.

LA DUQUESA. — Y dormirás, Tecla. Me voy consolada, porque puedo tranquilizar á tu padre.

TECLA. — ¡Buenas noches, pues, mi querida madre! (La abraza, profundamente conmovida.)

LA DUQUESA. — Todavía no te encuentro en tu estado habitual. Sí; tiembla todo tu cuerpo, y tu corazón se oye latir junto al mío.

TECLA. — El sueño acabará de reponerme... Buenas noches, querida madre. (Al arrancarse de los brazos de su madre, cae el telón.)

ACTO V.

Habitación de Butler.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER.—El Mayor GERALDÍN.

BUTLER.—Escoged doce dragones robustos; armadlos con lanzas, porque no se ha de disparar un solo tiro... Ocultadlos junto al comedor; y, cuando termine el festín, introducidlos y exclamad: ¿quién es imperial aquí de corazón?... Yo derribaré la mesa. Arrojaos entonces contra los dos, y atravesadlos. El castillo está bien cerrado y vigilado para que no llegue á oídos del Príncipe el más leve rumor. Andad ahora. ¿Habéis mandado llamar al capitán Deveroux y á Macdonald?

GERALDÍN.—Pronto estarán aquí. (Vase.)

BUTLER.—La menor dilación es peligrosa. Los habitantes de la ciudad se pronuncian también en su favor; un vértigo inexplicable se apodera de esta población. Consideran al Duque como á un príncipe de paz, y como al fundador de una nueva edad de oro; unos ciento se han ofrecido ya á defenderlo. Necesario es, por tanto, obrar con rapidez, porque nos amenazan enemigos exteriores é interiores.

ESCENA II.

BUTLER.—El Capitán **DEVEROUX** y **MACDONALD**.

MACDONALD.—Aquí estamos, mi General.

DEVEROUX.—¿Cuál es la señal?

BUTLER.—¡Viva el Emperador!

LOS DOS. (Retrocediendo.)—¿Cómo?

BUTLER.—¡Viva la casa de Austria!

DEVEROUX.—¿No es al duque de Friedlandia, á quien hemos jurado fidelidad?

MACDONALD.—¿No es nuestro deber defenderlo?

BUTLER.—¿Defender nosotros á un traidor, enemigo de Imperio?

DEVEROUX.—Nuestro compromiso contigo fué en favor suyo.

MACDONALD.—Y lo has seguido hasta aquí, hasta Egra.

BUTLER.—Sí, para asegurar su ruina.

DEVEROUX.—¿Es posible?

MACDONALD.—Eso es otra cosa.

BUTLER. (A Deveroux.)—¡Miserable! ¿Tan fácilmente faltas á tu deber y á tu bandera?

DEVEROUX.—¿Qué diablos, mi General! Yo seguía tu ejemplo. En el caso de que él sea un bribón, me debta yo, bien puedes serlo tú.

MACDONALD.—Nosotros no estamos obligados á pensar estas cosas. ¡Es incumbencia tuya! Tú eres nuestro general, y mandás; y nosotros te seguiremos; aunque nos laves al infierno.

BUTLER. (Con más amabilidad.)—¡Está bien! Nos conocemos unos y otros.

MACDONALD.—Eso mismo digo yo.

DEVEROUX.—Somos soldados de fortuna, y á la disposición de quien más nos ofrezca.

MACDONALD.—Sí; esa es la verdad.

BUTLER.—Trátase ahora de que os portéis con honor.

DEVEROUX.—Esto es lo mejor.

BUTLER.—Y que al mismo tiempo ganéis provecho.

MACDONALD.—Todavía mejor.

BUTLER.—Escuchadme.

LOS DOS.—Ya escuchamos.

BUTLER.—Es voluntad y orden del Emperador, que el Duque de Friedlandia sea hecho prisionero, muerto ó vivo.

DEVEROUX.—Así lo dice su carta.

MACDONALD.—Sí, vivo ó muerto.

BUTLER.—Y espléndido premio en bienes y dinero aguarda á quien lo cumpla.

DEVEROUX.—¡Palabras soberbias! ¡Soberbias promesas, viniendo de allá! ¡Sí, sí! Ya sabemos lo que significan. Quizás alguna cadenilla de oro, algún jaco estropeado, un pergamino ú otra cosa por el estilo... El Príncipe paga mejor.

MACDONALD.—Sí, es generoso.

BUTLER.—No hablemos ya de él. Desapareció su buena estrella.

MACDONALD.—¿Será posible?

BUTLER.—Os digo que sí.

DEVEROUX.—¿Le abandona su buena fortuna?

BUTLER.—Lo ha dejado para siempre. Es tan pobre como nosotros.

MACDONALD.—¿Tan pobre como nosotros?

DEVEROUX.—Sí, Macdonald; entonces habremos de abandonarlo.

BUTLER.—Ya lo han hecho veinte mil hombres; pero

nosotros hemos de hacer más, paisano. En resumen... nosotros lo mataremos. (Los dos retroceden.)

Los dos.—¿Matarlo?

BUTLER.—Sí, matarlo... Y os he elegido para hacerlo.

Los dos.—¿A nosotros?

BUTLER.—A vosotros, al capitán Deveroux y á Macdonald.

DEVEROUX. (Después de una pausa.)—Escoged otro.

MACDONALD.—Sí; elegid otro.

BUTLER. (A Deveroux.)—¿Te asusta esto, buen hombre? ¿Cómo? Tú tienes ya treinta muertes sobre tu alma, y...

DEVEROUX.—¡Poner la mano en nuestro Generalísimo...! ¡Reflexionad en ello!

MACDONALD.—¡En aquel, á quien hemos jurado obediencia!

BUTLER.—El juramento es nulo por su traición.

DEVEROUX.—¡Oid, General! Parece esto demasiado horroroso.

MACDONALD.—Sí, es cierto. Cada cual tiene también su conciencia.

DEVEROUX.—Si no hubiera sido nuestro jefe, que nos ha mandado tanto tiempo, y merecido nuestro respeto...

BUTLER.—¿Y es esa la dificultad?

DEVEROUX.—Seguramente. ¡Escuchad! ¡A otro cualquiera, sí! A mi mismo hijo, si lo exigiera el servicio del Emperador, atravesaría yo las entrañas... Pero considera que somos soldados, y asesinar á nuestro General es cometer un delito, un enorme crimen, del cual ningún confesor nos absolvería.

BUTLER.—Yo soy tu Papa, y yo te absuelvo. Decidlo pronto.

DEVEROUX. (Reflexionando.)—No, no puede ser.

MACDONALD.—No, no será.

BUTLER.—¡Bien...! ¡andad con Dios! y... enviadme á Pestalutz.

DEVEROUX. (Sorpresa.)—¡A Pestalutz!... ¡Hum!

MACDONALD.—¿Para qué lo quieres?

BUTLER.—Puesto que no aceptáis, de sobra habrá...

DEVEROUX.—No; si ha de perecer, tan bien podemos ganar nosotros la recompensa, como otro cualquiera... ¿Qué dices tú, compañero Macdonald?

MACDONALD.—Que si ha de morir, y no hay otro remedio, ¿a qué dejar esa ganancia á Pestalutz?

DEVEROUX. (Después de reflexionar un poco.)—¿Cuándo ha de morir?

BUTLER.—Hoy, esta misma noche, porque mañana llegan aquí los suecos.

DEVEROUX.—¿Respondes tú de las consecuencias, General?

BUTLER.—Yo respondo de todo.

DEVEROUX.—¿Lo quiere así el Emperador? ¿Tal es su voluntad clara y categórica? Hay ejemplos de que se agradece el asesinato, y se castiga al asesino.

BUTLER.—El manifiesto dice vivo ó muerto. Y no siendo posible prenderlo vivo, considerad...

DEVEROUX.—¡Muerto, pues, muerto...! Y ¿cómo llegaremos hasta él? La ciudad está llena de soldados de Terzky.

MACDONALD.—Y quedan además ese Terzky y ese llo...

BUTLER.—Claro es que será preciso comenzar por ellos.

DEVEROUX.—¿Cómo? ¿También han de morir?

BUTLER.—Los primeros.

MACDONALD.—Oye, Deveroux... esta noche será noche sangrienta.

DEVEROUX.—¿Has elegido ya tu hombre para esto?.. Encárgamelo.

BUTLER.—Se ha confiado ya al mayor Geraldín. Hoy es Carnaval, y celebrarán un banquete en el castillo; se les atacará cuando estén sentados á la mesa, y se les matará... Pestalutz, Lessley estarán allí.

DEVEROUX.—¡Escucha, General! Será igual para tí. Escucha... Déjame cambiar con Geraldín.

BUTLER.—Hay menos riesgo con el Duque.

DEVEROUX.—¿Peligro? ¿Qué diablo? ¿Qué idea has formado de mí? Yo temo la mirada del Duque, no su espada.

BUTLER.—¿Qué daño te pueden hacer sus ojos?

DEVEROUX.—¡El diablo me lleve! Ya me conoces, y sabes que nada me asusta. Pero mira, aun no hace ocho días que el Duque me dió veinte monedas de oro, para comprarme este uniforme de invierno, que ahora llevo... y cuando me vea presentarme con mi alabarda, y fije los ojos en mi vestido... considera... que... que... ¡El infierno me confunda! Yo no soy ningún cobarde.

BUTLER.—El Duque te ha dado este uniforme de invierno, y tú, pobre diablo, tienes escrúpulos de atravesarle el cuerpo con la espada. El Emperador le hizo presente de otro traje, mucho más abrigado, del manto de príncipe. Y ¿cómo lo agradece? Rebelándose, y haciéndole traición.

DEVEROUX.—Verdad es. El demonio cargue con los agradecidos. Yo... lo mataré.

BUTLER.—Y si quieres transigir con tu conciencia, desójate de ese vestido, y tranquilo y animoso desempeñarás tu comisión.

MACDONALD.—Pero hay que pensar también en...

BUTLER.—¿En qué, Macdonald?

MACDONALD.—¿De qué sirven contra él la pólvora y el acero? Es invulnerable, es invencible.

BUTLER. (Con ira.)—¿Cómo ha de ser?...

MACDONALD.—¡Contra el plomo y el hierro! Es impenetrable como el hielo, por arte del diablo, y su cuerpo tan duro como el marmol, te digo.

DEVEROUX.—¡Sí, sí! Así lo probó otro en Ingolstadt, cuya piel era dura como el bronce, siendo preciso matarlo á culatazos.

MACDONALD.—Oye lo que pienso hacer.

DEVEROUX.—Habla.

MACDONALD.—Hay un hermano, conocido mío y paisano nuestro, en el convento de dominicos, que sumergirá en agua bendita mi sable y mi alabarda, y pronunciará sobre ellas una bendición poderosa, que las libre y proteja de todo encanto.

BUTLER.—Hazlo, Macdonald; pero ahora vé y elige veinte ó treinta robustos soldados de tu regimiento, y que juren fidelidad al Emperador. Cuando den las once... y hayan pasado las primeras patrullas, llévalos en silencio á la casa... Yo no estaré lejos.

DEVEROUX.—¿Cómo hemos de pasar entre los arqueros y centinelas, que guardan el patio interior?

BUTLER.—Ya he tenido ocasión de examinar los lugares; os entraré por un postigo, guardado sólo por un hombre, porque mi rango y mi empleo me permiten penetrar en la habitación del Duque á cualquier hora. Yo os precederé, y atravesando con un puñal la garganta del arquero en un instante, os abriré el camino.

DEVEROUX.—Y cuando lleguemos arriba, ¿cómo penetrar hasta la alcoba del Duque, sin despertar á su séquito y mover ruido? Porque lo sigue numerosa comitiva.

BUTLER.—Sus servidores están en el ala derecha; detesta el ruido, y habita solo el ala izquierda.

DEVEROUX.—¡Ojalá, Macdonald, que hubiéramos ya terminado!... Por el diablo, que no sé lo que siento.

MACDONALD.—Lo mismo me sucede. Es un hombre demasiado importante. Nos tendrán por dos malvados.

BUTLER.—El brillo, los honores y la abundancia os darán títulos bastantes para burlaros de la opinión y de las habilllas de los hombres.

DEVEROUX.—Si tuviésemos pleno convencimiento de que no pecábamos contra el honor...

BUTLER.—No tengáis cuidado. Salváis el trono y la corona de Fernando. El premio no puede ser mezquino.

DEVEROUX.—¿Pero se propone destronar al Emperador?

BUTLER.—¿Quién lo duda? Arrancarle la corona y la vida.

DEVEROUX.—¿Debería, pues, morir á manos del verdugo, si lo lleváramos vivo á Viena?

BUTLER.—Le sería imposible evitarlo.

DEVEROUX.— ¡Ven, Macdonald! Morirá como general, honrosamente, á manos de soldados. (Vase.)

ESCENA III.

Sala terminada en una galería, que se pierde á lo lejos.

WALLENSTEIN sentado junto á una mesa, y **EL CAPITÁN SUECO**, en pie delante de él.—Poco después **LA CONDESA TERZKY**.

WALLENSTEIN.— Manifestad mi consideración á vuestro General. Me regocija su fortuna; y si bien observaréis que mi alegría no es tan grande como exigiría esta victoria, no lo atribuyáis á falta de buena voluntad, porque la suerte es ahora la misma para todos. ¡Adiós! Agradezco vuestros cuidados. La fortaleza se os abrirá mañana, cuando lleguéis. (Vase el Capitán sueco. Wallenstein queda absorbido en profunda meditación, mirando fijamente delante de sí, y apoyada la cabeza en sus manos. La Condesa Terzky entra, y se coloca por algún tiempo delante de él, sin ser vista: al fin se mueve rápidamente. Wallenstein la observa, y se repona.) ¡Vienes de verla? ¿Se ha mejorado? ¿Qué hace?

LA CONDESA.—Me ha dicho mi hermana que está mejor,

después de haber hablado con el Capitán... Ahora descansa en su lecho.

WALLENSTEIN.—Su dolor se mitigará. Llorará.

LA CONDESA.—A tí, hermano mío, tampoco encuentro yo como en otras ocasiones. Esperaba verte más tranquilo después de esa victoria. ¡Firme, pues! Infúndenos ánimo, porque tú eres nuestra luz y nuestro sol.

WALLENSTEIN.—Nada temas. Yo nada tengo... ¿En dónde está tu esposo?

LA CONDESA.—En un banquete, él é illo.

WALLENSTEIN. (Levantándose, y dando algunos pasos por la sala.)—¡Es ya tarde!... Vete á tu alcoba.

LA CONDESA.—No me lo digas; déjame á tu lado.

WALLENSTEIN. (Asomado á la ventana.)—En el cielo hay notable movimiento; el aire azota la bandera de la torre, las anbes pasan con rapidez, y el disco de la luna se muestra vacilante, despidiendo en las tinieblas incierto resplandor... No se ve ninguna estrella. El único astro, que arroja empañada luz, y se ve allá, es Calliope, y allí es en donde está Júpiter... Pero ahora le cubre la oscuridad del firmamento. (Se abisma en sus pensamientos, y continúa en pie, mirando fijamente delante de sí.)

LA CONDESA. (Que lo observa con tristeza, y le coge la mano.)—¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Me parece que si viera á Júpiter, me consolaría más. Es el astro que alumbrá á mi vida, y su presencia me inspira ánimo extraordinario. (Pausa.)

LA CONDESA.—Volverás á verlo.

WALLENSTEIN. (Que recae en su profunda abstracción, despierta de ella, y se vuelve con rapidez hacia la Condesa.)—¡Verlo otra vez!... ¡Oh, nunca más!

LA CONDESA.—¿Cómo así?

WALLENSTEIN.—Ha muerto... ¡Es solo polvo!

LA CONDESA.—Pero ¿de quién hablas tú?

WAENSTLLEIN.—Es feliz! Ya terminó su carrera. Para él ya no hay porvenir, y el destino ha cortado la trama de su vida... Su existencia ha sido pura y brillante, sin mancha alguna que la destlustre, y la hora de la desdicha no sonará jamás para él. Libre se ve de deseos y temores, y ningún vínculo lo une á ningún planeta engañoso y mudable... ¡Oh! ¡Su suerte es venturosa! ¡Quién sabe lo que nos traerá en su oscuro velo la hora más próxima!

LA CONDESA.—Hablas de Piccolomini. ¿Cómo murió? El mensajero que trajo la noticia se separó de tí al llegar yo. (Wallenstein le impone silencio con la mano.) ¡Oh! ¡No vuelvas tu vista á lo pasado! Miremos hacia adelante, á días más serenos. Regocíjate de la victoria, y olvida lo que te cuesta. Hoy no te han arrebatado ese amigo; murió al separarse de tí.

WALLENSTEIN.—Ya sé que podré resistir este golpe; ¿cuánto no resiste el hombre? Aprende á divorciarse de lo más alto, como de lo más bajo, vencido por la fuerza del tiempo. Conozco bien, sin embargo, lo que he perdido en él. La flor de mi vida pasó ya, y frío y sin color es lo que queda ahora. Él era á mi lado el símbolo de mi juventud; en sueño convertía la realidad, y entrelazaba la vulgar claridad de las cosas con el aroma dorado de la aurora... Al fuego de sus benévolos sentimientos, con admiración mía, se engrandecían las imágenes superficiales de la existencia más ordinaria... Por lejos que vayan mis esfuerzos, lo bello se desvaneció, y no reaparecerá, porque un amigo es superior á todos los bienes, y gozándolos nos hace felices, y aumenta nuestra dicha, compartiéndola con nosotros.

LA CONDESA.—No desconfíes de tu propia fuerza. Tu corazón es bastante rico para bastarse á sí mismo. Tú alabas y estimas en él virtudes que plantaste y cultivaste por tu mano.

WALLENSTEIN.—(Yendo á la puerta.)—¿Quién nos interrumpe á esta hora tardía de la noche? Es el Comandante. Trae las llaves de la fortaleza. Déjanos, hermana. Ya es cerca de media noche.

LA CONDESA.—¡Me cuesta tanto separarme hoy de tí! ¡Siento tanta inquietud y tanto miedo!

WALLENSTEIN.—¿Miedo? ¿de qué?

LA CONDESA.—Podrías quizás alejarte esta noche rápidamente, y no encontrarte nosotras al despertar.

WALLENSTEIN.—¡Qué ilusiones!

LA CONDESA.—¡Oh! Largo tiempo hace que me abruma tristes presentimientos; y cuando, al abrir los ojos, los desprecio, afligen lúgubres ensueños á mi inquieto corazón... Te ví ayer noche, ricamente ataviado, sentarte á la mesa con tu primera esposa...

WALLENSTEIN.—Imagen es esa de buen agüero, porque ese matrimonio fué la base de mi fortuna.

LA CONDESA.—Y hoy soñé que te buscaba en tu aposento... y al entrar, que se había convertido en la cartuja de Gitschin, que fundaste, y en donde quieres que te sepulten.

WALLENSTEIN.—Es que tu mente se ocupa en estas cosas.

LA CONDESA.—¡Cómo! ¿No crees que es profética la voz de los sueños?

WALLENSTEIN.—Algunos sí... ¡No hay la menor duda! Sin embargo, yo sólo me atrevería á llamar proféticos los que anuncian sucesos inevitables. Como el sol se dibuja en un círculo de vapores, antes de salir, así preceden las apariciones á los hechos importantes, y el día de hoy parece transformarse en el de mañana. Lo que se cuenta de la muerte de Enrique IV me ha hecho reflexionar repetidas veces. Mucho antes que el asesino Ravailiac se armase con el puñal, lo sintió el Rey en su pecho. Ya no hubo paz para él; y ese temor lo lanzó del Louvre y lo persiguió fuera; la fiesta de la coronación de su esposa antojábasele un fu-

neral, y su oído, presintiendo lo porvenir, escuchaba ya los pasos de quien lo buscaba por las calles de París.

LA CONDESA.—¿Y nada te dice esa voz profética interior?

WALLENSTEIN.—¡Nada! Tranquilízate por completo.

LA CONDESA. (Absorbida en sombrías cavilaciones.)—Y otra vez, corriendo yo detrás de tí, te perdías en una larga galería, por salas inmensas, y no terminaba nunca nuestra carrera... Las puertas sonaban y crujían... yo te perseguía sin aliento, y no lograba alcanzarte... sentí de repente que me detenía una mano helada, y era la tuya, y me besaste, y nos envolvió una roja bóveda...

WALLENSTEIN.—Esos son los tapices rojos de mi aposento.

LA CONDESA. (Mirándolo atentamente.)—Si hemos de llegar á ese extremo... si yo á tí, que te veo ahora lleno de vida... (Se arroja llorando en sus brazos.)

WALLENSTEIN.—La proscripción del Emperador te angustia. Las letras no hieren; no habrá manos que la cumplan.

LA CONDESA.—Pero si llega á haberlas, mi resolución está tomada... conmigo llevo el consuelo. (Vase.)

ESCENA IV.

WALLENSTEIN, GORDON.—Después EL AYUDA DE CÁMARA.

WALLENSTEIN.—¿Está tranquila la ciudad?

GORDON.—La ciudad está tranquila.

WALLENSTEIN.—Ruido de música llega hasta aquí, y el castillo está iluminado. ¿Quiénes son los que se divierten?

GORDON.—Dan un banquete en el castillo al Conde Terzky y al Feld-mariscal.

WALLENSTEIN. (Aparte.) —En celebridad de la victoria...

Esta gente no tiene otro medio de regocijarse que comiendo. (Llama y se presenta un ayuda de cámara.) Desnúdame, quiero acostarme. (Coge las llaves.) Así nos guardamos de todos nuestros enemigos, y nos encerramos con amigos seguros, porque, ó me engaño por completo, ó un rostro como este (Mirando á Gordon.) no es la máscara de un hipócrita. (El ayuda de cámara le quita el manto, el alzacuello y el toisón.) ¡Cuidado! ¡Qué se ha caído?

EL AYUDA DE CÁMARA. — La cadena de oro se ha roto.

WALLENSTEIN. — Mucho, á la verdad, ha durado. Toma. (Examinando la cadena.) He aquí el primer don del Emperador. Él mismo me la puso cuando era archiduque en la guerra del Friul, y la he llevado por costumbre hasta hoy... por superstición, si os agrada. Había de ser un talismán para mí tan largo tiempo como pendiera de mi cuello, fiado en su virtud, y continuar durante toda mi vida la dicha fugitiva, cuyo primer favor era... Pero ahora... ¡sea pues! Una nueva fortuna ha de comenzar desde este momento, porque el poder del encanto se ha desvanecido. (El ayuda de cámara se aleja con las prendas del vestido; Wallenstein se levanta, anda por la sala, y al fin se detiene pensativo delante de Gordon.) ¡Con qué fidelidad se me representa ahora lo pasado! Viendo estoy ahora la corte de Burgau, en donde fuimos ambos pajes. Disputábamos con frecuencia, y tú, siempre sensato, acostumbrabas predicarme y regañarme por mi ambición inmoderada, soñando con grandezas, por mi fe en sueños atrevidos, y me alababas la reposada medianía... Pues bien; tu prudencia te ha servido mal; hízote un hombre oscuro desde un principio, y si no hubieras sufrido el influjo de mi poderosa estrella, te extinguieras en el último rincón del mundo.

GORDON. — El mísero pescador, Príncipe mío, sujeta su barquilla sin trabajo en seguro puerto, y ve naufragar en la tempestad el bajel ostentoso.

WALLENSTEIN.—Tú, anciano, ¿yaces en tranquila rada? Yo no. Un poder irresistible me arrastra todavía imperiosamente por el oleaje de la vida; la esperanza es todavía mi deidad favorita; mi alma es joven aún, y cuando me comparo contigo, sí, puedo afirmar con vanagloria que los años rápidos han pasado por mi cabeza sin blanquearla. (Recorre el aposento á grandes pasos, y se detiene en el extremo opuesto, frente á Gordon.) ¿Quién llama falsa á la fortuna? Constante ha sido conmigo; me ensalzó con amor sobre el vulgo de los hombres, sosteniéndome por los peldaños de la vida con sus ligeros y robustos brazos de Diosa. Nada vulgar hay en mi destino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién osaría explicar mi existencia, aplicándole las reglas humanas ordinarias? Ahora, en verdad, parece que he caído en el abismo; pero pronto me elevaré, y seguiré raudo mi alto vuelo en alas de la ascendente marea...

GORDON.—Y sin embargo, yo recuerdo el antiguo adagio, que hasta el fin nadie es dichoso... Yo no concebiría esperanzas risueñas, después de una fortuna duradera, porque la esperanza es el consuelo del desdichado. El venturoso ha de vivir lleno de temor, porque la balanza de la suerte oscila sin descanso.

WALLENSTEIN. (Sonriendo.)—Paréceme oír hablar ahora al Gordon de otro tiempo... Bien sé cuán mudables son las cosas humanas, y que el espíritu del mal cobra siempre su tributo. Sabíanlo los antiguos pueblos paganos, cuando voluntariamente se infligían un tormento para aplacar á las Decidades malévolas, y sacrificaban á Tifon víctimas humanas. (Después de una pausa, con tristeza, y en voz más baja.) Yo también le he sacrificado... He perdido mi amigo predilecto, y lo he perdido por mi culpa. Ningún favor, pues, de la fortuna podrá alegrarme tanto, cuanto me ha afligido esta desgracia... La envidia de la suerte se ha aplacado,

ha tomado una vida por otra, y el rayo, que debió sacrificarme con dolor, torció su rumbo, y cayó en esa cabeza tan pura y tan amada.

ESCENA V.

Los mismos y SENI.

WALLENSTEIN.—¿No es este que viene Seni? ¡Y qué fuera de sí! ¿Qué motivo te trae tan tarde aquí, Bautista?

SENI.—Mi miedo por tí, señor.

WALLENSTEIN.—Dime, ¿qué ocurre?

SENI.—¡Huye, señor, antes que rompa el día! No te fies de los suecos.

WALLENSTEIN.—¿Por qué?

SENI. (Con más viva inquietud.) — ¡No te fies de esos suecos!

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué hay?

SENI.—¡No esperes la llegada de esos suecos! Amenázate una desdicha que te han de causar falsos amigos; anuncianla señales pavorosas; y la red que ha de perderte, casi, casi te envuelve.

WALLENSTEIN.—¡Tú sueñas, Bautista! El miedo te enloquece.

SENI.—¡Oh! No creas que me engañe sólo el miedo. Ven, léelo tú mismo en los planetas. Te amenaza una desdicha de falsos amigos.

WALLENSTEIN.—Todas mis desventuras provienen de amigos traidores. La profecía ha debido hacerse antes, y las estrellas me son inútiles ahora.

SENI.—¡Oh, ven tú mismo, y míralo! Da fe á lo que te dirán tus ojos. En la región de tu vida se ostenta signo fu-

nesto. Un enemigo próximo, un genio maléfico acecha detrás de los rayos de tu planeta... ¡Oh, atiende al aviso! No te fies de esos herejes que hacen la guerra á nuestra santa iglesia.

WALLENSTEIN. (Sonriendo.) — ¿De ahí viene el oráculo?... ¡Sí, sí! Ahora caigo... Nunca fué de tu agrado esta alianza con los suecos... ¡Anda á dormir, Bautista! No temo esas señales.

GORDON. (Muy conmovido durante este diálogo, se vuelve hacia Wallenstein.) — ¡Oh Príncipe, mi señor! ¿Puedo hablar? De labios humildes salen con frecuencia avisos útiles.

WALLENSTEIN. — ¡Habla sin temor!

GORDON. — ¡Oh Príncipe mío! ¿Y si no fuese vano este signo medroso, y si la Providencia divina se valiera milagrosamente de este hombre para salvaros?

WALLENSTEIN. — Ambos deliráis. ¿Cómo es posible que los suecos sean los autores de mi desdicha? Me han buscado á mí, porque les conviene mi alianza.

GORDON. — ¿Y si, á pesar de todo, la venida de esos suecos... ha de ser quizás el motivo de la desgracia, que amenaza á vuestra vida, al parecer tan segura?... (Cayendo ante él de rodillas.) ¡Oh Príncipe, todavía es tiempo!

SENI. (Arrodillándose también.) — ¡Escuchadle, escuchadle!

WALLENSTEIN. — ¿Tiempo? ¿Para qué? ¡Levantaos!... ¡yo os lo mando; levantaos!

GORDON. (Levantándose.) — El Ringrave está todavía lejos. Mandadlo, y esta fortaleza se cerrará para él. Si quiere situarnos, que lo intente. Yo sólo os digo que él, con todos sus soldados, sucumbirán delante de estas murallas, antes que nuestro valor desmaye. Sabrá entonces lo que puede un puñado de héroes, mandados por un general, también heroico, decidido á enmendar sus faltas. Esto conmoverá y aplacará al Emperador, porque su corazón es propenso á la piedad; y al volver á su lado arrepentido

el Duque de Friedlandia se realzará mucho más á sus ojos de lo que lo estuvo nunca el no caído.

WALLENSTEIN. (Que lo contempla con admiración y extrañeza y calla algún tiempo, manifestando emoción vivísima.) — Gordon... el ardor de tu celo te lleva demasiado lejos, aunque algo haya de perdonarse al amigo de mi juventud... La sangre ha corrido ya, Gordon. Nunca lo olvidará el Emperador. Y aunque así no fuese, yo, yo nunca lo olvidaré. Si yo hubiera sabido antes lo que había de suceder, que había de costar la vida de mi más querido amigo, y el corazón me hubiese hablado como ahora, puede ser que lo hubiese dudado... puede ser, y quizás no... Pero ahora, ¿qué remedio hay? Demasiado seriamente ha comenzado esto para no acabar en nada. ¡Siga, pues, su curso! (Asomándose á la ventana.) Mirad, oscura está la noche, y reina en el castillo el silencio... ¡alúmbrame, camarero! (El ayuda de cámara, que ha entrado mientras tanto sin ser visto, y que desde lejos ha mostrado vivo interés en el diálogo anterior, hondamente conmovido, se echa á los pies del Príncipe.) ¿Tú también? Pero bien conozco el motivo que te induce á desear que yo me reconcilie con el Emperador. ¡Pobre hombre! Tiene alguna pequeña hacienda en la Carintia, y teme perderla si está á mi lado. ¡Tan pobre soy ya, que no puedo premiar á mis servidores? A nadie quiero violentar. Si crees que la fortuna me abandona, déjame. Hoy me desnudarás por última vez, y despues irás en busca de tu Emperador... ¡Buenas noches, Gordon! Pienso dormir bien, porque hoy he sufrido mucho. Cuidad de que no me despierten muy temprano. (Vase. El ayuda de cámara le alumbrá. Seni le sigue. Gordon permanece en la oscuridad, con la vista fija en el Duque, hasta que desaparece á lo lejos: despues expresa con sus ademanes su dolor, y se apoya triste en una columna.)

ESCENA VI.

GORDON, y BUTLER invisible al principio.

BUTLER.—Estad aquí callados, hasta que dé yo la señal.

GORDON. (Adelantándose.)—Él es, en compañía de los asesinos.

BUTLER.—Las luces se han apagado. Todos duermen profundamente.

GORDON.—¿Qué debo hacer? ¿Procuro salvarlo? ¿Pongo en movimiento á los criados y centinelas?

BUTLER. (Presentándose detrás.)—Una luz brilla en el corredor que lleva al dormitorio del Príncipe.

GORDON.—Pero ¿no faltó á mi juramento al Emperador? Y si se escapa y aumenta el poder del enemigo, ¿no será responsable mi cabeza de todas sus terribles consecuencias?

BUTLER. (Aproximándose á él.)—¡Silencio! ¡Escuchemos! ¿Quién habla aquí?

GORDON.—¡Ay de mí! Vale más dejarlo á la voluntad del cielo. ¿Quién soy yo para intervenir en sucesos tan graves? Yo no soy su asesino, si sucumbe; pero su salvación, á mí solo sería imputable, y yo también sufriría todos sus mortales efectos.

BUTLER. (Acercándose aún más.)—Yo conozco esta voz.

GORDON.—¿Butler!

BUTLER.—Es Gordon. ¿Qué buscáis aquí? Tarde en demasía habéis dejado al Duque.

GORDON.—¿Traéis la mano en cabest rillo?

BUTLER.—Estoy herido. Ese lllo peleó como un desesperado, hasta que al fin lo derribamos en tierra.

GORDON. (Temblando.) — ¡Han muerto!

BUTLER. — Sí... ¿Está ya acostado?

GORDON. — ¡Ay de mí, Butler!

BUTLER. (Con precipitación.) — ¡Lo está? ¡Hablad! Lo sucedido no puede quedar oculto mucho tiempo.

GORDON. — ¡El no debe morir! ¡No por vuestra mano! El cielo no lo consiente. Ya véis; está herida.

BUTLER. — No hay necesidad de mi brazo.

GORDON. — Los culpables han perecido. Baste ese acto de justicia. Con ese sacrificio queda satisfecha. (El ayuda de cámara viene por la galería con un dedo en los labios, imponiendo silencio.) ¡Duerme! ¡Oh! ¡No le mateis en su sueño, digno de respeto!

BUTLER. — No; morirá al despertar. (Quiere irse.)

GORDON. — ¡Ay de mí! Su corazón, preocupado aun con las cosas de este mundo, no se halla bien dispuesto á presentarse ante Dios.

BUTLER. — Dios es misericordioso. (Pugna por irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.) — Dejadlo vivir sólo esta noche.

BUTLER. — A cada instante podemos ser descubiertos. (Quiere irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.) — ¡Sólo una hora!

BUTLER. — ¡Soltadme! ¿De qué le servirá tan breve plazo?

GORDON. — ¡Oh! El tiempo es una deidad milagrosa. Miles de granos de arena corren en una hora, tan rápidos como los pensamientos en la mente humana. ¡Sólo una hora! Vuestro corazón puede mudarse, el suyo también... puede llegar una noticia cualquiera... un suceso venturoso, decisivo y salvador, venir rápido del cielo... ¡Oh! ¡Qué no puede hacer una hora!

BUTLER. — Me advertís cuán preciosos son los minutos. (Da con el pie en el suelo.)

ESCENA VII.

**MACDONALD y DEVEROUX, con alabarderos. Después el
AYUDA DE CÁMARA y LOS MISMOS.**

GORDON. (Interponiéndose entre unos y otros.) — ¡No! ¡hombre cruel! Antes que cometer con mi consentimiento tan horrible atentado, has de pasar por encima de mi cadáver.

BUTLER. (Rechazándolo.) — ¡Insensato anciano! (Se oyen trompetas á lo lejos.)

MACDONALD y DEVEROUX. — ¡Trompetas suecas! Los suecos llegan á Egra: corramos.

GORDON. — ¡Dios mio, Dios mio!

BUTLER. ¡A vuestro puesto, comandante! (Gordon se precipita fuera.)

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que entra apresuradamente.) — ¡Quién se atreve á hacer aquí ruido? ¡Silencio, que el Duque duerme!

DEVEROUX. (En voz alta y terrible.) — ¡Amigo, ahora es ocasión de hacer ruido!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Gritando.) — ¡Socorro! ¡Al asesino!

BUTLER. — ¡Matadlo!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que cae á la entrada de la galería, atravesado por el puñal de Deveroux.) — ¡Jesús María!

BUTLER. — ¡Romped las puertas! (Entran en la galería pasando por encima del cadáver. Se oye á lo lejos la caída de dos puertas... voces confusas... ruido de armas... luego, de repente, profundo silencio.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA TERZKY.

LA CONDESA TERZKY. (Con una luz.)—La alcoba de Tecla está vacía, y no se la encuentra en parte alguna; falta también la señorita de Neubrunn, que velaba á su lado... ¿habrá huido? ¿Adónde podrá haberse encaminado? Es menester perseguirla, poner á todos en movimiento. ¿Cómo recibirá el Duque tan infausta nueva?... ¡Si mi esposo, siquiera... hubiese vuelto del banquete! ¿Estará despierto el Duque todavía? Se me figura que oigo voces y pasos. Me acercaré á escuchar á la puerta. ¡Silencio! ¿Quién está ahí? ¿Quién sube corriendo las escaleras?

ESCENA IX.

LA CONDESA, GORDON, después BUTLER.

GORDON. (Entrando precipitadamente, y sin aliento.) ¡Es una equivocación!... No son los suecos... ¡Detenéos... Butler... Dios mío! ¿En dónde está? (Observando á la Condesa.)

LA CONDESA.—¿Venís del castillo? ¿En dónde está mi marido?

GORDON (Asustado.)—¡Vuestro esposo! ¡Oh! ¡No lo preguntéis! ¡Entrad! (Quiere irse.)

LA CONDESA. (Deteniéndolo.)—Pero no antes que me digáis...

GORDON. (Pugnando por desasirse.)—La suerte del mundo

pende de este instante...! ¡Por Dios, dejadme...! mientras hablamos... ¡Dios del cielo! (Gritando.) ¡Butler, Butler!

LA CONDESA. — Está con mi esposo en el castillo. (Butler sale de la galería.)

GORDON. (Al verlo.)—Era un error... no son los suecos... son los imperiales, que entran... el tórniente general me envía aquí, y él, en persona, vendrá enseguida... no consuméis vuestra obra.

BUTLER.—Llega tarde.

GORDON. (Apoyándose contra la pared.)—¡Dios de misericordia!

LA CONDESA (Con la mayor ansiedad.)—¿Para qué es demasiado tarde? ¿Quién ha de venir aquí en seguida? ¿Octavio en Egra? ¡Traición, traición! ¿En dónde está el Duque? (Corre hacia la galería.)

ESCENA X.

Los mismos.—SENI.—Luego el BURGOMAESTRE. —Un PAJE.—CAMARISTAS.—CRIADOS, que corren espantados por la escena.

SENI. (Saliendo de la galería con ademanes del más vivo terror.) — ¡Acción horrible y sanguinaria!

LA CONDESA.—¿Qué ha sucedido, Seni?

UN PAJE. (Que llega.)—Lastimoso espectáculo. (Entran criados con antorchas.)

LA CONDESA.—¿Qué hay? ¡Decidlo por Dios!

SENI.—¿Todavía lo preguntais? El Duque yace allí asesinado; vuestro esposo ha muerto en el castillo. (La Condesa se queda inmóvil al oírlo.)

LA CAMARISTA. (Entrando precipitadamente.)— ¡Socorred, socorred a la Duquesa!

EL BURGOMAESTRE. (Que llega aterrado.)—¿Qué ayes de dolor tienen despiertos á los que debieran dormir en esta casa?

GORDON.—¡Maldita para siempre es vuestra casa! En vuestra casa yace el Príncipe asesinado.

EL BURGOMAESTRE.—¡No lo permita Dios! (Vase corriendo.)

PRIMER CRIADO.—¡Huid, huid! ¡A todos nos matarán!

SEGUNDO CRIADO. (Con la vajilla de plata.)—¡Fuera por aquí! Las salidas de abajo están cerradas. (Detrás de la escena se oye gritar: ¡Dejad pasar, dejad pasar al teniente general! Al oír estas palabras, la Condesa vuelve en sí de su espanto, y se esquivo con prontitud. Detrás de la escena gritan: ¡Cerrad las puertas; detened al pueblo!)

ESCENA XI.

Los mismos sin la CONDESA.—**OCTAVIO PICCOLOMINI** con su séquito.—**DEVEROUX** y **MACDONALD** vienen del fondo con sus alabarderos. El cadáver de **WALLENSTEIN**, envuelto en un paño encarnado, es traído al fondo de la escena.

OCTAVIO. (Entrando apresuradamente.)—¡No puede ser! ¡No es posible! ¡Butler! ¡Gordon! ¡No quiero creerlo! ¡Decidme que no!

GORDON. (Sin responder, señala al fondo con la mano. Octavio mira hacia donde señalan, y se queda helado de horror.)

DEVEROUX. (A Butler.)—Aquí está el Toisón de oro, y la espada del Príncipe.

MACDONALD.—Recomendad á la cancillería...

BUTLER. (Señalando á Octavio.)—Hé aquí ahora el único que manda. (Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente.)

Todos se van, y quedan sólo en la escena Butler, Octavio y Gordon.)

OCTAVIO. (Dirigiéndose á Butler.)—¿Ese era vuestro proyecto, cuando nos separamos? ¡Justo Dios! Yo me lavo las manos. Yo no soy culpable de esa acción horrible.

BUTLER.—Vuestras manos están puras. Habéis empleado las mías en ejecutarlo.

OCTAVIO.—¡Infame! ¿Abusar así de las órdenes de tu señor, y cometer tan sangriento y horrendo asesinato, invocando el sagrado nombre del Emperador?

BUTLER. (Tranquilo.)—Sólo he cumplido su sentencia.

OCTAVIO.—La maldición es compañera de los reyes, y tal el formidable poder de sus palabras, que, á pensamientos fugaces, siguen al punto los hechos, y hechos de todo punto irreparables. ¿Por qué obedecerlas con tanta celeridad? ¿Por qué haberte opuesto á que nuestro clemente soberano le perdonase? El tiempo es el ángel salvador de los hombres... Sólo es de Dios infalible la inmediata ejecución de sus acuerdos.

BUTLER.—¿Por qué tales reconvenciones? ¿Cuál es mi delito? Mi acción es loable por haber librado al Imperio de un enemigo temible, y merece recompensa. No hay otra diferencia entre vuestros actos y los míos, sino que yo he disparado la flecha que aguzásteis. Sembrásteis semilla de sangre, y os admiráis de que sea sangre su fruto. Siempre he sabido lo que hacía, y, por tanto, ni me asustan ni me sorprenden sus resultados naturales. ¿Tenéis alguna otra orden que darme? Parto en seguida para Viena, á depositar mi sangrienta espada ante el trono del Emperador, y reclamar la aprobación, que todo juez recto concede á una pronta y puntual obediencia. (Vase.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, sin BUTLER.—La condesa TERZKY se presenta pálida y desfigurada. Habla con trabajo y con voz débil, sin pasión alguna.

OCTAVIO. (Saliendo á su encuentro.)—¡Oh Condesa Terzky! ¿A este extremo habíamos de llegar? Hé aquí las consecuencias de hechos deplorables.

LA CONDESA.—Son los frutos de vuestra conducta... El Duque ha muerto; mi esposo ha muerto; la Duquesa lucha con la muerte; mi sobrina ha desaparecido. Un yerno es esta mansión, antes tan brillante y suntuosa, y los criados huyen horrorizados por todas sus puertas. Queda la última; la cierro y os entrego las llaves.

OCTAVIO. (Con dolor profundo.)—Desierto también, ¡oh Condesa! queda mi triste hogar.

LA CONDESA.—¿Quién ha de sucumbir además? ¿Quién, además, ha de ser maltratado? El Príncipe ha muerto, y la venganza del Emperador está satisfecha. Perdonad á los antiguos servidores, y que su afecto y su lealtad no se les impute á crimen. El destino sorprendió á mi hermano, y no le permitió pensar en ellos.

OCTAVIO.—Nada de venganza, nada de malos tratamientos, Condesa. Una falta grave ha sido gravemente castigada; el Emperador, ya aplacado, no consentirá que la hija herede del padre más que su fama, y la memoria de sus servicios. La Emperatriz respeta vuestra desdicha, y sólo os abre compasiva sus brazos maternos. Deponed, pues, todo temor. Tened confianza, y abandonaos, llena de esperanza, á la clemencia del Emperador.

LA CONDESA. (Mirando al cielo.)—Yo me confío á la misericordia del más alto Soberano... ¿En dónde descansará el cadáver de Príncipe? La Condesa de Wallenstein yace sepultada en la Cartuja de Gitschin, fundada por él, y á su lado, por haber ella sido la primera piedra de su fortuna, deseaba él dormir, agradecido para siempre. ¡Oh! ¡Ordenad que lo entierren allí! Igual gracia pido para mi esposo. Ya que el Emperador es poseedor de nuestros castillos, que nos deje siquiera ocupar una tumba, al lado de las de nuestros ascendientes.

OCTAVIO—Tembláis, Condesa... Palidecéis... ¡Dios mío! ¿Qué interpretación debo dar á vuestras palabras?

LA CONDESA. (Haciendo un esfuerzo supremo, y expresándose con pasión y con nobleza.)—Sin duda tendréis formada de mí una opinión demasiado favorable, para pensar que yo pudiera sobrevivir á la ruina de mi casa. No nos reputábamos tan humildes, que no nos estimáramos indignos de alcanzar una corona... No ha sido posible..., sin embargo, regios son nuestros pensamientos, y preferimos muerte libre y valerosa á deshonrada vida... He tomado veneno...

OCTAVIO.—¡Oh! ¡Salvadla! ¡Socorro!

LA CONDESA.—Es ya demasiado tarde. Dentro de pocos instantes, mi destino se habrá cumplido. (Vase.)

OCTAVIO.—¡Oh casa de muertes y de horrores! (Llega un correo, y entrega un pliego.)

GORDON. (Saliéndole al encuentro.)—¿Qué hay? Este es el sello imperial. (Después de leerlo, lo entrega á Octavio con una mirada de reconvención.) Al Príncipe Piccolomini. (Octavio se aterra, y mira al cielo lleno de dolor.)

Cae el telón.

FIN.



THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

NOV 21 1932

DEC 5 1932

Jan 17

MAR 2 1933

13 OCT '63 PY

REC'D LD

NOV 24 '63 -4 PM

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C075985639

290824 ✓

Schiller

Q. 112398

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



P
2
S
A
1
v.
M